BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

Universidad de Alicante

La obra narrativa de Felipe Trigo

Martín Muelas Herraiz

Tesis de Doctorado

Facultad: Filosofía y Letras

Director: Dr. Antonio Rey Hazas

1986

LA OBRA NARRATIVA DE FELIPE TRIGO

(Martín Muelas Herraiz)

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

ÍNDICE

0.- 1ntroducción. Reseña bibliográfica

I.- Obras de Felipe Trigo

1.1.- Obra periodística

1.2.- Novelas largas

1.3.- Novelas cortas

I.4.- Estudios y ensayos

I. 5 . – Comedias

II.- Perfil biográfico

III.- Felipe Trigo en la crisis de fin de siglo

III.1.- El contexto sociopolítico

III.2.- Panorama intelectual y grupos de presión

III.3.- Felipe Trigo Versus Modernismo y Noventa y ocho

lV.- El ideario de Felipe Trigo

IV.l.- El punto de partida: De la inquietud filosófica a una teoría de lo social

IV.2.- Trascendentalismo cósmico: Ontología y deontología

IV.3.- Ideas jurídicas. Etiología moral.

IV.4.- Ideas sociales. Socialismo individualista

IV.5.- Transformación del amor

IV.6.- Transformación social de la mujer. El feminismo teórico de Felipe Trigo

Análisis de la obra de Felipe Trigo.

V.- Contra la Restauración. Obra periodística

V.l.- Periodo marxista. Las plagas sociales

V.2.- Etapa reformista. Etiología moral y otros artículos

VI.- Teoría y critica de la novela en Felipe Trigo

VI.l.- Ideas sobre la novela

VI.2.- La novela como ciencia. Felipe Trigo y el naturalismo

VI.3.- El trascendentalismo cósmico materia novelable

VI.4.- El modelo literario de la novela erótica

VII.- La obra narrativa de Felipe Trigo

VII.l.- Precisiones metodo1ógicas e históricas

VII.2.- Imagen de la vida es la novela y algo más

VII.3.- Clasificación de la obra narrativa de Felipe Trigo

Trayectoria novelística

VII.4.- La composición novelesca en la narrativa de Felipe Trigo

VII.4.l.- Los personajes

VII.4.2.- El espacio novelesco

VII.4.3.- El punto de vista del narrador

VIII.- El estilo personal. Felipe Trigo "Corruptor del idioma"

IX.- Valoración final de la obra de Felipe Trigo

X.- Notas.

XI.- Apéndice. Artículos de Felipe Trigo

XII.- Bibliografía

XII.l.- Reseñas e introducciones.

XII.2.- 1nterpretación en monografías y/o estudios de conjunto.

XII.3.- Bibliografía de carácter general consultada.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

0.- INTRODUCCION. RESEÑA BIBLIOGRAFICA

El nombre y la obra de Felipe Trigo, cuando no han sido completamente olvidados por la crítica al trazar el panorama de la literatura española contemporánea, se han asociado de forma tautológica con un pretendido subgénero novelesco en cuya valoración, como es fácil suponer, se atiende más a criterios estrictamente temáticos y morales que a los propiamente literarios. El hecho de haberle considerado como el iniciador y principal cultivador en nuestro país de la novela erótica durante los primeros años del siglo XX, entendiendo por tal una forma de hacer novelas con la pornografía fácil por único tema y con fines exclusivamente comerciales, ha supuesto en la práctica el más completo desprecio por una obra que a priori se juzga inmoral y que, dada además su presunta baja calidad artística, convenía evitar su lectura para no herir la sensibilidad de aquellas personas que se preciasen de buen gusto.

A pesar de algunos intentos recuperadores llevados a cabo, entre otros, por F.C. Sáinz de Robles (1); Mainer (2); F. García Lara (3); A.T. Watkins (4), lo cierto es que la imagen de Felipe Trigo que hoy sigue siendo habitual entre el gran público y no pocos profesionales es precisamente la de un individuo que supo hacer negocio literario con unas obras en las que se trataba de forma desenfadada todo lo relacionado con el sexo, siendo el introductor en nuestro país de la novela sicalíptica, puesta de moda en Francia unos años antes, y que había de tener amplio eco en la novelística española del primer tercio del s. XX entre los cultivadores del género erótico (5).

En la mayoría de los casos, por tanto, Felipe Trigo no pasa de ser considerado como un naturalista extemporáneo que, gracias a una hábil manipulación de la temática erótica, conseguiría en su momento un éxito editorial desconocido hasta entonces en nuestras letras, a pesar incluso de su baja calidad artística (6).

Pero, frente a esta total devaluación a que ha llegado la obra del autor extremeño, llama poderosamente la atención el hecho de que algunos ilustres críticos, contemporáneos suyos y poco sospechosos de fáciles afinidades con este tipo de novelas, destacasen la maestría del arte narrativo de nuestro autor: "superior en muchos aspectos a la del propio Baroja" (7), y llegasen a considerarlo incluso "como el auténtico maestro de los novelistas españoles del primer tercio del s. XX que se interesan principalmente por lo social y que publican sus obras en el tipo de colecciones que se iniciará con El Cuento Semanal" (8).

Sin entrar por el momento en la distinta suerte que ha corrido la obra de Felipe Trigo en manos de la crítica, lo cierto es que poco después de la muerte del autor de Las ingenuas, y muy especialmente al término de nuestra última guerra civil, pesó sobre su obra una auténtica conspiración de silencio que unas veces desde el confesionario, otras desde los índices oficiales de libros prohibidos, supondría en la práctica una ignorancia casi total no sólo por parte de los libreros sino por los propios encargados de cubrir los fondos de la Biblioteca Nacional, donde sólo muy recientemente se ha iniciado una acertada política de reposición de estas y otras novelas de principios de siglo que habían sido expoliadas sistemáticamente.

Tan sólo desde la reedición por Turner de dos de sus más significativas novelas: El médico rural (9) y Jarrapelleios (10), la obra de Trigo ha despertado un considerable interés en ciertos sectores de crítica y público que ha llevado después a la reedición de dos nuevos títulos: En la carrera (11) y El moralista (12).

Pero conviene que retornemos desde el principio el tratamiento que se le ha dado a la obra de nuestro autor tanto por parte de sus coetáneos como por los críticos posteriores que se han ocupado de ella para que sepamos de dónde parte nuestro estudio. Desde 1.901, fecha de publicación de su primera novela, hasta 1.916, fecha de su muerte, las obras de Felipe Trigo no sólo supusieron un caso de escandaloso éxito editorial entre sus lectores, como ya es sabido, sino que consecuentemente con ese éxito de ventas cada uno de sus títulos logró despertar vivas polémicas entre los críticos que aceptaban con muy pocos reparos la forma narrativa de nuestro autor y aquellos otros que la rechazaban por inmoral y antiestética no con menos entusiasmo. Los primeros veían en ellas una nueva forma de hacer novelas que vendría a suplantar al ya trasnochado realismo (13), mientras los segundos se empeñaban en rechazarlas por el tratamiento que en ellas se le daba a la temática erótica y, además, por estar mal escritas (14) .

Entre estos últimos hay que destacar el juicio que nuestro autor le mereció a Clarín, no sólo por la autoridad de donde viene sino porque sus acusaciones iban a marcar la pauta, sin apenas variaciones, de quienes rechazaban la obra del autor extremeño; para don Leopoldo Alas: "Felipe Trigo es un corruptor de menores y del idioma", según se puede leer en una reseña aparecida en Pluma y lápiz poco antes de la muerte del insigne crítico asturiano (15); aunque bien es verdad que se refería sólo al prólogo de la primera y entonces única novela de Trigo, Las ingenuas, aparecida en abril de 1.901.

Pues bien, sobre ese doble argumento de pornográfico y mal escritor con que Clarín recibió el inicio literario propiamente dicho de nuestro autor insisten todos aquellos detractores que se empeñaron en descalificar su obra incluso después de que ésta hubiese logrado consagrarse definitivamente entre el gran público; en ese descrédito casi total no faltaron tampoco quienes apelaban a los preceptos de la moral católica para lanzar condenas apocalípticas contra los autores y lectores de estas "novelas eróticas".

Así, Luis Bello (16), Alfonso Reyes (17), Tenreiro, y otros, consideran a estas novelas 'tal margen o fuera de la literatura" (18) "pseudoliteratura (...), género inferior, fuera de la literatura por su estilo muy incorrecto y desordenado" (19); lamentándose al mismo tiempo del éxito de que gozaban en nuestro país este tipo de narraciones. En este sentido, escribe Unamuno en 1.907:

> *Cuantas personas vienen de Madrid a este mi retiro de Salamanca me dicen que pocas veces ha florecido tanto la pornografía en la corte de España* (20).

Pero estos juicios, poco favorables ciertamente, en absoluto pueden llevarnos a pensar que nuestro autor fuera rechazado en todos los ambientes intelectuales del momento, pues encontramos otras valoraciones que son auténticas apologías entusiásticas de cada una de las novelas de Trigo. Así, González Blanco considera al autor de Sor Demonio "como el mejor de los novelistas nuevos", elogiando la maestría de su estilo (21); y doña Emilia Pardo Bazán resume en estas palabras su opinión sobre nuestro autor:

> *Felipe Trigo se ha conquistado una reputación rápidamente. Es el único entre los novelistas españoles que profundiza en el estudio y en el análisis de la pasión. Representa el erotismo, al modo de sus maestros, Prevost, Louys y d'Annunzio (algo con lo que Trigo nunca estuvo de acuerdo). Sus sensaciones incendian su oración. Es un místico latente. La cualidad fundamental de su estilo es el brío, esa impetuosidad que se encuentra en tan pequeño número de escritores (22).*

Julio Cejador, por último, Pesseux-Hichard, Manuel Abril, etc., pronto advirtieron que en sus novelas había algo más que el aparente erotismo que rezuman y un estilo nuevo que estaba muy por encima de la evidente transgresión de la norma escrita que se pudiera observar en cada una de ellas; por otra parte, todos ellos

coinciden también en señalar que ese erotismo no podía parangonarse en ningún caso con el de aquellos imitadores suyos que sólo se iban a fijar en la temática puesta de moda por nuestro autor como señuelo para una mejor comercialización de sus novelas (23).

Advirtiendo sobre la importancia de esas diferencias, Pesseux-Richard le dedica un estudio pormenorizado en la revista pionera del hispanismo francés en el que considera al autor de Jarrapellejos como "el más genuino representante de una nueva corriente en la narrativa peninsular que superaría en muchos aspectos los logros conseguidos por el propio Baroja" (24).

Manuel Abril, por su parte, poco después de la muerte del autor extremeño, le dedica un libro completo que todavía hoy es punto de partida obligado para conocer su vida y su obra y que ha condicionado en no escasa medida los recientes estudios sobre el autor de La clave, al dejar sentado, que:

> *La obra de Trigo no debe de ser estudiada como obra de arte porque ni lo es ni fue escrita con propósito artístico (25).*

Opinión que ha retornado la crítica actual y que ha llevado a interesarse con preferencia por la significación estrictamente sociológica de la obra de Trigo, por cuanto supondría el mejor exponente de los anhelos de una pequeña burguesía que aspiraba al protagonismo político y social (Mainer, 1.972 y F. García Lara, 1.978), y que explicaría el éxito escandaloso de cada una de sus novelas (L. Fernández Cifuentes, 1.981); pero olvidando casi siempre la posible importancia que desde un punto de vista más propiamente literario pudiera tener su novelística.

En resumen, y para terminar este primer contacto con la valoración crítica que ha merecido Felipe Trigo, podríamos afirmar que nos encontramos ante un autor y una obra sobre quienes consideraciones de tipo moralizante han impuesto por lo general una serie de juicios peyorativos que se han pretendido justificar con una condena indiscriminada de su calidad artística; juicios peyorativos que en casos muy aislados han sido revisados por algunos tímidos intentos recuperadores que llaman precisamente la atención sobre el sentido de modernidad que tiene la ética liberadora que se difunde en esas novelas, así como sobre un estilo muy particular que, por otra parte, nunca se ha intentado explicar en profundidad. Las opiniones que recogemos a continuación, aunque vertidas en estudios de conjunto, resumen a la perfección los tópicos más usuales que se repiten una y otra vez para caracterizar la obra que es

objeto de nuestro estudio; para M. Homera Navarro, esta es la valoración que le merece el autor de Jarrapellejos:

> *Trigo defiende en sus novelas la ética del amor libre, de la igualdad de la mujer y del hombre en materia de amor. Sus teorías sociales, su moral y su estética se apoyan sobre las leyes naturales, que él consideraba desvirtuadas y deformadas por la civilización (...). Las novelas de Trigo son el desarrollo de tales teorías. Sus esperanzas serían tal vez quiméricas, pero sus convicciones eran sinceras y generosas (...). El estilo de Trigo es desaliñado, pero tiene mucho brío, color y eficacia (26).*

Gonzalo Torrente Ballester, por su parte, opina así de nuestro autor:

> *¿Cuál podría ser hoy nuestro juicio desapasionado?. Ante todo no nos atrevemos a caracterizarle ni como naturalista, ni como realista, no porque su materia novelesca no se preste a tales caracterizaciones, sino porque su método se aparta de los tenidos por tales. Hay que ver en Felipe Trigo, ante todo, a un médico que está en desacuerdo con su tiempo, y que ambos factores (la ciencia médica y el desacuerdo) obtiene de un modo considerable la realidad que le lleva a un arte que, con las debidas precauciones, llamaríamos con expresión moderna, de ruptura. Cada novela de Trigo fue -o pretendió ser- como una descarga explosiva lanzada contra la sociedad de su tiempo en tanto entidad moral (o inmoral, a la manera gidiana) con cuyo estilo interpolado no podemos hallarnos de acuerdo. (Subrayados del autor) (27).*

Pero tanto en unos casos como en otros cuando se le ha ignorado o cuando se le ha querido recuperar lo que nos parece realmente grave es que casi siempre se ha pasado por alto la lectura de la obra de Trigo como punto de partida obligado para emitir cualquier juicio crítico fiable. Y es que, en el caso que aquí nos ocupa, esta labor previa se ha convertido hoy en tarea nada fácil por la dificultad que entraña la misma localización de estas obras. Gracias a la colaboración del encargado de la biblioteca de un viejo casino madrileño y a la búsqueda prolongada por las librerías de ocasión, donde casi siempre hemos tenido que pagar precios abusivos, nos ha sido posible tener acceso a la práctica totalidad de las novelas de Felipe Trigo. Si a esto añadimos la recopilación que hemos hecho de los artículos de nuestro autor, aparecidos en los diarios y revistas del momento e ignorados totalmente hasta ahora, podemos afirmar

que nuestro estudio parte, al menos, del conocimiento previo de la obra completa que va a ser objeto del análisis que queremos llevar a cabo.

La revisión de estos textos, y muy especialmente de los artículos de prensa que hemos mencionado, nos permite anticipar ya que las novelas de Felipe Trigo, lejos del descuido temático y formal con el que generalmente se las ha descalificado, responden a unos presupuestos rigurosamente planteados que consiguen una sorprendente adecuación entre los contenidos que difunden y la forma de expresarlos; y en esta adecuación es donde pensamos que tenemos que buscar la maestría de un arte narrativo que reduce la transfiguración literaria a crear un mundo novelesco lo más parecido posible al de sus propios lectores y que utiliza este último como inspiración, para devolvérselo recreado desde una nueva perspectiva.

Con todo, el considerarlas exclusivamente como valiosos documentos sociológicos que ilustran un aspecto importante de la crisis de fin de siglo no puede llevarnos a ignorar el carácter de auténticas obras artísticas que poseen, susceptibles de ser analizadas, por tanto, desde una óptica más estrictamente literaria.

Y es que la temprana observación hecha por Clarín nos da ya la clave de la originalidad de las novelas que vamos a comentar, por cuanto su pretendida in-moralidad no es otra cosa que un intento decidido de suplantar un tipo de moralidad ya caduco, aunque todavía muy arraigado en el momento en que escribe, por unos nuevos supuestos éticos que habían de sentar las bases de un orden social y moral radicalmente distintos a los modelos tradicionales; y su anti-gramaticalidad, ciertamente atrevida muchas veces, no deja de ser una clara voluntad de estilo -noluntad si se prefiere-, enfrentada conscientemente con los principios de la vieja retórica realista y en perfecta consonancia con el ideal de vida que quiere difundir y con el punto de vista que adopta en el análisis de la realidad (28).

Por ello, nos hemos planteado como objetivo básico de las páginas que siguen el analizar con todo el rigor posible cuáles son las directrices fundamentales del pensamiento de Felipe Trigo y las consecuencias que éste pueda tener en la configuración de su novelística, Cuyo éxito de público obedeció sin duda a que supo dar forma literaria adecuada a las preocupaciones y a las aspiraciones de una sociedad deseosa de encontrar un nuevo estilo de vida más en consonancia con los tiempos modernos, tanto en los usos sociales y morales como en los propios gustos estéticos.

Pero, junto a este aspecto eminentemente ideológico, nos interesará también el resultado final que desde un punto de vista propiamente artístico consigue con todas y

cada una de sus novelas y la aportación que éstas puedan suponer en el desarrollo de la narrativa española contemporánea. La evidente renovación temática que su novelística introduce pensamos que tiene también una perfecta correspondencia en una búsqueda decidida de nuevos derroteros expresivos y técnicos para el arte narrativo en los que ni siquiera se había reparado hasta ahora.

Explicar por qué se produce esa nueva visión del mundo que Felipe Trigo ofrece a sus lectores como mercancía literaria bajo la fórmula narrativa empleada para su difusión y su mayoritaria aceptación por parte de un público tal vez no excesivamente letrado, pensamos que puede ayudarnos a comprender mejor algunos aspectos olvidados de la crisis que en el fin de siglo afecta a la sociedad española en sus más diversos órdenes y que, por supuesto, iba a tener consecuencias importantes para el desarrollo de nuestra novela.

Si al final de este trabajo hemos logrado esclarecer tanto la apoyatura ideológica y sociológica de la obra de Trigo como las claves formales de su narrativa en el panorama de la novela española de entresiglos, los objetivos que aquí nos hemos marcado quedarán plenamente cubiertos. Pero, para conseguirlos, hemos creído conveniente hacer algunas indagaciones previas sobre aquellos condicionamientos de todo tipo que intervienen en la visión del mundo adoptada por Trigo para analizar la realidad del hombre y la sociedad de su tiempo, as! como sobre la relación que pueda tener con los otros grupos de escritores que durante esos mismos años están recreando literariamente de muy diversas maneras el tránsito definitivo de nuestro país a la modernidad.

Antes de entrar en todas esas consideraciones, nos ha parecido conveniente fijar con toda la rigurosidad posible cuál es el corpus real de la obra que va a ser objeto de nuestro análisis y que, por los datos que poseemos estamos en condiciones de afirmar que se aproxima bastante a lo que pueden ser las obras completas de nuestro autor. Una vez que tengamos fijada la extensión de esa obra, podremos afrontar su estudio teniendo en cuenta todos y cada uno de los elementos que la configuran como un mensaje perfectamente estructurado y con el cual nuestro autor quiso ejercer sobre sus lectores una labor reformadora cuyas claves intentamos descifrar aquí.

I.- OBRAS DE FELIPE TRIGO

Por extraño que pueda parecer, el primer problema importante con el que nos enfrentamos al acometer este estudio fue precisamente el de la misma accesibilidad a la obra que nos ocupa, tanto por su difícil localización como porque todavía hoy no ha sido fijada con precisión. Las referencias bibliográficas que pudimos localizar sobre Felipe Trigo: E.G. de Nora (29), F.C. Sáinz de Robles (30), Cejador (31), son casi siempre incompletas y se limitan únicamente a reproducir el índice ofrecido por la editorial Renacimiento en su edición de las Obras Completas de nuestro autor, donde sólo se recogen los títulos de novelas largas publicadas en volumen suelto. En ninguna de esas referencias bibliográficas se mencionan para nada las abundantes narraciones cortas que Felipe Trigo publicó en el tipo de colecciones dedicadas a tal fin y mucho menos los artículos de prensa, que si no muy numerosos, sí son suficientemente significativos para ayudarnos a comprender mejor la evolución del pensamiento de nuestro autor y su obra novelística posterior.

La revisión de esas colecciones de novelas cortas (32), de los diarios y revistas del momento y de algunas anotaciones personales que nos han sido facilitadas por la familia de Trigo nos permite fijar con bastante aproximación el corpus real del que tiene que partir nuestro estudio y que, sin entrar por el momento en problemas de clasificación, hemos agrupado en cuatro grandes bloques, atendiendo sólo a su medio de publicación y al contenido de cada una de ellas.

I.1.- OBRA PERIODÍSTICA

Los primeros escritos importantes de Felipe Trigo que hemos podido localizar aparecen en El Socialista y son una serie de nueve artículos que llevan el título genérico de Las plagas sociales, publicados entre el 17 de agosto de 1.888 y el 8 de febrero de 1.889 en el semanario que dirigía Pablo Iglesias con los siguientes títulos: "El bandido" (31-8-88); "El diputado" (21-9-88); "El borracho" (28-9-88); "La prostituta" (2ó-10-88); "La adúltera" (9-11-88); "El periodista" (23-11-88); "El maestro de escuela" (14-11-88) y "El propietario" (8-2-89). En todos ellos puede observarse con toda claridad la pasajera filiación de nuestro autor a los principios básicos del marxismo, especialmente en lo concerniente a considerar la existencia del capital privado como causante principal de todos los males sociales (33).

- El Globo es el periódico en el que colabora a continuación; el 8 de mayo de 1.891 (nº 5.663) publica un artículo de crítica literaria que titula Literatura Meneses en el que lanza duros ataques contra, la literatura que renunciaba por principio al compromiso social; y en ese mismo diario madrileño había publicado antes "Un barreno colosal", (El Globo, 14-9-1887 nº 4.335) y "La loca" (El Globo, 12-1-1.891 nº 5547) que son sendas crónicas de su Extremadura natal.

- También en El Globo publica poco después una nueva serie de artículos bajo el epígrafe general de Etiología Moral (Psicomecánica), en los que, como su propio título indica, se plantea el objetivo básico de delimitar como médico y como sociólogo dónde radicaría en último extremo la responsabilidad de la conducta humana; frente al determinismo fatal del capital privado que antes había defendido siguiendo la doctrina marxista y frente a las tesis de los individualistas del Derecho, aquí defiende ya con toda claridad la influencia definitiva que el tipo de educación recibido ejerce como factor más importante de la conducta moral de los individuos; y en su mejora cifrará precisamente la única posibilidad de una futura mejora social. Estos artículos, que después recogería en volumen suelto, aparecieron con los siguientes títulos: "El espiritualismo y la ciencia" (El Globo 5-9-91); "Los individualistas del Derecho" (14-10-91) y "La educación y el carácter" (17 y 20 de octubre de 1.891).

Entre 1.892 y 1.897 colabora primero en la prensa local de Sevilla y después en la de Mindanao con algunos artículos de tipo crónica que firma con el seudónimo de Ravachol y que no ofrecen mayor interés para los objetivos que aquí nos hemos marcado.

En 1.897, repatriado ya de Filipinas, inicia una larga colaboración en la prensa madrileña con abundantes artículos en los que trata sobre diferentes problemas de la vida nacional; estos artículos, aunque en su conjunto podríamos considerarlos dentro de la línea de la abundante literatura regeneradora que por esos años ocupa a todos nuestros escritores, obedecen sin embargo a un planteamiento ideológico perfectamente diferenciado del de los regeneracionistas típicos, y anticipan de alguna manera las directrices básicas del pensamiento político y social que después va a defender tanto en sus novelas como en sus escritos teóricos.

Los artículos más significativos de esta época son:

- Una reseña aparecida en Germinal (22-10-97) al libro de Suderman, El Hogar, cuya idea central iba encaminada a demostrar la conveniencia de armonizar lo que él

llama Norma Social a los principios de la naturaleza humana, y no al revés, según era usual en la moral burguesa tradicional (34).

- "Ecce Homo", El Nacional (2-9-97), donde hace un breve pero exhaustivo repaso de la realidad social y económica del país contemplada desde la Cibeles por un joven, que fácilmente se puede identificar con el propio Trigo, y que termina por la militancia activa en un partido revolucionario.

- "Honor Nacional", Vida Nueva (3-8-98), donde ataca duramente a quienes defendían la declaración de guerra a los Estados Unidos "por haber manchado nuestro honor nacional", pero que, en cambio, dejaban la defensa en manos de unos soldados armados con viejas bayonetas.

- "La Toga", Vida Nueva (19-7-98), en el que repite muchos de los conceptos que sobre el tema de la educación había escrito en "Etiología Moral", y donde equipara la carrera seguida por un criminal a la de un letrado; sólo que, por esa diferente educación, el premio del primero es la horca, y del segundo, la toga; cuestión de suerte, no de destino predeterminado.

- "Decadencias y grandezas", El Nacional (4-9-98), dura réplica a otro artículo de Julio Burell así titulado y publicado en El Heraldo, donde se defendía la conveniencia de volver la vista al concepto tradicional de nuestra historia para intentar recuperar nuestras glorias pasadas como único medio de sacar al pueblo español de su estado de degeneración actual.

- "Vivir en verso", El Nacional (7-9-98) que, como su propio título indica, va dirigido fundamentalmente contra aquellos que apelaban al sortilegio poético de nuestra raza para recuperar nuestra historia perdida y que Felipe Trigo identifica, no sin cierta razón, con el concepto casticista que generalizarían los del 98.

- "Viejos y nuevos". (Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen), El Nacional (15-10-98); lejos de dejarse convencer por esta sentencia popular, Felipe Trigo piensa que con la educación serán precisamente los pueblos quienes formen a aquellos estadistas que más les convengan.

- "La política y la prensa", El Nacional (4-10- 98), donde defiende la importante labor reeducadora que debería llevar a cabo entre los ciudadanos la prensa diaria.

- "Problemas de la inteligencia". Aparecido en Germinal, sin que podamos precisar la fecha exacta de su publicación pues utilizamos un recorte facilitado por la familia de Trigo, donde no se precisa ni el número ni la fecha. Por otra parte, el

ejemplar de esta revista que se conserva en la Hemeroteca Municipal de Madrid contiene sólo algunos números sueltos entre los que no hemos encontrado el artículo referido. Se trata de un comentario al libro de Büchner, Fuerza y Materia, al que después haremos referencia cuando tracemos las directrices de su pensamiento, y del que extrae como consecuencia más importante la conveniencia de armonizar la Razón y la Fe como el medio más eficaz para llegar al conocimiento integral de la Verdad.

- "Sobre las ruinas", (Carta casi trascendental), El Liberal, (25-4-1.899).

-"El Emotivismo", Revista Nueva (12 Y 19 de diciembre de 1.899) (35), donde defiende la importancia de lo emotivo como componente esencial de la novela moderna, tal como él mismo lo utilizaría después con profusión en toda su narrativa.

Dada la importancia de los artículos que aquí hemos mencionado en el conjunto de la obra de Trigo, y dado además que casi todos ellos eran totalmente desconocidos, nos ha parecido conveniente reproducirlos aquí a modo de apéndice que incluimos al final.

I.2. NOVELAS LARGAS

La otra narrativa de Felipe Trigo se inicia con la publicación en 1.901 de Las Ingenuas**.** El ejemplar que nosotros utilizamos corresponde a la novena edición de sus Obras Completas hecha por la editorial Renacimiento en 1.919, para el primer volumen, y a la séptima edición de 1.916, también de Renacimiento, para el segundo volumen. La primera edición de esta novela fue realizada por el propio Trigo con una tirada de quinientos ejemplares de lujo que se agotarían en sólo tres meses y de la que no hemos podido encontrar ningún volumen. La edición de Renacimiento incluye un prólogo del propio autor, "Antes" que ocupa las páginas I-VI. En 1.916 le llevaba producidas a Trigo unas 100.000 pesetas y, para 1.929, en los libros de contabilidad de su familia, se registraban ya 16 ediciones.

- "La sed de amar"; Madrid, Pueyo, 1.903. Utilizamos un ejemplar que corresponde a la segunda edición hecha también en 1903 y revisada por el propio autor. En ese libro de contabilidad que antes mencionábamos están registradas 11 ediciones.

- "Alma en los labios"; Madrid, Pueyo, 1.905. La consultamos por la séptima edición de Obras Completas de 1.920. Para 1.929, la familia tenía registradas 15 ediciones.

- "La Altísima" (1.907). Nuestro ejemplar pertenece a la cuarta edición, corregida por el autor y publicada por Renacimiento en diciembre de ese mismo año; 13 ediciones iban ya de esta obra en 1.929.

- "Del frío al fuego" (ellas a bordo); Madrid, Fernando Fe., 1.906. La hemos leído en un ejemplar de la quinta edición de Obras Completas, Renacimiento), 1.920. En 1.929, eran ya 12 las ediciones de esta novela.

- "La Bruta. (Héroes de ahora); (1.908). Nuestro texto pertenece a la segunda edición revisada por el autor y publicada por Renacimiento en 1.908. Por otra parte, en el nº 98 de El Cuento Semanal se anuncia en la contraportada que la casa editorial Ferenczy de París ha comprado los derechos de traducción al francés de las novelas de Trigo; La Bruta sería la primera de todas en ser traducida con una tirada inicial de sesenta mil ejemplares.

- "La de los oíos color de uva". Reveladoras. Lo irreparable (1.905); tres novelas en un tomo que consultamos por la cuarta edición de Obras Completas hecha por Renacimiento en 1.920.

- "Sor Demonio". (El honor de un marido hidalgo y metafísico); Madrid, Librería de Fernando Fe, 1.907, primera edición.

- "En la carrera". (Un buen chico estudiante en Madrid), (1.906). Nuestro texto pertenece a la reedición de Obras Completas hecha por Renacimiento en 1.930, una vez concluidos los la años que estipulaba la primera cesión de los derechos de autor. Hemos consultado también la edición de Santiago Castelo que no cita para nada el texto original utilizado (36). En 1.929, esta novela tenía contabilizadas 17 ediciones.

- "La Clave" (1.907). La consultamos por 19 cuarta edición de Obras Completas, Renacimiento, 1.919.

- "Las Uvas del Paraíso" (1.909); hemos manejado un ejemplar de la segunda edición de Obras Completas, Madrid, Renacimiento, 1.919.

- "Los Abismos", Madrid, Renacimiento, 1.911, primera edición. "Cuentos ingenuos"; Madrid, Renacimiento, 1.911, primera edición. Contiene: "La niña mimosa", "Tu llanto y mi risa", "El oro inglés", "Paraíso perdido", "La primera conquista", "Tempestad", "Paga anticipada", "La toga", "Por ahí", "El suceso del día", "Mi prima me odia", "El recuerdo", "Pruebas de amor", "Mujeres prácticas", "Genio y figura", "Villa porrilla", "Luzbel", "Jugar con el fuego" y "La receta".

- "El médico rural" (1.912). Utilizamos la edición hecha por Bergamín; Madrid, Turner, 1.978. En 1.929, la familia tenía contabilizadas 16 ediciones de esta novela.

- "Jarrapellejos" (1.914). La edición consultada es la hecha por Rafael Conte; Madrid, Turner, 1.975. Para 1.929 el número de ediciones registradas por la familia era de 14.

- "Sí sé por qué" (1.916). Consultamos un ejemplar de la segunda edición de Obras Completas, Madrid, Renacimiento, 1.919.

- "Las sonatas del diablo". "En camisa rosa"; Madrid, Renacimiento, 1.916, primera edición publicada poco después de la muerte de Trigo.

- "Murió de un beso" (1.917). Creemos que algunas opiniones que han puesto en duda la autenticidad de que esta novela fuese escrita realmente por Felipe Trigo, atribuyéndosela a su hija Julia, son totalmente infundadas si tenemos en cuenta que en la edición que nosotros hemos consultado, Madrid, Renacimiento, 1.917, primera edición, va precedida de un prólogo del propio Trigo y; se respeta íntegramente el texto original, sin añadirle el final que nuestro autor había dejado sin escribir.

Donde sí se observa cierta participación de su hija Julia es en el volumen que ésta publicó, recogiendo los proyectos que Felipe Trigo había hecho de algunas de sus novelas y otros apuntes dispersos, respetando el título de En los Andamios que su padre le había dado. Consultamos estos proyectos y apuntes diversos por la segunda edición de Obras Completas, Madrid, Renacimiento, 1.920.

- "En mi castillo de luz" (Diario de un alma bella). (Póstuma), Madrid, Renacimiento, 1916, que incluye un prólogo del autor y la traducción del artículo de Pesseux-Richard; "Un nove1ista español; Felipe Trigo".

I.3.- NOVELAS CORTAS (37)

- Reveladoras. Madrid, El Cuento Semanal, nº 9, marzo, 1.907. Con carácter excepcional, Zamacois como director de la colección, le rogó a Felipe Trigo que publicase esta novela, ya editada antes, para que diese más prestigio a la colección que entonces se iniciaba.

- El gran simpático. Madrid, El Cuento Semanal nº 77, 19 de junio de 1.908. Justo con A prueba y Así paga el diablo, sería editado después en volumen suelto. Madrid, Renacimiento, 1920.

- Las posadas del Amor. Madrid, El Cuento Semanal, nº 98, 13 de noviembre de 1.908.

- La de los ojos color de uva. Madrid, Los Contemporáneos, nº 15.

- Lo irreparable. Madrid, El Cuento Semanal, nº 111, 3 de marzo de 1.909.

- Así paga el diablo. Madrid, El Cuento Semanal, nº 119.

- Mi prima me odia. Madrid, Los Contemporáneos, nº 23, 4 de junio de 1.909.

- El Cínico, Madrid, Los Contemporáneos, nº ó, 5 de febrero de 1.909.

- A prueba, Madrid, El Cuento Semanal nº 135.

- Además del Frac. Madrid, El Cuento Semanal, nº 184.

- A todo honor, Madrid, Los Contemporáneos, nº 4ó.

- El papá de las bellezas . Madrid, Los Contemporáneos, nº 203, 15 de noviembre de 1.912.

- Lo irreparable. Los Contemporáneos. Nº ó5.

- La sombra**.** Madrid. Los Contemporáneos. Nº 87. Los invencibles. Madrid, El Libro Popular, nº 32, 12 de agosto de 1.913.

- El semental. " Archiaristocráticas conquistas españolas del bello Gran Duque vienés Gastón de Beaurepaire". Madrid, El Libro Popular, nº 47.

- El sueño de la duquesa, Madrid, Los Contemporáneos, nº 33°, 23 de abril de 1.915.

- Miss Leis, Madrid, Los Contemporáneos, nº 343. - El náufrago. Madrid, El Libro Popular, nº 11, 19 de septiembre de 1.911.

- El moralista. Madrid, La Novela Corta, nº 18, de 1.91ó.

- Los abismos. Madrid, La Novela Corta, nº 97, 10 de noviembre de 1.917.

- Mi media naranja. Los Contemporáneos, nº 73.

- El domador de demonios (Póstuma). La Novela Corta, 103.

I. 4.- ESTUDIOS Y ENSAYOS

- Cuatro generales: Blanco. Primo de Rivera. Pola vieja y Lachambre, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1.897.

- La Campaña filipina (impresiones de un soldado), Madrid, Librería de Fernando Fe, 1.897.

- Socialismo individualista (1.904). Nuestro texto pertenece a la tercera edición de Obras Completas hecha por Renacimiento en 1.920.

- El amor en la vida y en los libros. (Mi ética y mi estética), (1.907). Madrid, Renacimiento, primera edición; incluye también su conferencia autocrítica leída en el Ateneo de Madrid en febrero de ese mismo año.

- La crisis de la civilización. La Guerra Europea. Madrid, Renacimiento, 1.915, primera edición.

I.5.- COMEDIAS

- La prima de mi mujer. Sevilla. Hijos de Acuña, 1.893.

- Trata de blancas. Madrid, La Novela Teatral, nº 1, 17 de diciembre de 1.916.

- La eterna víctima. Madrid, La Novela Teatral, nº 25, suplemento de La Novela Corta, Madrid, 5 de junio de 1.917.

Calcular hoy el número real de ejemplares que llegó a venderse de cada uno de estos títulos sería una labor poco menos que imposible al haberse perdido los archivos de la editorial Renacimiento en la que Felipe Trigo publicó casi toda su obra. Pero revisando los repertorios de publicaciones españolas de estos años podemos concluir que entre 1.908 y 1.916 Trigo llega a publicar 32 ediciones de 19 obras diferentes, sin contar las novelas cortas que en ese período de tiempo publica en las colecciones que antes hemos mencionado (38). Por otra parte, sólo en los seis meses siguientes a su muerte llegaron a venderse 30.000 ejemplares de sus obras (39) y, para 1.920, algunas de sus novelas más populares habían llegado ya a su novena edición. En ese mismo período de tiempo, Galdós publica 32 ediciones de 32 obras diferentes y Baroja 18 ediciones de otros tantos títulos, por mencionar sólo a dos de los escritores consagrados.

Si tenemos en cuenta además que cada una de estas ediciones de las novelas de Trigo llegó a alcanzar ti radas de hasta 10.000 ejemplares (40) y que El Cuento Semanal imprimió 60.000 copias de algunas novelas cortas de nuestro autor, comprenderemos inmediatamente el arraigo que estas obras consiguieron entre el público de su tiempo, sin que su componente erótico sea motivo suficiente para explicar este éxito realmente desproporcionado; otros autores que también abusaron de la temática erótica ni si quiera llegarían a aproximarse de lejos a este volumen de ventas.

La diferencia radica precisamente, y ahí creemos que hay que buscar el interés de la obra de Trigo, en que nuestro autor considera que la dialéctica de los afectos es la célula elemental de la dialéctica social y que, por tanto, cualquier intento de reforma social habría de pasar necesariamente por la implantación generalizada de un nuevo código de comportamiento en la relación hombre mujer. La evidente y repetida transgresión que encontramos en todas sus novelas de un determinado tipo de moralidad creemos que tiene una justificación mucho más profunda que el desentono con fines comerciales o por simple incapacidad de nuestro autor para hacer otra cosa.

En realidad, más que contar una historia de amor con todas las crudezas y escabrosidades sexuales que se quiera, las novelas de Trigo lo que pretenden realmente es enfrentar de forma dialéctica dos tipos de moralidad: aquélla que era usual en la sociedad de su tiempo y aquella otra que, según él, debiera sustituirla, basándose precisamente en que, dado el carácter convencional de toda moral social, ésta debería cambiarse cuando así conviniese a la mayoría de los individuos y lo exigiesen unas circunstancias históricas.

Ese éxito masivo de las novelas que estudiamos creemos que en ningún caso puede explicarse sólo porque en ellas hay de componente erótico pues, según aportábamos antes, la dialéctica de los afectos es un aspecto más, aunque importante, de toda la problemática social tal y como la entiende nuestro autor. Puestos a buscar explicación, pensamos, en cambio, que la aceptación mayoritaria de las novelas de Trigo obedece sin duda a que en ellas supo recoger lo que constituía una especie de subconsciente colectivo entre sus contemporáneos: encontrar las respuestas éticas adecuadas a una nueva situación histórica y social donde ya no servían los códigos morales tradicionales eminentemente represivos para las aspiraciones de goce de la moderna clase media española. Al elegir la novela como medio de transformación social a través precisamente de la transformación moral que ésta podía ejercer, según él, quería recrear literariamente las directrices básicas de un reformismo por el que pretendía llegar a la integración de aquellos términos que sólo aparentemente estaban en conflicto.

Así, el principio de justicia que debiera presidir las relaciones interindividuales en la nueva sociedad, tenía que basarse necesariamente en una relación también más justa entre el hombre y la mujer; y lo mismo que la voluntad mayoritaria de los individuos debía imponer las leyes sociales, la dialéctica de los afectos debería estar presidida igualmente por el respeto integral al hombre como realidad ontológica, mezcla de fisiologismo e inteligencia. Sería absurdo pensar, cree Trigo, que se pudiera llegar a una sociedad mejor si no se tenían resueltos los conflictos afectivos, por cuanto en estos se encuentra la célula elemental de toda relación social.

En consecuencia, la temática erótica que eligió como motivo argumental prioritario de casi todas sus novelas formaba parte en realidad de todo un proyecto de modelo político y social con el que Trigo intentaba mejorar los desajustes e injusticias de la sociedad española de su tiempo, ya que no con la acción directa, erigiéndose en artífice de un nuevo tipo de moral social y anunciando a sus lectores las líneas

maestras de una ética individual que, según él, tenía que ser previa a todo intento de transformación social. Influído por los distintos pensadores que en esos años defienden la ley de la integración universal, especialmente por Spencer, Y por el principio igualitario del socialismo, Felipe Trigo entiende que en la sociedad, como un todo orgánico que es, debía exigirse el respeto de las partes al todo, y viceversa; lo mismo que en los individuos, entendidos igualmente de manera orgánica, debía exigirse el respeto a su parte material y espiritual.

Ahora bien, como en la relación hombre-mujer se da la primera y más elemental relación natural de sociabilidad, era lógico pensar que ahí radicaban no pocos de los males del problema social de una sociedad burguesa donde la unión de la pareja obedecía casi siempre a leyes mercantilistas. Solucionado entonces el problema sexual, estaría solucionado en gran medida el problema social. Por aquí es por donde pensamos que hay que entender el nunca bien definido erotismo de las novelas de Trigo y su mayoritaria aceptación por el público de su tiempo.

La situación y el acierto de Felipe Trigo como escritor pensamos que hay que buscar la dentro del amplio proceso de transformación que se opera en el fin de siglo español, gracias al protagonismo político y social que va adquiriendo una moderna clase media cada vez más numerosa e influyente. En la medida en que supo recoger como objeto y fin al mismo tiempo de toda su obra los problemas de esa nueva clase social, y en la medida en que fue capaz de ofrecer le una ideología adecuada a sus aspiraciones de modernidad en unas novelas con las que los lectores podían sentirse fácilmente identificados, las claves de su éxito estaban ya sentadas. Otra cosa será la fórmula literaria que utiliza para ese ejercicio de ida y vuelta, y de ello tendremos que ocuparnos preferentemente. Entre tanto, vamos a analizar ahora todos aquellos aspectos "externos" que pueden ayudarnos a comprender mejor cuáles son los ejes estructurales de su obra y, para ello, nada mejor que empezar por aquellos condicionamientos personales que van a tener alguna importancia en toda su novelística.

II.- PERFIL BIOGRÁFICO

En esta explicación global que intentamos buscar para la obra de Felipe Trigo, hemos creído conveniente reconstruir, siquiera sea brevemente, todas aquellas experiencias personales de nuestro autor que de alguna manera iban a incidir en la visión del mundo que se desprende de sus novelas y que, dado el carácter

eminentemente autobiográfico de gran parte de la narrativa del fin de siglo, pueden ayudarnos a comprender mejor por qué selecciona algunos temas y en qué se fundamentan las soluciones que propone.

Para esta reconstrucción, nos ha sido de gran utilidad el libro de Manuel Abril que ya hemos mencionado otras veces (41) pero, sobre todo, el único volumen publicado de Las Sonatas del Diablo, título con el que Felipe Trigo tenía proyectado ofrecer al público sus memorias "para demostrar cómo lo que en mí fueron experiencias vividas pasaron después, con ligeras variaciones, a ser novelas, las novelas de mi vida" (42). De los seis volúmenes anunciados, sólo uno, En camisa rosa fue publicado realmente por el fin prematuro que nuestro autor puso a sus días; pero en ese único volumen encontramos ya los datos suficientes para reconstruir con bastante aproximación lo que fue una vida dedicada por completo a la novela y vivida ciertamente de forma un tanto novelesca. En estas palabras del prólogo podríamos cifrar no pocas de las claves que explicarían tanto la vida de Felipe Trigo como cada una de sus novelas, dos caras de una misma moneda cuya máxima identificación la encontraremos sin duda en su decisión última como personaje histórico:

Por muy feliz me contase -escribe- si la vulgar historia de mi vida, que es al cabo la de millones y millones de hombres y mujeres, hubiese siquiera de servir para ir despertando en la conciencia social el convencimiento de la inutilidad de todas las educaciones frías y reglamentadas, muy llenas de idealismos, muy llenas de pureza, tan clamoreadas desde el púlpito como desde la escuela y la cátedra, bajo la divina advocación **...,** mientras lo sentimental, mientras el amor humano, suelto y libre y degenerado por la absoluta ineducación cordial del mundo, puede seguir enfrente realizando su vasta y estúpida obra de perversiones que, al revés, debiera ser de altísima guía espiritual y de concordia (43).

El protagonista real de esa historia vulgar, Felipe Trigo y Sánchez, nace el 13 de febrero de 1.864 en Villanueva de la Serena (Badajoz) y es hijo del ingeniero D. Felipe Trigo y de doña Isabel Sánchez, que había aportado al matrimonio una mediana herencia familiar de cuyas rentas tendrían que vivir, no con pocas dificultades, él y dos hermanas más tras la temprana muerte de su padre (44). Esta circunstancia luctuosa provocó sin duda una experiencia negativa en el joven Trigo que se repite después como rasgo común en casi todos los protagonistas de sus novelas: Esteban, de En la carrera y El médico rural; Demetrio, de Reveladoras; Luciano, de Las ingenuas ..., son meros trasuntos del propio autor y como él, están preocupados por todos los problemas

que afectan a una clase media terriblemente conservadora en sus costumbres y que, sin embargo, no termina de ver con absoluta claridad la conveniencia histórica de alinearse con las nuevas tendencias democráticas socialistas para evitar que sus familias quedasen en la indigencia por falta de un capital sólido si, como a él le sucedió, desaparecía por muerte prematura quien con sólo su trabajo mantenía a toda su prole (45).

Aparte de esta condición de huérfano, uno de los recuerdos de la infancia que más tiempo perduraría en la memoria de nuestro autor fue el sentido de frustración que le había producido el tipo de educación que él había recibido y que aquella sociedad casi ancestral imponía a los niños de su tiempo en aras de un pretendido fin ultraterreno, sin ocuparse para nada de formar ciudadanos para el mundo. Estas palabras con las que resume después esa etapa de su vida adquieren su verdadero significado al contrastarlas con su convicción posterior de que cualquier intento de mejora social tendría que partir necesariamente de una instrucción generalizada para todos los ciudadanos y de un nuevo concepto de la educación que enseñase al hombre a sentirse orgulloso de su propia naturaleza y a desarrollarse armónicamente tanto en lo espiritual como en lo físico:

> *Nací en Europa; y siguiendo las costumbres de mi patria sabia y grande se me reató entre fajos y mantillas, se me hurtó del aire y de la luz, a pretexto de que pudiera constiparme, y se me hizo respirar sahumerios de alhucema.*
>
> *Al año ya me había hecho entablar pavorosas relaciones con el coco; y hasta los cinco fuéronme entenebreciendo la existencia por medio de diablos y brujas y trasgos y fantasmas y asesinos con toda clase de espantos a la muerte. Enviáronme a una escuela oscura y triste, donde a mí y a otros treinta muchachos nos hacían cantar nueve horas cada día los carteles y la salve. Mientras tanto los pájaros volaban al sol bajo los cielos, yo, niño aspirante a hombre, a rey de la creación, tenía que vivir considerando siempre mi destino ... de ultratumba (46).*

Precisamente contra esta total disociación que suponían la norma moral y social al uso con las propensiones naturales humanas iban a ir dirigidas las más furibundas críticas de todas sus novelas, según tendremos ocasión de ver.

A los once años, según nos cuenta en el primer volumen de sus memorias En camisa rosa, tiene ya su primera experiencia sexual a manos de una prostituta, como víctima, piensa él, de una sociedad cuyo fundamento moral es la aparente respetabilidad a una norma establecida y que, en tanto se preocupa de reservar sus castas señoritas para el matrimonio, deja que los jóvenes varones se ejerciten en el amor acudiendo a los prostíbulos o con las propias criadas de la casa. Pero mejor que buscar una explicación de tipo patológico en ésta su experiencia precoz que pudiera condicionar su interés posterior por todo lo relacionado con el sexo, creemos que estos recuerdos no son sino una crítica más contra un determinado tipo de sociedad que sólo podía provocar frustración entre sus jóvenes.

Y en efecto, esa misma sociedad respetabilísima se encargaba de poner infinitas trabas a la libre unión de jóvenes parejas no independizadas económicamente, según le ocurriría al propio Trigo, convirtiendo el matrimonio en un mero contrato de conveniencias donde no contaban para nada las afinidades afectivas de los contrayentes; esto obligaría a que muchas jóvenes tuvieran que dedicarse a la prostitución como único medio posible de ganarse la vida, si Fortuna no había sido favorable con ellas, o en el mejor de los casos, a convertirse en resignadas esposas, si los recursos familiares así lo permitían. El sentido de frustración que provocaban estas prematuras relaciones sexuales y los efectos negativos consiguientes que él mismo tuvo que padecer constituyen el motivo argumental de Reveladoras y Los invencibles, así como de En la carrera y El médico rural, donde nos cuenta su propia historia afectiva como adolescente.

Estos conflictos de tipo afectivo iban a ser una constante en toda la juventud de nuestro autor. Así, una vez trasladado a Madrid para estudiar Medicina en el Hospital de San Carlos, se ve envuelto en un nuevo asunto de faldas que le acarrearía no pocos problemas. Según nos cuenta en La clave, se trata de una relación mantenida con la mujer de un pariente suyo por la que su familia le retiraría la ayuda económica para permanecer en Madrid. Continuó, sin embargo, sus estudios, y poco después, sin haber terminado aún la carrera, contrae matrimonio con una compañera de clase, Consuelo, con quién había de pasar no pocas penurias de tipo económico hasta que consigue la titular de médico en Trujillanos, un pueblecito cercano a Mérida. Desde este su primer destino como médico rural inicia ya su proyección pública contribuyendo activamente a la creación de la agrupación socialista de Badajoz y aportando cantidades de dinero considerables a la suscripción abierta por El Socialista, donde poco después

aparecerían sus primeros artículos (47). Precisamente en agosto de 1.888 el propio Pablo Iglesias, como director del semanario, tendría que defenderle de una denuncia presentada contra él por las acusaciones que hacía en uno de esos artículos a la farsa parlamentaria de las Cortes españolas y por sus ataques continuos a la existencia del capital privado como único causante de todos los males sociales.

Por lo que se refiere a la evolución de su pensamiento, pronto abandonaría esta pasajera filiación a los principios básicos del marxismo y en 1.891, fecha en que publica en El Globo su Etiología moral, se observa ya una clara desviación hacia el socialismo revisionista que por esos años se estaba desarrollando en casi todos los partidos socialistas europeos Y que en el nuestro tuvo también una importancia considerable (48). Frente al determinismo economicista anterior y su llamada a la acción revolucionaria como único medio de mejora social, aquí se observan ya claras muestras del reformismo educativo que después caracterizaría su pensamiento político.

Desilusionado muy pronto y cansado de los inconvenientes que suponía el ejercicio de la Medicina rural, consigue aprobar unas oposiciones a Sanidad Militar y es destinado a Sevilla. Allí estrenará una comedia de tipo costumbrista; colabora también en la prensa madrileña y dirige el semanario Sevilla en broma, hecho a semejanza del Madrid cómico, del que sólo saldrían seis números.

En 1.892 es destinado a la fábrica de cañones de Trubia (Oviedo), en cuyo ambiente industrializado iba a situar una de sus más logradas novelas, Alma en los labios vertebrada precisamente en torno al enfrentamiento dialéctico entre el modo de comportamiento anglosajón y el propiamente mediterráneo (49). Sin embargo, poco tiempo permanecería en tierras asturianas, dado que por conveniencias de un negocio familiar en Mindanao decide alistarse como voluntario para ir a Filipinas, donde estaría a punto de perder la vida en uno de los asaltos de los bedas (50). Este incidente, por otra parte, condicionaría en no escasa medida su dedicación definitiva a la literatura una vez que fuese repatriado como mutilado de guerra con el empleo de Teniente Coronel (51).

Así, tras ser considerado como un auténtico héroe de guerra por la prensa del momento y rechazar el gobierno de la isla de Cuba que le había ofrecido Cánovas, decide retirarse a su Extremadura natal para terminar la redacción de su primera novela, Las ingenuas, que decide publicar por su cuenta al no admitir la poca cantidad de dinero que le ofrecía Maucci por los derechos de autor; para ello, se reincorpora como médico rural en Mérida hasta que consigue reunir las cinco mil pesetas

necesarias para hacer una edición de lujo con una tirada inicial de quinientos ejemplares que se agotarían en sólo tres meses (52).

Alentado por el éxito de esta primera novela en dos tomos, publica poco después La sed de amar (1.903), donde recoge también sus experiencias vividas en Mindanao, Alma en los labios (1.903), La Altísima (1.907) **...,** logrando una acogida tan calurosa por parte del público y de la crítica que le obligaría a permanecer largas temporadas en Madrid para gestionar personalmente la edición de sus novelas, hasta que en 1.906 decide instalarse definitivamente en la capital (53).

A los títulos ya mencionados les suceden otros con un promedio de dos por año hasta que en 1.907 es invitado por doña Emilia Pardo Bazán, directora del Ateneo, ara pronunciar una conferencia autocrítica en un ciclo en el que participaban también Valle-Inclán, Unamuno y Baroja. Felipe Trigo interviene el 17 de febrero de 1.907 con una ponencia que titula "La impotencia de la crítica ante lo emocional en la novela moderna", donde trataba de explicar su manera muy particular de entender la novela y la misión que, según él, le correspondería al crítico (54).

Al año siguiente, 1.908, forma parte del jurado que había de premiar la obra de un escritor novel en concurso patrocinado por El Cuento Semanal, junto con Valle-Inclán, Baroja y Zamacois como director de la colección; el premio recaería por unanimidad en Nómada, de Gabriel Miró, con quien posteriormente le uniría una profunda amistad, según se puede observar en la correspondencia habida entre ambos y que nos ha sido facilitada por el profesor Ruiz Silva.

Para estos años, Felipe Trigo ya se había convertido en uno de los autores más leído del momento y con más honda repercusión en los ambientes literarios madrileños de principios de siglo. Las cifras en este sentido no pueden ser más elocuentes y nos muestran bien a las claras el grado de aceptación que tenía cada una de sus novelas -seis entre 1.908 y 1.909-. Teniendo en cuenta además que el número de ejemplares de cada edición sobrepasaba con mucho a los lanzados por los escritores consagrados y que el precio de venta era también algo superior al de las novelas de otros autores, comprenderemos inmediatamente que Felipe Trigo lograse hacer una fortuna con sus libros que sólo Blasco Ibáñez llegaría a sobrepasar. El propio Trigo declara en 1.916 que para entonces Las ingenuas le llevaban producidas unas cien mil pesetas y que sus ingresos anuales por derechos de autor estaban en torno a las sesenta mil pesetas, cifra exorbitante si la comparamos con las diez mil pesetas que en el mejor de los casos lograban ingresar algunos escritores consagrados o con las tres mil pesetas que

entonces ganaba un catedrático de Universidad (55). Estos ingresos le permitían vivir con cierta holgura económica y rodear su persona de un cierto hálito de misterio en los ambientes madrileños, permitiéndose el lujo incluso de editar una tarjeta de presentación en la que formaba parte con el número dos de una serie de escritores ilustres, inmediatamente después de Cervantes.

No obstante, el ritmo de trabajo que esto le exigía provoco en nuestro autor frecuentes estados de neurastenia que le obligarían a realizar un viaje de descanso a París en 1.911 e inmediatamente después a la Argentina. Durante ese viaje a París, la casa editorial Michaud le ofrece la dirección de un periódico que por dificultades de tipo económico no se llegaría a editar nunca; por su parte, el viaje a Hispanoamérica, donde fue recibido como un auténtico ídolo rivalizando y polemizando con Blasco Ibáñez, le sirvió lógicamente para una mejor difusión de sus obras en el subcontinente americano, según nos cuenta en Del frío al fuego.

Vuelto de nuevo a España, publica dos de sus mejores novelas: El médico rural (1.912) y Jarrapellejos (1.914), en cuyo prólogo confiesa su total simpatía por D. Melquíades Álvarez y el Partido Reformista que éste había fundado junto con Azcárate en 1.912, por cuanto era un proyecto político que recogía casi literalmente el propio intento de Trigo de mejorar la situación social de nuestro país por vía reformista, oponiéndose tanto al doctrinalismo marxista como a la rigidez de los partidos conservadores, y por cuanto, según él, iniciaba de alguna manera nuestro moderno liberalismo (56).

Su ya resquebrajada salud y este ritmo de trabajo le obligan a retirarse a su Extremadura natal, lo que en ningún caso supuso un obstáculo para que iniciase la organización de un nuevo periódico que se iba a llamar La Vida y en el que tenían confirmada su participación la Pardo Bazán, Melquiades Álvarez, Lerroux, Benlliure y Unamuno y Cajal en la sección científica, con la finalidad primordial de retribuir con holgura a sus colaboradores. El proyecto estaba prácticamente concluído, pero en realidad nunca llegaría a publicarse por la muerte inesperada de Trigo el 2 de septiembre de 1.916 al poner fin voluntariamente a sus días (57).

En cuanto a las causas que pudieron inducirle al suicidio no están aclaradas en absoluto por quienes se han ocupado del tema, y mucho nos tememos que nosotros tampoco podamos ofrecer excesiva luz sobre el asunto. Lo que sí parece evidente es que en ningún caso tuvieron nada que ver, como pretenden algunos, causas de tipo económico con la decisión última de Trigo; la editorial Renacimiento le tenía abierto a

nuestro autor un crédito incondicional del que sin duda respondían ampliamente los derechos de autor de sus novelas. Puestos a buscar ana explicación para su suicidio, quizás haya que entender éste como una consecuencia más, la última, del callejón sin salida al que llevaban la mayor parte de sus supuestos éticos en una sociedad que no permitía fácilmente la modificación del comportamiento social tipificado para cada uno de sus individuos.

En este sentido es significativo el hecho de que los protagonistas de sus últimas novelas reflexionen casi todos sobre la significación liberadora y casi mística del suicidio en aquellos casos de incomprensión y desaliento por no poder hacer efectivos en la práctica sus ideales. La neurastenia, rasgo también repetido en los personajes de estas últimas novelas, sería definida así por nuestro autor:

> *No es más que la resultante del desequilibrio entre la vida racional natural y la vida social convencionalmente natural que están en pugna franca en nuestro tiempo.(58).*

Sin ánimo de parangonar lo en ningún caso con Larra, podríamos afirmar que nos encontramos ante dos casos parecidos en lo que se refiere a su decisión última y que pudo venir provocada en gran medida por la imposibilidad de que sus ideales reformistas triunfasen ante unas circunstancias objetivas que los hacían prácticamente inviables.

Los problemas depresivos de Trigo, agudizados en estos últimos años de su vida, crearon sin duda en el ánimo de nuestro autor una sensación de impotencia y de miedo ante la posibilidad de enloquecer que pudieron llevarle a optar por el suicidio, no sólo por lo que en éste encontraba de liberación para esos padecimientos suyos sino viéndolo como un auténtico deber de quien había creído ciegamente que el mayor don del hombre era precisamente la Vida, pero siempre que éste fuese capaz de vivir con plenitud y dignidad aquellos gozos que se le ofrecían en lo más estrictamente material. Convencido de su incapacidad para mantener esta actitud como norma de conducta, el suicidio se le ofrecía como el único final coherente al fracaso al que le habían llevado sus convicciones reformistas de pequeño burgués, al serle continuamente negadas por una serie de condicionamientos objetivos y prácticas sociales profundamente arraigadas en la tradición.

Sin negar las razones de tipo patológico, que de hecho las había, no podemos. olvidar tampoco que las abundantes contradicciones a las que se halla sometido la

ideología pequeñoburguesa de fin de siglo, a la que Trigo permaneció siempre fiel, pudieron coadyuvar en la decisión que le llevó a optar por el final trágico de su vida al sentirse incapaz de adecuar esa ideología pequeñoburguesa a los condicionamientos sociales de todo tipo que se daban en la práctica.

Sean cuales fueren estas causas, lo cierto es que Felipe Trigo pondría fin voluntariamente a esa vida contradictoria suicidándose el 2 de septiembre de 1.916 y dejando una simple nota de despedida a sus familiares en la que les pedía perdón y comprensión por lo que parece fue un acto perfectamente premeditado (59).

Por lo demás, y para completar este breve perfil biográfico, conviene recordar la auténtica vocación de periodista que Trigo sintió siempre y a la que se dedicó con cierta asiduidad antes de consagrarse definitivamente como novelista. Este interés suyo por el periodismo va desde la participación en la creación de periódicos nuevos, como el ya mencionado de La Vida o un periódico local que editaron un grupo de amigos en Badajoz, hasta la colaboración en numerosos diarios y revistas del momento con abundantes artículos en los que se replantea con presupuestos nuevos cuál es el auténtico problema de España. En esta faceta como periodista cabe destacar su participación en las diferentes revistas que sirvieron de órgano de expresión a los intelectuales españoles del fin de siglo para canalizar sus críticas contra el modelo social y estético que había impuesto la clase dirigente de la Restauración; entre éstas, cabría destacar por su importancia: Vida Nueva (60), Germinal (ó1) y Revista Nueva (62) en las que tuvo una notable colaboración el autor de Jarrapellejos.

Sin embargo, el caso de Felipe Trigo difícilmente podría reducirse a alguno de los dos grandes bloques en los que se han agrupado las diferentes respuestas de los intelectuales españoles a la crisis ideológica y política del fin de siglo. Puestos a clasificarlo, creemos que tanto la trayectoria personal de Felipe Trigo como el conjunto de su obra apuntan a la existencia de un tercer grupo de intelectuales que coincidirían en algunos aspectos con los rasgos definitorios de modernistas y noventaiochistas, aunque con una entidad propia que los diferencia perfectamente de unos y de otros; pero éste es un aspecto que, dada su importancia, analizaremos después con más detenimiento. Por lo que se refiere al caso concreto de nuestro autor, pensamos que su obra hay que comprenderla des- de esa nueva situación estructural e ideológica que marca el tránsito de la sociedad española al siglo XX, pues justo desde esa coyuntura es desde donde iba a intentar su proyecto novelesco y también desde donde le iba a ser

devuelto en forma de un éxito masivo que no excluía tampoco la reprobación moral de algunos sectores.

Lo que sí resulta evidente en cualquier caso es que la novelística de Felipe Trigo se inserta en un contexto más amplio en el que la literatura es entendida como un eficaz medio de transformación social, si bien en cada uno de los casos se utilizará para unos determinados fines, pero que en todos ellos supone un deseo generalizado de ruptura total tanto con el modelo ideológico decimonónico impuesto por la clase dominante de la Restauración como con los modelos literarios que le eran consustanciales.

Lo importante, en cualquiera de los casos, era precisamente que al escritor se le ofrecía un amplio abanico de posibilidades de actuación política, social e ideológica desde donde podía intentar cambiar la realidad del país con la que casi todos se sienten en desacuerdo.

Y por lo que se refiere a Felipe Trigo, creemos que lo verdaderamente importante es que, además de enfrentarse con una clara actitud crítica contra ese modelo que todos quieren superar, es capaz al mismo tiempo de diseñar una nueva manera de relacionarse con la realidad que partiendo de un concepto nuevo de la dialéctica de los afectos como célula elemental de toda relación social supone en realidad un proyecto político perfectamente adecuado a las aspiraciones siempre contradictorias de la burguesía progresista española de principios de siglo.

En tanto que la obra de nuestro autor se surte con preferencia de los contenidos temáticos derivados de esa situación de crisis que afecta a la sociedad española del fin de siglo, y en tanto que supone una búsqueda de respuestas ideológicas y estéticas para intentar superar la, pensamos que se hace necesaria una breve reflexión sobre todos aquellos factores que provocan esa crisis, para ver a continuación cómo son analizados por nuestro autor y ponerlo en relación con los otros frentes de ruptura que intentan superar ese estado de cosas.

III.- FELIPE TRIGO EN LA CRISIS DE FIN DE SIGLO

Por los años en que nuestro autor entra en el mercado literario -recordamos que su primer texto localizado está fechado en 1.887- tienen lugar en nuestro país una serie de acontecimientos de distinta índole que iban a tener una importancia capital para la historia contemporánea de España en su lenta pero progresiva transformación en un

auténtico estado moderno, entendiendo por tal un modelo de sociedad cada vez más desarrollado industrialmente dentro del sistema de producción típicamente capitalista.

Conocer alguno de los aspectos más destacados que lleva consigo esa transformación de una sociedad propia del Antiguo Régimen hacia un modelo social con cierto grado de desarrollo industrial que exige un nuevo sistema de valores, pensamos que puede ayudarnos a comprender mejor algunas claves de la obra narrativa que estudiamos; ésta, según queda apuntado, está planteada en su conjunto como una clara respuesta literaria a la crisis que una transformación de ese tipo provoca, a la vez que supone también la búsqueda de respuestas éticas adecuadas para poder superarla.

BIBLIOTECA VIRTUAL

III.1. - EL CONTEXTO SOCIOPOLÍTICO

El marco más estrictamente político en el que se produce la obra de nuestro autor coincide casi plenamente con el periodo en el que permanece en el Trono la restaurada Casa de Borbón, con las implicaciones sociales y económicas que aquí vamos a tener ocasión de esbozar muy brevemente.

Entre estas últimas, quizás la que tenga una mayor trascendencia para los objetivos que a nosotros nos interesan sea precisamente la que se deriva del proceso de transformación que durante esos años lleva a nuestro país de una sociedad claramente preindustrial a un nuevo modelo de producción en el que el desarrollo industrial y las consecuencias que esto lleva consigo alcanzan ya topes bastante significativos; y si esa transformación supone siempre una serie de contradicciones de todo tipo, en el caso concreto de nuestro país, éstas llegan a adquirir un dramatismo muy especial al estar fomentada por un colonialismo económico que mantiene intactas las viejas estructuras estamentales.

Para Felipe Trigo, este era precisamente el principal reto que tenía planteado nuestro pueblo (63) en los albores del siglo XX: adaptar las instituciones y los usos morales al desarrollo material que se estaba consiguiendo. Su actitud frente al progreso material nunca estuvo marcada por el antiindustrialismo que caracterizó a muchos de nuestros intelectuales durante esos años. Antes al contrario, sin renunciar un ápice a las ventajas de ese desarrollo material, lo que Felipe Trigo vio con absoluta clarividencia era el carácter convencional que tanto las instituciones sociales como los valores morales tenían en toda coyuntura histórica y, por tanto, que eran susceptibles de cambio cuando ésta se modificase.

Consciente de que esa modificación se estaba produciendo en nuestro país, nuestro autor entiende, y así lo hace ver a sus lectores en toda su obra, que el progreso material es un derecho irrenunciable del carácter de perfectibilidad que define a la naturaleza humana, pero que sólo tendría algún sentido si iba acompañado de una previa transformación ética de los individuos y de los valores morales de la sociedad tradicional; de lo contrario, ese progreso material, sería una simple conquista de las cosas, pero nunca una conquista del hombre en su integridad.

Este es el alcance real que Felipe Trigo pretende con toda su obra, y desde esta perspectiva pensamos que tenemos que estudiarla: como una auténtica transfiguración literaria del reformismo ético y moral que, según él, debe preceder o acompañar a toda transformación social importante.

Vamos a ver entonces con más detenimiento cuáles son las circunstancias objetivas en las que se produce esa transformación en nuestro país y el punto de vista adoptado por nuestro autor para su análisis.

Con la simplificación que aquí nos vemos obligados a hacer, podríamos afirmar que la obra de Felipe Trigo se inicia en un momento en el que la práctica social, moral y política de la España de la Restauración, inspirada claramente en valores de signo tradicionalista, se estaba viendo sometida a una profunda crisis ideológica y estructural cuya primera manifestación violenta se había producido ya en el 68, y cuyas implicaciones en ningún caso habían sido superadas por la aparente "convivencia pacífica entre todos los españoles" que Cánovas había intentado implantar por la fuerza.

Quizás convenga recordar que la mayor parte de esos problemas tenían su origen en el apartamiento casi total de la vida pública que una minoría oligárquica imponía a amplios sectores de una burguesía de extracción no aristocrática y a un reducido, pero influyente, grupo de intelectuales de procedencia pequeñoburguesa, cuyos ideales revolucionarios coincidirían en un primer momento con los intereses de la masa popular, en un intento común de replantear el proceso de ruptura que se había iniciado en el 68 y que había quedado frustrado definitivamente en el 74.

Y si bien es verdad que el sexenio revolucionario había fracasado en muchas conquistas prácticas, durante esos años se habían creado las condiciones de libertad suficientes para que inmediatamente después de que Cánovas formase el primer gabinete de la Restauración se intentasen distintas tentativas para culminar el proceso revolucionario que ya venía retrasado con relación a otros países.

Lo que realmente nos importa aquí es que en esos últimos años del siglo XIX se inicia una amplia ofensiva ideológica, que en ocasiones llega a la acción directa, contra la España oficial de la Restauración, cuyos objetivos últimos se cifraban precisamente en conseguir los reajustes estructurales necesarios para hacer posible que llegasen a los órganos de poder la cada vez más numerosa e influyente clase media. y los sectores más bajos de la sociedad; esa ofensiva contra el bloque oligárquico dominante caracteriza de una manera muy particular la versión española de la crisis de fin de siglo, y en ella participa Felipe Trigo de un modo que no es ni mucho menos desdeñable, según vamos a tener ocasión de ver.

Por lo que se refiere a la realidad política y social de nuestro país durante esos años, y sin pretender hacer un análisis pormenorizado, sí nos parece conveniente resaltar el hecho de que la teoría restauradora canovista "para restablecer la convivencia entre todos los españoles", ideada por el político conservador tras la experiencia del sexenio revolucionario, lo que había venido a suponer en la práctica era un aparente pactismo entre los extremos anarquistas y autoritarios, con el fin único de salvaguardar los intereses particulares de una minoría oligárquica de propietarios, a costa lógicamente de silenciar los graves problemas que se habían planteado de forma violenta en el período comprendido entre el 68 y el 74 y que en absoluto habían quedado resueltos con la pacificación ficticia que Cánovas había logrado (64).

En realidad, esa práctica social y política de la Restauración pronto vino a demostrar que se trataba únicamente de una versión renovada de la organización del Estado en la que se seguían manteniendo el mismo sistema de privilegios y las características fundamentales de una sociedad propia del Antiguo Régimen, que podríamos resumir en unos pocos pero significativos rasgos:

- Mantenimiento de la primacía de una población y una economía eminentemente agrarias, con una distribución de la propiedad de la tierra exageradamente latifundista, donde los propietarios, en lugar de preocuparse de cultivar sus tierras y hacerlas productivas, las dedicaban al pasto de una ganadería extensiva y facilitando que en sus baldíos anidasen las plagas que después asolarían las pequeñas propiedades (65).

Los censos de población de estos años no pueden ser más ilustrativos en este sentido; en 1.887, la población activa española se divide en un 66'5% para la agricultura, 14'7% para la industria y 18'8% en servicios (66). Lo que no impedía en ningún caso que la presión fiscal recayese con preferencia sobre los pequeños y

medianos propietarios, y que tanto los órganos de decisión política como económica estuviesen reservados a unos grupos minoritarios pues, como es sabido, el sufragio universal restringido no se implantaría en nuestro país hasta 1.890.

- Pacto coyuntural entre la burguesía adinerada y la vieja aristocracia que, aleccionadas por los sucesos violentos de La Septembrina, habían estrechado filas contra el proletariado y las clases neutras a quienes consideraban su enemigo común. Quedaba así frustrado en nuestro país el desarrollo definitivo de un sistema capitalista moderno que introdujera un concepto productivo del dinero, según estaba sucediendo ya en la mayor parte de los países europeos; en España, mientras tanto, la aspiración máxima de todo hombre público seguía cifrándose en adquirir un título nobiliario que, por otra parte, los gobiernos de turno se encargaban de conceder con amplia holgura (67).

- Como consecuencia de todo lo anterior y para mantener ese sistema de privilegios, era imprescindible una completa red de caciques que se ocupasen de velar por el orden establecido y que, según vio muy bien Felipe Trigo, entre otros, suponía la vuelta a un nuevo sistema feudal, peor incluso que el medieval, que privaba de cualquier objetividad los resultados electorales e imponía una administración de la Justicia decidida a capricho de la omnímoda voluntad del cacique de turno.

- Despreocupación total por parte del gobierno del tema de la enseñanza, con el fin de mantener de forma premeditada un bajo nivel de alfabetización como mejor garantía de que la ignorancia impidiese ver a los ciudadanos la auténtica realidad del país; las conocidas palabras de Bravo Murillo, a la sazón ministro de Instrucción Pública unos años antes, podrían ser el lema que casi todos los gobiernos del momento siguieron en materia educativa: "No quiero hombres que piensen, sino bueyes que aren la tierra". Por otra parte, el control financiero e ideológico de la prensa del momento por parte de personas integradas en el sistema hacían derivar la opinión pública de los pocos españoles que sabían leer hacia cuestiones intrascendentes como los toros o la crónica parlamentaria, despreocupándose por completo de los problemas más importantes y acuciantes (68).

Para no insistir más en esta breve caracterización, el período de nuestra historia al que aquí nos estamos refiriendo podría quedar resumido en estas palabras de J. García Escudero, si le damos al pretendido pactismo de Cánovas el sentido eminentemente elitista que en realidad tiene:

La legislación de la Restauración es la falsificación del momento en que propietarios y comerciantes, dueños de la sociedad, erigen doctrinalmente el capital y la propiedad en únicos fundamentos del orden social (ó9).

Diagnóstico que, según tendremos ocasión de ver, anticiparía ya Felipe Trigo con absoluta contemporaneidad y clarividencia.

Ahora bien, lo que a nosotros nos importa realmente para los objetivos que aquí perseguimos es el hecho de que ese aparente pactismo y su fundamento ideológico tradicionalista estaban montados conscientemente al margen de la realidad auténtica del país, por lo que no era de extrañar su progresivo desgaste tanto por razones puramente estructurales como por el anacronismo de una ideología propia del Antiguo Régimen en una sociedad cuyo desarrollo industrial ya empezaba a tener cierta importancia. y si bien es verdad que en un primer momento no se llega a producir una ruptura total porque los propios dirigentes de la Restauración se encargan de la institucionalización de esa crisis, no era menos cierto también que ya en los primeros años se observan claros síntomas de que "la convivencia pacífica" esgrimida por Cánovas era pura quimera.

Durante estos años del último tercio del siglo XIX en los que Felipe Trigo inicia su actividad literaria se observan ya una serie de datos objetivos que están anunciando de alguna manera la quiebra definitiva de esa España apegada a la tradición. Así, en el período comprendido entre el 90 y el 97 se duplica la producción de hulla y de hierro en nuestro país; aparecen en el Norte y en Asturias las primeras grandes industrias modernas; el tendido ferroviario alcanza ya al terminar el siglo los trece mil kilómetros; la industria textil catalana da inequívocas muestras de un desarrollo cada vez más espectacular; la producción de harina en Castilla, por último, alcanza igualmente cifras muy considerables (70). Aspectos todos ellos que iban a tener también un perfecto reflejo en el tipo de ocupación de la población activa y en el sistema de dependencias económicas; para 1.900, los censos de población nos dan ya la cifra de noventa y nueve mil personas dedicadas a la minería y a la industria; dieciocho mil ferroviarios; millares de pequeños funcionarios y un número considerable de artesanos y pequeños patronos que ya no dependían directamente de los trabajos relacionados con el campo y cuya independencia económica hacía más difícil su control por parte de la clase dominante.

Todos estos hechos implicaban también una mayor y más completa organización del movimiento obrero, que tendría distinto signo según cada una de las regiones. Así, la U.G.T. sería el sindicato que contaría con mayor número de afiliados en el Norte de la península, llegando en 1.899 a contar ya 15.264 en todo el país; en Cataluña, por el contrario, son las centrales de signo anarquista las que gozan de mayor credibilidad entre *los* trabajadores, mientras que en el campo andaluz y extremeño continúan las rebeldías seculares de los braceros sin una organización bien definida. Recordamos en este sentido que en 1.892*,* tiene lugar la marcha de campesinos sobre Jerez y unos años antes la conspiración anarquista de La Mano Negra tiene aterrados a los terratenientes de aquella Andalucía bucólica que cantara Fernán Caballero (71).

La prensa, entre tanto, aunque su número de lectores sigue siendo muy restringido, aumenta también considerablemente el volumen de sus tiradas y se difunden ya con cierta amplitud los órganos de expresión del movimiento obrero: en 1.895 aparece Ciencia Social, de tendencia anarquista, y unos años antes lo habían hecho El Socialista y La Lucha de Clases, inspirados en el socialismo marxista. En 1.897, en fin, es asesinado Cánovas, aunque el sistema de partidos turnantes que él había institucionalizado permite la continuación del gobierno sin ningún tipo de traumas aparentes y la acción de los caciques impide el triunfo definitivo de los partidos republicanos.

Ahora bien, los acontecimientos de índole socioeconómica que antes hemos mencionado y que al comenzar el siglo se acentúan aún más: ascenso vertiginoso de la producción, creación de grandes empresas, electrificación del país, mayor nivel de ocupación en el sector industrial, etc., evidenciaban claramente que también en España se estaba operando un profundo cambio en las relaciones de producción y que el desarrollo de un capitalismo moderno era ya bastante importante en nuestro país.

Todos estos cambios lógicamente no eran meramente estructurales, sino que se reflejaban también en otros hechos que trascendían a la opinión pública; así, en 1.902 se dan las primeras huelgas generales en Barcelona y Bilbao, que culminarían en 1.909 con la Semana Trágica de Barcelona; en Andalucía y Extremadura se agudizan las acciones violentas de los movimientos campesinos; en 1.910, por último, ya hay en nuestro Congreso un diputado socialista como consecuencia, sin duda, de que la doctrina económica del marxismo también se empezaba a difundir en nuestro país. Acontecimientos todos ellos que iban a tener su importancia en el plano legislativo: en 1.900 se hace pública la Ley de Accidentes de Trabajo; en 1.901 se reconoce el

derecho de huelga; en 1.903 se crea el Instituto de Reformas Sociales; y en 1.910, por mencionar sólo algunas conquistas de la clase trabajadora, se pone ya en funcionamiento el Instituto Nacional de Previsión. Este nuevo panorama en la vida pública de nuestro país contribuiría sin duda a que en los ambientes intelectuales de estos años se analizase el conjunto de la problemática social con distintos planteamientos a los que se había hecho en el ó8. Ese cambio de actitud estuvo protagonizado por algunos intelectuales jóvenes, y algunos no tan jóvenes, de extracción pequeño-burguesa generalmente, cuya acción de protesta y de crítica se orientó desde su particular situación de clase, y no tanto como portavoces de todo el organismo social tal y como hasta entonces había venido sucediendo.

Desde esta nueva situación de conciencia de clase, contradictoria y poco definida en ocasiones, es desde donde pensamos que tenemos que entender las diferentes tentativas de llevar adelante la revolución, más bien podríamos decir el reformismo, que, según ellos, debería haber sido y no fue.

El hecho de que este proceso de cambio coincidiese con el momento de nuestro desastre colonial no puede inducirnos a pensar en ningún caso que éste fuera el único detonante de esa crisis que se abre a la conciencia social española de finales de siglo, y mucho menos, que la versión ofrecida por quienes tomarían la fecha del 98 como referencia de su punto de partida común iba a ser la única, y ni siquiera la más importante, de las sesiones y los análisis de esa crisis de fin de siglo.

Por ello, creemos que es conveniente revisar cuáles son los diferentes frentes de ruptura que en el plano ideológico pretenden capitalizar la sustitución de los valores tradicionales propios de la España oficial del primer período de la Restauración por unos usos morales y sociales más acordes con la nueva situación histórica, para ver cuál es el lugar justo que le corresponde a nuestro autor y a las soluciones que propone.

III. 2.- PANORAMA INTELECTUAL Y GRUPOS DE PRESIÓN

La nueva coyuntura económica, social y política que se estaba dando en España en el último tercio del siglo XIX, y que antes hemos resumido muy brevemente, tendría también un claro reflejo en el plano ideológico, donde se observan ya con toda claridad las primeras muestras de que el principio unanimista de los primeros años de la Restauración se estaba resquebrajando profundamente. Al principio, será un reducido pero influyente grupo de intelectuales, agrupados casi siempre en torno a la Institución Libre de Enseñanza, quienes se enfrenten abiertamente contra la

organización del Estado y el sistema de valores impuesto por la minoría oligárquica; son hombres como Clarín, Galdós, Azcárate, Pi y Margall, Salmerón, etc., influidos todos por las ideas renovadoras del krausismo; pero pronto se unirían a ellos la mayor parte de los escritores jóvenes y el sector más liberal de la burguesía no oligárquica que en un primer momento, y no sin cierto confusionismo, no dudan en unir sus esfuerzos a los intereses de la clase trabajadora.

Lo que sí parece evidente en cualquier caso es que el descontento de esa burguesía liberal no integrada, de los sectores intelectuales de procedencia pequeñoburguesa y la acción directa del movimiento obrero -recordamos que en 1.890 se celebra ya la primera manifestación del 1 de Mayo- iba a dar por resultado un amplio frente de ruptura que llegaría a afectar incluso al propio concepto de España como nación, replanteado ahora por cada uno de estos grupos según su particular manera de entender la realidad social del país y su misma realidad histórica.

Sin embargo, hay un punto de partida común en todos ellos: el dolor que sienten por el estado de postración actual en el que se encuentra la vida nacional y la necesidad imperiosa de tomar medidas urgentes encaminadas a mejorar el bajo nivel de vida que condicionaba el comportamiento de la mayoría de los Españoles. Pero es en las soluciones que propone cada uno de ellos donde vamos a encontrar profundas diferencias.

Así, mientras que en un primer momento casi todos optan por un proyecto progresista que va desde la ruptura revolucionaria hasta el reformismo más propiamente burgués, con especial expresión éste último en las regiones periféricas, hay un segundo período en el que algunos de estos intelectuales, asustados por el cariz que estaba tomando la acción revolucionaria y recluyéndose a su condición de clase, llegan a identificar Castilla con lo nacional y optarán por una recreación literaria de su paisaje, lo que en muchos casos supone el deseo de una vuelta a formas de producción típicamente precapitalistas, aunque aparece envuelto casi siempre en una exaltación casticista de lo que ellos consideran lo más genuinamente hispánico (72). Si bien es verdad que en algún caso concreto como el de Machado esa identificación de Castilla con España no implicaba una defensa de un sistema de producción y unos valores amojamados que se convierten también en blanco frecuente de sus criticas.

Pero resulta evidente que este retroceso hacia posiciones menos comprometidas con la realidad social más perentoria del país, lo que suponía realmente en la práctica era la retirada del apoyo de un importante grupo de intelectuales a la revolución

pacífica que ya se venía operando y su inevitable retroceso en aras de salvaguardar lo genuinamente hispánico; así, en tanto que en la periferia se a apuesta definitivamente por llevar adelante esa revolución burguesa que de hecho ya venia retrasada -opción que va a ser seguida por nuestro autor-, en el centro y en el sur de la Península se opta generalmente por concepciones un tanto anquilosadas en el pasado que de alguna manera querían evitar el resquebrajamiento del estado español salido del Renacimiento (73).

Pero volviendo a esa etapa inicial en la que comienza el asalto a la práctica política de la Restauración y a su apoyatura ideológica, momento en el que precisamente entra en la escena pública Felipe Trigo, conviene destacar la crisis que se está produciendo en todos los órdenes de la vida nacional y que, aunque se agudizará con la derrota militar del 98, arrancaba de mucho antes, según ha señalado el profesor López Morillas:

> *Durante esos treinta años (1.868-1.898) se produce una crisis de conciencia española en muchos sentidos más honda que la que ya un tanto rutinariamente se viene atribuyendo a la Generación del 98 (74).*

Nos parece importante destacar este hecho incuestionable, porque precisamente en la expresión literaria de esa crisis de conciencia Felipe Trigo participa de una manera muy particular al ofrecernos un análisis de la realidad política y social española de esos años que posiblemente no se haya valorado en su justo punto y que después va a tener perfecto reflejo en toda su novelística. La mayor estima literaria de que han gozado las versiones de esa crisis ofrecidas por modernistas y noventaiochistas posiblemente haya impedido ver con claridad que durante esos mismos años, o inmediatamente antes, hay también otros grupos de intelectuales -entre los que habría que incluir la etapa juvenil de los anteriores-, para quienes la solución al Problema de España no podría llegar nunca por vía culturalista o étnica, según parecían dar a entender aquellos en su madurez (75).

Pues bien, con ese empeño inicial de nuestra pequeña burguesía intelectual por conseguir la transformación antiburguesa de nuestro país, demostrado definitivamente por C. Blanco para los jóvenes que después se iban a denominar del 98 (76), coincide plenamente Felipe Trigo, según vamos a tener ocasión de ver en los textos que después analizaremos.

Ahora bien, la evolución operada en aquellos hacia posiciones claramente contemplativas, que en algunos casos servirían incluso para una justificación teórica del fascismo, se diferencia con toda claridad de la que se puede observar en el caso de nuestro autor y que ilustra a la perfección la trayectoria seguida por un reducido grupo de intelectuales que son plenamente conscientes de que el futuro mejor de nuestra sociedad tenía que pasar necesariamente por una completa modernización de nuestro sistema de producción y por unas relaciones laborales más justas, así como por un cambio sustancial de la ética individual y de los usos sociales donde se eliminasen los viejos valores que hasta entonces venían dominando.

La dialéctica España-Europa que durante estos años preocupa a gran parte de nuestros intelectuales como dos concepciones vitales radicalmente enfrentadas -recordemos los gritos de "europeizar España" o "españolizar Europa"-, queda definitivamente superada por nuestro autor desde el momento en que considera que el progreso material es un derecho irrenunciable del género humano y que la modalidad de ese progreso no hay que plantearla ni a la española ni a la europea, sino entendiendo claramente que el progreso sólo tiene algún sentido si consigue una completa armonización de la naturaleza humana, y ésta no es de dominio exclusivo de ningún pueblo.

Así, tanto en su etapa periodística inicial como en toda su narrativa posterior, el antiburguesismo tradicional de Felipe Trigo no deja de ser en último extremo la mejor expresión de una clara conciencia burguesa, entendida en términos modernos, por la que aspira al progreso integral del hombre, material y espiritual; al recrear literariamente, las condiciones en las que debiera producirse esa transformación, lo que Felipe Trigo quiere ofrecer a sus lectores son precisamente aquellos requisitos que serían necesarios para adaptar la moral social y la conducta individual a las nuevas circunstancias históricas de desarrollismo material. En este sentido, podríamos considerar que la obra de Trigo se adelanta incluso a la propia evolución del país.

En el análisis que nos ofrece de esa realidad, partiendo de una primera etapa en la que está influído claramente por los principios básicos del marxismo, observamos una tendencia perfectamente definida hacia un reformismo progresista en el que, rechazando la transformación social por vía revolucionaria, se opone igualmente a la pretensión de aquellos que consideraban que esa transformación había de venir por consideraciones de tipo metafísico y étnico y proponían la vuelta a una contemplación estática de nuestro pasado, por muy intrahistórico que éste se entendiera.

Para nuestro autor, en cambio, una vez abandonada esa primera etapa marxista -nunca tan ortodoxa por otra parte como puede ser en el caso de Unamuno-, la transformación social antiburguesa, y por tal entiende la superación del modelo burgués conservador propio del siglo XIX, tenía que atenerse básicamente a las directrices del modelo socialista; pero, eso sí, entendido en los términos del socialismo revisionista que por esos años ya tenía perfecta expresión en nuestro país en las páginas de El País y Germinal. Este antiburguesismo de Felipe Trigo, claramente diferenciado también del épater le burgeois por vía estetizante de los modernistas (77), no es en último extremo sino la expresión de un liberalismo moderno en la línea de la ideología burguesa progresista y pluralista que se iba a hacer general en la mayor parte del mundo occidental.

Insistiendo en este aspecto que estamos señalando, y para comprender mejor la ubicación tanto ideológica como literaria de Felipe Trigo, nos parecen ilustrativas estas palabras con las que Rafael Pérez de la Dehesa concluye el estudio que dedica al grupo Germinal, en el que nuestro autor participó de forma considerable:

> *Estas declaraciones (se refiere a una cita anterior de Manuel Machado) apuntan a la existencia de una generación intermedia entre la de la Restauración y el 98 y Modernismo. La mayor parte de los componentes pertenecen al grupo Germinal (78).*

Pues bien, esa "tercera vía", apuntada por el malogrado crítico, nos ayuda a una mejor comprensión del caso que nos ocupa dentro de la contextura española de la crisis de fin de siglo y nos sirve a la perfección para ponerlo en relación con los otros grupos de escritores que durante esos años se enfrentan con el concepto de Estado, valores y representaciones impuestos por la oligarquía dominante.

En consecuencia, vamos a ver cuáles son esos diferentes frentes de ruptura que se abren contra quienes detentan el poder político e imponen sus usos morales y sociales. Aunque sus fines y medios se entrecruzan frecuentemente, podríamos distinguir los siguientes grupos de presión:

a) El institucionismo, donde se incluyen tanto aquellos intelectuales vinculados al krausismo como aquellos otros que se adhieren a las ideas positivistas y que se organizan en torno a la Institución Libre de Enseñanza y a sus diferentes formas de actuación social y política. El institucionismo en este sentido

podríamos considerarlo como la expresión ideológica de una burguesía liberal no oligárquica, vinculada casi siempre a los ambientes universitarios, cuyo ideal de regeneración se cifra en un reformismo educativo a medio y largo plazo no exento siempre de un cierto elitismo (79). Con este utopismo educativo que caracteriza a todos los institucionistas coincidirá casi siempre Felipe Trigo, sin que por ello podamos afirmar que nuestro autor guardase algún tipo de relación directa con la Institución; y posiblemente esta coincidencia obedece sin más a que las ideas institucionistas se habían generalizado en todos los ambientes intelectuales españoles del momento.

b) El regeneracionismo en sus más diversas manifestaciones, con cuya idea de que España necesita regenerarse para salir de su actual estado de degeneración coinciden todos los sectores; su punto de partida, criticado duramente por nuestro autor, es la aplicación de las tesis de la Biología positivista a todos los procesos históricos de los pueblos y supone, por tanto, un cierto determinismo y una llamada al quietismo que deja la capacidad de transformación en manos de eventuales salvadores. Pero, considerándolo en un sentido más estricto, por regeneracionismo sólo podemos entender la manifestación del descontento de una burguesía media con la hegemonía ideológica y política de la minoría oligárquica y que, en último extremo, a lo que aspiraba era a controlar los órganos de poder sin modificar sustancialmente las estructuras sociales del país. Surgen así las diferentes asociaciones que agrupan a estas clases neutras: Liga de Productores, Unión Nacional, etc., desde donde proponen una serie de remedios pragmáticos, no siempre exentos de cierta arbitrariedad, con los que pretenden arreglar el extenso inventario que hacen de los males que afectan a nuestro país.

Con este aspecto arbitrista del regeneracionismo coincide ciertamente en algún momento Felipe Trigo, según vamos a tener ocasión de ver, pero en absoluto podemos considerar a

nuestro autor como un regeneracionista más, dado que su análisis cala más hondo que el de aquellos y nunca incurre en los errores que estos cometieron al pasar de su crítica al caciquismo y al sistema de partidos turnantes a una condena indiscriminada del sistema parlamentario en sí y de la misma existencia de los partidos políticos. Los textos que después analizamos demuestran claramente que nuestro autor no confundió en ningún caso la farsa parlamentaria que se daba en nuestro país con el sistema de representación que debieran cumplir los partidos políticos. Y de la misma manera, tendremos también ocasión de ver cómo el análisis histórico que Felipe Trigo hace del caciquismo llega a las auténticas raíces de esta lacra social y no lo hace radicar en un pretendido desgaste biológico de nuestra raza. Lo que no alcanzaban a ver los regeneracionistas típicos, y sí fue visto en cambio por nuestro autor con absoluta clarividencia, era que esa forma real de gobierno no era sino la consecuencia lógica del mantenimiento de un sistema excesivamente apegado a la tradición y a los recursos agrarios (80). Como tal plaga social, por tanto, según nuestro autor, la figura del cacique sólo desaparecería cuando se lograse transformar todo el sistema de producción y de dependencias de la tierra.

c) El Movimiento Obrero, falto todavía de un sólido apoyo teórico, pero con una práctica revolucionaria ya considerable con la que, según hemos apuntado antes, se siente nuestro autor plenamente identificado en un primer momento, si bien con el transcurso del tiempo rechazará abiertamente la transformación social violenta que los dirigentes de la clase trabajadora proponían como la única vía posible de su salvación (81).

d) El radicalismo de algunos jóvenes escritores que hacen frente común con la causa obrera, pero que muy pronto derivaría hacia menos comprometidas y más al margen de la auténtica cuestión social (82).

e) El magisterio, en fin, de algunos escritores consagrados como Galdós y Clarín quienes en algunos momentos van a ser los abanderados de esta alianza coyuntural entre la pequeña burguesía intelectual y las clases propiamente trabajadoras.

f) Y no podemos olvidar tampoco la expresión regionalista que todo este descontento burgués alcanzó en la periferia peninsular, y muy especialmente en Cataluña; aunque en absoluto podemos hablar de que ese regionalismo promovido por ciertos sectores de la burguesía catalana tuviera alguna incidencia directa en nuestro autor, no cabe duda de que; los puntos de vista adoptados por éste para el análisis de la realidad social de nuestro país se aproximan bastante al modelo propuesto por los intelectuales periféricos que propugnaban un Estado descentralizado en función de un mayor desarrollo industrial.

Resulta evidente que en todos estos grupos de presión hay una serie de rasgos comunes, a pesar de las profundas diferencias que los separan; y el caso de Felipe Trigo es difícilmente reductible en su totalidad a alguno de los bloques que antes hemos mencionado. Vamos a ver cuáles son esos rasgos comunes y cuál es la especificidad de nuestro autor. La coincidencia es total en cuanto se refiere a la crítica que todos ellos hacen del sistema social mantenido por Cánovas como ideólogo del mecanismo turnante de partidos que sostenía todo el tinglado de la Restauración; ese sistema, como apuntábamos antes, suponía en la práctica el olvido más olímpico de los auténticos males del país y superditaba todos sus objetivos a mantener en el Trono a la restaurada Casa de Borbón como el valedor más seguro de todos los privilegios de la clase oligárquica dominante.

Todos coinciden también en considerar que el caciquismo como forma real de gobierno provocaba no pocos de los males de la vida nacional; pero casi nadie alcanzó a ver con claridad que éste no era sino la consecuencia lógica de unas estructuras sociales y económicas mantenidas sin apenas variaciones desde la Edad Media para facilitar el control de la situación a una minoría oligárquica; entre esas pocas excepciones, no cabe duda de que Felipe Trigo llegó a considerar el problema con toda la rigurosidad histórica que entonces se podía esperar.

Casi todos rechazan también la concepción de nuestra historia que estaba siendo impuesta por el bloque dominante y que se basaba en la exaltación de las glorias de nuestra época imperial a las que se apelaba) frecuentemente desde el poder para ocultar el actual estado de miseria; y en esto una vez más, nuestro autor da muestras de la más completa clarividencia histórica.

Pero, coincidiendo en el diagnóstico de acabamiento del modelo social y político que los dirigentes de la Restauración querían presentar como una continuación armoniosa de la historia de España, las soluciones que propone cada uno de estos grupos para la reconstrucción de un nuevo modelo de Estado se orientan por diferentes vías, a veces contradictorias, según cada uno de los casos.

Para el movimiento obrero, con el que, según ya hemos visto, se unen en un primer momento la mayor parte de los intelectuales de procedencia pequeño burguesa, la reconstrucción nacional tenía que pasar necesariamente por una más equitativa redistribución de los medios de producción que evitase el hambre y las penurias económicas que todavía pasaba la inmensa mayoría de los españoles; y para ello, el único medio viable con el que contaban y que tenían más a su alcance era lógicamente la acción revolucionaria, que les permitiese mente a los usurpadores de su libertad.

Por su parte, los intelectuales pequeño-burgueses, abandonada esa etapa inicial en la que hacen frente común con la clase trabajadora, sostienen en unos casos la tesis burguesa de un estado democrático liberal y de derecho, caso de Azcárate, Posada, Felipe Trigo, etc., pero, en otros, persisten en una protesta sentimental, aunque irritada, característica de la ideología pequeño-burguesa, que casi siempre acabará por derivar hacia un conformismo espiritualista y étnico bastante peligroso con el que llegan a traicionar incluso sus propios condicionamientos de clase.

En cualquiera de los casos, hay un aspecto fundamental que puede servirnos para establecer con toda claridad cuáles son los lineamientos básicos de este enfrentamiento múltiple contra los conceptos y valores impuestos por el grupo en el poder: ¿Quién considera cada uno de ellos que ha de ser el verdadero protagonista de la regeneración del país y, en último extremo, de toda nuestra historia?

Casi todos desconfían de que ese protagonismo pueda corresponder al pueblo llano, dado su estado de degeneración biológica al que ha llegado (83). Pero, en tanto que, para algunos, la abulia como enfermedad nacional era el resultado de un proceso inevitable de desgaste biológico de nuestra raza, sólo superable mediante la implantación por la fuerza de un sistema autoritario que impusiese el trabajo

obligatorio al que los españoles renunciaríamos por razones étnicas, para otros, -los institucionistas, Unamuno, el propio Felipe Trigo **...,-** el origen de todos nuestros males no era otro que el de la ignorancia y, en último extremo, unas instituciones viciadas que necesariamente estimulaban a la vagancia.

Para estos, por tanto, todo intento regenerador tenía que partir necesariamente de una educación generalizada previa y con métodos pedagógicos modernos que hiciese de cada ciudadano un hipotético gobernante; aunque difieren también en la conveniencia de luchar por una evolución pacífica y a largo plazo o por una transformación más rápida de los mecanismos y las instituciones sociales.

Como se puede ver, la versión española de la crisis de fin de siglo, y más concretamente, la versión de la crisis del sistema propio de la Restauración, adquiere en nuestro país múltiples interpretaciones y múltiples son también las soluciones que se proponen para superarla. Pero ciñéndonos más concretamente a esos últimos años del siglo XIX y primeros del XX, podríamos afirmar que la manifestación literaria e ideológica del resquebrajamiento definitivo de la hegemonía del bloque oligárquico dominante, acentuado tras el desastre del 98, queda resumida de alguna manera en la actitud seguida por modernistas y noventaiochistas como los dos grupos que aglutinan las respuestas mayoritarias de nuestros intelectuales ante la coyuntura finisecular.

Entre esas dos opciones, y ahondando sus raíces en las otras ma3nifestaciones de descontento que ya se venían produciendo, es donde pensamos que tenemos que buscar la ubicación ideológica y literaria de nuestro autor, ciertamente un tanto diluida porque, en contra de lo que fue usual, se mantuvo desde un principio dentro de la misma trayectoria que le llevaría a una consideración de nuestra realidad histórica desde su óptica de pequeñoburgués que apostaba por un modelo de Estado dentro de los límites del liberalismo moderno.

III.3.- FELIPE TRIGO VERSUS MODERNISMO Y NOVENTAYOCHO

Para profundizar más en esta elemental contextualización que estamos intentando hacer de la obra de Felipe Trigo dentro del ambiente cultural, político y literario que marca el tránsito de nuestro país al siglo XX conviene que insistamos aquí en aquellas coincidencias y discrepancias que relacionan a nuestro autor con el Modernismo y el Noventaiocho en tanto que son los dos grandes movimientos que aglutinan la mayor parte de las actitudes éticas y soluciones estéticas de los intelectuales españoles ante la crisis de fin de siglo. Pero insistiendo una más que en

ningún caso podemos reducir e identificar aspectos de esa crisis con la versión literaria y un tanto literaturizada ofrecida por unos y otros; y, mucho menos, olvidar que la trayectoria juvenil seguida por todos los componentes de estos dos grupos convive con otros casos parecidos al de Felipe Trigo, que no abandonan nunca el radicalismo inicial del que todos parten, erigiéndose en los más genuinos representantes de una burguesía progresista proyectada claramente hacia el futuro y defensora a ultranza del progreso material para nuestro pueblo.

No vamos a insistir aquí en aquellos rasgos que caracterizan al Modernismo y al Noventaiocho ni en las razones que hacen de ellos dos formas perfectamente diferenciadas y en cierto modo antagónicas de ofrecer respuestas literarias e ideológicas distintas a problemas que les son comunes; la tesis central defendida por Guillermo Díaz-Plaja en su libro ya clásico sobre el tema aclara todas dudas que en este sentido pudieran presentarse (84).

Ahora bien, esta evidente bipolaridad que se ofrece en el panorama intelectual español de fin de siglo pensamos que no puede llevarnos a concluir, como hace el referido crítico "que al no haber opción a una tercera actitud -prácticamente inexistente- nos encontramos con una solución dual a los problemas del espíritu que son biológicamente conducidos a adoptar una de las dos posiciones de una manera -para decirlo así- obligada" (p. 200).

Aparte de la conveniencia de restringir el significado preciso que debemos dar al concepto de Generación del 98 (85), creemos que el mismo planteamiento dialéctico utilizado por Díaz-Plaja para demostrar esa evidente dualidad entendida en un sentido estricto olvida la existencia de una tercera posibilidad sintética que negando lo que de antitético hay en esos dos extremos, los supera en un estado más amplio en el que quedan recogidos aquellos elementos que en esos dos grupos están en una aparente contradicción; esta tercera posibilidad pensamos que es protagonizada de alguna manera por el significado que pueda tener la obra de Felipe Trigo.

En este sentido, cada uno de los argumentos utilizados por Díaz-Plaja para demostrar esa dualidad obligada de actitudes puede ser utilizado también para confirmar la existencia de una tercera vía coincidente en algunos aspectos tanto con el Modernismo como con el Noventaiocho, pero perfectamente diferenciada de uno y otro. Así, el intervencionismo del Noventaiocho hacia la colectividad, frente al aislamiento exquisito del Modernismo" p. 129, aun siendo cierto, no tiene por qué excluir otras posibles formas de compromiso con los problemas sociales del país, ni

que la falta de compromiso sea la misma en todos los casos; y, mucho menos, esta doble postura ante el compromiso histórico puede suponer en ningún caso la negación de la existencia de una tercera actitud en la que se observa una clara preocupación sociológica, aunque de otro signo que la del 98, sin renunciar un ápice al goce hedonista de la belleza que ofrece la Vida, según defendían los modernistas. Este es el caso de Felipe Trigo.

La línea de mentores-guía referidos por Díaz-Plaja para uno y otro movimiento: (Larra-Nietzche-Unamuno, para el Noventaiocho); (Poe-Baudelaire-Verlaine-Rubén Darío, para el Modernismo), por otra parte, en absoluto agota todos los centros de influencia que durante esos años inciden sobre nuestros intelectuales, y hay otro grupo de escritores en el que se encuentra Felipe Trigo, para quienes son otros muy distintos sus inspiradores: Zola, Galdós, Jaurés, Prevost, etc.

El mismo lenguaje generacional que caracterizador separado a modernistas y a noventaiochistas (86) admite posibilidades intermedias para cada uno de los elementos que Díaz-Plaja da como definitorios de uno y otro movimiento. El tratamiento del espacio y del tiempo trascendente e histórico para el Noventaiocho, inmanente e instantáneo para el Modernismo) no tienen por qué ser rejas de términos equiparables, pues apelando a la instantaneidad, el tiempo y el espacio pueden perfectamente considerados de una manera trascendente.

La concepción dualista de la historia de la Cultura, por último, aducida por Díaz-Plaja como clave biológica discriminatoria de estos dos grupos de escritores, así como el enfrentamiento idealismo-materialismo que presenta como movimientos filosóficos que inspiran una y otra actitud ignora que es precisamente durante esos años cuando tienen mayor arraigo en nuestro país las filosofías de signo armonizante que, iniciadas en España por el krausismo, se ven reforzadas en estos primeros años del sig1o XX por el resurgimiento de la filosofía sintética de Hegel y Spencer, de quienes nuestro autor se confiesa abiertamente su discípulo.

Por todo lo anterior y por todo lo que iremos viendo a lo largo de estas páginas, creemos conveniente orientar el estudio de la obra de Felipe Trigo como una auténtica "tercera vía" de soluciones éticas y estéticas a la crisis de fin de siglo, a igual distancia de las dos actitudes a las que hasta ahora se habla reducido la respuesta literaria a esta etapa trascendental de nuestra cultura contemporánea .

En cuanto a la forma literaria adoptada por nuestro autor para a expresión de esta actitud intermedia, que es lo que aquí realmente nos interesa, la misma diversidad

de filiaciones que se le han asignado: modernista, según Sobejano 87); naturalista rezagado, coincidente en algunos aspectos con los del Noventaiocho, según E.G. de Nora, etc., apunta ya a su propia especificidad tanto ideológica como estética en el panorama español del fin de siglo. Conscientemente enfrentado a las actitudes éticas y a sus implicaciones estéticas adoptadas por los modernistas y los noventaiochistas, cuestión que, según nos muestra Felipe Trigo en La Bruta (88), era algo perfectamente claro en su momento, la calificación de naturalista para el arte narrativo de nuestro autor sólo le cuadra en la medida en que quiere hacer de la novela un medio de estudio científico para el conocimiento de la realidad humana -y de ahí que utilice muchas de las técnicas narrativas propias del naturalismo-; pero en ningún caso podemos hacer extensiva esta aceptación de los recursos técnicos del naturalismo al sistema filosófico y al concepto determinista del hombre que en aquél eran rasgos definitorios, y contra los que Felipe Trigo se mostrarla abiertamente enfrentado tanto en sus escritos teóricos como en sus novelas.

Por lo demás, y aunque después insistiremos sobre ello, parece claro en cualquier caso que el naturalismo de tipo técnico utilizado por Felipe Trigo y otros escritores de los primeros años del siglo XX como forma literaria de sus novelas no puede tener otro significado que el de ser la expresión más adecuada a los intentos de denuncia social que estos llevan a cabo en su novelística, y nunca puede hacerse extrapolable a una aceptación del concepto determinista del hombre; ¡cuanto menos por cuestiones de tipo hereditario. Nuestro autor segura así la tradición de nuestros escritores considerados como tales naturalistas, salvo la línea de Blasco.

El propio condicionamiento ambiental en el que todos estos escritores cargan sus tintas para lograr una mayor efectividad en sus críticas no era en último extremo sino la mejor garantía de que todos confiaban ciegamente en la posibilidad de una mejora social, puesto que con ello querían demostrar que con un simple cambio de las instituciones podrían mejorarse las condiciones de vida de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

La trayectoria ideológica seguida por nuestro autor y la forma literaria adoptada para la difusión de esa ideología, difícilmente pueden encajar en las soluciones éticas y estéticas que suponen el Modernismo y el Noventaiocho como actitudes bien diferenciadas ante la crisis de fin de siglo. Los limites estrictos del naturalismo se nos antojan igualmente estrechos para definir las características de su arte narrativo y de su visión del hombre y de mundo.

Para esa caracterización global, creemos que hay que buscar un nuevo espacio literario en el que, sin renunciar a dos antes, los logros conseguidos por los grupos referidos antes, nuestro autor consigue dar forma a una novelística que se la ofrece a sus lectores con una clara intención reeducadora para que estos puedan conseguir mejorar sus condiciones de vida en el terreno moral. Vamos a ver entonces con más detenimiento cuáles son los presupuestos ideológicos y estéticos con los que Felipe Trigo afronta esa labor crítica y reeducadora a través de una novelística con la que pretende ofrecer a sus lectores un nuevo modelo de comportamiento proyectado de forma clara y definida hacia las coordenadas del mundo moderno.

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

IV. - EL IDEARIO DE FELIPE TRIGO

Todas las observaciones que hemos hecho hasta ahora, aun siendo meros accidentes externos de la obra escrita que estamos analizando, pensamos que son elementos imprescindibles para una mejor y más completa contextualización de los componentes que la integran. Todos esos "accidentes externos" están de alguna manera presentes en toda la obra que estudiamos, pero los que nos interesan realmente son todos aquellos "elementos internos" de artículos de prensa, sus estudios teóricos y sus novelas, que forman un todo unitario y exigen ser estudiados en su conjunto con criterios lo más amplios posibles para llegar a conocer en profundidad la personalidad literaria de nuestro autor (89).

En el análisis de esos componentes internos, pensamos que el de su ideario merece un capitulo muy especial, y no solo porque Felipe Trigo sea, ante todo, "un analista, un critico y propagandista social" (90), sino porque el centro de toda su obra escrita -la narrativa está pensada en su conjunto en función siempre de un modo muy particular de ver la realidad y de entender la tarea de escribir novelas que le lleva de forma casi inevitable a optar por el modelo narrativo que mejor se prestaba a sus intenciones.

En este sentido, resulta significativo que, influído por la incidencia que el método positivista ejerció sobre la literatura de esos años, él mismo rechazase una y otra vez la calificación de artista en el sentido literal de la palabra y que se autocalificase, en cambio, como:

> *Un hombre... hecho para la vida y que se la finge escribiendo, porque no la encuentra; un hombre que escribe... y que darla todas sus escrituras, y las de los demás, por un poco del bello y amplio vivir que aún no hay en la Tierra (91).*

Por otra parte, si admitimos la afirmación de Germán Gul1ón de que: "toda obra de ficción presupone la plasmación en prosa de un modo original de lectura de la realidad, de un modelo que la imaginación produce y al que el estilo confiere intensidad (92)" en e1 caso concreto de Trigo, pensamos que es particularmente interesante ocuparnos de ese particular modo suyo de ver la realidad, porque es un elemento importantísimo que puede servirnos para una mejor comprensión tanto de la

temática que elige con preferencia en toda su novelística como de algunos de los rasgos más sobresalientes de su estilo.

Es evidente, por otra parte, que las conclusiones a las que aquí llegamos resultan de la lectura previa de todas sus novelas y sus escritos varios; y si bien hubiéramos podido incluirlas después del análisis pormenorizado de toda su obra, hemos creído conveniente hacerlo antes porque pensamos que puede ser un medio eficaz para desmentir el más grave equívoco que, desde nuestro punto de vista, se sigue manteniendo sobre el autor de Jarrapellejos; como otras muchas veces, el árbol ha impedido ver el bosque. Y en este caso, el árbol es el evidente componente erótico que puede observarse en todas y cada una de las novelas de Trigo, que se convierte ciertamente en el motivo recurrente más importante; pero esta característica que resulta fácilmente constatable ha servido por lo general para impedir ver que, detrás de ella, hay todo un programa de reformismo social con el que Felipe Trigo quiere ayudar a sus lectores a mejorar sus precarias condiciones de vida, tanto en lo puramente material como en su parte moral. Sus ideas liberadoras sobre una nueva dialéctica de los afectos de base antropológica no son en este sentido sino un aspecto más, y no siempre el más importante, de una forma de entender toda la problemática social en la que las relaciones afectivas se convierten en el parámetro de toda relación de alteridad.

Frente a esa reducción simplista al terreno de lo puramente erótico, pensamos, en cambio, que la obra de Felipe Trigo es el resultado de un sistema de pensamiento rigurosamente planteado con el que busca una explicación coherente a los problemas más acuciantes que afectan al hombre de su tiempo. Y esto nos parece ya un logro importante dentro del panorama intelectual español del fin de siglo donde el Positivismo como forma de conocimiento es el método que goza de mayor credibilidad y donde las reseñas de prensa son el medio más generalizado para la difusión de las nuevas ideas.

En ese sistema de pensamiento, todo lo de andar por casa que se quiera, se recogen las más diversas aportaciones anteriores en materia científica y filosófica, y en él se pueden observar claras deudas tanto con el evolucionismo espiritual de Hegel como con la filosofía sintética de Spencer, sin duda alguna dos de los pensadores que más profunda huella dejaron entre los intelectuales españoles de fin de siglo. Como en otros muchos casos, como es propio de la ideología pequeñoburguesa, Felipe Trigo intentaba armonizar en último extremo el materialismo y el espiritualismo como sistemas filosóficos contrapuestos en la manera de aproximarse al conocimiento de la

realidad, para cifrar el progreso de la humanidad precisamente en la superación de esas situaciones antitéticas que de ahí resultaban.

En definitiva, y antes de entrar en más detalles, lo que conviene destacar ya es que Felipe Trigo, al entender la literatura, y más concretamente la novela, como un medio eficaz de transformación social, luego que ideológico, pretende recrear en sus relatos a modo de experimento científico aquellos problemas más acuciantes que afectan al hombre de su tiempo, pero contemplándolos, eso sí, desde una óptica intermedia entre el exclusivismo de las filosofías idealistas y materialistas y buscando siempre las respuestas que en lo referente al comportamiento social y moral pudieran justificar la propia existencia humana. La clara filiación positivista que antes hemos apuntado le llevaría lógicamente a buscar esas respuestas dentro siempre de los limites de la razón, de la experiencia sensual, y a negar por principio la validez de cualquier tipo de explicación metafísica, pero sin negar en ningún caso el componente espiritual que, para él, es sinónimo de inteligencia.

Esta reducción del hombre a las leyes de mundo material, de la experiencia positiva, condicionará lógicamente sus ideas sobre Política, Sociología, Educación .., y tendrá también un perfecto reflejo en su forma de entender la literatura y la novela, como vamos a tener ocasión de ver.

Recogiendo de forma dispersa los datos que le ofrecían distintas fuentes, Felipe Trigo llega a confeccionar un sistema de pensamiento que bien podemos calificar de "andar por casa" y que trasladará por completo a novelas, empeñado en hacer de ellas un medio eficaz de transformación social, si no por vía legislativa, sí al menos haciendo con ellas costumbres que después fuesen tenidas en cuenta por la labor legisladora de los políticos, una vez que se hubiesen generalizado entre el gran público.

Para la justificación teórica de su credo ético y estético disponemos de dos libros fundamentales suyos: y El amor en la vida y en los libros (mi ética y mi estética) y Socialismo individualista, que no son sino una explicación a posteriori ante la critica de una forma muy particular de entender la vida y la novela con las que otra parte, el público lector estaba dando claras muestras de sentirse plenamente identificado. Pero, además de estos dos libros teóricos, disponemos también de un número considerable de artículos de prensa y de algunas cartas que Trigo dirigió a Unamuno que tienen un valor inestimable para reconstruir la evolución ideológica de nuestro autor hasta que consigue dar forma literaria definitiva a los problemas ideológicos y estéticos que desde joven le venían preocupando y que, según él, no habían quedado resueltos por

quienes seguían considerando al hombre como un ser dividido en dos mitades irreconciliables, la espiritual y la material.

Como tendremos ocasión de ver en otro capítulo la revisión de todos estos textos, en los que se observa un amplio conocimiento de los autores europeos más importantes del momento, viene a demostrarnos con toda claridad que su preparación intelectual, aunque poco profunda en muchos temas, se surte en cambio de las más diversas fuentes de pensamiento que inciden en nuestro pala durante esos años y que él selecciona y organiza a su manera, según le conviene a la justificación global de todo su ideario reformista.

Y tal vez esta misma falta de rigor con que Felipe Trigo se acerca a las fuentes que utiliza como inspirac1ón pueda ayudarnos a comprender por qué sus ideas fueron tan mayoritariamente aceptadas por los lectores de su tiempo, dado que la pretendida antiintelectualidad de la que hizo gala repetidas veces encajaba a la perfección en ese ambiente intelectual en el que, por encima del rigor académico, primaban casi siempre las reseñas de prensa y las tertulias de café como citas de autoridad.

Por otra parte, no conviene perder de vista tampoco que el ideal reformista de nuestro autor hay que considerarlo dentro de un contexto más amplio en el que entra en crisis todo un sistema de valores ya caduco para las nuevas circunstancias históricas que se estaban imponiendo y que, como ya hemos dicho, corre pareja a la propia crisis política y social del sistema de la Restauración. Desde esta perspectiva, la obra de Felipe Trigo sólo es explicable si la consideramos en ese panorama más amplio en el que un nutrido grupo de intelectuales jóvenes, abiertos casi todos a las nuevas ideas que corrían por Europa, intentan adaptar nuestro país a esa norma europea y procuran que los usos morales y sociales de nuestro pueblo se adecúen convenientemente a la nueva situación creada por el incipiente desarrollo industrial y el consiguiente aumento de una clase media deseosa de conseguir la plena felicidad en el terreno material.

Para Felipe Trigo, ante esta situación de crisis, el escritor no podía recluirse en su "torre de marfil" y evadirse por la vía estética de los problemas más inmediatos, como, según él, hacían los modernistas (93); pero tampoco podía construirse mundos excesivamente intelectualizados, no exentos de cierto egotismo, a los que no podrían llegar la mayor parte de sus conciudadanos, en una clara alusión a Unamuno como autor del 98 (94).

Vamos a ver entonces cuáles son las líneas maestras del credo ético y estético que sustenta las obras de Felipe Trigo y cómo se organizan en su actividad como

novelista en un pragmatismo estetizante que estamos convencidos de que constituye una auténtica tercera vía de los intelectuales españoles ante la crisis de fin siglo.

IV. 1.- EL PUNTO DE PARTIDA: DE LA INQUIETUD FILOSÓFICA A TEORÍA DE LO SOCIAL.

Como ya hemos insistido repetidas veces, el conjunto de la obra de Felipe Trigo, tenemos que entenderla, pues así está planteada por su autor, como un ciclo experimental completo con el que se quiere demostrar a los lectores cuáles debieran ser aquellas actitudes éticas más convenían a las nuevas circunstancias históricas para superar los conflictos que éstas originaban al enfrentarse con la vieja moral social dominante.

Según él, ni la doctrina social de la Iglesia Católica, ni las tesis sociales defendidas por el Socialismo doctrinario podían solucionar esos conflictos; la primera porque, según él, seguía empeñándose en considerar que la existencia humana se reducía a un mero tránsito para el cielo; y las segundas, porque cifraban la convivencia social y el progreso humano en un mero cálculo económico. En definitiva, piensa Trigo, ni el espiritualismo ni el materialismo a los que podrían reducirse todas las filosofías sociales podrían resolver por separado problemas que al hombre moderno se le plantean como individuo y como ser social, pues en el primer caso no se tenían para nada en cuenta los modernos descubrimientos científicos y sociales, y en el segundo, esos mismos descubrimientos se utilizaban con un sentido excesivamente iconoclasta para hacer tabla rasa de toda una tradición espiritualista anterior. Bien es verdad que desde uno y otro extremo se habían intentado ya algunas tentativas de aproximación de estas posturas enfrentadas; pero, según Trigo, la verdadera solución sólo podría venir tras una perfecta integración de esas dos formas extremas de entender ontológicamente al hombre como ser eminentemente social (95).

En carta dirigida por Felipe Trigo a Unamuno y fechada en Cabeza de Buey (Badajoz) el 24 de diciembre de 1.898, expone nuestro autor en qué términos se habla planteado ésta si no crisis espiritual, si al menos búsqueda angustiada de una explicación científica coherente para la razón última de ser del hombre en el mundo.

Como no podía ser menos en un profesional de la medicina, ahí se observan claramente las influencias que ejercieron en su pensamiento los importantes descubrimientos científicos que durante esos años se estaban llevando a cabo en el

campo de las Ciencias Naturales, la Sociología, la Psicología, etc, gracias a la aplicación del método experimental y a los propios principios positivistas que ponían en entredicho la Mayor parte de las creencias de tipo metafísico a las que hasta entonces se acudía normalmente para explicar fenómenos que ahora eran perfectamente explicables dentro de los limites racionales y de la experiencia positiva.

En consecuencia, la deontología que Felipe Trigo quiere transmitir a sus lectores a lo largo de todas sus novelas como punto de partida de su programa reformista se fundamenta en una ontología previa que se deduce, según él, de los datos positivos aportados por las diferentes ciencias y de la tradición espiritualista anterior. Esas ciencias, y muy especialmente la Fisiología y la Psicología, unidas ahora en la Psico-Fisiología, venían a demostrar con todo tipo de detalles que el hombre es un todo orgánico en el que su parte material estaría complementada de alguna manera por un componente espiritual pero sin que éste se pudiese localizar en la existencia de un alma incorpórea, como hasta entonces se venía pensando, sino en la totalidad del organismo (96).

Por ello, y dentro siempre de este planteamiento positivista que Felipe Trigo hace, se pregunta: ¿Para qué buscar en los misterios del cielo el fin último de la existencia humana, cuando no hay indicios externos suficientes que así los indiquen y cuando, además, aún no hemos logrado en la tierra las cuotas de felicidad a que por naturaleza aspiramos todos?.

Antes de pensar en esa dicha ultraterrena, sigue Trigo en su razonamiento, parece lógico y casi obligado que aspiremos a conseguir que la tierra deje de ser el tan repetido valle de lágrimas de los teólogos cristianos y se convierta, si no en un paraíso, sí al menos en una experiencia digna de ser vivida por sí misma. Las palabras que reproducimos a continuación ilustran a la perfección cómo ese problema filosófico al que antes hemos aludido se convierte de entrada en un problema puramente sociológico. Escribe Trigo:

> *Si el dios confuso de mis panteísmos tuvo un plan al crear lo existente, (yo, no menos confusamente, pienso que no), fuerza será creer que para la débil condición humana juzgo más a propósito una plenitud pasajera con la existencia, que no una dicha inacabable para después; dicha desconocida. que el pájaro de la esperanza se promete hallar, y que*

le es imposible a la razón conceptuarla como tal dicha por el sólo hecho de ser inacabable (97).

Ahora bien, a esta deificación de la Naturaleza y la consiguiente sobrenaturalización del hombre llega nuestro autor tras la decepción que le habla supuesto la lectura de algunos teólogos cristianos que negaban toda posibilidad de conocimiento por vía exclusivamente racional y que, entre tanto, sostenían ardientes polémicas para demostrar la existencia o no del libre albedrío en el hombre y deducir de ahí la ubicación de la responsabilidad de sus actos (98).

Como otras preocupaciones suyas los términos de esta crisis religioso-filosófica son los mismos que se plantea el protagonista de El médico rural, Esteban-Trigo, a quien los contraargumentos teológicos de un predicador jesuíta no hacen sino confirmarle en sus propias dudas; por ello, termina por formularse lo que él mismo llama un racionalismo escéptico que bien podría hacerse extensivo al propio autor (99). Sus argumentos podrían resumirse así: la razón -única antorcha del conocimiento-, aplicada a la experiencia sensorial, pone serias dudas sobre la certeza tanto de las teorías cosmogónicas y teológicas como sobre el propio transformismo darwiniano para explicar el origen del hombre y del universo y, en último término, nada nos dicen del incontestable carácter social que nos define. Y termina concluyendo:

> *El Universo existe desde el infinito, y su fin no es otro que el de realizar la existencia de la materia perfeccionándola (...); la existencia humana se hallarla sujeta fatalmente a una serie de mudanzas capaces de engendrarse una moral que, al impulso del egoísmo y bajo la dirección inteligente, podría llamarse conveniencia. Conviniendo a cada cual y a todos ser buenos, lo seríamos. Siendo perturbadores e innecesarios el robo, el homicidio, el crimen, la transgresión en cualquier forma a los derechos acordados, estas acciones quedarían reputadas por tan malas y penables como si su virtualidad estuviese escrita en un código divino. ¿Qué más daba? El resultado idéntico -por una transmutación de la ley moral a la conciencia-, más noble, al fin, que el aceptar la por los miedos a un altísimo castigo (100).*

Sin entrar en las claras huellas de Rousseau y A. Smith que se pueden observar en esta larga cita, verdaderamente importante es que, para Felipe Trigo, la existencia humana no admite otra explicación que aquella que venga por cauces puramente

sociológicos. Habría que eliminar entonces aquellas causas que estaban impidiendo que la felicidad de los humanos fuera posible; o, lo que es lo mismo, que impedían la plena satisfacción de aquellas propensiones naturales de cada individuo que no van en contra de los intereses generales. Para denunciar esas causas y anunciar aquellas reformas que serian necesarias para hacer una convivencia pacífica, Felipe Trigo no encontró otro medio mejor que el de la novela, y desde esta perspectiva pensamos que tenemos que entender todas las suyas, sin olvidar por supuesto la calidad estética que consigue en su realización.

Ahora bien, y volviendo al razonamiento de nuestro autor, si esa felicidad humana só1o surgiera de la mutua afectividad social y la suprema ley de toda moral es la conciencia individual, habría que preguntarse antes si la responsabilidad de los actos humanos -y de ahí la posibilidad de mejorarlos- está regida por un fatal determinismo, según pensaba la escuela positivista italiana, o si, por el contrario, el hombre es individualmente responsable de sus propios actos, según defendían los individualistas del Derecho y la doctrina de la Iglesia Católica.

La respuesta de Trigo a esta pregunta esta también presente en la referida carta a Unamuno, aunque ya la había tratado antes en su Etiología moral y la desarrollaría después en Socialismo individualista: ni determinismo fatal, ni individualismo a ultranza, sino un determinismo modificable precisamente por la capacidad humana de mejorar su medio externo mediante una mejora de la educación y gracias a su capacidad intelectual (101).

Por tanto, si la cuestión no es ir sino estar, lo importante será convertir ese estar en un bien-estar. Y ésta es la única significación que se le debe dar a la afirmación de Trigo que es el lema de su ex libris: Yo hablo en nombre de la Vida; a lo cual pregunta Víctor Unamuno en un pasaje de La Altísima: ¿De qué vida?; y contesta Trigo:

> *De esta, nada metafísica ni abstracta, de los barcos por el mar, de los astros por el cielo y de las gentes por las calles (...); de esta de las rosas, de las sonrisas de alegría y de la fresa a diez reales(102).*

Lo que en ningún caso, según se puede observar fácilmente, supondría un epicureísmo materialista tan sin sentido como el propio teologismo y en el que insisten una y otra vez los detractores de nuestro autor. Este aparente materialismo de Trigo, según vamos a tener ocasión de ver, hay que entenderlo más bien como un elemento

más, aunque importante, de toda una ontología globalizadora de la naturaleza humana en la que tampoco falta una clara carga idealista, y cuyo planteamiento dialéctico podría hacerse extensivo a todas las áreas de su pensamiento; en el terreno concreto de la relación hombre-mujer, que es en el que más se ha insistido, esa solución sintética a la que llega nuestro autor quedarla resumida en la fórmula: Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada, pero que podríamos ampliar también a todo su ideario, todo su ideario, según intentamos demostrar a continuación.

IV.2.- TRASCENDENTALISMO COSMICO: ONTOLOGÍA Y DEONTOLOGÍA

Los términos de esta fórmula de marcado tinte hegeliano con que Felipe Trigo autodefine todo su pensamiento suponen una ontología sintética previa sobre la naturaleza humana que, al hacerla extensiva a todo el cuerpo social, se erige además en una clara deontología que nos da las claves del ideario reformista de toda su obra; entendiendo ésta, insistimos una vez más, como el medio más eficaz de transformación social, luego que hubiera ejercido su labor como medio de transformación ideológica, sobre sus lectores.

Como es fácil suponer, esta ampliación del organicismo humano al todo orgánico del cuerpo social, tan extendida en Europa en la segunda mitad del siglo XIX, implicaba una teoría social en la que los intereses de la comunidad tenían que venir dados por el respeto a todas y cada una de las partes que la integran, siempre y cuando estos intereses particulares no fuesen en contra de intereses de la mayoría. En lo referente a la teoría social, por tanto, Felipe Trigo se sitúa desde un principio a igual distancia tanto de Liberalismo a ultranza como del Socialismo doctrinario.

Ahora bien, la novedad de esta concepción organicista de la sociedad, aunque no es tanta como Felipe Trigo parece suponer (103), sí contiene algunos elementos novedosos que la diferencian perfectamente del organicismo defendido por los discípulos de Krause y de Sanz del Río.

Es el de estos un organicismo ético-espiritual claramente diferenciado del organicismo biologista que caracteriza por lo general aquellas actitudes de orientación positivista a las que se adscribe más claramente Felipe Trigo. La diferencia fundamental de uno y otro, apuntada ya por el propio Azcárate, consistiría precisamente en que el positivismo ontológico, según la doctrina ortodoxa krausista, suponía de alguna manera un sometimiento de la vida humana a las leyes físicas fatales

del mundo material y, por tanto, la negación de su libertad (104). Sin embargo, esta crítica certera de los krausistas con el fatalismo positivista, con la que coincide también en buena parte Felipe Trigo, sería perfectamente superada por nuestro autor con argumentos claros y convincentes.

Para Azcárate y gran parte de los krausistas, el principal error del positivismo ontológico consistiría en concluir la negación del espíritu, al no admitir la existencia de un ser superior distinto del cuerpo:

> *El positivismo ontológico -escribe Azcárate- concluye en la negación del espíritu. No desconoce en verdad, todo el orden de fenómenos que denominamos comúnmente afectivos, intelectuales, morales, etc.; pero lejos de referirlos a un ser distinto del cuerpo, considera que no hay en el hombre la dualidad que se supone, sino que toda aquella serie de hechos no es más que la fluorescencia más pura de la materia (105).*

Por lo que se refiere a Felipe Trigo, no admite ciertamente la existencia de ese ser distinto del cuerpo como único rector de los actos humanos; pero, según tendremos ocasión de ver en el apartado dedicado a su Etiología moral, tampoco identifica el organicismo biológico-mecanicista por el que define al hombre con el del resto de los seres vivos, debido precisamente al claro componente intelectual que aquél tiene; aunque, eso sí, no lo hace radicar en la existencia de un alma inmaterial, sino en un conjunto de fuerzas físicas localizadas en determinadas partes del organismo.

Pero vamos a ver más concretamente en qué términos entiende Felipe Trigo este Trascendentalismo cósmico y las consecuencias que tiene en el conjunto de su ideario. En El amor en la vida y en los libros escribe nuestro autor:

> *Cerrar los ojos ante la histórica tenacidad de esta bestia humana en la misma civilización, para no considerarla propia del humano ser, con tanto derecho como la intelectualidad, seria insensato. Yo la he recogido en mi filosofía y en mis novelas a guisa de trascendental elemento antitético, con el cual amasada la suprema intelectualidad, dará la única y gran síntesis de todas las civilizaciones futuras (...). Esto quise expresar en el dicho prólogo de Las ingenuas cuando escribí "los cuarenta siglos de civilización pagana fundidos a los veinte siglos de civilización cristiana darán la lógica e inevitable continuación de la historia en que se haga la humanidad completamente digna del Universo". Este es el*

Trascendentalismo cósmico de que os hablé cuando tuve la humildad de presentaros mi título de hombre o séase de bestia inteligente (106).

Como se puede observar, la diferencia de este Trascendentalismo cósmico que defiende Felipe Trigo con el organicismo ético-espiritual del krausismo pensamos viene dada precisamente por el planteamiento dialéctico con el que nuestro autor intenta superar las soluciones antitéticas de espiritualistas y materialistas, para, negándolas por separado, procurar integrarlas en un tercer nivel conciliador y sintético.

En cuanto a las posibles fuentes que pudieron influir en nuestro autor para formalizar este sistema de pensamiento sintetizador seria inútil pensar que éstas le vinieron por una única vía; en el ambiente intelectual de la época encontramos varios intentos de armonización entre el materialismo y el espiritualismo como sistemas filosóficos contrapuestos; el auge de la mentalidad positivista, y el desarrollo de la ciencia moderna llevó a muchos de nuestros intelectuales del fin de siglo a buscar nuevas explicaciones cientificistas y racionales para el origen y la evolución del hombre y del Universo. Este afán de cientificismo, como ha demostrado el profesor París, puede ayudarnos a comprender algunas de las claves de la crisis religiosa de Unamuno, por ejemplo, pero sirve igualmente para comprender también el Trascendentalismo cósmico al que nos estamos refiriendo (107).

A la larga tradición que el evolucionismo tuvo en nuestro país desde mediados del siglo XIX (108), hay que añadir en este sentido el gran influjo que durante los últimos años del siglo, a falta de una tradición filosófica autóctona, ejercieron sobre nuestros intelectuales las diferentes filosofías de signo armonizador, especialmente las de Hegel, Spencer y el Naturalismo Germánico; unidas éstas a algunas de las tesis del transformismo darwiniano (109), pensamos que todas ellas constituyen la fuente variada a partir de la cual Felipe Trigo fundamenta todo el sistema de pensamiento con el que, trasportado a sus novelas, quería reconducir la transformación moral de nuestro país.

Por lo que se refiere a Hegel, que junto con Spencer es sin duda el pensador europeo que más influencia ejerció en el fin de siglo español (110), la idea básica que es asumida por nuestro autor es precisamente la que se deriva del evolucionismo espiritualista metodológico del fi1ósofo germánico según el cual, la idea de progreso vendría dada por la superación inexorable de situaciones que se hallan en un enfrentamiento dialéctico. A partir de ese evolucionismo metodológico, Felipe Trigo

construye su ontología armonizadora para, desde ella, fundamentar la deontología igualmente armonizadora con la que nuestro autor quiere mejorar el tipo moral y social del hombre de su tiempo. Ahora bien, ese proceso dialéctico, tal y como Trigo lo entiende, no terminaría en ningún caso con la síntesis final a la que necesariamente se habla de llegar tras la superación de las situaciones auténticas, pues a partir de ese momento irían surgiendo otras nuevas situaciones contradictorias que tendrían que resolverse igualmente por la misma mecánica sintetizadora, atendiendo a las circunstancias de cada etapa histórica.

Estas palabras de nuestro autor referidas a su programa político confirman este proceso dialéctico continuado con el que entiende todo el devenir histórico, y sirven además para alejarlo de cualquier intención totalitaria:

> *Constituciones de tránsito, siempre abiertas a la reforma; perfeccionables, despóticas en cada una de sus etapas ..., y jamás, sin embargo, alcanzando la perfección necesaria para desaparecer como entidad diferenciada de la sociedad misma, según ilusoriamente, a juicio mío, pretende el anarquismo (111).*

En cuanto a Spencer, el autor citado por Trigo con mayor asiduidad y con mayor entusiasmo, no cabe duda de que es el auténtico mentor de muchas de las ideas filosóficas y sociológicas de nuestro autor; de él toma básicamente el método inductivo como el único método válido de conocimiento capaz de desmentir las elucubraciones especulativas del método deductivo; por otra parte, la superación que el pensamiento del filósofo inglés supone respecto a algunas de las limitaciones metodológicas excesivamente empiristas del positivismo, al englobar los datos dispersos anteriores en una filosofía general del hombre y de la sociedad y ensanchar así el primigenio marco naturalista de la teoría transformista de la que parte, es también una de las piezas fundamentales que Felipe Trigo incorpora a su ideario (112).

Respecto al Naturalismo Germánico de los años sesenta, es evidente también la influencia ejercida sobre nuestro autor como sobre el resto de los positivistas españoles de fin de s1glo. Como ya hemos apuntado en otro lugar, el propio Trigo hizo una reseña del libro más conocido de Büchner, Fuerza y materia, en Germinal (23-11-1.901) que, junto con Haeckel, serían los principales teóricos de este positivismo ontológico (113) .

La idea básica de esta filosofía naturalista, asumida casi íntegramente por nuestro autor, es una concepción monista del hombre y del Universo en la que, lejos de quedar reducido todo a la materia, ésta se completa y es perfeccionada por los atributos que le da el espíritu; la siguiente cita resume a la perfección esta idea:

> *Nos atenemos firmemente al monismo puro, sin ambigüedad, de Spinoza: la materia (en tanto que es su substancia indefinidamente extensa) y el espíritu o energía (en tanto es substancia sintiente o pensante) son los atributos fundamentales, las propiedades esenciales de la universal substancia (114).*

Palabras que parecen inspirar claramente estas otras con las que Felipe Trigo pretende justificar su teoría social:

> *Y la Fuerza, -escribe nuestro autor- fatal y ciega, deja en cierto modo de serio al transformarse en inteligencia: por eso resulta un fatalista singular, que ve en el ambiente social y físico una gran influencia sobre el hombre (negación de la libertad), y en la inteligencia humana un gran modificador del ambiente moral y físico (afirmación de la libertad ... casi) (115).*

Pero insistimos una vez más en que, mejor que buscar aquellas influencias directas que pudieron incidir sobre el pensamiento de Felipe Trigo, difíciles de precisar por otra parte, lo que nos parece realmente importante es el hecho de que el punto de llegada de sus creencias filosóficas -socio1ógicas, dicta él- está en perfecta consonancia con todos los intentos armonizadores durante el fin de siglo pretenden aproximar el materialismo y el espiritualismo como concepciones del hombre radicalmente enfrentadas, cuyo término de encuentro iba a tener también perfecta expresión en el terreno literario la aparición de un naturalismo idealista, del que Galdós se erige en su más cualificado representante en nuestro país, y con el que podemos definir de alguna manera el arte narrativo de Felipe Trigo, según tendremos ocasión de ver (116).

Lo cierto es que ese eclecticismo que preside gran parte de las filosofías y las ciencias del fin de siglo (Hegel, Spencer, Naturalismo Germánico, Wundt en Psicología, el propio Krausismo ...) es asumido por el autor de Jarrapellejos en su fórmula Trascendentalismo cósmico y que en realidad no quiere suponer otra cosa que la perfecta fusión de términos hasta entonces contrapuestos: materialismo e idealismo

en Filosofía; individualismo y determinismo ambiental en Sociología; psicologismo y fisiologismo en Psicología (psicofisiología); intelectualismo y emocionalismo, en fin, en las relaciones afectivas hombre-mujer.

Pero vamos a ver más concretamente cuáles son los términos exactos utilizados por Felipe Trigo para llegar esas soluciones sintéticas de claras resonancias hegelianas, y la importancia que tienen en el conjunto de su ideario y en su propia obra narrativa.

Para nuestro autor el método positivista spenceriano -experimentar primero, filosofar después- seguía siendo la única fuente válida de conocimiento; el método contrario, el de la especulación libresca al margen de la experiencia positiva, habría llevado a los filósofos a ese secular error ontológico dualista de considerar al hombre y al mundo divididos en dos mitades irreconciliables: la material y la espiritual, con la consiguiente reducción, en unos casos, a la simple intelectualidad basada en la existencia de un alma incorpórea o a atribuirle la más baja bestialidad en otros, considerando lo emocional y lo instintivo como los dos únicos móviles del comportamiento humano. Pero en ninguno de los casos considerando ese dualismo emotividad-intelectualidad; materia-espíritu) como las dos partes integrantes de un todo orgánico inseparable en el que no tenia por qué prevalecer ninguno de los extremos, monstruos.

Esta separación, piensa Trigo, sólo es posible en el cerebro de los sabios y habría llevado incluso a que algunos escritores se olvidasen de sus propias situaciones reales: Unamuno y Tolstoi predicando la abstinencia... habiendo engendrado no obstante numerosa prole; Zola, en el otro sentido, reduciéndolo todo a un materialismo sin sentido, más propio de las bestias que de la misma condición humana. Lo cual, concluye, no era en último extremo sino la versión más reciente de los dos extremos a los que podrían reducirse históricamente todas las filosofías : el espiritualismo y el materialismo.

Este error ontológico al que se habría llegado por la pura especulación filosófica al margen de la experiencia positiva, continúa Trigo, seria fácilmente subsanable si se somete el razonamiento a una rigurosa experimentación de los hechos cotidianos, de donde se deduce inmediatamente la síntesis por la que habla de venir de forma inexorable el progreso de la humanidad. Así resume nuestro autor estas ideas que hasta aquí estamos glosando:

Ante tal cuadro, yo me afirme reflexionador montaraz y extraño a quien la vida sin libros le habla dicho de mil modos que todo es vario y lo mismo, que son la misma cosa la tierra y su cielo azul, el cuerpo y su alma blanca, la bestia y el ángel, lo sensual y lo místico..., lo individual y lo colectivo; que Todo es uno y es Dios, porque Dios es Todo y porque Dios y Todo son esta inmensa y viva cosa inmortal que se llama Universo (117).

La novedad de este panteísmo monista, en cualquier, caso, por mucho que se empeñe Trigo, no es tanta si recordamos que recoge casi literalmente el racionalismo armónico krausista que él parece ignorar. La cita anterior difiere poco de estas otras palabras de Azcárate en las que queda resumida en gran parte la filosofía de nuestros krausistas:

La humanidad camina a encontrar la armonía entre principios, ideas y elementos de la vida, que han venido riñiendo hasta ahora dura batalla: en el orden religioso. entre el racionalismo y el cristianismo; en el filosófico entre el espiritualismo y el sensualismo, el empirismo y el panteísmo; en la esfera del arte, entre el realismo y el idealismo; en la económica entre el capital y el trabajo; en la jurídica, entre la autoridad y la libertad, la tradición y el progreso; en el problema social, en fin, entre la organización de los socialistas, la libertad de los economistas y la resignación de la Iglesia (118) .

Ahora bien, mejor que detenernos en demostrar la más que dudosa filiación krausista de Felipe Trigo, lo que nos importa constatar es el hecho de que esa idea de que la armonía entre contrarios es la auténtica ontología del hombre y del Universo era algo bastante generalizado en el panorama intelectual español del fin de siglo y que, como otros muchos, nuestro autor recoge como propia en un intento conciliador de alguno de los aspectos de la ideología tradicional con las nuevas corrientes materialistas, signo inequívoco de su condición de pequeñoburgués que busca su propio espacio ideológico.

Tal vez lo más novedoso del pensamiento de Felipe Trigo en este sentido haya que buscarlo en que esa armonía ontológica de la que parte se convierte al mismo tiempo en una auténtica deontología en la que cifra el verdadero progreso de la humanidad al permitir superar las absurdas deformaciones que hasta entonces venían desvirtuando la naturaleza de los individuos y de la propia sociedad.

Ahora bien, esa firme convicción de que en cualquier caso se habría de llegar inexorablemente a situaciones armónicas en las que desaparecerla todo tipo de conflicto entre las propensiones naturales de los individuos y las leyes de la sociedad no supone nunca en el caso de nuestro autor una llamada al quietismo, según cabria pensar; antes al contrario, implica la mejor garantía de que todos los esfuerzos tenían que ir orientados en ese sentido armonizador para que el progreso de la humanidad fuese realmente efectivo y al mismo tiempo permitiese la superación de las nuevas situaciones antitéticas que se fuesen originando a partir de esa síntesis accidental; desde un principio, pues, quedaba cortada de raíz cualquier posible connotación de este organicismo de nuestro autor con tipo de organicismo en el que después se iban a basar doctrinas totalitarias de la primera mitad del siglo.

Pero, insistiendo más en esta diferenciación organicismo ontológico y deontológico de Felipe Trigo respecto al de los krausistas, hay que recordar que, para aquellos, sólo se podría conseguir dentro de los limites de una sociedad burguesa, aunque liberal, y gracias precisamente a un reformismo educativo a largo plazo que pasaba por la formación de nuevos cuadros de educadores, pero no atentando nunca contra las bases mismas de la sociedad tradicional; para Felipe Trigo, en cambio, tanto el organicismo ético individual como su ampliación a todo el cuerpo social sólo serian posibles tras una transformación profunda del orden social presente, que permitiese eliminar los condic1onamientos materiales que ahora hacían inviable esa adecuación entre la naturaleza humana y la norma social, y que, desde luego, podría conseguirse sin recurrir a la revolución armada.

Esta diferencia, que no es tan simple como pudiera parecer a primera vista, radica precisamente en el diferente punto de partida de uno y otros: marcadamente idealista en el krausismo, marxista en el caso de Trigo. Si bien es verdad que estos dos extremos se darían también la mano dentro del propio krausismo en quienes siguieron una línea claramente positivista (Sales y Ferré, Dorado Montero, Posada...), y en aquellos otros que se inclinarían definitivamente por el socialismo (Besteiro, Fernando de los Ríos...) (119). Y tal vez sea con este Krausopositivismo socializante de algunos institucionistas con la teoría social que más se aproxima el socialismo individualista de Felipe Trigo.

No creemos, sin embargo, que se pueda llegar a identificar totalmente el ideario de Felipe Trigo con alguna de las vertientes del krausismo o con cualquier otro sistema de pensamiento con el que se pudieran observar algunas relaciones. En cambio, sí

creemos conveniente resaltar el hecho de que nuestro autor sabe acomodar con toda coherencia su filosofía particular a todas esas corrientes integradoras del fin de siglo que siguiendo el método dialéctico de Hegel entonces redivivo, encuentran en la filosofía de Spencer una perfecta superación del positivismo empirista a ultranza, y a ella se adscribe metodo1ógicamente nuestro autor.

Es precisamente desde este planteamiento dialéctico metodológico desde donde pensamos que tenemos que entender todo el ideario de Felipe Trigo y considerarlo, tal y como él lo hace, como un decidido intento de superar por vía racional todos aquellos extremos de los más diversos órdenes que hasta entonces se encontraban en conflicto abierto.

Así, ese Trascendentalismo cósmico que resume toda su filosofía se convierte en Socialismo individualista como solución sintética al problema social, tendiendo un puente entre el intervencionismo a ultranza defendido por los socialistas y el laissez faire maximalista del liberalismo; sus ideas sobre Derecho Natural y, por tanto, su etiología moral, oscilan entre el determinismo de la Escuela Positivista italiana y la responsabilidad individual defendida por la Doctrina cató1ica para resumirse en un determinismo modificable, gracias a la importancia que concede a la inteligencia y a la educación como factores de transformación; la dialéctica de los afectos, aparte de la significación social que le concede nuestro autor, será contemplada por Felipe Trigo como el resultado de un doble proceso, el emocional y el intelectual, que sintetiza un emocionalismo intelectuado por el que define ontológicamente al hombre; de la síntesis de la virgen y la prostituta surgirá su visión de la mujer ideal: "Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada"; y, por último, ese mismo planteamiento dialéctico metodológico le llevará a un realismo idealista, a la hora de dar forma literaria definitiva a todo este sistema de pensamiento.

Vamos a ver entonces cuáles son los términos exactos que son utilizados por nuestro autor para llegar las soluciones sintéticas que resultan del proceso dialéctico al que somete todo su sistema de pensamiento.

IV. 3.- IDEAS JURÍDICAS. ETIOLOGÍA MORAL

Felipe Trigo no es ciertamente un profesional del Derecho; pero un reformador social, que es lo que en último extremo él pretende ser, tenía que plantearse necesariamente algunas cuestiones relacionadas con el Derecho Natural, para

establecer con toda claridad cuáles son las causas que intervienen en el comportamiento de los individuos y orientar a partir de ahí su labor reformadora. Nuestro autor pensó en la cuestión y a darle respuesta dedicó uno de sus primeros trabajos, aparecido en El Globo con el significativo título de Etiología Moral y recogido después en Socialismo Individualista.

Las ideas que allí expone sobre la relación causal del comportamiento moral y social de los individuos son de suma trascendencia para comprender su posterior labor reeducadora y su programa reformista en general.

Para nuestro autor, los estudios de los modernos fisiólogos y psicólogos, especialmente los de Wundt (120), habían venido a demostrar con toda claridad la total supeditación del organismo humano a las leyes materiales, y de ahí que se hablase ya de la Psicofisiología como una nueva ciencia; pero, además, habían venido a demostrar también la total supeditación de la parte moral del hombre a su todo orgánico, dado que parecía claro que los atributos de que se dotaba tradicionalmente al alma radicaban en todo el Organismo y no en un ente espiritual e incorpóreo. Rechazado, por tanto, el apriorismo de la vieja filosofía social que basaba el estudio del tipo moral en la existencia del libre albedrío como supremo y único rector de los actos humanos, el hombre en su integridad se ofrecía ahora al objeto de investigación del método experimental, con la convicción de que sus actos, hasta el más sublime pensamiento, eran la consecuencia lógica de una serie de fuerzas físicas que inciden sobre él.

Ahora bien, sigue Trigo en su razonamiento, para que la esperanza de transformar al hombre no sea pura quimera, convenía no equivocarse en el punto de partida y establecer con toda claridad dónde radica en último extremo el comportamiento moral de los individuos; es decir, habla que buscar su verdadera etiología moral.

La escuela positivista italiana {Lombroso, Ferri, Garófalo, etc.) (121) mantenía que los usos morales de los individuos eran la consecuencia lógica de una irresistible vocación individual que estaba presente en la naturaleza de cada hombre y con la que nacería ya marcado hacia el bien o hacia el mal; de ahí que en sus estudios describan con todo tipo de detalles los rasgos físicos de la figura que ellos denominan como delincuente nato (122).

Pero, según nuestro autor, lo que olvidan quienes pretenden establecer la morfología de ese criminal nato es que su observación está hecha sobre criminales ya formados, con una modalidad orgánica adquirida y cuyos posibles rasgos físicos

comunes obedecen a una causa común mucho más importante que los factores de tipo genético: la ignorancia (123).

La responsabilidad de los actos humanos, continúa Trigo en su razonamiento, en ningún caso, es individual, es siempre social; pero no en los términos que venían planteándola los socialistas del Derecho cuando afirmaban categóricamente que en la existencia del capital privado y en la iniquidad económica que de él se deriva radican exclusivamente todos los males sociales y morales. Para nuestro autor, y obsérvese su cambio de postura respecto a las ideas defendidas unos años antes, la miseria es efectivamente un factor fundamental en algunos delitos muy concretos, pero la misma estadística demuestra que la transgresión a las leyes morales establecidas no viene siempre de los pobres ni disminuye con una simple mejora de delitos, como los crímenes o los pasionales, que aumentan incluso su número entre las clases adineradas y en momentos en los que el poder adquisitivo de los salarios mejora considerablemente (124).

Por ello, seria inútil pensar que un estado socialista haría desaparecer todo tipo de delitos con una simple redistribución de la riqueza. Para Felipe Trigo, la desaparición de todo tipo de propiedad privada seria una medida política inútil en cuanto a la desaparición de la delincuencia se refiere si no iba precedida de una mejora de la receptividad individual mediante una mejora en la educación de cada uno de los ciudadanos.

En consecuencia, concluye Trigo, la verdadera etiología moral, radica en una síntesis de estos dos extremos del Derecho Penal, el individualista y el socialista, que no tienen por qué ser términos antitéticos:

> *De la tesis y antítesis de la responsabilidad e irresponsabilidad individuales, se desprende, pues, una síntesis negación de ambas y que, sin embargo, las contiene formulada así: la responsabilidad no es individual. es social (125).*

Bien entendido que esa responsabilidad social no lo es tanto por lo que en la sociedad haya de economista sino por lo que ésta tiene de pedagogo; la educación entonces seria la única causa determinante del tipo moral y social de los individuos. Ahora bien, entendiendo claramente que este concepto de educación tiene una significación más amplia que la que se deriva de la mera instrucción, referidas sólo a la simple adquisición de conocimientos; en realidad, un individuo puede ser más o menos

instruido en función de esos conocimientos, pero en cualquier caso tendrá siempre una determinada educación adquirida como resultado de los estímulos sociales que actúan sobre él. La reforma de esos estímulos sociales para conseguir ciudadanos honrados se convertía as! en una tarea prioritaria que tendría que acometer cualquier programa reformista. (126).

Para Felipe Trigo, la misma ley de biología general por la que función y órgano se determinan mutuamente se podría aplicar también a la configuración del carácter de una persona, que vendría dado entonces por el conjunto de estímulos sensoriales que inciden sobre su cerebro. El éxito de la verdadera pedagogía, por tanto, tenía que basarse en no dejar nada al azar y orientar convenientemente la historia sensorial del niño para obtener como resultado el carácter deseado, al margen incluso de su árbol genealógico.

La familia y la sociedad serian, pues, los factores condicionantes más importantes que conforman la vocación moral de los individuos; condicionantes, pero no determinantes, dado que como tales instituciones eran perfectamente modificables por propia iniciativa humana y se abrirla así la posibilidad de una mejora de la ética individual que daría por resultado un tipo de moral social más justo. Al hacer especial hincapié en la capacidad de transformación que posee la educación derivada de la percepción sensorial, lo importante no sería entonces modificar aquellos caracteres que radican en la energía vital de cada individuo, sino aquellos otros que emanan de la energía cósmica que incide sobre él y que, por tanto, son perfectamente modificables por la capacidad transformadora de la inteligencia

En conclusión, termina Felipe Trigo toda la parte moral del hombre es pura y simplemente una convención social, accidental y variable, por lo tanto. De ahí que, en lugar de ocuparse de crear reformatorios en lo que inútilmente se pretendía recuperar al delincuente de cualquier tipo para el canon moral que se conceptúa ortodoxo en una sociedad, sería más importante ocuparse de modificar la propia sociedad para impedir que los delitos fuesen posibles ni necesarios. Una vez conseguida esa transformación social, habría que dejar los niños en manos de hombres que fuesen capaces de rodear su inteligencia con un hálito moral perfectamente adecuado; entre tanto, concluye Trigo, bueno será que nos ocupemos de denunciar cuáles son los males de la sociedad presente y de anunciar por otro lado, cómo podría ser una sociedad en la que la moral social no viniese impuesta por el capricho de unos pocos sino por la mayoría de

propensiones naturales de la mayoría de los individuos. Y sus novelas, como tendremos ocasión de ver, están planteadas en este doble sentido.

IV. 4.- IDEAS SOCIALES. SOCIALISMO INDIVIDUALISTA

Ya queda apuntado antes que la teoría social de Felipe Trigo y su proyecto político son la consecuencia lógica de un concepto previo del hombre y de la sociedad donde los mores o formas de vida colectiva vendrían condicionados, que no determinados, por un triple condicionamiento: económico, político y social, en cuanto que de ahí emanan las impresiones que inciden sobre el individuo y configuran su educación; la vieja filosofía moral de la Iglesia que fijaba el fin ético del hombre en una vida ultraterrena quedaba así negada desde el principio.

Recuperada la humanidad para la tierra y atendiendo a los sentimientos más elementales de los individuos: utilidad, interés, placer, etc, se trataba entonces de sentar las bases de un orden social nuevo donde esos sentimientos individuales fuesen perfectamente compatib1es con los intereses de todo el cuerpo social, gracias a que el tipo moral dominante, en tanto que pura convención, vendría impuesto por las propensiones naturales de la mayoría de los individuos. El concepto de bondad y mal dad, por tanto, lejos de estar regido por un código moral universalmente válido, vendría dado por un acuerdo implícito entre los individuos de una determinada comunidad que. se impondrían sus propias leyes sociales y morales.

Aceptada entonces la bondad natural del hombre, desvirtuada sólo por la acción deformadora de agentes externos, el objetivo primordial de toda teoría social, según Trigo, tendría que centrarse básicamente en eliminar aquel tipo de organización social y moral que daba origen a esas deformaciones. Y a este fin van dirigidos tanto sus estudios teóricos como la práctica totalidad de sus novelas, en un claro intento de demostrar la posibilidad de que algún día la sociedad se organizase en torno a esos nuevos supuestos morales y políticos que él tan ardientemente defiende (127) .

Pero, para comprender mejor las ideas sociales de Felipe Trigo, conviene hacer una mínima referencia a la correlación de fuerzas que, aunque desiguales, conviven en nuestro país durante estos últimos años del siglo XIX.

Simplificando mucho, y retornando algunos datos expuestos en el Capítulo anterior, esas fuerzas sociales podrían reducirse a tres sectores perfectamente definidos: la minor1a oligárquica dueña absoluta de la situación, el movimiento obrero, falto todavía del apoyo social suficiente, y un amplio sector de la burguesía

descontenta con su apartamiento total de los órganos de decisión política del país, versificadas cuyas líneas de actuación son bastantes diversificadas.

Por lo que se refiere al primer grupo, su único interés, más o menos encubierto según los casos, se reducía casi siempre al mantenimiento a toda costa del estatus social y económico imperante, o, como se decía en frase de la época, a "defender la sociedad". Las citas que pudieran aducirse para documentar cómo esa minoría oligárquica estaba convencida de que actuaba "en defensa de la sociedad" serían casi interminables, pero sirvan solo de muestra estas palabras del padre Coloma que apuntan en este sentido:

El pobre -escribe-, si ve pasar al rico en su carroza, carroza que al fabricarse le ha proporcionado a él trabajo, pan y bienestar, dice mirándole con respeto, con cariño, con agradecimiento profundo: Ah! va la Providencia (128).

Y para imponer su ley y corroborarla institucionalmente, Cánovas como mejor valedor de esa minoría oligárquica arbitra en 1.87ó un tipo de "Constitución histórica" con la que pretendía evitar una hipotética revolución popular y remedar de alguna manera el sistema democrático que se habla mostrado inviable en el período comprendido entre el ó8 y el 74. El sistema bipartidista de Cánovas, calcado del de Inglaterra, pero falto del apoyo socioeconómico que allí tenía, pronto vendría a demostrar no obstante que tanto si estaban unos en el poder como otros servían siempre con su gestión política a los mismos intereses de la clase dominante.

Por otra parte, y como era lógico pensar, para el mantenimiento del sistema canovista era necesario institucionalizar una fuerza paralela, el caciquismo, que sirviese, para simular esa "convivencia pacífica entre todos los españoles" esgrimida por su mentor. La apariencia y el respeto a los valores tradicionales dominantes se erigirían así en los pilares fundamentales de la moral social que servía de base a la clase dirigente de la Restauración

Pero, por otra parte, ese mismo sistema de la Restauración, al orientar su praxis positivista a conseguir el desarrollo industrial de nuestro país, estaba, decirlo así, cavando su propia fosa, pues precisamente ese desarrollo industrial traerla consigo un aumento considerable de la población que ya no depend1a directamente de la tierra y que posibilitarla el nacimiento de organizaciones obreristas dispuestas a controlar el sistema político y los mismos medios de producción (129).

Y, aunque las acciones violentas de la clase trabajadora llegaron en algún momento a hacer tambalearse la estabilidad del sistema, lo cierto es que su

resquebrajamiento definitivo no vendría tanto por esta acción revolucionaria violenta cuanto por el reformismo ejercitado por algunos sectores de la burguesía no integrada y por aquellos intelectuales de procedencia pequeño-burguesa casi siempre que, haciendo frente común en un principio con objetivos de la clase trabajadora, pronto reorientarían sus posiciones hacia actitudes menos comprometidas y, en algunas ocasiones, francamente conservadoras.

Por lo que se refiere al proyecto social y político ofrecido por Trigo como alternativa a esa situación de crisis, que es lo que aquí nos interesa, vamos a ver a qué supuestos obedece y cómo es organizado por nuestro autor.

Como era usual en su tiempo por la influencia positivismo, la teoría social de nuestro autor nace de la observación directa de la realidad más inmediata; pero, a diferencia de la mayor parte de sus contemporáneos, tal vez su mayor acierto haya que buscar lo en el hecho de que al compromiso con la realidad histórica del momento sabe unir una perfecta planificación económica y social que se proyecta con toda lucidez hacia el futuro y que en muchos aspectos se adelanta incluso a su propio tiempo; el pasado histórico de nuestro pueblo poco o nada 1e interesa en su interpretación de las circunstancias históricas contemporáneas.

La fórmula de Socialismo individualista con que titula uno de sus principales libros teóricos resume a la perfección tanto su forma muy particular de entender el problema social en nuestro país como el modelo político propugna para superar los desajustes presentes.

Como puede observarse en el propio titulo, toda su teoría social hay que entenderla también desde el mismo planteamiento dialéctico al que somete todo su pensamiento y que en lo referente a este campo concreto presenta como elementos antitéticos de dicho proceso las dos formas tradicionalmente enfrentadas de entender la cuestión social: la del liberalismo clásico y la del socialismo marxista.

Frente a la libre competencia del laissez faire y al concepto de propiedad privada sin ningún tipo de 1imitación defendidos por el primero, y frente al intervencionismo estatal a ultranza que en materia económica defendía el socialismo marxista, Felipe Trigo presenta una fórmula con la que pretende salvaguardar tanto los intereses de la comunidad como los más propiamente individuales y que no es sino la consecuencia lógica del organicismo antropológico y social que está presente en todo su pensamiento (130) .

Pero la negación de los términos antitéticos que supone el final de todo proceso dialéctico, en este caso, no lo es tanto del socialismo como teoría social igualatoria cuanto de la versión exclusivamente economicista que el socialismo doctrinario hacia de la historia. Se trataba. ni más ni menos. que de intentar la posibilidad de un socialismo que no fuese solamente económico sino que, además, fuese también antropológico, "con la tesis de la Economía y la antitesis del Derecho Natural" (131); un socialismo, en fin, capaz de presentarse como salvador de todos los hombres, pobres y ricos, y no sólo de los primeros como, según él, pretendía el socialismo científico.

El resultado, como es fácil suponer, venía a coincidir plenamente con las teorías revisionistas que esos años se estaban dando en todos los partidos Socialistas europeos, aunque con distinta suerte y manifestación en cada uno de los países. Por la importancia que tuvieron en Felipe Trigo estas doctrinas revisionistas, interesa mencionar especialmente el caso de Francia, donde Jaurés, citado repetidas veces por nuestro autor, había aceptado la colaboración en su gobierno de los partidos burgueses progresistas (132); y el caso de Alemania, donde Bernstein había publicado una serie de artículos en los que se pedía abiertamente le revisión de la doctrina marxista y que serían traducidos al español con el título de Socialismo Evolucionista, inspirador con toda seguridad de la fórmula de Trigo (133).

Desde esta óptica revisionista que suponla la negación del principio de la lucha de clases y la aceptación de que el socialismo habla de llegar inexorablemente incluso por la vía no revolucionaria, es desde donde pensamos que hay que entender los principales elementos de la teoría social de Felipe Trigo, una vez que habla abandonado su clara filiación marxista de los primeros años, y que por tanto, iba a estar marcada por un carácter básicamente liberal muy próximo a las tesis de la social-democracia alemana.

Para nuestro autor, la llegada del socialismo como sistema de democracia perfecto de. todos para todos en el que estarían socializados los medios de producción y donde la justicia social dejase de ser un mito sería algo inevitable y que se producirla incluso al margen de cualquier intento revolucionario, que, por otra parte, sólo conseguirla desvirtuar las conquistas a las que se pudiera llegar. En palabras que recuerdan a Kautski, afirma:

Las transformaciones bruscas no pueden ser profundas; las profundas no pueden ser bruscas. Pero ya ahora, como el socialismo no es otra cosa que la prolongación ideal, el resultado orgánico de las actuales tendencias, la evolución social está en camino; todo el movimiento de la producción capitalista, en el sentido de la socialización del trabajo, prepara y necesita la socialización de la propiedad (134).

Ahora bien, continúa nuestro autor, pensar que la transformación social del actual sistema burgués se podía conseguir sólo por simple cambio del régimen económico de propiedad individual. según defendía el socialismo doctrinario, e inferir de esa redistribución de la riqueza un principio universal de justicia al margen de las necesidades humanas concretas seria tan insensato como aquel otro criterio de justicia que se basaba en razones puramente teológicas.

Para Felipe Trigo, todo tipo de organización social y el sentido de justicia que debía presidirla no podía tener otro fundamento que aquél que se deriva de una deducción lógica impuesta por el respeto antropo1ógico que se le debe al hombre.

Así, "lo mismo que las cosas son buenas o malas justas o injustas para el individuo, según convienen o no a la mayor la de sus propensiones naturales, en la sociedad lo serán según convengan o no a la mayoría de sus individuos" (135). Y de ahí que llame antropológico a este tipo de socialismo que presenta como modelo social.

Ahora bien, si en cualquiera de los casos se habla de llegar inexorablemente a esa nueva situación que vendría a suplantar el sistema actual, cabía preguntarse entonces si la praxis humana tenia algo que hacer para su implantación definitiva o si, por el contrario, conveniente el quietismo; la vía revolucionaria, , era mas ya lo hemos dicho, según nuestro autor sólo podría conseguir un socialismo a medias, basado únicamente en la reforma de la propiedad. Pero no por ello habría que optar entonces por una actitud quietista y de despreocupación por la problemática social, sino que habría que orientar todos los esfuerzos para conseguir que esa evolución implacable se operase lo más rápidamente posible y de la manera más adecuada a las circunstancias históricas concretas de cada pueblo.

En las circunstancias actuales de nuestro país, sigue pensando Trigo, la implantación de ese modelo social de todos para todos seria inviable; pero no sólo por razones puramente económicas, sino, sobre todo, porque antes sería necesario que el

socialismo emanase de la firme conciencia del deber de la mayoría y del respeto fraternal que se debe a las minorías. Para que la soberanía pueda ejercerla el pueblo, en definitiva, “es necesaria la cultura del verdadero ciudadano, del verdadero gobernante, en cada hombre; y una cultura apoyada en toda la breve fórmula de la sabiduría histórica y orientada por el único sentido de la vida" (136).

Para conseguir este estado de civilizac1ón ideal de nada servirían las objeciones que se aducían generalmente en todos los tratados de Sociología: herencia, sexo o raza; porque precisamente esos hipotéticos inconvenientes están tomados todos de la observación sobre individuos viciados por la semicivilización actual y, por tanto, no pueden servir para deducir la perversidad natural hombre. En ese estado actual de nuestra cultura, el socialismo seria ciertamente el mayor de los disparates.

Pero, por encima de ese hombre deformado, producto de una educación y de unas influencias externas contrarias a su propia naturaleza, cabria pensar igualmente que si hay otros individuos no perversos es precisamente porque la naturaleza humana -única para todos- tiende naturalmente hacia el bien y sólo agentes externos hacen que se incline hacia el mal.

Cualquier intento de reforma social, concluye Trigo, tendría que estar orientado entonces a descubrir cuáles hablan de ser las transformaciones necesarias que hiciesen viable el advenimiento definitivo del socialismo como sistema de democracia perfecta; pero, entendiendo siempre, que como tal convención social éste podría y debería ir modificándose según conviniese a cada una de las etapas históricas por las que fuese pasando un pueblo. Para el momento presente de nuestro país, según Felipe Trigo esas transformaciones deberían ser de dos tipos:

A) Transformaciones previas, impuestas por la cultura, sin cuya posibilidad sería inviable el socialismo.

B) Transformaciones consecutivas a la implantación del propio socialismo, cuya posibilidad nos indicará cómo será este.

Las referidas al primer apartado serían las siguientes:

1. Transformación de las nacionalidades.
2. Transformación de las aptitudes individuales
3. Transformación de la receptividad para las enfermedades (degeneración orgánica) y los vicios (criminalidad)
4. Transformación del amor.
5. Transformación de los deseos.

Las transformaciones que habría que hacer, tras la implantación del socialismo serian:

1. Transformación de la propiedad.
2. Transformación de la herencia.
3. Transformación del trabajo y de las jerarquías
4. Transformación de la mujer como entidad social.
5. Transformación del hogar.

Aunque Felipe Trigo desarrolla con todo detenimiento cómo se han de llevar a cabo cada una de estas transformaciones, aquí nos vamos a detener exclusivamente en aquellas que tienen mayor importancia en el medio que va a utilizar para su difusión, y que no es otro que el de sus novelas.

Para una más completa explicación del papel que concede a la educación de los ciudadanos como factor determinante en la transformación de las aptitudes individuales, la criminalidad y la degeneración orgánica (II-III), remitimos al capítulo dedicado a sus ideas jurídicas recogidas en Etiología moral e incorporadas como un capítulo más de Socialismo individualista.

Resumiendo los aspectos más importantes de estos dos apartados, según Felipe Trigo, "para que la soberanía del pueblo, el gobierno de todos para todos, no sea un mito, es necesario que la cultura de cada ciudadano haga de él un verdadero gobernante" (137); y esto sólo sería posible mediante una mAs adecuada educación que enseñase al hombre, sobre todo, cuáles eran sus derechos y obligaciones como ser social (138).

La parte moral del hombre, en tanto que es una modalidad orgánica adquirida por la acción de agentes externos, es perfectamente modificable a nada que se cambien esos factores externos. Es cierto que existen una serie de rasgos comunes que parecen definir al criminal nato; pero inferir por ello que los instintos morales se adquieren por herencia y que, por tanto, serian inmodificables, según defiende la sociología positivista italiana (139) , sería confundir el efecto con las causas que los provocan al basarse exclusivamente en la observación de datos concretos que parecen abundar en tal sentido Pero, a nada que se sometan esos datos a una rigurosa experimentación, quedará demostrado inmediatamente que la parte moral del hombre "es el resultado de la energía cósmica que actúa sobre él -tipo de educación recibida- y, por tanto, es perfectamente modificable".

Ahora bien, aunque parece evidente que el comportamiento humano en ningún caso podemos desligarlo de la conducta del resto de los seres animados, también es cierto que tampoco se le puede considerar como un juguete sometido a las fuerzas ciegas del mundo físico, y no precisamente porque sea el usufructuario exclusivo de un quimérico libre albedrío. Como un todo orgánico que es, está dotado de una fuerza natural también, la inteligencia, que le permite actuar sobre su medio para modificarlo servirse de él; si, por otra parte, "la educación es el resultado de la historia sensorial de un individuo", parece lógico pensar que ofreciendo al recién nacido las impresiones sensoriales deseadas obtendremos de él el tipo moral pretendido. Esa labor habla de corresponder lógicamente a los hombres mejor cualificados para tal fin, que serían los encargados de formar a los ciudadanos de la nueva sociedad; y, sobre todo, la verdadera educación de los individuos emanará siempre de la que es escuela universal, la vida en sus distintas manifestaciones; Y esa labor compete lógicamente a los políticos, aunque, según él, también a la novela moderna (140) .

Haciendo desaparecer entonces las causas que los provocan: la mala educación recibida o la misma violencia impuesta por los instintos naturales mal controlados, desaparecerían las propensiones delictivas referentes al hurto y a los delitos pasionales, y la problematicidad individuo-mundo dejaría en cierto modo de existir. Por otra parte, aquellas otras propensiones que provienen de una degeneración orgánica y que sólo en apariencia son indiferentes a la acción social modificadora (cleptómanos, pirómanos, erotómanos...), como tales enfermedades que son, habría que tratarlas con los medios de la Medicina, especialmente con una buena higiene en su sentido más amplio en la que se ha de basar toda terapéutica moderna.

.

IV. 5.- TRANSFORMACIÓN DEL AMOR

Entre estas transformaciones que en el plano teórico Felipe Trigo considera como necesarias para la implantación definitiva del socialismo, la transformación del amor ocupa un lugar especial según nuestro autor y se erige en el elemento central de la novelística y la teoría social que estudiamos.

Sin entrar por el momento en las diferentes modulaciones que la temática erótica adquiere en la obra narrativa de nuestro autor, lo que sí parece evidente en cualquier caso es que para explicar esta especial preferencia suya por todo lo relacionado con el sexo no es necesario acudir al pansexualismo extrahistórico

freudiano (141), ya que es perfectamente explicable dentro de los supuestos que sustentan la filosofía social de Felipe Trigo.

La huella de los socialistas ut6picos resulta evidente en este interés de nuestro autor por todo lo relacionado con lo erótico, pero, en su caso concreto, la interpretación del amor hay que entender la con el mismo planteamiento antropológico y de justicia por el que define antológicamente al hombre y donde fundamenta la deontología que llevaría u la humanidad hacia el verdadero progreso. Desde esta consideración antropológica, así define Felipe Trigo el amor como la mayor potencia civilizadora:

El amor -escribe- es el más perfecto lazo de la sociabilidad. Es la adaptación más completa posible de una vida a otra vida. Es la sociabilidad determinada por el conjunto de todas las aptitudes humanas: inteligencia, belleza, sensualismo (142).

Y como tal relación social que es, por tanto, debería cimentarse en el mismo principio de justicia que emana del carácter orgánico de los individuos y de la sociedad misma. Si en el terreno social, ese sentido de justicia exigía el respeto de la voluntad mayoritaria a cada una de las voluntades particulares, en plano individual, se exigiría igualmente el respeto y consideración de todas las propensiones naturales, sin menoscabo de ninguno de sus componentes. Así, al concebir nuestro autor la posibilidad de la perfectibilidad humana y su marcha hacia el progreso sólo si su conducta estaba regida por los mismos principios de la Naturaleza -y ésta nos ha dotado de inteligencia, es cierto, pero también de una parte instintiva, donde el deseo de satisfacción sexual es fundamental, concluye:

Acaso no haríamos mal en entender la perfección con respecto a la integridad del humano ser tratando de perfeccionar al mismo tiempo la cabeza, el corazón, el estómago y los brazos y las piernas (143).

Por tanto, las reformas de tipo moral, social y político que habían de llevar a ese nuevo modelo de sociedad más justo y más libre, además de ocuparse de lo económico, tendrían que plantearse también como cuestión fundamental una reforma previa del mundo de los sentimientos, y más concretamente de las relaciones afectivas hombre-mujer, en tanto que constituyen la primera relación del hombre con la Naturaleza.

La dialéctica de los afectos se convertiría así en la primera y más elemental relación de sociabilidad, donde debería seguir el mismo sentido de justicia de toda sociedad. La cuestión social, por tanto, en ningún caso podría desligarse de la cuestión

intersexual, pero entendiendo ésta como una relación de Mayor complejidad que la derivada de las funciones meramente biológicas.

Según nuestro autor, el hecho de que en la sociedad burguesa la dialéctica de los afectos y el marco jurídico-familiar al que se le había pretendido reducir se contemplase sólo desde una óptica economicista habría llevado a un tipo de relación problemática entre el hombre y la mujer, y en último extremo, habría hecho problemática cualquier tipo de relación humana; aunque en otro sentido, la relación hombre-mujer en el mundo romántico habría sido igualmente problemática por atender sólo a la parte emocional.

La transformación de las relaciones afectivas hombre-mujer y de la institución familiar como marco jurídico en el que se manifiestan en la sociedad presente se convertían así en una condición previa o todo tipo de transformación profunda que aspirase a "hacer al hombre completamente digno del Universo". Respecto a las primeras, sería necesario introducir un nuevo concepto del amor donde las afinidades afectivas intersexuales viniesen dadas "por el conjunto de todas las aptitudes humanas: inteligencia, belleza, sensualismo"; en cuanto al marco jurídico que había de regular la expresión de esas relaciones, constituía un problema que debería resolverse tras la implantación definitiva del socialismo y, en cualquier caso, debería regirse por el mismo principio de justicia y libertad que debe regir toda relación contractual.

La evidente carga utópica de esta concepción del amor "como la mayor potencia civilizadora" no desmerece en nada el claro sentido de modernidad que supone la distinción en dos planos bien diferenciados entre la dialéctica de los afectos y el marco de las instituciones familiares, aunque no tienen por qué ser excluyentes.

Para el estudio de este concepto antropológico de la afectividad humana, según nuestro autor, no serviría el método utilizado por psicólogos y fisiólogos; el primero, porque sólo puede atender a su componente animista, y el segundo, porque reducía sus objetivos a la mera función sexual. Según él, sólo la moderna Psicofisiología que debe ser la novela moderna estaría en condiciones de emprender el estudio de la dialéctica de los afectos en su doble componente, intelectual e instintivo.

Pero como la mayor parte de los novelistas modernos se habrían limitado a resaltar alguna de esas dos partes en detrimento de la otra, según Felipe Trigo, correspondería a la novela erótica que él afirma haber introducido en la moderna literatura el estudio del eros como un todo orgánico.

Y es que ciertamente la manifestación del eros contemporáneo en la sociedad española de principios de siglo, según nuestro autor, se daba bajo dos formas patológicas: la pasión de los famélicos de amor, y la lujuria indiferente de los saciados, con el fantasma de los celos como guardián en cualquiera de los casos. El matrimonio burgués, al haberse reducido a un mero contrato administrativo donde raras veces tendría cabida el verdadero amor, habría recogido esa disociación antinatural que respecto al hombre habían impuesto en la historia de la humanidad el paganismo y el cristianismo. Ahora bien, de esa manifestación deformadora de la sociedad presente, no podría deducirse nunca su verdadera ontología; para ello, habría que considerarlo como la propensión natural que es, mezcla de instinto y de razón, y desligarlo del criterio exclusivamente matrimonial y económico bajo el que ahora se manifiesta.

Para nuestro autor, el final sintético por el que resume todo su pensamiento sería también la clave de esta nueva manera de entender la primera y más elemental relación de sociabilidad entre dos individuos de distinto sexo:

> *El hombre -escribe- tiene la animalidad - que le atribuyó el paganismo, pero tiene también la espiritualidad (intelectualidad) que le atribuyó el cristianismo. y el amor surgirá de ambas completo, definitivo: Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada (144).*

Al desaparecer la antítesis instintos-razón desaparecería también la que se daba entre la naturaleza y la sociedad, lo que en último extremo permitiría potenciar el goce sensible mediante el reconocimiento racional de la persona amada, transformándola de objeto en sujeto y cifrando la felicidad propia en la felicidad del otro. Si a esto añadimos la supresión del dualismo antitético alma-cuerpo que también defiende nuestro autor, tendremos una ética donde la dialéctica de los afectos hombre-mujer como la propensión más inmediatamente natural que es, vendría dada por el conjunto de manifestaciones físicas y espirituales que dos seres descubren libremente y que, frente al egoísmo actual, estaría regida por un claro concepto de alteridad.

En consecuencia, frente a la relación casi mercantil que regulaba los comportamientos heterosexuales en las sociedades precapitalistas, lo que Felipe Trigo propone es una nueva forma de relacionar al hombre y a la mujer basada en el mismo principio de igualdad formal que rige las relaciones interindividuales en una sociedad capitalista. Cabría objetar que esa igualdad formal sería difícilmente realizable sin una

previa emancipación social de la mujer, pero en los años que Felipe Trigo escribe no parece aventurado luchar primero por esa equiparación en el plano teórico. Sentado ese principio, nuestro autor reivindica los mismos derechos humanos para las dos mitades de la humanidad y pretende redimir a la mujer de su actual reclusión en el hogar o en las casas de comercio de placer.

Cualquier intento de conducir una sociedad más justa, piensa Trigo, tendría que plantearse necesariamente como cuesti6n previa un nuevo código de comportamiento en las relaciones intersexuales, donde el egoísmo del varón y la instrumentalizaci6n de la mujer fuesen sustituidos por una ética de mutua generosidad entre seres formalmente iguales y que, por las transformaciones que veremos a continuación, llegarían también a la igualdad de hecho.

Esta es, para Felipe Trigo, la clave del progreso de la humanidad según se puede deducir de las siguientes palabras:

Esta y no otra es la labor de la civilización: diferenciar las relaciones sexuales (no valdría si no gran cosa la inteligencia) del modo repugnante con que entre los brutos se determinan y del modo casi mercantil, además de brutal, que se realizan hoy...(145).

IV. 6.- TRANSFORMACION SOCIAL DE LA MUJER. EL FEMINISMO TEÓRICO DE FELIPE TRIGO.

Dentro del conjunto de la teoría social de Felipe Trigo, y más concretamente, en las transformaciones de distinto tipo que nuestro autor cree necesarias para la implantación definitiva del socialismo, o que vendrán inmediatamente después, el capítulo dedicado a la transformación de la mujer como entidad social merece una atención especial por la importancia que adquiere como tema central de toda su novelística.

En el plano teórico, la transformación del amor que Felipe Trigo considera como la mayor potencia civilizadora anterior a la implantación definitiva del socialismo exigía lógicamente como consecuencia una transformación del papel social desempeñado por la mujer y de su modo de ser en la sociedad presente.

En este sentido, como ha señalado Lily Litvak, "Trigo, al asociar la emancipación social y política de la mujer a su liberación erótica, se adelanta a la revolución social y al woman's lib de nuestros días" (146).

Pero este feminismo teórico de nuestro autor no nos importa tanto por el significado que pueda tener en el movimiento feminista español (147) cuanto por su indudable relación con el conjunto de toda su teoría social y porque llega a convertirse en el auténtico leif motiv de la temática de su novelística. La problematicidad de la relación hombre-mujer trasciende así en manos de Felipe Trigo el ámbito de la mera sexualidad para situarse en el contexto histórico-social que le corresponde y convertirse en un motivo literario de innegable trascendencia en la obra narrativa que estudiamos.

Considerado en estos términos el problema de la condición femenina, éste pasaba a convertirse en un aspecto más de toda la problemática social y, como ella, tendría que regirse por el mismo sentido de justicia para llegar a la verdadera liberación del hombre como especie. Manco quedaría ese sentido más amplio de justicia social si no se aplicase en los mismos términos para las dos mitades del género humano, cuyas diferencias fisiológicas y de comportamiento vendrían impuestas sin duda por una nefasta educación que desviaba los nobles impulsos de la mujer, a quien "la naturaleza la formó armónica como al hombre, pero la sociedad se encargó de destrozarla" (148).

Habiendo sido educada "para costurera y para madre", escribe nuestro autor, nada tenía de extraño que hoy se presentase como un ser inferior al hombre; pero siendo educada en libertad, como ya se venía haciendo en otros países más avanzados, pronto se vendría a demostrar su total igualdad de posibilidades. Ahora bien, esa reivindicación de libertad para la mujer no tenía que ser sinónimo en ningún caso de abandono, "como en las criadas y en las cocottes", ni tampoco de hipocresía y forzada castidad, "como en las señoritas", sino que tendría que suponer un profundo respeto hacia sí misma y hacia el buen gusto como, por otra parte, debiera ser el caso de los hombres. Así pues, la libertad no implica libertinaje, y cada mujer podrá armonizar la suya con su religión, con su temperamento (149).

Pero, aun admitiendo esa igualdad de derecho de la mujer respecto al hombre, ésta sólo podría conseguirse de hecho cuando alcanzase la emancipación económica.

> *Una mujer -escribe Trigo- sólo será libre cuando no necesite que el hombre la mantenga. Únicamente cuando sea libre de ese modo, será cuando pueda amar y ser amada por el amor mismo...*
>
> *El trabajo les dará más alma a las mujeres (150) .*

En este plano teórico que aquí estamos tratando, Felipe Trigo da muestras una vez más de organizar sus argumentos con una lógica aplastante.

Por un lado, sitúa el problema de la mujer y el de su emancipación en el contexto más amplio de toda la emancipación social, lo cual ya implicaba un cambio sustancial respecto al viejo código de moral social de la Restauración que la recluía "en casa... y con la pata quebrada", frase muy repetida irónicamente por Felipe Trigo... Pero, además, contempla también la relación hombre-mujer tal y como se manifiesta en la sociedad española de su tiempo con los mismos presupuestos que le llevaban a rechazar el modelo social capitalista por su disparidad entre la igualdad formal reconocida y la desigualdad práctica en el trato de las personas; en ese mundo burgués de base tradicional, la condición femenina no era sino un aspecto más del desajuste más amplio entre igualdad de derecho y desigualdad de hecho; y contra esa consideración social de la mujer es contra la que Felipe Trigo dirige sus más furibundas críticas (151).

Por otro lado, sentada esa primera premisa que llevaría a la emancipación social de la mujer, según nuestro autor, se conseguiría inmediatamente su emancipación como sujeto afectivo, y sólo entonces se podría hablar de su total liberación como un individuo más del género humano, mezcla de sujeto-objeto económico y de sujeto-objeto emocional, por consecuencia.

En cuanto a las posibles fuentes que Felipe Trigo utilizó para la formulación de estos planteamientos teóricos, él mismo cita a Spencer, Ribot, Tarboriech, y muy especialmente al socialista utópico Fourier, para quien "la Armonía futura vendrá de la emancipación de la mujer" (152); de Fourier toma también su concepto de la relación hombre-mujer como la más perfecta y elemental célula de sociabilidad, cuando escribe "el camino más corto entre dos seres es el de la atracción apasionada" (153).

Pero, aparte de estas evidentes influencias, lo que nos parece realmente importante y constituye un gran acierto de Felipe Trigo es su planteamiento teórico sobre la dialéctica de los afectos, en el que se anticipa de alguna manera a la más moderna ética materialista; esa dialéctica de los afectos, según él, tendría que recuperar, por un lado, el goce sensible de la relación hombre-mujer propio de la sociedad clásica griega -la imagen de Venus es su ideal- y, por otro, tendría que intensificar la conciencia individual aportada por el mundo burgués, lo cual llevaría a un control racional de la sensibilidad y a abrir el horizonte espiritual al apasionamiento

para poder conseguir la emancipación de la especie humana en su doble faceta ontológica de materialidad y espiritualidad (154) .

Una dialéctica de los afectos así entendida llevaría necesariamente a un tipo de comunidad donde la más natural relación de sociabilidad, la relación hombre-mujer, al potenciar la objetivación de los sentidos, se haría más humana y, por tanto, convertiría a sus miembros en objetos humanizados capaces de ofrecer y encontrar al mismo tiempo su máximo goce en el goce del otro; la relación de amor sería así la primera relación de alteridad que debiera regir en toda comunidad.

En este sentido, la afirmación de nuestro autor de que "el que ama forja principalmente su ventura del espectáculo de la que transmite" (155) recuerda esta otra de Marx:

> *Cada individuo alcanza sus fines sólo en cuanto se convierte en medio, y llega a ser medio sólo en cuanto se presenta a sí mismo como fin, de manera que cada uno se hace ser para el otro en cuanto es ser para mí, y el otro se hace ser para él en cuanto es ser para sí (156).*

En resumen, el problema de la condición femenina tal y como Felipe Trigo lo entiende se sitúa en el contexto más amplio de toda la problemática social, y su solución, como en aquél, sólo se conseguiría tras una aceptación previa de la igualdad de derecho y de hecho entre todos los individuos, cuyas relaciones en el terreno afectivo deberían estar regidas por unas normas justas y aplicadas por igual a todos, hombres y mujeres.

Pero la emancipación social de la mujer, que, como paso previo e imprescindible, "tiene que pasar por la independencia económica, es sólo un aspecto de su total liberación. En esa sociedad futura a la que Felipe Trigo quiere llegar, una vez resueltos sus problemas económicos, la mujer podría optar lógicamente por llegar a formar un hogar, incluso un hogar religioso si así lo desea; pero, en cualquier caso, ni lo moral, ni siquiera lo jurídico-económico serían los componentes esenciales de esa unión, como hasta entonces venía sucediendo. Lo moral quedaría reducido al respeto mutuo que los contrayentes se deben a sí mismos y a sus propensiones naturales; y lo jurídico-económico, así como aquellas obligaciones domésticas que entonces recaían en la mujer, sería asumido por el Estado, quien se encargaría de socializar esas cargas familiares, así como los bienes acumulados por la pareja después de su disolución por muerte.

Por el contrario, la clave de esa unión que había de servir de marco a una nueva dialéctica de los afectos no sería otra que el verdadero amor entre un hombre y una mujer que se necesitan y complementan mutuamente y que, por tanto, termina cuando esa relación de amor así definida desaparece entre los cónyuges. (157)

Felipe Trigo se erige así en uno de los pioneros teóricos de nuestro país en lo que a emancipación social de la mujer se refiere y de esa defensa de1 "amor libre", en los términos que antes aludíamos. De ahí su sentido de modernidad, y de ahí también que podamos afirmar que con nuestro autor penetran en España "las más tempranas y avanzadas ideas sobre la emancipación de las mujeres".

Para terminar este capítulo dedicado al ideario político de Felipe Trigo, nos ha parecido conveniente incluir como apéndice las conclusiones con que nuestro autor termina su libro Socialismo individualista y que constituyen un perfecto resumen de todas las ideas aquí glosadas. Por otra parte, dada su casi total coincidencia con el programa defendido por el grupo Germinal, al que también perteneció nuestro autor, incluímos igualmente este programa para ver más concretamente el carácter de alternativa que supone con relación al socialismo doctrinario este socialismo de base antropológica, donde se recogían las tesis del socialismo revisionista y que anticipaba de alguna manera la plataforma política del Partido Reformista de Gumersindo de Azcárate y Melquíades Álvarez, al que estuvo ligado nuestro autor (158).

Todas las corrientes de transformación marcadas en la vida por la vida se orientan con singular tenacidad hacia el socialismo. Todas. Igual late la impulsión socialista, con la inconsciente fatalidad de los hervores subterráneos, en la corrupción y disgregación de la caduca moral y de las viejas costumbres, es decir, en las fuerzas negativas o destructoras, que en las positivas y nuevas afirmaciones de la Mecánica, de la Economía y de la Biología.

Yo no puedo convencerme de que el cambio de las sociedades hacia el colectivismo dependa de la voluntad humana. El colectivismo es algo más que una teoría cuyo éxito malo o bueno estribe en su previo arraigo o repulsión en las conciencias. Forjarse del fuego mismo de la vida poderosa y vencedora ardiente, de concentrada instintividad e intelectualidad, bajo la ahogante capa de históricas tradiciones. Su mutación ha de parecerse a la del ascua que disgrega su capa de ceniza, a la del árbol que muda su cáscara, a la de la tierra que cambia y nutre su nueva flora de la vieja flora.

Enemigos del socialismo.- Amigos del socialismo.- He aquí dos cosas risibles. Una instauración monárquica, republicana, dictatorial... se hace con banderas y con partidarios en los clubs, a fuerza de folletos y libros y discursos y periódicos. Todos los libros y discursos y elocuencias imaginables no harían adelantar ni retrasarse un paso la transformación social, cuya hora está fatalmente en el tiempo y cuyo triunfo está profunda e inmensamente trabajado por cada mal y cada bien de los bienes y los males microscópicos. ¡Originalísimos, en verdad, sus partidarios!. Uno que se enriquece..., socialista; uno que se empobrece..., socialista; un jugador..., socialista; un virtuoso..., socialista. Un vago, un trabajador, un magnate, un mendigo, una adúltera, un guerrero, un político..., ¡socialistas!. Un inventor, un descubridor, su ciencia, su máquina..., ¡socialistas! ¡Socialismo!.

Sí; salidos ya del equilibrio de las sociedades absolutas, todo movimiento, toda acción, toda ley, toda conquista, toda represión, toda injusticia, toda ingratitud, toda necesidad, toda iniquidad, toda novedad, no hacen más que aumentar el desequilibrio, clamando el socialismo. Lo de menos, con ser tantos en tantas naciones, serían los obreros socialistas, si no fuese porque la sociedad frente a ellos se siente loca la cabeza y roto el corazón.

Pero ¿es inútil preocuparse entonces de este problema?

Para el hecho de su resolución definitiva, completamente inútil; él sólo se dará resuelto.

Para el modo más o menos violento e ingrato de su resolución no es inútil tomarlo en cuenta como labor social trascendentalísima.

Es una perspectiva de gobierno.

Los caudillos socialistas formidables son las máquinas. Véase si hay algún perínclito gobernador capaz de destruirlas todas y volver la historia a la Edad Media y poner el reinado del feudalismo y de la santa ignorancia bajo el imperio de su eterna mano universal, y ese superinsigne gobernante habría vencido al socialismo para siempre.

Si no, no resta otro remedio que esperarlo, que afrontarlo, que prepararse a recibirla...

Creo que esta misión la han comprendido, o por lo menos presentido, en España (en las demás naciones cultas está presentida hace tiempo) un ex ministro conservador como el señor Dato, un ex ministro liberal como el conde de Romanones y sobre todo, más ampliamente, un estadista demócrata como Canalejas (159).

Cabe preveer para un porvenir muy próximo y en todas las naciones, frente a la intransigencia casi fanática de los partidos obreros socialistas (que sólo servirán para estar constantemente señalando, y de un modo saludable, la urgencia de reformas hacia la franca evolución), la creación de otros partidos socialistas democráticos gubernamentales con el siguiente programa de alma internacional (160):

1º.- Transigencia con las formas de gobierno, Monarquías o República, siempre que unas y otras marchen hacia la democracia -y tan alta y generosa aquella transigencia que no sólo como órganos de gobierno puedan en cada nación consubstanciarse dichos partidos con los reyes o jefes de la República, sino garantizarles sus sostenimiento en el Poder, por un simple y sencillísimo desdén a todo intento de inútil revolución política- (161).

2º.- Militarismo en toda la plenitud necesaria a la fase histórica presente del progreso esencialmente militar. Acentuación de la militar diplomacia hasta conseguir acciones internacionales armór1icas sobre la base de una paz mutua entre las naciones cultas, y con el objetivo de una colonización incesante y obligada y calculada de antemano para cada potencia en los previos pactos (162).

3º.- Instrucción general dentro de cada país, como función esencia1ísima paralela al militarismo. Formación de un cuerpo de profesores universitarios y de segunda y primera enseñanza, con un presupuesto igual al de la Guerra, por lo menos (y claro es que en la mayor parte de las naciones el de la Guerra tendrá que crecer sobre sus actuales presupuestos), y para todas las necesidades de tal ramo al servicio exclusivo del Estado. Sueldos, jerarquías y consideraciones al personal de dicho cuerpo docente análogos a los del Ejército. Leyes para la instrucción forzosa a todos los ciudadanos, tan rígidas y bien cumplidas como la del servicio militar. Proscripción absoluta de las enseñanzas religiosas de las escuelas y Universidades, conseguida por medio de la adopción oficial de textos (163).

4º.- Ministerio del Trabajo, con todo el vigor preciso para la protecci6n de industrias, expropiación de latifundios, protección agrícola, creación de granjas, reformas en las relaciones de derecho entre operarios y patronos, regulaci6n de precios de artículos de necesidad por medio de panaderías, carnicerías, etc, municipales, o de leyes prohibitivas del abuso, etc (164).

5º.- Impuestos crecientes sobre la propiedad y transmisión de bienes y tendencias constantes a las explotaciones industriales y agrícolas por las granjas y fábricas del Municipio y del Estado y al funcionalismo en todos los servicios o sea,

acentuación de la competencia, ya iniciada y rápidamente triunfal, contra el capitalismo (165).

6º.- Separación de la Iglesia y del Estado. Prohibición del culto fuera de los templos. Matrimonio civil. Divorcio. Justicia gratuita, excepto para los litigios de la propiedad entre particulares. Franquicia postal para libros y periódicos (166).

7º.- Reconocimiento de derechos políticos a la mujer y de aptitud para el *ejercicio* de todos los cargos y profesiones. Proclamación de iguales derechos civiles que para el hombre. Supresión de las mancebias o extensión de las mismas cartillas infamantes a sus frecuentadores masculinos. Declaración de puerco nacional a todo paciente de enfermedad venérea...

8º.- **...**

En partidos semejantes, destinados a fomentar la guerra lejana de las armas contra tierras atrasadas y la guerra íntima de las letras contra la ignorancia; a resistir contra lo nuevo cediendo; a educar al obrero, acercándoselo -borrando sucesivamente, ti fin de evitar con una evolución poco sensible de hermanos con hermanos sangrientas revoluciones de fieras contra fieras, (las fieras del egoísmo, que habrían sido las clases directoras; las fieras de la ignorancia y el odio que habrían seguido siendo los obreros por culpa del desamor de la sociedad y para su castigo)...; en partidos semejantes, abiertos al ideal con todo el lastre de prudencia de lo presente, tardarán poco en formar, sin duda, legiones de entusiastas, que serán guiados por los intelectuales de cada país -en un ardiente patriotismo con visos cosmopolitas (167).

Y este es el programa político del grupo Germinal, publicado en la revista que les sirvió de órgano de expresión el 30 de abril de 1.897.

NUESTRO PROGRAMA

Asistimos al derrumbamiento de un mundo de injusticias y de crímenes inveterados. El siglo XX entra en una nueva fase. Viene a demoler todo lo viejo y rancio, y a construir una nueva sociedad sobre más armónicas y racionales bases. El siglo XX es el mensajero de la equidad y la justicia. Saludemos en sus albores el principio de la emancipación del proletariado, estas capas desheredadas de la sociedad moderna, sujetas aún bajo la tiranía del salario.

En el fondo de la sociedad viene agitándose de poco tiempo a esta parte y con extraordinaria actividad un problema que es la preocupación de unas clases, el espanto de otras.

No vemos la razón de tan injustos temores. Las gentes impresionables se escandalizan cuando oyen hablar de un ideal político que desconocen, sin detenerse a examinar las bondades y bellezas de las cuestiones palpitantes.

El problema social, no es sino una de las muchas manifestaciones que encierra el conjunto de la vida humana. Obedecen los cuerpos a una ley de gravedad. Propenden las ideas a su desarrollo progresivo. En el período de su elaboración se manifiestan algunas veces de una manera solapada si los Gobiernos extreman su tiranía. Después surgen los primeros chispazos como resultado lógico de la propaganda. Más tarde se suceden las sacudidas violentas, las confusiones populares que ponen en peligro, no la vida de los pueblos, sino la de los partidos doctrinarios.

Son pueriles e injustificadas las alarmas. La reorganización social se impone por el mismo interés del orden, amenazado por la mansa anarquía imperante.

Viene agitándose aquel problema hace poco. Viene germinando hace mucho. Comenzó a fines del siglo pasado su propaganda. No faltó quien la juzgara utópica. Utópicas han sido todas las doctrinas en su estado embrionario. Por utópicos han pasado todos los sistemas políticos.

Pudo juzgarse atrevido algún día el ideal político que perseguimos; hoy ha tomado carta de naturaleza entre nosotros. Desconocido en los pueblos, lo propagaron tenazmente, modificándolo, según las necesidades de los tiempos, hombres tan entusiastas e ilustres como Saint Simón, Owen, Cabet, Considerand, Fourier, Jacoby, Blanqui, Proudhon, Raspail, Florens, Barbés, Geib, Barodet y, últimamente, Bakounine, Garrido, Blanc, Pi y Margall, Mazzini, Marx, Engels, Lassalle, y otros en Francia, Rusia, Alemania, España, Inglaterra, Italia y Bélgica.

Consideramos el problema social como una manifestación del problema político y éste a su vez del religioso. Sin el desenvolvimiento de aquel no creemos que puedan llegar estos últimos a su perfeccionamiento ni armonizarse con las exigencias del progreso. Son, a nuestro juicio, inherentes, y tal es su aplicación que todas las revoluciones triunfantes o fracasadas desde la agitación de Mario en Roma y la Reforma en Alemania, hasta las que nosotros hemos presenciado en el presente siglo han sido engendradas por el malestar económico. De aquí se impone a todo hombre reflexivo la obligación ineludible de aceptar y defender las reformas sociales si espera que las conquistas democráticas no se mixtifiquen y desacrediten.

Indiscutiblemente, los elementos civil y militar han venido aprovechándose del desasosiego de los pueblos para conseguir sus fines egoístas de clase privilegiada y a

todos los pronunciamientos han procurado dar les un carácter puramente político cuando han germinado al calor de la cuestión social.

La revolución francesa de 1.793 tuvo eco en muchas naciones y principalmente en España. Doce años antes de que la disoluta María Luisa y el inepto Carlos IV fuesen secuestrados a Bayona se advirtieron ya los primeros resplandores de una revoluci6n que se aproximaba. Picornell, Lax, Pons, Izquierdo y Garasa no fueron grandes reformistas, pero sí los primeros conspiradores que, levantándose con carácter republicano, pagaron su audacia con la deportación. La Constitución de 1.812 fue el principio en que se inspiraron todos los revolucionarios del presente siglo, y el problema económico, la palanca de que se han servido los hombres para ulteriores levantamientos. Comparado este Código con los de hoy es innegable su espíritu reaccionario, pero también es evidente que los estatutistas de Cádiz no vacilaron en darlo a los cuatro vientos y pusieron el cimiento sobre que descansa la obra revolucionaria del siglo XIX.

Trajo la anulación del Código de Cádiz males sin cuento. Aquella inmortal legislación murió a mano airada. No se conformó Fernando con destruir esta obra. Deshizo la de Carlos III, inundó los conventos de frailes, devolvió al cielo todos sus bienes, formó nuevos tributos, recurrió a impuestos, desbarajustó la Hacienda, perturbó la administración y como consecuencia inmediata empezó a dominar el desconcierto económico por todas partes.

La reacción política y el malestar de los pueblos arrojó a Porlier a la revolución, pagando con su vida tan meritorio empeño. Sublevóse más tarde Richard y pereció a manos del verdugo. No fue Lacy más afortunado que sus predecesores, y vencido en las calles de Barcelona, fue fusilado en el castillo de Bellver. La misma desdichada suerte corrieron en Valencia el bizarro Vidal y el esclarecido Bertrán de Lis.

Llegó el año 20, y Riego, Quiroga y Arco-Agüero, comprendiendo la tristísima situación del país, dieron el grito de libertad, y en Las Cabezas de San Juan quedó vencido el absolutismo y restablecido el Código de Muñoz Torrero, Argüelles, Toreno y Zorraquín. Si Mendizábal no hubiese puesto mano en la Hacienda, punto de donde radican los males y bienes de la patria, no habría terminado tan fácilmente aquella funesta guerra civil del 34.

De ejemplo puede servir a los políticos de hoy algunos actos realizados por nuestros progenitores en el primer tercio de este siglo.

En la Hacienda y la administración es donde hay que entrar con pie firme para el remedio de nuestros males.

Afirman los políticos doctrinarios que con el establecimiento de las conquistas democráticas, arrebatadas al pueblo a raíz del funesto golpe de Sagunto, se ha: imposibilitado la revolución.

Se engañan. Mal puede haber pasado una era revolucionaria que apenas ha empezado.

La revolución futura será social, o no se hará.

La gran torpeza de los hombres que contribuyeron al formidable levantamiento del 68 fue asustarse de su propia obra. Vieron que la revolución iba más allá de donde se proponían y retrocedieron atemorizados.

Otro tanto les ocurrió a los republicanos del 73. Quisieron contener al pueblo, y la demagogia de éste no fue sino la consecuencia lógica de la apatía de sus gobernantes.

Para que aquellos hechos históricos no vuelvan a repetirse, nosotros, aleccionados por la experiencia, presentamos como síntesis de nuestras anteriores campañas, un programa de reformas sociales que en nada puede perjudicar las soluciones de los partidos afines.

Nuestra política será realista enfrente de metafísicos e ideólogos, y nos ocuparemos detenidamente de hacer estudios de los problemas econ6mico sociales.

La política moderna debe ocuparse ante todo de la producción, aquí donde los discursos se reducen a cálculos matemáticos.

A tal enormidad ha crecido la deuda pública que los intereses devoran la mitad de todos los ingresos del país, haciendo de esta altiva España un feudo de usureros extranjeros para vergüenza eterna de Cánovas y Sagasta.

No puede ningún Gobierno serio atender debidamente los servicios públicos con una deuda tan monstruosa. Si no se la liquida por medio de una revisión severa no podrá desarrollar sus planes Gobierno alguno, digna e independientemente. Liquidada esta cuenta con los usureros extranjeros, se impone la revisión de la propiedad nacional escandalosamente explotada por una rapaz y dominante oligarquía, cuyas fortunas, de dudosa procedencia, deben someterse igualmente a una rigurosa investigación judicial.

He aquí ahora nuestro programa que presta atención preferente a las soluciones económico sociales encomendadas al Ministerio del Trabajo que debería sustituir al de Ultramar, Ministerio éste que consideramos carga inútil del erario público:

"Articulo 1º. Deber de todo demócrata es acatar la forma de Gobierno aceptada por la nación que representan las Cortes libremente elegidas por sufragio universal.

Mandato imperativo; una ley especial determinará la forma de exigir el cumplimiento del mandato.

Ad-referendum, o sumisión al plebiscito de las leyes que fuesen impugnadas por la opinión pública en casos y formas bien determinadas.

Art. 2º. Justicia gratuita. Jurado en lo civil y criminal. Supresión de toda jurisdicción especial. Tribunal Supremo y único.

El Tribunal Supremo responsable ante el tribunal constituído por las dos Cámaras. Una ley especial determinará la forma de hacer efectiva esa responsabilidad.

Independencia absoluta del poder judicial con respecto al poder ejecutivo.

Art.3º. Autonomía administrativa del Municipio Cámaras regionales autonómicas en lo administrativo, formadas por representación de Municipios como poder fiscal y en relación con el Estado.

Aplicación paulatina del sistema federativo en aquellas regiones que hayan dado mayores pruebas de sana administración local.

Respetando con antelación nuestras propias autonomías podremos garantizar a nuestros hermanos de Portugal las autonomías lusitanas realizar la Federación Ibérica.

Art. 4º. Obligación de todos los ciudadanos a servir a la patria con las armas sin excepciones ni privilegios.

Convertido el servicio militar en escuela nacional bajo el punto de vista de la educación intelectual, moral y física y reducido el activo a diez y ocho, doce y seis meses, según el grado de instrucción del interesado.

Art. 5º. Revisión en el Código civil de todos los supuestos del derecho y especialmente del que se refiere a la herencia abintestato, de manera que los bienes yacentes por causa de muerte intestada pasan al dominio municipal donde existieran de hecho.

Limites a las donaciones inter vivos, mediante amplitud en el concepto de prodigalidad.

Afirmación del derecho al uso y descalificación, del ius abutendi, derecho de abusar, a fin de que desaparezca por completo.

Art. 6º. Instrucción primaria gratuita y obligatoria y con sanciones penales.

Enseñanzas populares del derecho político, civil, y penal.

Ley de vagos, bajo el concepto de tenerse por vago al ciudadano que no coopera con su trabajo a la producción o a los fines morales de la sociedad.

Art. 7º. Fiscalización del Estado en el régimen del trabajo industrial y agrícola. Aplicación al efecto del. concepto de protección a menores.

Jurados mixtos con jurisdicción de amigables componedores, según el Código, para la resolución de discordias entre obreros y patronos.

Jornada de ocho horas, límite del trabajo legal con el deber del patrono de pagar proporcionalmente el doble sueldo por las horas que excedan.

Abolición paulatina del salario por medio de la ley de participación obligatoria en los beneficios a favor del asalariado en todos los establecimientos donde están empleadas más de cinco personas.

Una ley especial determinará las sanciones penales respectivas y las Cortes fijarán la participación obligatoria.

Art. 8º Reversión al Estado de todo capital improductivo por voluntad del dueño o por carencia de medios de explotación. En el primer caso bastará con aplicar el derecho civil, conceptuando que por no estar ocupados eficazmente los bienes, no pertenecen a nadie (bienes mostrencos, cosas, nullius). En el segundo caso se aplicará el principio de utilidad pública.

Art. 9º. Derecho a la vida o sea reconocimiento del derecho de consumir lo indispensable a la vida, aun en el caso de no producirlo, cuando la producción sea imposible por causas involuntarias en el agente.

Deber del Municipio, en primer término, y del Estado en segundo lugar, de suministrar esos elementos, cambiando el concepto de las instituciones benéficas de modo que se conviertan para el hombre sano en instituciones facilitadoras de trabajo.

Aplicación de este principio al período de enseñanza y aprendizaje en los menores, conceptuándolos imposibilitados de producción.

Otra aplicación del mismo a la demanda de trabajo, de atención obligatoria y formación para este fin de un procedimiento eficaz para relacionar la oferta con la demanda. Creación de oficinas estadísticas del trabajo.

El Estado retribuirá el trabajo de los ciudadanos empleados en sus servicios; y concluído el trabajo, cesará la retribución.

Art. 10. La pena como reparación del daño y medio de corrección del culpable.

Consecuencia de esto, desaparición de la pena de muerte.

Art. 11. Creación del Ministerio del Trabajo, como centro de las reformas sociales. .

Aplicación de las ventajas del industrialismo moderno y de la producción en gran escala para la fabricación económica de los artículos de primera necesidad indispensables a la vida, sin impedir por esto la industria particular en los ramos respectivos.

Excluyendo la indigencia facilita esta producción colectiva la adquisición de los artículos mencionados a precios accesibles para todos.

Art. 12. Derecho al trabajo. El Ministerio citado creará la industria colectiva nacional indicada, facilitando a la vez trabajo al que lo solicite temporalmente, y con destino permanente a todos aquellos que, vencidos en la lucha por la existencia, busquen el refugio bajo el amparo de la sociedad.

LA REDACCIÓN

(Germinal, 30 de abril de 1.897).

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

ANÁLISIS DE LA OBRA DE FELIPE TRIGO

V. - CONTRA LA RESTAURACIÓN. OBRA PERIODÍSTICA

El conjunto de artículos de prensa escritos por Felipe Trigo, aunque cuantitativamente no constituyen un corpus considerable, tienen en cambio un inestimable interés cualitativo para poder fijar con toda precisión tanto la evolución de su pensamiento político como para entender los motivos que le llevan a elegir un punto de vista muy determinado en el análisis de alguno de los temas que iba a tratar después con mayor preferencia en su novelística.

A pesar de la recopilación hecha por el profesor Caudet de la primera colaboración periodística de Felipe Trigo (168), lo cierto es que hasta hoy se seguía ignorando incluso de la existencia de estos artículos que nosotros estudiamos aquí y que incluímos como apéndice al final. El análisis que hacemos de ellos está orientado fundamentalmente a ponerlos en relación con el resto de su obra y con el propio contexto en el que aparecen y no tanto a valorar sus cualidades artísticas.

Por otra parte, aunque la calidad literaria de estos artículos no es ciertamente la que fuera deseable, su lectura detenida corrobora una vez más la apreciación que ya hemos hecho a propósito del rigor con que Felipe Trigo analiza la realidad histórica de España y su replanteamiento desde un punto de vista estrictamente socio-económico, que ignora conscientemente las consideraciones de tipo culturalista o étnico tan queridas a muchos de sus contemporáneos. Lejos de esa imagen tópica que se nos ha legado como un individuo preocupado exclusivamente por los problemas del sexo, el Felipe Trigo que aquí se nos muestra no desmerece en nada de la labor ejercida por otros intelectuales que durante esos mismos años se enfrentan también al concepto de Estado y la práctica social y política impuesta por el bloque oligárquico dominante, en un intento múltiple de hacer valer los intereses particulares de una burguesía no integrada en los órganos de poder político; aparte de la considerable labor reeducadora que pretende ejercer con toda su novelística, nuestro autor ofrece previamente una notable obra periodística en la que analiza con toda rigurosidad la realidad histórica concreta de nuestro país y que, de forma incomprensible, ha sido totalmente ignorada hasta ahora por la crítica.

En esas diferentes tentativas para desbancar del poder a la minoría oligárquica, analizadas ya en otro parece clara la participaci6n activa que tuvo Felipe Trigo .tanto en la temprana organización del movimiento obrero en tierras extremeñas como con colaboraciones en la prensa más prestigiosa del momento con una serie abundante de artículos en los que también se pueden observar no pocas de las contradicciones a las

que se vio sometido el intelectual pequeño burgués de su tiempo; pero, aparte de esas contradicciones, a lo largo de esos artículos se observa una trayectoria clara y definida de nuestro autor hacia una teoría social de carácter liberal-progresista que le llevaría a la fórmula de Socialismo individualista y que de alguna manera anticiparía el camino seguido después por la segunda gran generación de intelectuales españoles del siglo XX en lo referente a su compromiso con la realidad histórica del país.

Cercano en un primer momento a los postulados básicos del marxismo, coincidente en esto con la etapa juvenil de los del Noventayocho, en su trayectoria ideológica participa también de algunos de los supuestos con que regeneracionistas e institucionistas se enfrentan contra la España oficial de la Restauración, pero sin que el estéril debate que todos ellos mantienen sobre el modelo de Estado (Monarquía o República) le impida en ningún caso llegar hasta el fondo de los verdaderos problemas del país. En la dedicatoria de Jarrapelleios a D. Melquíades Álvarez queda expresada con toda claridad cuál es su postura sobre este tema:

> *Y yo, monárquico como usted, porque creo que la autoridad y el orden de una monarquía democrática, con sus prestigios tradicionales, pueden ser el mejor puente de lo actual al porvenir (Letamendi afirmó: "El progreso no es un tren que corre, sino un árbol que crece"); yo, que sin embargo, voto a Pablo Iglesias; yo, individualista, socialista, monárquico..., un poco de todo..., tan dolorosamente aficionado a los toros como a Wagner... (169).*

Pero, antes de dar forma definitiva a este concepto de organización del Estado, Felipe Trigo indaga con ahínco en las distintas posibilidades de modelo social que se le ofrecían y polemiza tanto con aquellos que se aferraban a una defensa a ultranza de una parte muy concreta de nuestra tradición como con aquellos otros que luchaban por una transformación violenta de nuestra sociedad.

En este enfrentamiento de nuestro autor contra el poder establecido, podemos distinguir perfectamente dos épocas: la primera, hasta 1.888, en la que su punto de vista coincide básicamente con los principios marxistas y en la que escribe en El Socialista; y la segunda, la más rica en calidad y cantidad, en la que con sus colaboraciones en El Globo y El Nacional especialmente se observan ya las directrices fundamentales de su pensamiento político posterior, próximo en algunos aspectos a los

postulados de regeneracionistas e institucionistas, pero sin llegar a identificarse plenamente en ningún momento con alguno de estos dos grupos de presión.

V. 1.- PERIODO MARXISTA. LAS PLAGAS SOCIALES

Los primeros textos localizados de Felipe Trigo en los que se puede observar claramente ese enfrentamiento ya aludido con el concepto de Estado y la práctica social y política de la España oficial de la Restauración son una serie de nueve artículos, aparecidos entre agosto de 1.888 y febrero de 1.889, que llevan el significativo título de "Las plagas sociales", y por los que el propio Pablo Iglesias como director de El Socialista tuvo que defenderle de un delito de imprenta al atacar con toda dureza en ellos la nefasta influencia del capital privado y del capitalista (170). Ya antes, en 1.887, Felipe Trigo colabora también activamente en la organización del Partido Socialista, fundando la Asociación Socialista de Badajoz y contribuyendo con sus aportaciones particulares al mantenimiento del semanario socialista (171).

Pero la calificación de marxista para esta etapa inicial de nuestro autor en ningún caso puede suponer que éste tuviera un conocimiento profundo del socialismo científico ni que participase directamente en el activismo revolucionario; con ello queremos significar simple y llanamente la aceptación por parte de Trigo de algunos de los fundamentos básicos del marxismo, tales como el principio de la lucha de clases y el de la iniquidad económica del capital privado en el momento histórico presente, que los convierte en pilares de su análisis sobre la realidad social del país.

En cualquier caso, lo que sí parece evidente en esta etapa de la evolución ideológica de nuestro autor -su teoría social posterior, en cambio, va a estar marcada por un socialismo con claras connotaciones utópicas y aristocráticas- es su total aceptación de la moderna teoría económica materialista, "que con su rigurosa crítica del presente y del pasado venía a sustituir al viejo teologismo tradicional, paso previo a cualquier intento de mejora social" (172).

Frente a la vieja filosofía moral que fijaba el fin ético del hombre en una vida ultraterrena, nuestro autor opta desde el principio por una interpretaci6n materialista de la moral social y cifra como única posibilidad de mejorarla la transformación de aquellas instituciones que provocaban las distintas plagas sociales:

> *Descartados nuestros juicios de sobrenaturales influencias, sonó la hora de culpar, no al hombre, sino a las instituciones, de los infortunios del*

hombre; la de pedir y esperar sólo del cambio de aquéllas el bien de la humanidad (173).

La transformación social antiburguesa, piensa Trigo, es una tarea ineludible que corresponde a todos, incluso a los que no les afecta el actual desequilibrio, para evitar la acumulación del capital en manos privadas y que el explotado lo sea más cada día. Suprimir la propiedad privada entonces, en cuanto que es el fundamento de esa sociedad burguesa y la causa única de todos los males sociales presentes, constituye el punto de partida obligado para restituir el orden social y evitar todos aquellos males que provoca:

> *Propiedad privada: Borrad esa frase de todos los códigos, y para siempre quedarán establecidas la justicia, la libertad y la fraternidad. ¿No lo hacéis? Mirad el resultado: el mendigo, la prostituta, el asesino..., el vicio, las plagas de la sociedad, en una palabra (174).*

Parece claro, pues, que para el Felipe Trigo de estos años el auténtico Problema de España, el origen de todos nuestros males, radicaba esencialmente en el mantenimiento de un sistema de propiedad mal distribuida que se seguía apoyando en el viejo principio del ius utendi et abutendi del Derecho Romano, agravado en nuestro país por un concepto acumulativo y no especulativo de la riqueza. .

Como es fácil suponer, por otra parte, esta convicción de que en la transformación de la propiedad individual en propiedad social había de basarse la emancipación de la clase trabajadora coincidía plenamente con los principios básicos defendidos en el programa del Partido Democrático Socialista redactados en 1.880 por José Mesa y Pablo Iglesias, que indudablemente conocía nuestro autor, y donde se puede leer:

> *La necesidad, la razón y la justicia exigen que el antagonismo entre una y otra clase (burgueses y asalariados) desaparezca, reformando o destruyendo un estado social que tiene sumidos en la más absoluta miseria a los que emplearon toda su vida en producir (...). Esto no se puede conseguir más que de un solo modo, aboliendo las clases y con ellas los - privilegios y las injusticias (175).*

En contrapartida, los mismos ideólogos tradicionalistas del sistema canovista tenían también perfectamente claro que en el mantenimiento de ese sistema de

propiedad tenía que basarse necesariamente la perduración del orden social establecido y la vuelta de España a la idea, de la que, según ellos, querían apartarla las pretensiones diabólicas de la clase trabajadora y el sentido especulativo del moderno capitalismo. Así, a la cita recogida por C. Blanco para ilustrar la opinión de D. Marcelino Menéndez y Pelayo en el sentido de que "Solo la propiedad hace estable e independiente a una institución, y no la propiedad fluctuante y vaga" (176), se podrían añadir otras muchas en las que se presenta igualmente al propietario como el auténtico salvador del obrero, a quien, por lo demás, ontológica y socialmente se le considera como un retrasado mental. Según estos ideólogos, el propietario tenía el derecho emanado directamente de Dios a usar y abusar libremente de su capital y de los bienes de producción y a destruírlos si así lo creía conveniente, según defienden varios diputados en sus intervenciones en el Parlamento (177).

Como es sabido, contra este concepto de la propiedad individual sin ningún tipo de limitaciones levantarían también su voz los intelectuales dc procedencia krausista, aunque sus críticas se harían con mayor comedimiento. La doctrina krausista, aunque reconocía la función social que debe cumplir el capital privado, seguía considerando que el derecho a la propiedad era un derecho natural inalienable del que el Estado en ningún caso se podía apropiar (178).

Pero, dejando al margen estas opiniones sobre las obligaciones sociales que corresponden al capital privado, lo que sí queremos destacar es el hecho de que en esos primeros años de la Restauración en los que desde diferentes frentes se quiere conseguir la transformación social de nuestro país para evitar las múltiples injusticias que condicionaban el comportamiento de los menos favorecidos, Felipe Trigo hace propias las ideas del incipiente marxismo español y ve con total claridad que el actual sistema de propiedad individual no tiene por qué ser imperecedero, sino que es sencillamente el resultado de unas determinadas circunstancias históricas y que, por tanto, tendrían que desaparecer para conseguir un estado social más justo.

Para suprimir los males que en la actualidad afectan al cuerpo social, piensa Trigo en este momento, sería inútil luchar por un reformismo educativo a largo plazo sin modificar las bases mismas de ese sistema social, como pretendían los krausistas. Cualquier reforma carecería de sentido, si antes no iba precedida de una auténtica transformación económica, "donde residen exclusivamente los focos de toda inmoralidad", y de una socialización de los medios de producción que evitase la influencia nefasta del capital privado.

Sin precisar exactamente cuáles serían los medios por los que se habría de lograr esa transformación, nuestro autor pasa inmediatamente a anunciar con todo tipo de detalles cómo quedaría facilitada la vocación individual de los ciudadanos después de la socialización de la propiedad por la implantación del Socialismo:

> *Formada la conciencia del niño, empleada la adolescencia en serios estudios científicos o provechoso aprendizaje para la agricultura, la industria y las artes, el Estado se encargaría de distribuir el capital social al hombre, que con sólo haber nacido en la sociedad adquirió desde luego los títulos del derecho indiscutible al capital social (179).*

Sentado entonces ese principio de que el capital privado corrompe toda la vida social, Felipe Trigo pasa a continuación a analizar aquellas plagas sociales que son consecuencia directa de la propiedad individual. Entre esas plagas, posiblemente sea la del diputado salido de unas elecciones manipuladas por el poder omnímodo del cacique de turno la de más funesta influencia. Ahora bien, en tanto que los otros males denunciados son víctima directa del capital privado, el diputado es en sí mismo una plaga para la propia sociedad, ya que entiende el bien público según conviene a sus particulares intereses.

La definición que Trigo nos ofrece de esta figura social en la enmarañada organización burguesa no puede ser más lúcida ni reflejar con más precisión el propio funcionamiento del sistema parlamentario ideado por Cánovas. Así define nuestro autor a los representantes elegidos para defender los intereses de sus electores en el Parlamento:

> *¿Qué es un diputado?.. Un hombre rico. Cualquier capitalista, sin excepción, puede ser diputado. De dos candidatos, se llevará siempre el distrito el que más gaste, aunque siendo un reaccionario, sus electores sean republicanos y el presunto derrotado el mismo genio de la República (180).*

Pensar entonces que estos hombres representan el voto libre del país o, al menos, de los contribuyentes -condición sine qua non- podría considerarse como algo risible, si no tuviera más de lastimoso, sigue escribiendo Trigo. Con estos medios, difícilmente podrá conseguirse la libertad del país, si no se consiguiese antes una instrucción generalizada que hiciera de todo ciudadano un verdadero gobernante; yeso sólo podría conseguirse después de que se hubieran socializado los medios de producción; de lo contrario, ahí estaban los resultados...

Pero esta denuncia de la figura del diputado tal y como se da en la sociedad burguesa en ningún caso supone que nuestro autor haga una condena indiscriminada del sistema parlamentario en sí, error en el que con bastante frecuencia iban a incurrir la mayor parte de los regeneracionistas al uso. Lo que Felipe Trigo sí ve con absoluta claridad es que en tanto que el Parlamento represente única y exclusivamente a los intereses de los propietarios -recordamos que el Sufragio Universal no se implantaría en nuestro país hasta 1.890- ese sistema de representación sería una pura farsa que beneficiaría sólo al millonario (181).

Hay, en cambio, otras dos plagas sociales que provoca el capital privado por las que Felipe Trigo siente especial compasión y de las que se ocupa con mayor detenimiento en toda su novelística posterior: La prostituta y La adúltera. La primera, víctima del principio utilitarista que rige en la sociedad burguesa, se recluta casi siempre de entre las jóvenes menos favorecidas económicamente, y sirve para salvaguardar la aparente tranquilidad de los matrimonios burgueses; el placer que no se encuentra en la estrecha moral matrimonial se busca en los burdeles; y así les va tanto a las familias burguesas creadas por conveniencia como a las pobres prostitutas, repite Trigo una y otra vez.

La adúltera, en cambio, más que plaga, es la víctima lógica de una organización social y un sistema de valores morales donde sólo se atiende a la conquista de las cosas, por parte siempre, eso sí, del varón, que sólo se sirve de su esposa para lucirla en público y como mero instrumento de procreación, sometiéndola al rígido código de una moral artificiosa (= antinatural) y exigiéndole que sacrifique todo a la institución familiar y a unas normas preestablecidas, transgresibles no obstante si no trascienden al dominio público:

> *Ahora sí, que reconocido de obra, hay que rechazarlo en teoría; ¿qué fuera en otro caso del matrimonio, de la familia y de la sociedad capitalista? Ese es el único defecto del adulterio, la hipocresía (182).*

El ejército de adúlteras y prostitutas que aparecerán después en todas las novelas de Trigo ilustran precisamente un aspecto muy importante de su teoría social que, como hemos tenido ocasión de ver, aspira a conseguir la plena igualdad de derecho y de hecho para todos los individuos del género humano; en esa enmarañada organización burguesa, tanto unas como otras son meras víctimas de una sociedad y una moral que imponen a la mujer dos únicas salidas posibles: parar en un resignado

matrimonio de conveniencias, si su fortuna así se lo permite, o servir de instrumento de placer en los burdeles, si Fortuna les ha sido menos favorable. La emancipación n de la mujer es para Trigo, por tanto, el primer paso de la emancipación social.

En la estructura económica hace radicar pues nuestro autor la causa única de todos los males sociales, que, por tanto, sólo desaparecerán cuando los medios de producción pasen a manos del Estado. Pero esta creencia inicial de Felipe Trigo de que en la justicia económica ha de basarse necesariamente cualquier intento de mejora social evoluciona pronto hacia una postura en la que se rechaza la revolución violenta y donde no se concibe otro tipo de progreso que aquel capaz de añadir a la mejora material una moral social capaz de satisfacer todas las propensiones naturales de los individuos, especialmente las emocionales. Y eso sólo sería posible mediante una mejora previa de la educación de todos los ciudadanos.

Por ello, califica también de plagas sociales a dos figuras fundamentales en la educación de un pueblo: el periodista y el maestro de escuela. El primero, porque disponiendo de la prensa diaria que podría utilizar como cátedra del progreso y medio desde donde delatar las innumerables injusticias que cometen los diferentes poderes, sirve única y exclusivamente a los intereses del capital privado:

> *¡El periodista burgués! ¿Qué viene a ser el periodista burgués? Un criado, un comerciante, un ladrón que roba decentemente, un asesino que mata con la calumnia. Siempre un infame, nunca un hombre. Tiene conciencia de que el público que escucha está formado de una respetable mayoría de ignorantes y de algunos miserables como él, y prodiga vaciedades sin sentido entre palabras de relumbrón cuando finge defender ideales, engañando por tal modo a sabiendas y a mansalva, en detrimento de la verdad, pero en provecho suyo y del amo que le paga (183).*

Bien es verdad que esa noble misión que debiera corresponder a la prensa en una sociedad moderna como medio de ilustración de masas era prácticamente imposible en el momento presente de nuestro país porque se seguían manteniendo como "educadores" a unos maestros de escuela que, en el mejor de los casos, "enseñan a sus alumnos a leer, escribir y garabatear algunos números", pero que en ningún caso se preocupan de formar auténticos ciudadanos conscientes de sus derechos y deberes (184).

En consecuencia, piensa Trigo en este momento, la transformación social antiburguesa sólo es posible por la vía revolucionaria, como único camino para conseguir la abolición de clases y la redención económica de los asociados, permitiendo que estos se puedan desarrollar armónicamente tanto en lo referente al cuerpo como al espíritu:

> *Sólo las reformas políticas insignificantes se realizan evolutivamente, haciéndose precisa la revolución cuando son algo radicales (...). Porque, mientras la familia del pobre se vea atormentada por el hambre, antes necesitará mandar sus hijos al campo o a la fábrica en busca de un jornal, que no a la escuela. Lo que demuestra que la obra preliminar de la educación del pueblo es la redención de la esclavitud capitalista (185).*

Pero conviene aclarar que no podemos extrapolar el significado que pueda tener en la evolución posterior del pensamiento social de Felipe Trigo esta etapa inicial próxima a los postulados marxistas, pues, al igual que otros muchos intelectuales de procedencia pequeño burguesa, nuestro autor abandonaría pronto estos ideales revolucionarios y derivaría en cambio hacia una actitud claramente reformista que considera como la única vía posible para la implantación definitiva de un socialismo de base antropológica como modelo ideal de sistema social, y que no es otra cosa que una concepción liberal del Estado.

Ahora bien, para minar los fundamentos del sistema político y económico tradicionales de la Restauración era necesario dirigir todos los esfuerzos contra la piedra angular que lo sustentaba: el capital privado; para ello, nada mejor que la versión economicista de la historia que ofrecía el socialismo científico o doctrinario, según lo denominarían después los revisionistas. En la línea de ese socialismo revisionista, y siendo coherente con sus propios condicionamientos de clase, es donde hay que situar el centro de la teoría social de Felipe Trigo que se perfila ya en los artículos que vamos a comentar a continuación.

V. 2.- ETAPA REFORMISTA: ETIOLOGIA MORAL Y OTROS ARTÍCULOS.

Tras esa etapa inicial analizada antes, en la que Felipe Trigo escribe un periodismo político donde analiza la realidad histórica española desde una óptica

próxima al marxismo y defiende abiertamente la acción revolucionaria, nuestro autor inicia su colaboración en la prensa burguesa madrileña con una serie de artículos que aparecen en 1.891 en el madrileño diario El Globo y que muestran ya una actitud marcadamente reformista; aparte de estar escritos con mucha más coherencia y claridad que los publicados antes en El Socialista, estos artículos constituyen ya una pieza fundamental para comprender algunas de las claves de su novelística posterior. Dada la importancia que estos artículos tienen en la evolución del pensamiento de Trigo, hemos incluido su análisis en el capítulo correspondiente y aquí sólo los mencionamos por cuanto marcan ese tránsito de nuestro autor hacia las posiciones reformistas que caracterizan la teoría social de su madurez.

Entre 1.892 y 1.896, dado su exilio voluntario a Filipinas, se interrumpe esta colaboración en la prensa madrileña hasta que en 1.897, repatriado ya por cuestiones de salud, retorna su actividad periodística y se nos muestra como un analista implacable tanto de la realidad social del país como de algunos de los remedios que desde diferentes frentes se arbitraban para solucionar esos problemas. Los artículos escritos entre esa fecha y 1.901 en la que se dedica ya definitivamente a la novela, aparecidos casi todos en el vespertino diario madrileño El Nacional, son tal vez los más importantes de los escritos de prensa de Felipe Trigo, si nos atenemos al magnífico estilo de prosa periodística con el que están escritos y a la profundidad y el rigor con que analiza cada uno de los problemas que trata.

La nota común a todos estos artículos en cuanto a temática se refiere es la idea tantas veces repetida en su momento desde todos los sectores de que España "necesitaba regenerarse para salir de su actual estado de postración histórica". Pero en ningún caso podemos incluir a Felipe Trigo en la nómina de los regeneracionistas típicos, cuyos límites y características han sido fijados con toda precisión por el profesor Tuñón de Lara (186), pues, aunque coincide con ellos en esa idea general de renovación, los supuestos de los que parte nuestro autor y las soluciones que propone son radicalmente distintos a los de aquellos.

Como es sabido, el regeneracionismo en sentido estricto -el de Mallada, Picavea, Isern es un movimiento ideológico perfectamente definido que aglutina el descontento de amplios sectores de la clase media española de los últimos años del siglo XIX y que rechaza abiertamente el estado de cosas impuesto por los políticos de la Restauración; estas críticas van a estar cargadas siempre de un exceso de cientificismo y un confesado apoliticismo que, por otra parte, no les impide pasar de la

crítica del sistema parlamentario canovista al sistema parlamentario en sí y pedir con todo ahínco la acción salvadora de un militar que reimplantase el orden.

En definitiva, lo que pretende este "regeneracionismo típico" no es otra cosa que lo que ellos mismos llaman una "revolución desde arriba" como pararrayos precisamente de la "revolución desde abajo" que velan venir, pero sin que lleguen en ningún momento a atentar contra las bases del sistema social vigente.

En este sentido, el regeneracionismo de Felipe Trigo, aun obedeciendo a presupuestos distintos de los utilizados por Costa o Unamuno, coincidirla no obstante con ellos en cuanto supone una clara superación de los objetivos regeneracionistas en sentido estricto y, como para estos dos autores, sólo le cabrían esa calificación si entendemos el término en un sentido amplio y poco operativo.

Lo importante en cualquiera de los casos es que en los artículos aquí comentados como en el resto de su obra novelística posterior, para Felipe Trigo, la recuperación real del país sólo sería posible si se partía de un replanteamiento previo del auténtico Problema de España y se llegaba al conocimiento profundo de la raíz última de todos nuestros males; y, desde luego, esos males no provenían en ningún caso de la degeneración a la que, según algunos, habría llegado nuestro pueblo siguiendo el mismo proceso de desgaste biológico del resto de los organismos vivos; según nuestro autor, el origen de ese actual estado de postración habría que buscarlo, en cambio, en la pervivencia de unas estructuras sociales arcaicas, apenas modificadas desde la Edad Media, y en la pervivencia de una ideología igualmente arcaica.

"Problemas del día", artículo aparecido en El Nacional el 6 de febrero de 1.898, es paradigmático en esta etapa que estamos comentando de la obra de Felipe Trigo y anticipa de alguna manera los supuestos ideológicos de su obra narrativa posterior.

Se trata de una reseña a un libro de Cesar Silió así titulado (187), con cuya enumeración de problemas: la regeneración, la civilización y la moral, los anarquistas, la mortalidad y el regionalismo, coincide totalmente nuestro autor, pero no así en las causas que los provocan ni en las soluciones que propone.

Para el señor Silió, portavoz en este sentido de una opinión bastante generalizada entre los regeneracionistas al uso, todos esos problemas vendrían precisamente "porque el pueblo español es ingobernable, apático, poco instruído, ligero y neurótico a veces", insistiendo una vez más en el tantas veces repetido

concepto biologista y positivista de la historia que daba por supuesto el desgaste biológico de las razas.

Para Felipe Trigo, en cambio, hay un problema mucho más grave que olvida el Sr. Silió: el caciquismo y el cacique "como auténtico señor feudal que hace un pueblo ingobernable e ignorante y lo conserva apegado a la tierra por un salario con que le saca el sudor todo el año... y el voto en tiempo de elecciones". He ahí entonces el usurpador del pueblo, el único ingobernable, apático, neurótico y poco instruído, "gigantesco murciélago que impide que nos llegue la luz europea reflejada mal que bien por la inteligencia de nuestros escritores y nuestros políticos".

En consecuencia, piensa Trigo, carece de sentido plantearse si nuestros males provienen del país o provienen de sus gobiernos, como hace el Sr. Silió; los únicos culpables son esos mantenedores de un régimen peor que el feudal que impide la formación de multitudes instruídas, elemento imprescindible para cualquier intento de mejora social. y la afirmación, por simple que pueda parecernos hoy, tiene un incuestionable valor para poder comprender la línea de pensamiento seguida por Trigo en el panorama español del fin de siglo. Se trata, ni más ni menos, de plantearse como cuestión previa quién es realmente el protagonista de la historia: el pueblo o las élites y, por tanto, de dónde había de venir la verdadera recuperación del país.

Para el regeneracionismo, Costa es el ejemplo más claro en este sentido, en las circunstancias presentes ese protagonismo no podía corresponder en ningún caso al pueblo llano, a la nación española, dada su minoría de edad; y, por tanto, nuestra regeneración sólo sería posible con una revolución desde arriba y dirigida por un cirujano de hierro que impusiese el trabajo obligatorio a todos los españoles, al que, al parecer, rehusaríamos por cuestiones puramente étnicas. Su conclusión, recogida por el Sr. Silió en el libro que Felipe Trigo reseña es "Como haya un hombre, habrá país", verdad sociológica que, según nuestro autor, sólo es válida en aquéllos países como Francia en los que hay un pueblo perfectamente instruído y unas multitudes capaces de llevar a cabo esa revolución.

Ahora bien, frente a este concepto paternalista de la historia y del protagonismo político, para esos años, tenían ya gran auge en nuestro país las tesis socialistas, asumidas entre otros por Unamuno y el propio Trigo, según las cuales, sería impensable cualquier tipo de revolución que no contase con el pueblo como único protagonista; la formulación unamuniana del concepto de intrahistoria es bien

significativa en este sentido y otro tanto ocurre con estas palabras de Jaime Vera aparecidas en El Socialista el 1 de mayo de 1.900:

> *Sentís bien que la vida pública nacional es la de un organismo incompleto. ¿No veis que le falta el pueblo? (188).*

De igual manera, para Felipe Trigo, la regeneración de nuestro pueblo, cuyas atribuciones permanecían usurpadas por la vigencia de un régimen feudal amparado en el caciquismo, sólo sería posible tras una revolución larga y seriamente preparada no por un hombre, sino "por todos los hombres capaces, lo primero, de comprender y hacer entender que regeneración significa bien común y no horca en que media nación haya de sacrificar a la otra media" (189).

En esa labor, la prensa y la literatura deberían jugar un papel de indudable trascendencia ya que, como había sucedido en Francia en la crisis del 70, su capacidad para conducir la opinión de un país y reeducar paulatinamente a todo un pueblo hacían de ellas las mejores tribunas desde donde superar lo que sólo era una crisis administrativa.

Sobre argumentos parecidos a estos que Felipe Trigo utiliza para rebatir los tópicos regeneracionistas insisten casi todos los otros artículos que nuestro autor escribe por estos años. Así sucede, por ejemplo, con el titulado "Decadencias y grandezas" (El Nacional, 4-9-98), dedicado con cierta sorna "a Gonzalo Raparaz, a muchos y casi a Julio Burell" (190), quienes, como es sabido, se lamentaban del estado de degeneración a que habrían llegado los pueblos latinos, y principalmente España, después de haber llegado a su fin histórico como raza por un proceso normal de desgaste biológico, según sucedía en todos los organismos vivos (191).

Para Felipe Trigo, ese malentendido generalizado y de nefasta influencia se basaba en un error previo como era el de considerar que el antiguo esplendor militar de esos pueblos, lejos de ser síntoma de madurez y de proporcionarles grandezas, lo que denotaba realmente eran auténticas miserias, "miserias sobredoradas que necesariamente tenían que atravesar los pueblos para ir llegando a la civilización desde la barbarie, y que no pueden merecer ya más que perdón y olvido" (192); y en ningún caso ésa podía ser una época que hubiera que recuperar para el presente como pretendían los nostálgicos del pasado.

Su razonamiento remite de forma inmediata a la distinción unamuniana de Historia e intrahistoria y, como en el caso del ilustre profesor, pretende discernir lo que

en el proceso histórico hay de accidental y lo que queda como permanente; así distingue nuestro autor esos dos planos de la historia de un pueblo:

> *La grandeza surgía y se quedaba arriba, en los amos. La nación había podido agrandarse, agrandarse mucho como en nuestros tiempos célebres, cuando no se nos ponía el sol; pero en modo alguno engrandecerse.*
>
> *En el fondo seguía la verdadera masa nacional, indiferente a todo, si no es a dar su sangre al poderoso y un poco atenta al libertinaje de la altura, para contaminarse de él y embrutecerse más (193).*

Una cosa son, por tanto, los poderlos militares, las conquistas, los esplendores de los reyes, la historia externa, en una palabra; y otra muy distinta "un pueblo tratado como un rebaño entre las conformidades de su ignorancia y los mugidos de su hambre" (194).

Las primeras, más que grandezas amparadas en los falseados nombres de gloria y patria, son auténticas miserias que convendría olvidar cuanto antes para entrar de una vez por todas en la modernidad; y por haber perdido esas falsas grandezas no se debla anunciar en ningún caso el fin biológico de nuestra raza, porque precisamente esas circunstancias son meros accidentes de la evolución histórica de un pueblo. Hay, en cambio, en la naturaleza humana algo que es permanente, la inteligencia, y que, sabiamente administrada, iba sentando en otros países las bases del verdadero engrandecimiento moderno: el del trabajo y la democracia; "el que nace de cada ciudadano y queda y crece alrededor suyo, y forma en conjunto una grandeza nacional tan vigorosa y eterna como la apretada y siempre lozana arboleda de los bosques" (195).

Porque hayan desaparecido esas falsas glorias no se puede anunciar el fin de una raza, pues los pueblos no mueren con sus reyes; lo que si habría que pensar, en cambio, es que "para existir, hay que olvidarse de antiguallas, glorias y valentías, producir mucho, construir más, y entre las construcciones -por si acaso- hacer buen sitio a los cañones que disparen y acorazados que no se rompan" (196).

Una vez más Felipe Trigo encuentra en Francia el modelo a seguir, con una crisis administrativa parecida a la nuestra del 98 en los años 70, pero de la que supo salir "porque vio en la libertad y en el trabajo el fundamento de la vida, y treinta años

le han bastado para hacerse tan industriosa, rica y fuerte como Alemania e Inglaterra (...), olvidándose de antiguallas, glorias y valentías" (197).

El 27 de septiembre de 1.898 publica en El Nacional un articulo que titula "Vivir en verso" y que es una réplica a otro de Julio Burell aparecido en El Heraldo, de donde toma una cita que utiliza como punto de partida de su comentario. Escribía el que fuera director de El Norte de Castilla a propósito de la pérdida de Cuba:

Hemos perdido algo que vale más, mucho más que unos pedazos de mortífera tierra habitada por la ingratitud y el odio: hemos perdido el sortilegio de raza, hemos perdido la poesía. ¡La poesía!. Esa ha sido nuestra poderosa fuerza nacional (198). Para Felipe Trigo, estas palabras que recogen un sentimiento bastante generalizado entre sus contemporáneos, incluídos los miembros de la Generación del 98, tendrían peores consecuencias aún que la metralla de los norteamericanos que habla hundido nuestros barcos.

Y es que la poesía, así entendida, supone amor a la tradición y significa, por lo tanto, quietismo. Pero si, además, quiere señalar también "el sentimiento irreflexivo y la capacidad de sacrificio por cualquier ideal, desde la mujer hasta el ídolo" (199), la poesía es sinónimo de barbarie y no habría entonces pueblos más poéticos que aquellos salvajes que conservan integras sus tradiciones ancestra1es.

Precisamente por haber mantenido ese apego a nuestra tradición en aras de un sorti1eqio de raza, otras razas que han buscado un sicologismo poético en los avances técnicos conseguidos en la era moderna han podido vencer a nuestros cides con robustos ciudadanos y con armas adecuadas. Entre tanto, nosotros despreciamos el progreso y pretendemos enfrentarnos al estado actual de desarrollo de otros pueblos con glorias del siglo XVII:

> *Al "mira lo que somos" de los demás pueblos, contesta España "mira lo que fui", sin reparar en que "lo que fue y no es" no le importa a nadie. En política tenemos como último modelo al Cardenal Cisneros, en costumbres D. Juan Tenorio, en artes Toledo y en letras Argensola (200).*

Y mientras seguimos empeñados en la enseñanza de las lenguas clásicas, no disponemos en todo el reino de tres comisionados que sepan hablar inglés y puedan solucionar directamente asuntos relacionados con la política internacional. Consideramos que lo español es lo mejor y "cerramos los ojos a la moderna grandeza

de los pueblos. para poder fingirnos la ilusión de nuestra grandeza y nuestro mérito en el aislamiento de la universal cultura" (201).

En esta crítica de Felipe Trigo a quienes desconfiaban del progreso y proclamaban la belleza poética de nuestra tradición, por intrahist6rica que ésta sea, es de referencia obligada la clara alusión a alguna de las ideas claves de quienes, abandonados sus radicalismos juveniles, iban a formar la Generación del 98. En la larga cita que incluimos a continuación, aparte de los tópicos noventayochistas que Felipe Trigo recoge entre-comillados hay además una clara réplica al grito unamuniano ¡Que inventen ellos! y que es una de las claves del enfrentamiento tantas veces repetido entre Trigo y Unamuno estudiado por Mainer:

> *País, el nuestro, de elegidos, no necesitamos meditar a dónde ni cómo iremos; sólo nos hace falta, por lo que se oye, un poco "de aquella misteriosa fuerza nacional que nos empujó desde Covadonga a Granada al través de los siglos", de aquella poesía "sublime, alentadora que vio a Santiago entre nubes y al Cid ganando batallas insepulto". Y lo demás, trabajar, estudiar, inventar, progresar, enriquecerse moral y socialmente, ¡que lo hagan otros pueblos prosaicos a los cuales compraremos sus máquinas, hasta las de afilar lápices y afeitar, a cambio de pesetas con descuento y sin interrumpir nuestras fiestas de la pólvora con himnos al Caballo de Santiago (202).*

Y esto en una sociedad como la española de finales de siglo en la que el desarrollo material no había 1ogrado todavía los niveles mínimos que pudieran resolver satisfactoriamente las más elementales necesidades de una vida mínimamente digna para la mayor parte de los españoles. El resto de artículos escritos por Felipe Trigo durante estos años insisten una y otra vez sobre la nefasta influencia que estaban ejerciendo sobre la opinión pública española algunos de estos tópicos que renegaban del progreso y se apegaban en cambio a la tradición para reconducir nuestra historia; y no faltan tampoco duras críticas contra algunos de los resortes utilizados por el bloque en el poder para mantener su situación de privilegio y ocultar al pueblo la auténtica realidad del país. Así, en el titulado "La política y la prensa" (El Liberal. 18-10-98) se ocupa nuestro autor de denunciar la falsificación que los poderes constituidos estaban ofreciendo en la prensa de los verdaderos problemas del país, haciendo ver a los lectores que todos nuestros males provenían de una conjura internacional que quería

destruir la España Tradicional y desviando su atención hacia cuestiones intrascendentes.

Convencido de la gran labor reeducadora que se podría llevar a cabo en la prensa, escribe Trigo:

> *¿Es que aquí no pasa nada, que no hay asuntos extrapolítico-tauromaco-carcelables que estudiar, sucesos trascendentales que discutir, cuestiones agrícolas e industriales interesantes, aspectos originales y nuevos del trato humano; arte que recree, formal crítica. literaria y sociológica, ciencias, curiosidades instructivas, males y miserias que remediar, errores y prejuicios que combatir, hondas naderías... Todo eso, en fin, que variadamente ofrece la vida y refleja la prensa de otras naciones? (203).*

Insistiendo en este mismo sentido, escribe López Morillas analizando la desinformación institucional de nuestro país entre 1.875 y 1.898:

> *Con ligeras excepciones, ni las Cortes ni la prensa intentaron ofrecer al país una clara y recta noción de lo que venía aconteciendo, no ya sólo allende los mares, sino en el propio escenario nacional. Con el propósito de evitar peligrosos soliviantos, se mantuvo a los españoles en la ignorancia, encandilándolos en lo posible con el espectáculo tragicómico que se representaba en el retablo nacional (204).*

Pero, para no insistir más en estas o parecidas ideas que Trigo repite continuamente, comentaremos sólo el artículo titulado "Ecce Homo" (El Nacional, 17-9-98) que resume en gran parte el programa de nuestro autor para la recuperación del país e ilustra su propia trayectoria política.

El artículo tiene una estructura muy simple: sentado en una terraza de la Plaza de la Cibeles, un joven se representa dos imágenes bien distintas de España; una, la que muestra a un Madrid dichoso y alegre en una de sus muchas fiestas de sociedad; la otra, la real, se le ofrece en cambio más cruda, con sólo mirar por encima de los tejados en fiesta:

> *La de la España que habla cruzado en trenes velocísimos, con sus llanuras fértiles e inexplotadas de Castilla, con sus montañas improductivas de León y Santander, con sus valles de Galicia dedicados a engordar vacas*

y sus minas asturianas contratadas por franceses (...). Andalucía casi dedicada a producir reses de lidia, y la no menos feraz Extremadura sin un canal, dejando correr el Guadiana, lo mismo que los demás ríos de la Península, entre la indiferencia del agricultor, que todo lo quiere de la cansada tierra (205).

Ante tal imagen de abandono y colonización extranjera, ese joven -el propio Trigo- no puede menos que sentir a un tiempo dolor y compasión por un pueblo muerto de hambre, apegado no obstante a sus tradiciones y pregonando a gritos la agonía de la raza, mientras se pide insistentemente un salvador. Cuando, en realidad, sólo serían necesarias una serie de reformas estructurales oportunas:

Para cimentar la instrucción, iniciar la industria y encauzar la agricultura, inaugurando así el reinado del trabajo nacional, único que no hubo jamás en la Patria de los Cides, de los Cervantes y de los Gandules (206) .

No cabía entonces la resignación, como aconsejaba la sociedad establecida y como optaron algunos de sus contemporáneos, sino un compromiso decidido que permitiese sacar al país de su estado de miseria actual y, en lugar de trasplantarlo al pasado, relanzarlo definitivamente al mundo moderno.

Él, por su parte, además de su militancia activa en un partido revolucionario, que es como concluye el artículo, quiso contribuir en esa labor modernizadora aportando su granito de arena con unas novelas cuyo fin primordial se cifrarla en la denuncia de un estado moral y social ya caducos, en las nuevas circunstancias históricas, para anunciar al mismo tiempo las claves que en lo relativo a los usos sociales y morales deberían sentar las-bases de una nueva sociedad que no podía perder el tren de la modernidad. Pero esto es y asunto de otro capítulo, dado que constituye el elemento central de la obra de Felipe Trigo.

VI.- TEORÍA Y CRÍTICA DE LA NOVELA EN FELIPE TRIGO

BIBLIOTECA VIRTUAL

VI. 1.- IDEAS SOBRE LA NOVELA

Tanto el análisis que hemos hecho en el capítulo anterior del ideario general de Felipe Trigo como todas las observaciones previas, lejos de ser un excursus innecesario que pudiera alejarnos de la actividad fundamental como novelista ejercida por nuestro autor, pensamos que tenían que ser el punto de partida obligado para poder comprender en su integridad tanto sus ideas teóricas sobre el género narrativo como su propia práctica novelística. Como ya hemos insistido en más de una ocasión, los contenidos seleccionados por nuestro autor como materia novelable, el punto de vista adoptado para el análisis de esos contenidos y la forma narrativa empleada para su difusión, creemos que constituyen un conjunto armónico en el que procura adecuar un programa ético reformista previo a unas técnicas narrativas nuevas, si no al revés.

Una vez que ya nos hemos ocupado de las directrices fundamentales de ese reformismo con el que Felipe Trigo quiere sentar las bases de un nuevo modelo social y moral, conviene entonces que nos planteemos a continuación cómo soluciona en el plano teórico primero, y en la práctica novelística después, la forma literaria que va a utilizar como vehículo para su difusión entre los lectores de su tiempo.

Por lo que se refiere al primer aspecto, Felipe Trigo no es ciertamente un teórico de la novela como género y sus ideas están casi siempre muy por debajo del resultado final que consigue en cada una de sus obras. Aunque no se preocupó en exceso de teorizar sobre el arte narrativo, lo cierto es que en numerosos prólogos de sus novelas, y muy especialmente en el libro ya tantas veces citado, El Amor en la vida y en los libros, dejó escritas sus ideas fundamentales sobre la tarea de escribir novelas, que, como para Galdós unos años antes, se podrían reducir a la búsqueda de una

fórmula adecuada que sirviese a la vez para reflejar los problemas que tenía planteados la sociedad y el hombre de su tiempo y para buscar posibles vías de solución.

Con los datos que ahí nos ofrece y las opiniones vertidas sobre el tema por algunos personajes de sus novelas que son meros trasuntos suyos, vamos a intentar reconstruir la justificación teórica que Trigo hace de su novelística; y decimos justificación porque, más que una teoría de la novela propiamente dicha, estas ideas son sencillamente una justificación a posteriori ante la crítica de una forma práctica y ya consolidada del arte de novelar.

VI. 2.- LA NOVELA COMO CIENCIA. FELIPE TRIGO Y EL NATURA LISMO.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

En la ya referida conferencia autocrítica leída por Trigo en el Ateneo madrileño y recogida después en El amor... con el titulo de "La impotencia de la critica ante la importancia de lo emocional en la novela moderna", nuestro autor empieza autodefiniéndose con estas significativas palabras:

> *Hombre, rechazo, pues, el nombre de artista en cuanto significa el de un oficio social cualificado; y lo peor es que no puedo tampoco, novelista, aceptarlo como algo substancial, ni mucho menos, en la tarea de escribir novelas.*
>
> *Va sufriendo la novela una transformación tan radical, tan honda, desde que dispuso del análisis, que de simple arte que era se va convirtiendo en ciencia (207).*

Ante la dicotomía hombre-artista que en algunos casos extremos se le plantea a todo escritor, Felipe Trigo opta desde el principio por el primer término, consciente siempre de que para nada serviría la labor del artista, si no servia a mejorar la felicidad de los humanos. Para ello, su mayor preocupación fue siempre la de reproducir en sus relatos lo que él llama la verdad viva, sin la alcahuetería del arte, y sin que esto supusiera una renuncia a los aderezos artísticos elementales que pudieran servir para lograr una mayor efectividad entre sus lectores.

Parece claro, por tanto, que para el autor de Jarrapellejos, la renovación técnica y metodológica que había supuesto la doctrina naturalista en la novela europea de la segunda mitad del siglo XIX como medio de analizar y reproducir las relaciones que ligan al hombre consigo mismo y con su ambiente seguía teniendo plena vigencia en

estos primeros años del XX en los que él inicia su actividad como novelista. Ahora bien, esta vigencia, según él, vendría dada no sólo por el rigor científico con el que se presentaba el análisis, sino, sobre todo, por el concepto utilitarista del arte que aquél había llevado hasta sus últimas consecuencias y que, desde su perspectiva de reformista social, convertía a la novela en el medio más eficaz para acelerar la marcha de la humanidad hacia el progreso.

Pero este concepto cientificista de la novela, que necesariamente implicaba la negación del arte idealista en lo que éste tiene de falsificación de la única estética que nuestro autor concibe -la de la propia vida-, no suponía en absoluto una despreocupación por todo lo relacionado con las técnicas de construcción de una novela y, mucho menos, una licencia para incluir en la narración lo más bajo y grosero de la existencia humana, según venía siendo usual en la mayor parte de los escritores propiamente naturalistas.

Esta preocupación por el aspecto técnico de todas sus novelas es algo que Felipe Trigo siempre tuvo presente, y buena muestra de ello son estas palabras suyas a las que podríamos añadir todos los proyectos y borradores recogidos en En los andamios:

> *Reduje la descripción en mi obra, hasta el punto de haber novelas mías que no tienen en absoluto paisaje, que no tienen tampoco la menor indicación acerca de la figura carnal del protagonista, y cercené el análisis psicológico, aunque concediéndole mucha más importancia a lo necesario para darle una simple gula inductiva al lector (208).*

Para Felipe Trigo, pues, el concepto del arte, y más concretamente de la novela, tendría una significación más honda que la derivada de la simple contemplación de una obra bien acabada estéticamente; lo cual podría ser válido para unos pocos, pero en ningún caso extensible a la inmensa mayoría de hipotéticos lectores que aún no tenían resueltos otros problemas más elementales. En consecuencia, deduce nuestro autor, habrá que preocuparse de hacer no un arte estético, sino un arte ético, que contribuya al progreso de la humanidad:

> *Ni soy, ni puedo ser un artista; sino mucho menos, mucho más: un hombre... hecho para la vida y que se la finge escribiendo, porque no la encuentra; un hombre que escribe... y que daría todas sus escrituras y las*

de los demás por un poco de felicidad del bello y amplio vivir que aún no hay en la tierra (209).

Un hombre que escribe, he ahí la bandera con la que Felipe Trigo se define a sí mismo y se defiende de las acusaciones que contra su estética le dirigían sus más conspicuos detractores. Pero lo que realmente suponía esta afirmación era, sobre todo, un decidido intento de aproximar la tarea del escritor a la tarea del científico, síntesis lógica en un momento en el que, como ya hemos visto, se confiaba ciegamente en el progreso de la humanidad por la integración de elementos que hasta entonces estaban enfrentados. Con lo cual, entramos en un problema que consideramos fundamental para la ubicación de la narrativa de nuestro autor, ya que, si en este plano teórico se nos muestra como un continuador de la doctrina naturalista, como afirma M. Abril, "en la práctica no se ajustó jamás a un naturalismo inmediato y estricto" (210).

En su concepto cientificista y utilitarista de la novela, nuestro autor se confiesa abiertamente deudor de la teoría naturalista; ahora bien, su calificación como tal novelista naturalista necesita de alguna aclaración que intentamos hacer a continuación.

Sin insistir aquí en una caracterización pormenorizada de los rasgos definitorios del naturalismo, ni de la suerte que éste corrió en nuestro país (211), sí conviene que nos detengamos en cambio en aquellos aspectos más destacados que puedan tener una especial repercusión en la obra de nuestro autor.

Desde la perspectiva de la historiografía literaria, aunque la doctrina naturalista habla dejado de ser ya la cuestión palpitante que unos años antes habla ocupado a nuestros críticos y novelistas, y aunque la Pardo Bazán se empeñaba en dar por concluído su ciclo histórico, lo cierto era que muchas de sus técnicas se hablan incorporado ya definitivamente al arte de novelar y en absoluto se habían agotado sus posibilidades en el corto espacio de tiempo que había tenido plena vigencia en nuestro país, por mucho que se hiciesen necesarios algunos reajustes sobre los extremos a que lo había llevado Zola.

Como casi siempre, Clarín sitúa la cuestión en su sitio y, sin quererlo, nos da la clave para entender ese pretendido "naturalismo extemporáneo" de Felipe Trigo. Escribe D. Leopoldo, a propósito de la publicación de Realidad, de Pérez Galdós:

Combatir en España el naturalismo, darle por gastado y vencido, no sólo seria prematuro, inoportuno, sino injusto, falso; pero otra cosa es

decir de él (...) que era una fórmula legítima, a la que había que hacer sitio en el arte: pero que no era única, ni acertada en sus exclusivismos, así técnicos como filosóficos, ni otra cosa que la manifestación literaria más oportuna en su tiempo (212).

Estas palabras de Clarín, escritas en 1.890, seguían teniendo plena vigencia en los primeros años del siglo XX en los que Trigo inicia su actividad como novelista. Para el crítico asturiano, como para nuestro autor, se trataba únicamente de desligar el naturalismo del positivismo, en tanto que era el sistema filosófico que le había servido de base y que ya estaba siendo ampliamente superado; y no hacerlo sustancial, tampoco, con los extremos a que Zola lo habla llevado, pero sin negar en ningún caso la plena validez de los recursos técnicos con que se habla dotado al novelista moderno para calar más hondo en el análisis de la realidad y reproducirla en su integridad.

Pero, ese mismo principio de totalidad exigido por el naturalismo, obligaba también a incorporar a los - relatos los recientes avances científicos y filosóficos que, frente al reducionismo materialista del positivismo histórico, suponían las filosofías espiritualistas entonces revividas y los datos aportados por la moderna Psicología, de los que Felipe Trigo estaba perfectamente informado por sus estudios de Medicina.

Lo que en realidad iba a suponer esta revisión de la doctrina naturalista, como es sabido, seria una segunda modalidad de naturalismo -naturalismo espiritualista- que siguiendo una tradición hondamente española que arrancaba de Cervantes, encontraría en Galdós su más cualificado representante en nuestro país, pero al que tampoco permanece ajeno nuestro autor.

Pues bien, desde esta crisis del positivismo como sistema filosófico. exclusivamente materialista, nunca como forma de aproximarse al conocimiento de la realidad, reflejada en toda la novela europea de los últimos años del siglo XIX (213), Y la vuelta generalizada a las filosofías idealistas es precisamente desde donde pensamos que hay que entender el evidente componente naturalista de las novelas de Trigo; componente naturalista que, como resulta fácil suponer, se va a reducir al aspecto formal y técnico, nunca filosófico; por lo que resulta más que dudoso que podamos considerar la novelística de nuestro autor como una prolongación extemporánea del naturalismo zolesco que por la vía erótica habrían introducido en nuestro país sus más crudos cultivadores: Picón, López Bago, Ortega Munilla, según piensan, entre otros, López Jiménez y E.G. de Nora (214).

Siendo coherente con su rechazo de un concepto del hombre exclusivamente materialista y determinista, según hemos visto en capítulos anteriores, Felipe Trigo intentará una vez más aquella misma síntesis armonizadora que ya hemos visto para otros conceptos opuestos, y que en este caso iba a dar por resultado un realismo psicológico, en la línea de los más insignes novelistas europeos de principios de siglo: Bourget, Maupassant, Tolstoi, y Galdós, su más inmediato mentor, por lo que nuestro autor llevaría hasta sus últimas consecuencias la vertiente psicológica tan arraigada en la mayor parte de los novelistas naturalistas españoles (215).

Quizás esta afirmación pueda parecer ilusoria a quien haya leído a salto de mata algunas de las novelas de Felipe Trigo en las que aparecen escenas propias del más crudo natura1ismo, sin tener en cuenta que todo eso no es sino una parte más del hecho experimental que pretende realizar en el conjunto de su obra, y por tanto, solo explicable dentro de la totalidad, donde también se incluye la más sublime espiritualidad.

En el plano teórico, pues, nos encontramos con que las ideas sobre la novela de Felipe Trigo entroncan directamente con la doctrina naturalista en lo referente a su concepto cientificista y utilitarista, del género, así como en la utilización de algunas técnicas narrativas que aquél desarrolló, pero nos atrevemos a afirmar que ahí terminan las semejanzas.

Vamos a ver entonces dónde radica la originalidad de la teoría de la novela de nuestro autor; aunque, como ha señalado Laureano Bonet a propósito de Zola, en la práctica, "habrá una cierta imposibilidad por parte del escritor de cumplir fielmente con los diversos preceptos estéticos que se impuso en un principio" (216).

Para Felipe Trigo, el novelista debe ser, ante todo, un riguroso analista comprometido con la Verdad y cuyo trabajo debe servir al progreso de la humanidad (217); para ello, debe disponer de unas estructuras novelescas adecuadas que le permitan analizar primero y reproducir después la Vida en su integridad, sin fragmentaciones de ningún tipo. Pero, lejos de entender la novela como un mero instrumento con el que difundir una determinada postura ideológica, como ocurría en la novela de tesis del siglo XIX (218), nuestro autor aspira a que "la verdad viva" de sus relatos se presente como un hecho científico en el que su didactismo debería venir dado por la mera exposición de unos hechos y unas situaciones que los lectores pudieran identificar fácilmente con los de la vida cotidiana. En este sentido, las ideas

de nuestro autor recuerdan de nuevo el concepto de lo que Clarín llama novela tendenciosa, según la define en uno de sus Solos:

> *Así como de la vida real unos sacan más enseñanza que otros, de las novelas que deben ser copia de la vida real, pero no fragmentaria, sino de lo orgánico que hay en ella, unos sacan también más enseñanzas que otros. Y el novelista cumple con su cometido cuando de su obra se puede obtener -por quien pueda- lecciones de que otros no tienen ni acaso necesidad (219).*

En este tipo de novelas, tendenciosas sólo en este sentido, por tanto, lo importante no ha de ser tanto la emoción que emana de la contemplación de una obra bien construida estéticamente, sino las enseñanzas que puedan derivarse de unos hechos narrados de forma coherente y cuyo artificio artístico debe reducirse a conducir por buen camino el análisis del hecho experimental que constituye toda novela (220).

Ahora bien, para que ese experimento tenga validez, los hechos allí presentados deben mostrarse funcionando en su conjunto interrelacional, como se dan en la vida, sin eliminar ninguno de los elementos que forman parte de ese todo unitario.

Y como esto no es posible en ninguna de las ciencias ya catalogadas por una simple cuestión de método, sólo a la novela le sería posible incorporar a su objeto de estudio la vida humana funcionando en su integridad, convirtiéndose entonces en el mejor auxiliar del biólogo y, en consecuencia, en una avanzadilla del político en su tarea de legislar, al poder ocuparse del estudio completo de todo lo referente a la parte moral de los individuos.

Para ello, el novelista debería disponer a priori de un sistema de pensamiento adecuado, derivado de la verdad antropológica, que le permitiera controlar convenientemente su experimentación y crear tipos que se asemejasen en su comportamiento a los de la vida real. En la referida conferencia autocrítica del Ateneo, dirige Trigo a los asistentes esta pregunta retórica:

> *¿No os parece, en verdad, que siendo la vida una perfecta dinamicidad imparable e impartible, la Anatomía y la Fisiología, y la Psicología, que sólo pueden estudiar la vida en la muerte o en la paralización y segmentación, son menos ciencias de la vida que la novela moderna, que la ha recogido y la observa y la experimenta a la vez en su libertad absoluta?... (221).*

Para contestarse a continuación:

Toda una vida, todo un amor, no pueden reproducirse en el austero gabinete de un psicólogo, ni cabrían debajo de su análisis sistemático y severo. En cambio, pueden reproducirse y caben bajo la amplia observación de una novela. Si os place, le llamaremos, pues, a la novela moderna, la Psicología de lo dinámico (222).

En esta Psicología de lo dinámico, por tanto, lo esencial seria "crear buenos tipos de experimentación y analizarlos con tino" (223). Este planteamiento seguía siendo evidentemente el mismo que se hacía el naturalismo; pero, una vez que las más modernas corrientes sociológicas habían venido a demostrar la falsedad del determinismo hereditario en la configuración del tipo moral, aplicado por Zola a sus novelas siguiendo las teorías de positivistas franceses e italianos, habría que eliminar ese falso apriorismo del hecho experimental, e insistir, en cambio, en el condicionamiento modificable que viene dado por el medio social y, sobre todo, por el tipo de educación recibida (224). A la novela moderna le corresponderla entonces la gran tarea de mostrar y demostrar cómo mejoraran las condiciones de vida de los individuos modificando precisamente el medio social y el tipo de educación recibida.

Por otra parte, y demostrada también por la moderna Psicofisiología la falsedad ontológica tanto del reduccionismo materialista que consideraba al hombre como una especie más entre los brutos como del reduccionismo espiritualista que lo entendía como un ser exclusivamente intelectual, habría que incorporar igualmente a la novela esos dos extremos en una perfecta interrelación que supondría su negación por separado.

Sólo con esa "armonía armónica" que él dice incorporar a la novela pero que es una característica de casi todo nuestro naturalismo, según se da en la propia vida, "mezcla de ciencia y de arte, de pensamiento y corazón, de necesidades e ilusiones", el héroe novelesco dejaría de ser el monstruo que hasta entonces venía siendo por execrencia patológica del cerebro o del vientre, según los casos, pero en detrimento siempre del equilibrio total.

Al novelista se le ofrecía así la posibilidad de emprender el estudio integral del hombre como ser moral, al poder observarlo y experimentar con él respetando los mismos condicionamientos en los que se manifiesta como ser social; con un componente animal, es cierto, pero también con otra parte no menos importante de inteligencia que hacen de él, por tanto, una bestia inteligente. Esa posibilidad de

analizarlo íntegramente como bruto y como ser racional, piensa Trigo, sería exclusiva de la novela al salirse del método de estudio de psicólogos y biólogos.

En consecuencia, la principal labor de la novela moderna consistiría en saber crear tipos acertados de experimentación, bien fundamentados teóricamente, cuyos actos se presentasen como resultado de un doble condicionamiento: afectivo-instintivo e intelectual, como en la propia vida, sin olvidar por supuesto el condicionamiento social en el que se mueve. Y precisamente por ese carácter experimental, el novelista disponía de los elementos suficientes para crear nuevos modelos en los que se diese un tipo de relación no problemática entre los individuos y su entorno, con lo que quedarla demostrada la posibilidad y conveniencia de unos códigos sociales y morales más adecuados a la propia naturaleza humana.

Lo artístico quedarla así reducido en la novela a aquellos recursos que permitieran crear mundos posibles, al margen de cualquier artificio caprichoso. En este sentido, Felipe Trigo hace una observación comparando la novela con los otros géneros literarios que nos parece del máximo interés y que recuerda la hecha por Clarín a propósito de algunas novelas dialogadas de Galdós:

> *Por tal razón -escribe Trigo- , el arte, aun siendo el poderoso talismán que le da una extensión social al libro novelesco superior a la del libro científico, no es en el libro novelesco moderno lo fundamental (...) como sigue casi siéndolo en la poesía y en el teatro. En la poesía, porque es todo vivismo y forma, todo delicadeza, sin análisis, (...); en el teatro, porque lo que tiene de espectáculo con sus limitaciones del tiempo y su horror al monólogo, le dificultan el análisis considerablemente. Ved cómo fracasa la novela moderna transportada al teatro; es por eso, porque no recoge de ella más que lo artístico, prescindiendo de su estudio analítico fundamental (225).*

Y esta labor de la novela tendría precisamente más importancia en un momento en el que se estaba produciendo la crisis total de un sistema, sin que se viese muy claro por dónde habrían de venir las soluciones. Pero ocurría, siempre según nuestro autor, que los modernos novelistas que así entendían también la novela: Zola, Pierre Louys, Tolstoi, Danunnzio, etc, seguían incurriendo en el mismo error ontológico con el que secularmente se había venido dividiendo al hombre en dos mitades irreconciliables, bien considerándolo como un producto más de la materia, dentro de cuyos límites debería

cumplir su fin (Zola), o bien tratándolo como un ente eminentemente espiritual, al margen de cualquier implicación materialista (To1stoi o Danunnzio).

En cuanto a su posible filiación con estos u otros novelistas, Felipe Trigo negó siempre esa posibilidad, aun admitiendo haber recibido de ellos de forma asistemática influencias de tipo técnico, pero nunca relacionadas con su visión del mundo, en la que Felipe Trigo se considera absolutamente original:

> *Y sin esto -escribe-, sin la plena persuasión de que mi obra sería mi obra, y ni estaba hecha ni lo estaría, de no hacerla yo mismo; sin haberla creído necesaria y útil, además, (...) no habría escrito ni una 1ínea (226).*

Pero incluso desde el punto de vista técnico, aunque nuestro autor parece ignorarlo, el propio determinismo ambiental del naturalismo estaba ya siendo abiertamente sustituido por un realismo psicológico con el que algunos novelistas (Bourget, Prevost, Galdós, Palacio Valdés...) desplazaban su centro de interés hacia el proceso psicológico seguido por sus personajes, apoyándose sin duda en la crisis del positivismo como sistema filosófico y en el auge de nuevas corrientes irraciona1istas en las que predominaba la intuición y el irracionalismo (227).

Si no en el procedimiento, vamos a ver entonces dónde puede radicar la originalidad que Felipe Trigo afirma haber traído a la novela moderna.

VI. 3.- EL TRASCENDENTALISMO CÓSMICO MATERIA NOVELABLE

Felipe Trigo, consciente de la profunda crisis que se estaba produciendo en la sociedad española de finales de siglo y que no podía por menos que afectar al arte, ya hemos dicho que concede a la novela un papel importantísimo en la tarea de hacer nuevas costumbres que derivasen en un nuevo estado moral y social. Esa labor, según él, sería posible gracias a que desde Flaubert se había incorporado al género narrativo todo lo referente al ser emocional y al ser moral, "magna expresión de la vida en su totalidad", en detrimento del ser intelectual, que hasta entonces había predominado. La novela se había convertido a partir de entonces y en manos de Zola, Gorki, Tolstoi, Galdós, D´anunnzio, Pardo Bazán, etc, en una auténtica Psicofisiología de las pasiones humanas:

La novela moderna -escribe nuestro autor-, en efecto, no es de ideas, es de emociones...(228).

Pero ocurría que esos novelistas biólogos que, como él, se habían ocupado del estudio del hombre como un ser eminentemente emocional y moral seguían considerándolo bajo la óptica dualista secular, insistiendo unas veces en su aspecto intelectual (= espiritual), y otras, en su carácter instintivo (= material).

Así, para nuestro autor, Pierre Louys sería un pagano, "un pequeño griego, ensoñador del retorno a las crueles adoraciones de la forma y de la carne". Tolstoi, en cambio, se habría hecho "una extraña norma filosófica de platonismos insensatos y suicidas, cuyo ideal sería la extinción humana por jurado desprecio a lo sensual, a lo material" (229).

Por su parte:

Zola, cuya obra entera puede decirse que no es más que una interpretación de la antropología italiana, con sus falsas leyes fatales de herencia moral, con su odiosa limitación groseramente fisiológica, organicista, del hombre sometido a la única fatalidad del cosmo físico (230).

Y por último:

Gabriel D´anunnzio habría traído a la literatura todos los errores de dos filosofías tan estrambóticas como la del loco maravilloso Nietsche y la del loco asombroso Wagner (...) que ve en la mujer la esclava; en el amor, un vasallaje a su alteza el Genio (23l).

Zola y Louys, según nuestro autor, representarían entonces el materialismo, el emocionalismo, con ligeras matizaciones cada uno; Tolstoi y Dánunnzio, en cambio, serían los representantes del espiritualismo, del intelectualismo.

Ante tal cuadro discordante, lo que Felipe Trigo quiere llevar "a la Psicofisiología y viva ciencia experimental de las pasiones que es la novela moderna" es precisamente el trascendentalismo cósmico que se deduce de la vida misma como realidad armónica total, "para demostrar su posibilidad antropo1ógica, y que la tierra y su cielo azul, el cuerpo y su alma blanca, la bestia y el ángel, lo sensual y lo místico (...), lo individual y lo colectivo forman parte inseparable de esa viva cosa inmortal que

llamamos Universo" (232). Solución sintética a la que se habría llegado tras el final del proceso dialéctico por el que entiende la historia:

> *Los cuarenta siglos de civilización pagana fundidos a los veinte siglos de civilización cristiana darán la lógica e inevitable continuación de la historia en que se haga la humanidad completamente digna del Universo (233).*

El estudio del hombre como ser moral que había asumido la novela moderna exigiría, por tanto, no excluir de Su hecho experimental ninguno de los factores que intervenían en la configuración del tipo moral y en los mores o formas de vida colectiva de una determinada sociedad; los órdenes económico, social y político son evidentemente los condicionamientos más importantes que no determinantes de la etiología moral de un pueblo; pero ni la vieja filosofía moral cristiana, ni las nuevas teorías materialistas y economicistas transportadas a la novela conseguían sustituir por un nuevo modelo más convincente el sentido de frustración que caracterizaba a sus héroes novelescos, ateniéndose en esto a lo que sucedía en la vida real.

Ahora bien, la aplicación del método experimental a la novela, según se venía ya haciendo, permitiría reproducir ese tipo de relación frustrante de los individuos con su entorno, y demostrar sus fatales resultados; pero el método facilitaba además la creación de mundos novelescos posibles en los que los individuos actuasen según su integridad natural, "mezcla de intereses egoístas y de respeto a la comunidad, de bestia y de ángel, de instintos e inteligencia" (234); y, de la interrelación de estos elementos, podrían obtenerse unos cosmos novelescos en los que los individuos superasen toda relación problemática con su entorno, pudiendo servir a los lectores como modelos para la vida real.

A la novela moderna, concluye Trigo, le correspondería entonces la noble tarea de explicar el comportamiento humano tanto por su fisiología y condicionamientos espirituales, para demostrar a continuación que el predominio de alguna de esas partes sobre la otra daría por resultado las mismas situaciones frustrantes que se daban en el momento presente, mientras que, si se lograba su perfecta integración, podría hacerse desaparecer esa problematicidad del individuo consigo mismo y con su mundo.

Sobra decir que esta nueva perspectiva ontológica venía abonada en gran medida por el nacimiento de algunas corrientes filosóficas idealistas superadoras del positivismo, y por las aportaciones de la moderna Psicología, especialmente las de

Wundt, que consideraban como un todo orgánico en el hombre la parte de más baja bestialidad en que se había centrado exclusivamente el naturalismo y la más sublime espiritualidad-intelectualidad en la que insistían los filósofos y escritores de tendencia idealista. Negar alguno de esos atributos fundamentales e inseparables en los personajes novelescos sólo supondría hacer de ellos auténticos monstruos en uno u otro sentido. La tradición naturalista española de carácter armonizador se veía así enriquecida en manos de Trigo por las ideas de importantes pensadores europeos.

Pero como esa sublime síntesis todavía no se había logrado en el momento presente, parecía lógico también, según Trigo, que tanto el hipobestia como el hipermístico que todos llevamos dentro se presentasen en la novela como elementos antitéticos que habían de dar por resultado un salvajismo intelectual, clave suprema del progreso de la humanidad; así, como tendremos ocasión de ver, en novelas como Las ingenuas, La sed de amar, Jarrapellejos, etc, Felipe Trigo pretende demostrar las graves consecuencias que trae consigo el predominio de alguna de esas partes; mientras que en Alma en los labios, La Altísima, Las posadas del amor, etc, intentará demostrar la posibilidad antropológica de esa solución sintética. En este sentido, las corrientes de pensamiento irracionalista y espiritualista entonces revividas hablan provocado ya ciertamente un cambio sustancial respecto a la poética naturalista dominante hasta entonces en la narrativa europea, y que habría sido asumido por el propio Zola a partir de Pot-Buille y L'argent; pero la novedad de Felipe Trigo en ese cambio tal vez haya que buscarla en su intento de síntesis del materialismo y el espiritualismo como elementos antitéticos que deberían concluir en un tercer nivel más amplio que los englobase y a la vez los negase por separado. Aquí, una vez más, nuestro autor parece recoger las mismas críticas que Clarín había dirigido al naturalismo zolesco, quien, aun reconociendo el gran avance técnico que aquél había supuesto en el arte de novelar, escribe:

> *Pero el naturalismo y el positivismo -escribe Clarín- se daban la mano en la idea y en el propósito de los naturalistas franceses (...).*
>
> *En filosofía hay un movimiento que no suprime el positivismo, sino que lo disuelve en más alta y profunda concepción; y es natural que en la literatura se observe una tendencia análoga (235).*

Admitida también por Felipe Trigo esa disociación entre el positivismo y el naturalismo, que en Zola se presentaban como elementos solidarios, su forma narrativa, en cuanto a visión del mundo se refiere, quiere situarse a igual distancia del determinismo físico que en aquel era un elemento central y de las tendencias excesivamente idealizantes entonces revividas, para hacer ver, en cambio, la posibilidad de su perfecta interrelación en el comportamiento de los personajes de sus novelas.

Si a esto añadimos la importancia que nuestro autor concede a todo lo relacionado con el mundo de los sentimientos, convendremos inmediatamente en situar la narrativa de Felipe Trigo en ese momento de la evolución de la novela europea de finales del XIX en el que, de manera paralela a la crisis del modelo burgués tradicional, el positivismo como forma de conocimiento se ve sustituído también por corrientes menos racionales de pensamiento en las que predomina la intuición y el espiritualismo y que iban a tener perfecto reflejo en los numerosos intentos renovadores del arte de novelar: Bourget, cuya popularidad parece desbancar a Zola, Prevost, Henry James, Maupassant, Galdós, Clarín, etc, quienes se afanan en la búsqueda de nuevos caminos narrativos que viniesen a desplazar el interés moroso del naturalismo por describir las apariencias fenoménicas, para sustituirlo por un realismo psicológico con el que intentaban definir y explicar al personaje novelesco por nuevos métodos. Se insistirá así en el análisis psicológico, en las ensoñaciones, se valorará la ética de su comportamiento, sus ideas religiosas, etc, y todo ello daría por sentado una serie de nuevas técnicas narrativas como las del monólogo interior, la novela dialogada, la introspección, la diferenciación entre tiempo real-tiempo vivido, etc, a las que Felipe Trigo no permanecería ajeno en absoluto.

De todos estos intentos renovadores, por lo que se refiere a nuevos contenidos, posiblemente sea con la novela novelesca de Prevost con quien más se asemeje la estética de nuestro autor, según se puede deducir de esta definición que hace de ella el autor francés:

Novelesca, no en el sentido de una más amplia fábula, sino de mayor expresión de la vida del sentimiento (236).

Pero, mejor que buscar esta u otra posible filiación para nuestro autor, nos parece más oportuno considerarlo dentro de esa corriente más amplia de la novela finisecular en la que se buscan nuevos caminos para explicar en el terreno literario la actitud ética del individuo burgués que no se siente solidario con su mundo y que

intenta, por tanto, esa integración en una realidad escondida tras la apariencia fenoménica.

Podemos convenir, como ya es usual, en denominar todas estas nuevas fórmulas narrativas bajo el epígrafe general de naturalismo idealista, y que en el caso concreto de Trigo tiene una significación muy precisa: aplicar a las técnicas y al concepto de la novela experimental la filosofía que se deduce de su Trascendentalismo cósmico, fórmula sintetizadora del materialismo y del idealismo como sistemas opuestos, y que nuestro autor ve como la única vía posible para explicar y superar los problemas que tiene planteados el individuo burgués de su tiempo, llevando hasta sus últimas consecuencias la versión española del naturalismo.

Este naturalismo idealista con el que podemos definir la novelística de nuestro autor pensamos que tiene que tener el significado preciso de haber sabido hacer cuestión literaria de la crisis del positivismo como estilo de vida y sistema filosófico propios de la burguesía del siglo XIX, además de que supone también por parte de Felipe Trigo la búsqueda de nuevas fórmulas éticas y estéticas para el individuo de su tiempo más en consonancia con el incipiente desarrollo industrial y con los conflictos de todo tipo de ahí derivados.

En el plano teórico, ya hemos visto que, para Felipe Trigo, la salida de esa crisis, provocada fundamentalmente por la pervivencia de estructuras sociales y valores morales propios del Antiguo Régimen en una sociedad en la que se habían operado profundos cambios estructurales, sólo sería posible generalizando una nueva moral social y una nueva ética individual liberadoras, que es lo mismo que decir antropológicas, y que permitieran al hombre volver a sus formas originales de relacionarse consigo mismo y con su entorno. La clave del éxito de esa nueva moralidad, por tanto, debería cifrarse en hacer compatibles todos los intereses individuales -aquellos que emanan de los instintos- con los intereses de la comunidad, en unos términos que recuerdan claramente a Rousseau y la moral egoísta de A. Smith (237).

Frente a la moral eminentemente economicista del marxismo y frente a la moral teológica que fundamentaba todos sus principios en un fin ético ultraterreno, Felipe Trigo, una vez negada esta última, considera que esos condicionamientos externos no son suficientes para explicar el comportamiento del hombre en comunidad y busca su

complemento en el terreno psicológico, y más concretamente, en el terreno del mundo afectivo.

La f6rmula literaria adoptada por nuestro autor para la difusión entre sus lectores de esos supuestos éticos y filosóficos ya hemos dicho antes que se atiene básicamente al concepto de novela experimental en su modalidad de segundo naturalismo o naturalismo idealista, pero que en su caso no podemos entender como "el entendimiento simbolista de una naturaleza brutal a la que el escritor naturalista pequeño-burgués no ve salida alguna" (238), sino como un nuevo intento de explicación globalizadora por vía racional del hombre como ser moral.

En esa explicación globalizadora, sobraría cualquier tipo de símbolos, pues basta con recuperar el estado natural de los individuos, libres de la nefasta influencia de una civilización deformadora, para su perfecta integración con el mundo externo. Y en este sentido, sí podemos hablar también de la perfecta fusión que se opera en este caso entre el naturalismo y el modernismo, apuntada por el propio Mainer.

Por último, para concluir este análisis del planteamiento teórico que Felipe Trigo hace de su novelística, habría que añadir que, al entender la novela como un estudio del hombre como ser moral, y muy especialmente de la parte afectiva y sentimental, era lógico también que se ocupase con preferencia de todo lo referente a la dialéctica de los afectos, por cuanto en la relación hombre-mujer se da siempre la primera y más natural relación de sociabilidad.

También en esto está convencido nuestro autor de que ha introducido un concepto nuevo, tanto en la novela como en la propia vida, y que quedaría resumido en su fórmula: "Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada".

VI. 6.- EL MODELO LITERARIO DE LA NOVELA ERÓTICA

Aunque ya hemos insistido en otro capitulo en el significado que debe dársele al erotismo de las novelas de Felipe Trigo, conviene detenernos aquí en el planteamiento teórico que nuestro autor hace del tema y su forma de entender la novela erótica.

Ya queda dicho que Felipe Trigo es un escritor profundamente comprometido con todos los problemas que afectan a su época: el de la injusticia social, el de la educación, el de la decadencia de España, el de la situación social de la mujer, el institucional, etc; pero evidentemente el tema central de toda su obra en torno al que giran todos los demás es sin duda el tema erótico que, como es fácil suponer, no se reduce sólo al problema sexual, según pudiera pensarse a primera vista.

Esta preocupación especial por lo erótico y por la búsqueda de una moral liberadora y una teoría social armonizadora se inserta ciertamente en ese movimiento ideológico que se inicia en Europa durante los últimos años del siglo XIX, que centra su interés en todo lo relacionado con lo sexual y del que se hacen eco numerosos pensadores, biólogos, psicólogos, sociólogos, etc., a los que Felipe Trigo cita en repetidas ocasiones (239).

Pero, una vez más, la originalidad de nuestro autor en ese amplio contexto que se ha dado en llamar erotismo fin de siglo pensamos que radica en el particular punto de vista con el que analiza y entiende este fenómeno social. Frente a la comercialización fácil que muchos novelistas harían del tema, Felipe Trigo lo considera como el centro del problema social y lo trata desde un punto de vista antropológico, cifrando en él la clave del verdadero progreso de la humanidad.

Lo que ocurre es que, aunque "esas preocupaciones (las eróticas) se desarrollan en el marco de un sistema burgués sexualmente represivo, caracterizado por su hipocresía y su doble escala de valores" (240), en el caso concreto de España, esa ética liberadora propuesta por nuestro autor no podía por menos que provocar en algunos sectores un mecanismo de rechazo que llevase a calificarla como baja pornografía. Pero no es este, desde luego, el sentido que Trigo le da, y así lo entendieron sus lectores y algunos críticos prestigiosos de la época (241).

Vamos a ver entonces cómo se plantea nuestro autor en el plano teórico el problema de la dialéctica de los afectos al presentar lo como elemento central de la nueva novela erótica. En un capítulo de El amor... que lleva el título de "La novela erótica" expone Felipe Trigo con todo tipo de detalles cuál entiende él que debe ser la labor de ese tipo de novelas. Desde luego, piensa nuestro autor, la temática erótica en

sentido amplio es tan vieja como la propia vida y la propia literatura; pero, "ni la sociología ni la literatura han sabido hasta hoy contemplar el amor sin sus arreos de batalla" (242). y para que ese nuevo concepto del amor, deducido antropológicamente, se erija en el elemento central del progreso que llevase hacia una nueva sociedad serían necesarias dos cosas fundamentales:

> *Primero, toda una nueva literatura amorosa que lo estudie y lo analice y lo divulgue; después, un cambio radical en el modo de considerar el porvenir de los conflictos sentimentales humanos (243).*

Porque sería inútil pensar en un tipo de progreso que sólo se basase en conseguir una mejor sociabilidad entre los asociados sólo por la humana simpatía (amor de especie) y no por el amor en su manifestación intersexual" que es precisamente la primera manifestación natural de sociabilidad.

A la novela erótica le corresponder la entonces como labor fundamental la de experimentar con todo lo referente al terreno emocional y demostrar coherentemente que la relación hombre-mujer basada en ese nuevo concepto de amor total era el primero y más seguro paso hacia la plena libertad; pero, al mismo tiempo, tendría que probar también que incluso "en la mujer y hombre sociales, deformados por seculares hábitos, no sólo existe poderosamente la intuición de ese noble amor, sino que cuando no sea él (cuando sea pasión, o simplemente lujuria), pugna con la tendencia de su naturaleza" (244).

Hasta entonces, la literatura sólo se habría ocupado de ese amor enfermo: la pasión, o la lujuria; pero nunca lo habría considerado como "la divinización de la naturaleza; la divinización del amor con su idealismo y con su sensualismo; la divinización de la mujer por sus muslos y por su frente; y todo esto con una plena conciencia de la bella integridad de la vida humana" (245). Así, las novelas podían estar llenas de conflictos de amores, pero nunca se podían denominar como tales novelas eróticas sino aquellas que introdujesen este nuevo concepto del amor en todas sus vertientes.

En cualquier caso, Felipe Trigo seguirá manteniendo en su novelística esa doble posibilidad de considerar las manifestaciones de la relación hombre-mujer; en el caso del amor-pasión y del amor-lujuria "para poner en luz su monstruosidad y su perenne incompatibilidad con la Naturaleza"; y en el caso de esa nueva versión del amor- total,

"para evidenciar su hermosa conformidad, su plena y nunca desmentida armonía con los impulsos fundamentales de la vida" (246).

El modelo literario de la novela erótica, tal y como lo entiende Felipe Trigo, por tanto, sólo servirla para definir aquellas novelas cuyo tratamiento de la dialéctica de los afectos se atuviese a esa consideración antropológica y armonizadora del amor, sin que la simple elección de la temática erótica permitiera tal denominación; y en este sentido, podríamos afirmar que la novela erótica así entendida nace y muere con nuestro autor, puesto que todos los novelistas continuadores de esa línea temática durante el primer tercio del siglo XX, salvo Jarnés (247), nunca pretendieron una interpretación global del hombre en sociedad a través de esta manera particular de entender el eros, sino simple y llanamente una más fácil comercialización de sus novelas (248). Sobra decir por otra parte que, como subgénero novelesco, la novela erótica sólo se define por la elección del punto de vista en la consideración de la dialéctica de los afectos, y nunca implica unas técnicas narrativas específicas.

Por lo demás, esa doble posibilidad de considerar la temática erótica nos permitirá estructurar la práctica novelística de Felipe Trigo, tal y como él mismo lo hace en torno a dos grandes grupos que vienen dados por el diferente punto de vista. Pero esto forma parte ya de otro capítulo.

VII.- LA OBRA NARRATIVA DE FELIPE TRIGO

VII. 1.- PRECISIONES METODOLÓGICAS E HISTÓRICAS

Si lo que llevamos dicho hasta ahora seria ya motivo suficiente para que Felipe Trigo ocupase un lugar destacado en el panorama intelectual español del fin de siglo, no cabe duda de que su personalidad se acrecienta y cobra su verdadera significación cuando contemplamos su actividad como novelista a la luz de los supuestos estético-ideológicos que sustentan una obra cuya última aspiración, profundamente humanista, es la realización integral del hombre de su tiempo.

Y si en esos otros aspectos de su obra que ya hemos visto: articulista de prensa, teórico social, crítico literario, etc, el olvido y la incomprensión de la crítica han sido

casi totales, en lo referente a su obra narrativa, se nos han dado generalmente una serie de lecturas parciales -en su doble sentido de incompletas y faltas de objetividad- que no sirven casi nunca para explicar la visión del mundo que informa la obra narrativa de Felipe Trigo y, mucho menos, su disposición estructural.

Para la reconstrucción de esa perfecta gramática que constituyen los diferentes elementos utilizados en su novelística, según hemos apuntado ya en alguna ocasión, pensamos que se hace necesario un enfoque crítico integrador que nos permita descubrir la estructura global de todas y cada una de sus novelas, entendiendo por tal la interrelación de elementos puramente formales y de construcción: procedimientos narrativos, puntos de vista del narrador, desarrollo de la trama, configuración de personajes, etc, con aquellos otros elementos relativos al fondo: ideología, concepto del amor, aspectos autobiográficos, fobias y filias personales, etc; y es que en el caso concreto de Felipe Trigo con mayor intensidad que en ningún otro pensamos que esos dos planos antes referidos se complementan mutuamente y exigen que se les estudie unidos para poder comprender en profundidad su fórmula narrativa.

Esta y no otra ha sido la intención que nos ha movido al detenernos hasta aquí con mayor amplitud en todo lo referente a esos elementos estructurales externos, sin que por ello admitamos en ningún caso el enfoque exclusivamente sociológico e ideológico que casi siempre se le ha dado a la obra que nos ocupa; pero, como tampoco creemos en la utilidad de un análisis puramente formalista, todas esas observaciones "externas" que hemos hecho hasta ahora pretenden formar parte de un proceso más amplio con el que queremos llegar a establecer la estructura global, fondo y forma, de cada una de las novelas de Felipe Trigo.

Y si hemos insistido hasta aquí en todos estos aspectos externos: sociológicos, históricos, filosóficos, etc, es precisamente porque pensamos que no se les había dado hasta ahora una interpretación adecuada ni siquiera por parte de quienes se han ocupado con exclusividad de esta cara de la moneda. Además, como parece lógico pensar, la consideración misma de novelista para Felipe Trigo, que es indudablemente su actividad fundamental, exige que al entender su obra como un producto eminentemente literario tengamos que ocuparnos con preferencia de aquellos aspectos técnicos referidos a su arte narrativo, en absoluto tan despreciables y poco acertados como se han empecinado en hacernos ver casi siempre.

Ya D. Julio Cejador, tan profundamente enfrentado a Felipe Trigo en lo que a visión del mundo se refiere, advirtió sobre la maestría técnica de las novelas de nuestro autor defendida aquí por nosotros. Escribe Cejador:

> *Dentro del arte, dentro de la fuerte expresión de la viva realidad, quedará Trigo para los lectores sensibles a toda belleza estética como uno de los excelentes novelistas que, dadas sus doctrinas filosóficas, equivocadas o no, supieron aprisionarlas entre los filos de oro de sus novelas (249).*

En las páginas que siguen a continuación intentamos demostrar precisamente cómo la novelística de Felipe Trigo alcanza su plenitud de significación gracias a la perfecta conjunción que consigue realizar entre los elementos "no formales", referidos a los con tenidos y encaminados todos a facilitarle la liberación integral al hombre de su tiempo, y los principios estructurales y de composición novelesca que buscan igualmente una liberación de las retóricas realistas y naturalistas del siglo XIX; y todo ello irá encaminado a poner de manifiesto el logro de unos recursos expresivos que son los más adecuados a su manera de entender el oficio de escritor y la finalidad misma de su novelística.

Esclarecer las distintas modulaciones que se dan en la obra de Felipe Trigo de esa casi obsesiva preocupación suya por conseguir una existencia de felicidad y plenitud para los personajes de sus novelas y para sus propios lectores, a contrapelo lógicamente de las trabas impuestas por la moral social dominante, as! como dar cuenta de los diferentes recursos estructurales con los que consigue dar forma a todo esto, pensamos que constituye el objetivo primordial que tenemos que perseguir para llegar a la verdadera significación de las novelas que nos ocupan y poder situar1as en su justo sitio dentro del panorama de la narrativa española de entresiglos.

En ese basto panorama en el que están en pleno auge de su producción los principales narradores del 98 (Baroja, Azorín, Va1le-Inc1án, Unamuno); continúan escribiendo otros novelistas de la generación anterior: Galdós, Pardo Bazán, B1asco, Palacio Ba1dés, Picón...; y algunos novecentistas como Pérez de Aya1a y Miró empiezan a darse a conocer ya entre el gran público, es cierto que la obra narrativa de Felipe Trigo no tiene en principio un 1ugar muy definido, según hemos apuntado en alguna ocasión.

Considerarlo, sin más explicaciones, como el creador de la novela erótica en nuestro país (250) no puede tener otra significación que aquella que hace referencia a una particu1ar manera de entender las relaciones afectivas hombre-mujer, según apunta el propio Trigo con toda precisión y ya hemos visto en otro capítulo; pero entendiendo siempre que este subgénero novelesco no es sino una más de las diferentes corrientes narrativas que parten del realismo y del natura1ismo del siglo XIX y que confluyen en lo que se ha dado en llamar novela postnaturalista.

Decir de él, por otra parte, que es un "naturalista extemporáneo" (251), pensamos que supone una restricción innecesaria del naturalismo como fenómeno literario e implica ignorar las distintas modulaciones que esta forma narrativa adquiere en los albores del siglo XX tras la crisis del positivismo como forma de conocimiento y el resurgir de algunas filosofías de signo idealizante.

Podría adscribirse, en principio, dentro de la estética modernista por lo que suponen sus novelas en la creación de un nuevo lenguaje literario y en la defensa de una actitud sensualista y vitalista; y hacia ahí parecen apuntar estas palabras de Sobejano:

> *Si no le incluimos entre los antecesores de la generación de 1.898 es porque cronológicamente pertenece a ella y de sus ideas y sentimientos participa en no escasa medida. Le consideramos modernista porque, mientras rechaza el supuesto intelectualismo del 98, coincidía en cambio con algunas tendencias del modernismo: supremacía de la emotividad, superfluencia erótica, predominio de lo vital sobre lo moral... (252).*

Observaciones que, aun siendo admisibles hasta cierto punto, en ningún caso pensamos que sean suficientes para enmarcar la novelística de nuestro autor dentro de la estética modernista propiamente dicha, dado que ni su preocupación por lo social, ni su propio concepto del oficio de escritor se aproximan siquiera a los cánones de los modernistas.

Buscar, por último, alguna filiación inmediata con Jacinto Octavio Picón o Alejandro Sawa (253), aunque de hecho fuera posible, de nada servirla en realidad por las profundas diferencias que los separan, tanto en la consideración de la problemática erótica como en la propia disposición estructural de sus novelas; si bien puede admitirse con algunas matizaciones que Picón "inicia una tendencia predominantemente erótica continuada en el siglo XX por novelistas como Felipe Trigo" (254).

¿Cómo podemos considerar entonces el arte narrativo de Felipe Trigo y dónde podemos situarlo? Por lo que llevamos dicho hasta ahora, el concepto utilitarista que nuestro autor tiene del arte y, más concretamente, su pretensión de cientificismo para la novela, deriva directamente de la estética naturalista del siglo XIX, sin que por ello podamos calificar de extemporáneo este naturalismo suyo referido sólo a los aspectos técnicos, nunca a las implicaciones filosóficas que aquel llevaba consigo.

Pero incluso en este aspecto técnico, como ya hemos apuntado en más de una ocasión, los procedimientos narrativos empleados por Felipe Trigo se aproximan más a aquellos que son propios de la novela postnaturalista y que buscaban principalmente el proceso emocional interno vivido por los personajes de sus novelas, desplazando el interés del naturalismo propiamente dicho por el determinismo de un tipo de realidad externa y buscando la realidad que se esconde tras las apariencias fenoménicas.

El compromiso con la realidad social de su tiempo y con el Problema de España, entonces tantas veces repetido, podría asemejarlo en principio a los escritores de la generación del 98; pero ni el tipo de compromiso social defendido por cada uno, ni la misma consideración de cuál es el auténtico problema de España para uno y otros, según vimos, permiten mantener en ningún caso que exista una relación estrecha entre ellos.

Su proximidad al modernismo, como ya hemos visto, se reduce sólo a los aspectos señalados por Sobejano y mencionados antes, pero el alienismo con el compromiso social que supone esa actitud ética y estética de unos escritores encerrados en su torre de marfil es precisamente uno de los blancos de las más furibundas y repetidas críticas de Felipe Trigo (255).

Podríamos admitir con Mainer que "literariamente, los presupuestos de Trigo son modernistas y naturalistas, si es que en el caso que nos ocupa, ambas palabras no quieren decir lo mismo" (256); pero si se añade a continuación que por modernismo entendemos "una preceptiva moral basada en la exaltación del instinto y la redención literaria de lo extrasocial" (257) dudamos mucho de que así podamos calificar la novelística de nuestro autor, si no queremos traicionar la realidad de los hechos.

Es cierto, aunque sólo parcialmente, que "la superposición de ambas corrientes (la modernista y la naturalista) será la que, en última instancia, determine la llamada segunda modalidad naturalista o naturalismo idealista" (258), pero, aparte de la

exaltación de lo instintivo, esa "segunda modalidad naturalista" venía facilitada ya en no escasa medida por la evolución interna del propio naturalismo, la crisis del positivismo como sistema filosófico que le servía de apoyo teórico y la influencia de filosofías y literaturas de signo idealizante.

Y es ahí, en esa segunda modalidad de naturalismo, nada extemporáneo por tanto, donde tenemos que situar literariamente la novelística de Felipe Trigo, y buscar sus maestros, si de maestros podemos hablar en su caso, en novelistas extranjeros como Bourget, Maupassant, D'anunzio, etc, citados repetidas veces por nuestro autor, y, sobre todo, en Galdós, que es con quien más se asemeja tanto en su concepción global de la novela como en la propia evolución de unos procedimientos técnicos que D. Benito había desarrollado hasta extremos insospechados.

Al calificar de postnaturalista el arte narrativo de Felipe Trigo, expresión muy extendida por otra parte en la historiografía literaria para definir la novela de principios de siglo, queremos destacar por un lado su aceptación total del intento de rigor científico que persigue la novela naturalista del siglo XIX, pero queremos señalar, sobre todo, la superación que suponen algunos de sus logros expresivos respecto a la estética de los novelistas decimonónicos que buscaban un tipo de realidad apariencial; nuestro autor, en cambio, centrará el desarrollo de la trama no tanto en las apariencias fenoménicas externas como en una introspección en el análisis psicológico de los personajes con el que busca siempre un mejor conocimiento de sus procesos emocionales.

En este sentido, pensamos que Felipe Trigo anticipa de alguna manera lo que se ha dado en llamar novela lírica (259) en la medida en que en muchas de sus novelas "tergiversa en profundidad los términos de la relación sujeto-objeto, yo-mundo de la novelística realista tradicional" (260) y crea "nuevos entes de ficción a través de cuya inteligencia y sensibilidad se proyecta un mundo. Novela lírica e intelectual, pero novela psicológica también. Acaso la única posibilidad para la literatura a la hora de captar en su intrincado fluir la existencia íntima vislumbrada después de Bergson y Freud" (261); palabras que bien podrían servir para caracterizar una buena parte de las novelas de nuestro autor, según tendremos ocasión de ver.

Pero es que, además, esta forma narrativa empleada por Felipe Trigo, considerada en su conjunto, no es sino la consecuencia lógica del mismo planteamiento dialéctico entre materialismo e idealismo con que vertebra todo su pensamiento y que, si

en ese terreno filosófico le llevaba a optar por un "materialismo idealizante", en el plano estético, implicaba necesariamente un "naturalismo idealista", cuyas características expresivas más notables tenían que coincidir por fuerza con las múltiples tentativas que con distinto éxito se venían ensayando ya al terminar la pasada centuria (262).

El hecho de haber elegido con casi absoluta preferencia la problemática erótica como elemento temático central de toda su novelística, característica común, bien es verdad, a una buena parte de la novela postnaturalista europea, lejos de negar esto último que venimos afirmando, supone en realidad su más absoluta confirmación.

En efecto, todas las novelas de Felipe Trigo se estructuran sobre un doble plano en la consideración de la relación afectiva hombre-mujer: el de la crítica despiadada a los códigos morales represivos de la sociedad establecida de su tiempo y el de la plasmación novelesca de una nueva realidad, basada precisamente en la exaltación vitalista de lo sensual-instintivo, por un lado, y de lo místico-intelectual por otro, como atributos inseparable del hombre y que al unirse le llevarían a la libertad de todo control opresivo.

Esta exaltaci6n apasionada de lo instintivo-sensual por la que gran parte de la critica le ha tachado de un hedonismo que en ocasiones pudiera rayar lo sádico, supone en realidad un concepto de la existencia humana y una visión integral del hombre a través de los cuales quiere recuperarlo para su estado natural, "mezcla de instintos e inteligencia que hacen de él una bestia inteligente" (263).

Y, para dar forma literaria a todo esto, Felipe Trigo tenia que intensificar necesariamente aquellos procedimientos expresivos que conducían a una más fácil caracterización y crítica de la realidad represiva y morbosa que en lo referente a la dialéctica de los afectos imponía la moral social dominante -de ahí las escenas más crudamente naturalistas que con frecuencia encontramos en algunas de sus novelas pero, al mismo tiempo, y en aras precisamente de ese intento de integridad armonizadora, Felipe Trigo necesitaba también de algunos recursos expresivos nuevos que le permitiesen reproducir junto a esa grosera brutalidad la más sublime espiritualidad, si no en el sentido religioso del término, sí en lo referente a esa parte de la naturaleza humana que emana de su inteligencia.

De ahí que nos atrevamos a calificar de "espiritualista" el evidente componente naturalista de algunas de las novelas de Felipe Trigo, si bien es verdad que el equilibrio

y proporción de uno y otro elemento varían según las intenciones que persigue en el propósito global de todos y cada uno de sus títulos.

Por otra parte, conviene recordar también que esta preferencia obsesiva por la temática erótica tiene en Felipe Trigo una significación más amplia que la derivada del simple regodeo en todos aquellos aspectos referentes a lo puramente carnal, dado que esa aureola espiritualista con la que completa su teoría liberadora sobre la dialéctica de los afectos, llega a convertirla en el parámetro de toda su teoría social. Como ya hemos escrito en otro capitulo, a través de esa ética liberadora nuestro autor busca la posibilidad de conseguir una liberación más amplia en todo lo referente a la problemática social, cuyas leyes impuestas por una conciencia moral preformada deberían ser sustituidas "por la multitud de conciencias personales unidas por el sentido común y el respeto a todas las propensiones naturales de los individuos" (264). La moral social tendría así un fundamento básicamente natural que haría desaparecer la hipocresía del momento presente.

Antes de analizar la disposición estructural con la que Felipe Trigo ofrece a sus lectores en la práctica novelística esta forma suya de entender la problemática erótica y la problemática social, conviene que hagamos una última precisión.

VII. 2.- IMAGEN DE LA VIDA ES LA NOVELA... Y ALGO MÁS

Como ya hemos adelantado antes, pero conviene que insistamos aquí sobre ello, el principio estético de la novela realista decimonónica que aspiraba a presentar se como "imagen de la vida", aunque admitido siempre por Felipe Trigo, habría quedado superado de alguna manera desde el momento en que había incorporado a su teoría de la novela los planteamientos básicos del método experimental que, como es sabido, le permitían crear además mundos novelescos no sólo reales en un sentido estricto, sino mundos novelescos posibles que, en lugar de ser imagen de la vida, pudieran presentarse ellos mismos como modelos para la propia vida.

Por otra parte, y al centrar especialmente ese hecho experimental que pretende constituir toda su novelística en todo lo referente a la parte emocional de los personajes ("la novela moderna no es de ideas, es de emociones", escribe), lo que Felipe Trigo quiere ofrecer a sus lectores como mercancía literaria, aceptada por estos con pródiga avidez, son precisamente modelos paradigmáticos de comportamiento en los que se

intentan recoger las múltiples contradicciones que afectaban al hombre de su tiempo, pero ofreciéndole al mismo tiempo aquellas claves éticas necesarias para superar esa situación de crisis individual e institucional (265).

Ya en el prólogo de su primera novela, Las ingenuas (1.901), quedan anticipadas las directrices fundamentales de lo que iba a ser todo un programa literario que quería presentarse como la transfiguración literaria del proceso ascensional vivido por la clase media española de entresiglos, cuyas contradicciones entre su incipiente protagonismo político y social y su moralidad marcadamente tradicional, según él, no habrían sido recogidas por nuestros novelistas anteriores. Allí leemos estas significativas palabras, auténtico canto a esa burguesía naciente, que bien podrían servir para caracterizar el propósito global de toda su novelística posterior:

> *Temo haber "hecho de señoritas" una novela española y altamente moral que no puedan leer las señoritas y que no pueda parecer a muchos ni moral ni casi española; porque la moralidad y el nacionalismo, para buen puñado de patriotas, no deben reflejarse en la literatura más que vestidos a la antigua -siendo inútil que se haya modernizado una clase media cuya juventud riente y simpática está con su rumor de fiesta y su loco afán de vivir a la vista de todos, incluso de los escritores, muy semejante a la de cualquier bulevar parisiense, - en Santander y en Sevilla, en Madrid y en el último pueblo de tres mil vecinos (266).*

Pero, aunque Felipe Trigo se empeñe en ignorarlo, en el largo párrafo anterior resuenan con toda claridad algunas de las ideas centrales de Galdós sobre el arte de novelar y su consideración para "la sociedad presente como materia novelable". Valga pues, la acusación de provincianismo que nuestro autor dirige contra aquellos novelistas españoles que no se ocuparon de abrir sus puntos de mira hacia objetivos más amplios que los del propio localismo -y el caso de Pereda se nos presenta inmediatamente como el más claro de todos-; ahora bien, sólo porque le interesaba este olvido, Felipe Trigo pudo ignorar que ya mucho antes que él Pérez Galdós habla iniciado -¡y de que manera lo había conseguido!- la moderna novela de costumbres en nuestro país, expresión literaria del protagonismo social y las contradicciones de todo tipo que afectaban a la moderna clase media española. En 1.870 escribía ya D. Benito:

La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase, de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban las familias. La grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo esto (267).

Comparando estos dos largos párrafos, resulta sorprendente -y hasta ahora ni siquiera se había reparado en ello- la absoluta coincidencia del propósito artístico intentado por Felipe Trigo con toda su novelística y la plataforma estética que supusieron para la obra narrativa de Galdós estas Observaciones sobre la novela contemporánea de donde hemos tomado la cita anterior (268).

A pesar del tiempo transcurrido entre esas dos declaraciones, 1.870-1.901, y a pesar de que para esa última fecha Galdós había abandonado ya su confianza juvenil en el poder de transformación social que podía ejercer la burguesía española, lo cierto es que la significación política y social que tanto Felipe Trigo como D. Benito quieren dar a su novelística está bastante próxima. Y si, para Galdós, esa desconfianza en la nueva clase social estaba plenamente justificada por el pacto implícito que nuestra burguesía adinerada había realizado con la aristocracia, traicionando así sus propios intereses de clase, desde la óptica del socialismo revisionista al que se adscribe Felipe Trigo y transcurridos ya unos años desde el fracaso de La Septembrina, era lógica también su confianza ciega en esa clase como artífice fundamental de un nuevo orden social; a condición, eso sí, de que modificase radicalmente su estilo de vida arraigado en la tradición y lo supliese con una nueva escala de valores que nuestro autor quiere presentar de manera profética.

Como ya hemos apuntado en más de una ocasión a lo largo de estas páginas, a dar expresión literaria a ese proceso de transformación dedica Felipe Trigo gran parte de su novelística y, para ello, contaba con las nuevas formas narrativas superadoras del realismo y del naturalismo propios del siglo XIX con las que Galdós, entre otros, estaba ya construyendo sus novelas.

Así, la sociedad presente como materia novelable, tema central del discurso leído por Galdós en 1.897 con motivo de su discurso de entrada en la Real Academia, es también el eje central en torno al cual se mueve el concepto de novela de Felipe Trigo por lo que a contenidos temáticos se refiere. Pero en el caso del autor extremeño, éste es

sólo un aspecto más del hecho experimental más amplio que quiere realizar con toda su novelística; y, precisamente por ello, la sociedad futura, tal y como él la vislumbra, se convertía también en objeto novelable gracias al cual, además de poner al descubierto las incoherencias del presente estado social y moral, podía servir también para encaminar los esfuerzos de sus lectores hacia unas estructuras y un código moral más acordes con la nueva situación que se estaba dando en el país tras al unos avances en su incipiente desarrollo industrial.

Ahora bien, como era lógico esperar, ese "espejo" que pretendía ser la novela de base realista reproducía fundamentalmente aquellas imágenes que más interesaban a la mano de quien lo manejaba; y la imagen que más le interesaba mostrar a Felipe Trigo es precisamente aquella que venía dada como consecuencia del enfrentamiento dialéctico entre tradición y progreso, aspiración de modernidad y apego a la tradición, que según él, confería al modo de ser español un carácter muy particular, digno de incorporarse a la novela y enriquecerla así con nuevos contenidos. Escribe en este sentido nuestro autor:

> *Los vientos de libertad han encontrado en la Península grandes resistencias de educación; y precisamente por eso, de la extraña mezcla y de la extraña lucha de los instintos que despiertan con las formidables tradiciones que los aplastaban, creo yo que le resulta al alma nacional un matiz originalísimo, digno de la tranquila atención de los observadores, y del cual una fase interesante he procurado fijar en esta novela, que es profunda y típicamente española, por consecuencia (269).*

Pero, como apuntábamos antes, para Felipe Trigo, la novela moderna no se definía tanto por ser el "notario" de la historia cuanto por ser su auténtica pionera:' "Lo esencial en la novela moderna es crear buenos tipos de experimentación y analizarlos con tino", escribe. Y, gracias precisamente a ese carácter experimental, a la novela le estaría permitido también crear mundos novelescos posibles en los que unos personajes configurados sicológicamente con toda precisión pudieran relacionarse de forma convincente y de muy distintas maneras consigo mismo y con su entorno, para conseguir, según los casos, dar plena satisfacción o no a sus aspiraciones naturales, que, como hemos dicho, constituye la máxima aspiración de Felipe Trigo para solucionar las expectativas del hombre de su tiempo.

Sólo así la novela podría cumplir la tarea reformadora que nuestro autor quiere imponer le para ir haciendo costumbres que anticipasen de alguna manera la labor legisladora del político. Tarea que se conseguiría por reducción al absurdo, como en Matemáticas, si los supuestos éticos de esos personajes les llevaban a un tipo de relación problemática entre sus convicciones y los condicionamientos de su entorno social; o bien incitando a los lectores a una inmediata identificación con aquellos otros personajes cuyos ideales y conducta les permitían realizar su existencia dando plena satisfacción a sus aspiraciones, al margen incluso de los condicionamientos externos (270).

La novela dejaba así en cierta forma de ser "un espejo que se pasea a lo largo de un camino" para pasar a ocuparse con mayor preferencia de un tipo de realidad que se escondía tras las apariencias fenoménicas externas e ir creando un mundo novelesco y unos nuevos entes de ficción, a través de cuya sensibilidad e inteligencia se proyectan las relaciones que unen a los personajes consigo mismo y con su entorno.

Entramos así en un capítulo que nos parece especialmente importante para llegar a comprender la verdadera significación de la novelística de Felipe Trigo: el relativo a todo lo que hace referencia a una composición novelesca que consigue adecuar de manera sorprendente los contenidos que quiere difundir a la forma de expresarlos, y viceversa.

Pero esto último tiene ya una trascendencia fundamenta1 en la propia organización del corpus narrativo de Felipe Trigo y exige, por tanto, que lo analicemos con más detenimiento en capítulo aparte.

VII. 3.- CLASIFICACION DE LA OBRA NARRATIVA DE FELIPE TRIGO. TRAYECTORIA NOVELÍSTICA.

Por lo que llevamos dicho hasta ahora, se puede comprender ya fácilmente que la novelística de Felipe Trigo sólo se puede explicar de forma coherente si la contemplamos en su conjunto y teniendo en cuenta siempre la correlación funcional de todos los elementos que la integran.

En la medida en que sepamos dar cuenta de cómo nuestro autor consigue los procedimientos narrativos más adecuados para dar la mejor expresión a aquellos componentes que podemos calificar de no formales, especialmente los ideológicos,

pensamos que conseguiremos o no encontrar la verdadera clave de la especificidad de las novelas que van a ser objeto de nuestro estudio.

Simplificando al máximo lo referente al plano de los contenidos, podemos considerar que toda la novelística de Felipe Trigo se nos presenta básicamente como un ciclo experimental completo cuyas hipótesis de trabajo giran en torno a todo lo que atañe a la parte emocional del hombre de su tiempo, y más concretamente, al conflicto planteado en las relaciones afectivas hombre-mujer entre unas aspiraciones de modernidad y de libertad y las trabas impuestas por una moralidad represiva.

La dialéctica de los afectos, bien para reorientarla hacia una exaltación vitalista de lo sensual por donde se habría de llegar a la plena liberación, o bien para criticar su manifestación deformada en la sociedad presente, se convierte así en el elemento central de la novelística de Felipe Trigo por lo que a contenidos temáticos se refiere.

El calificativo de novela erótica para el conjunto de la obra narrativa de nuestro autor creemos entonces que está perfectamente justificado, y así lo admite el propio Trigo; pero sólo será válido si admitimos que en esa novelización del eros no se trata de una fácil comercialización literaria con los asuntos referentes al sexo, sino de un replanteamiento de la relación hombre-mujer en una sociedad con ciertos visos de modernidad cuyos problemas más acuciantes, según él, se producían precisamente en el terreno afectivo; y, según los supuestos de su teoría social que hemos analizado en otro capítulo, sólo una vez que estuviesen resueltos esos problemas podía una sociedad emprender el cambio hacia el verdadero progreso.

Pero, siendo único el propósito global y el componente temático de la novelística que analizamos, Felipe Trigo se sirve de un doble procedimiento que consiste básicamente en contraponer, por separado unas veces, otras directamente enfrentadas, su visión sensualista y vitalista del mundo y la existencia humana con la moral social dominante de su tiempo de carácter eminentemente represivo. Y estas dos formas de considerar un mismo problema de fondo llevan consigo necesariamente dos formas de composición novelesca bien diferenciadas que vendrán dadas fundamentalmente por el punto de vista que adopta como narrador en cada uno de los casos.

Desde el punto de vista de los contenidos, insistimos una vez más, todas las novelas de nuestro autor giran en torno a una idea recurrente que ya hemos repetido varias veces a lo largo de este trabajo: Demostrar a sus lectores con todo tipo de argumentos la imperiosa necesidad de que triunfasen en la vida real sus tesis sobre una

dialéctica de los afectos basada en lo que él llama Amor Total (espiritual y carnal a la vez) que hiciese posible la realización integral del hombre como individuo, para, a continuación, derivar inmediatamente en la armonía de todo el cuerpo social, sustituyendo la conciencia moral represiva de la sociedad establecida de su tiempo por una nueva moral social basada en la conciencia emotiva de la mayoría de los individuos, "cuyo lazo unificador es el sentido común y cuyos límites vienen impuestos por la propia naturaleza humana" (271).

Conviene recordar en este sentido que la teoría social de Felipe Trigo se basa en un difícil equilibrio entre el respeto a los intereses sociales y el respeto a los intereses individuales, que son precisamente los que deben imponer las leyes que convengan a la mayoría de las voluntades individuales y que se debían modificar, por tanto, según se pudieran modificar estas últimas. Escribe nuestro autor a D. Miguel de Unamuno:

> *Lejos de entender, como ciertas escuelas, que el individuo debe esclavizarse ante la sociedad, entiendo que la sociedad, fuerte, enérgica en sus leyes, debe ser la representación de la mayoría de voluntades individuales, y esta mayoría habrá de ejercer sobre la sociedad (Estado) el mismo absoluto imperio, en cuanto a las modificaciones por el progreso impuestas, que la sociedad sobre el individuo (272).*

Conviene dejar claro, desde un principio, por tanto, que toda la obra de Felipe Trigo gira en torno a un decidido intento de superar un tipo de moralidad represivo -el de la sociedad española de la Restauración-, cuyos pilares fundamentales eran La Virtud, el Honor, la Honra, la Autoridad y el respeto a unos valores dados de antemano, y sustituirlo por un nuevo tipo de moral social capaz de armonizar la Razón y la Sensualidad como los dos atributos inseparables que definen naturalmente al hombre.

En cuanto a la disposición estructural que Felipe Trigo utiliza en su novelística para mover los hilos argumentales de estos contenidos monotemáticos obedece siempre a un mismo esquema que repite continuamente: un personaje central, transfiguración literaria del propio autor y que se va configurando sicológica e ideológicamente según sus propias convicciones, se enfrenta de forma problemática a un mundo que le es hostil, y que intenta superar precisamente con una nueva escala de valores, donde el Amor, entendido en los términos que ya hemos visto, se presenta como la mayor potencia civilizadora.

Así, Luciano en 1as ingenuas, Esteban en El médico rural y en La carrera, Julio en La clave, Álvaro en sí sé por Qué, Luis en La bruta, Darío en Alma en los labios, Víctor en La Altísima, Cidoncha en Jarrapellejos, etc. etc., se nos presentan todos, aunque con diferentes matizaciones cada uno, como los verdaderos profetas de un orden moral y social nuevos "sembradores que desde no importa dónde ni cómo iban sembrando el mundo de resplandor de ideas y de cosas de resplandor" (273), cuya aspiración última se fundamenta en llegar a superar esa relación problemática individuo-mundo y sustituirla por un código de valores derivado de la propia naturaleza humana, que hiciese desaparecer esa problematicidad.

La dialéctica derivada del enfrentamiento entre la vieja moral burguesa represiva y esa nueva ética vitalista y liberadora, libre de todo control opresivo, se convierte así en un elemento estructural de capital importancia en todas y cada una de las novelas que aquí analizamos.

Pero esta búsqueda de valores auténticos en un mundo degradado, recordando la feliz frase de Lukács a propósito de la novela del siglo XIX (274), aparte de la significación estrictamente sociológica que pudiéramos asignarle por cuanto recoge varios problemas subyacentes en la conciencia colectiva de gran número de sus contemporáneos, pensamos que tiene una primera y decisiva significación estructural que puede servirnos para comprender mejor la novelística de Felipe Trigo, e intentar a partir de ahí su clasificación.

En efecto, una parte de las novelas que analizamos se organizan en torno fundamentalmente a la vida íntima y sentimental de un héroe problemático que fracasa en su intento de superar un mundo que le es hostil y cuya degradación, al final, terminará por atraparlo en sus propias redes. Este grupo de novelas se inscribiría, por tanto, dentro de la tipología establecida por el propio Lukács con carácter genérico para toda la novela burguesa del siglo XIX; lo cual no implica, como apunta Goldman, "que tenga que ser necesariamente la expresión de la con- ciencia real o posible de esta clase social" (275).

Pero, junto a estas, hay también otro grupo de novelas que difícilmente encajarían en ese mismo esquema y que, por el contrario, se nos presentan sin ningún tipo de enfrentamiento dialéctico con la realidad inmediata del momento, a la vez que suponen la defensa consciente y el triunfo definitivo de unos valores, los del propio Trigo, que sin renunciar a las aspiraciones de una burguesía moderna, permiten a los

héroes novelescos llegar a una situación de perfecta armonía para sus múltiples contradicciones (276).

En la obra narrativa de Felipe Trigo encontramos representadas, por tanto, las dos grandes modalidades de novela que, atendiendo a la naturaleza del héroe, establece L. Goldman para el siglo XIX: la del héroe problemático y la del héroe positivo. Y precisamente en las características "de estas formas novelescas secundarias, cuyo fundamento seria, naturalmente, la conciencia colectiva de un pueblo en el momento en que se producen" (277), pensamos que puede radicar uno de los motivos más importantes de la mayoritaria aceptación que las novelas de Felipe Trigo tuvieron en su tiempo.

El propio Trigo, sin pensar por supuesto en las implicaciones sociológicas que esta doble división llevaba consigo, considera igualmente divididas en dos grandes grupos todas sus novelas cuando escribe:

> *Mis novelas están consagradas, pues, a la doble tarea de estudiar, unas la pasión, con el intento de intelectuarla y volverla amor, para aborrecerla después de demostrar su irreductibilidad de tal cosa morbosa con la inteligencia sana, como en Las ingenuas y en La sed de amar; otras a estudiar el verdadero amor entre verdaderos inteligentes, para convencerme de su posibilidad antropológica y para adorarlo en seguida, como me ha resultado en Alma en los labios, en Del frío al fuego y en La Altísima(278).*

Separación que nos parece especialmente importante no tanto por la evidente diferencia entre héroe positivo y héroe negativo que comportan unas y otras cuanto por el doble estilo narrativo que se deriva del punto de vista adoptado como narrador, el tratamiento de los personajes y la propia composición novelesca que, aun mezclándose muchas veces, exige un análisis separado.

Teniendo esto en cuenta y ampliando este criterio de clasificación al resto de su obra narrativa, ésta podría quedar organizada en dos grandes grupos, con las implicaciones que antes hemos apuntado y que analizaremos con más detenimiento:

A) Novelas negativas: Las ingenuas, La sed de amar, Sor Demonio, Los abismos, La clave,

en La carrera, el Médico rural y Jarrapellejos .

En algunos casos, estas novelas se han agrupado bajo el epígrafe común de novelas de crítica social (279) y, aun siendo evidente el componente de crítica que aparece en todas ellas contra la sociedad establecida de su tiempo, dado que no admiten tampoco el calificativo de novela social, nos parece más acertada esta denominación nuestra por las implicaciones que antes apuntábamos.

Bien es verdad que el caso de Jarrapellejos tal vez mereciera un capítulo aparte, tanto por su especial incidencia en la problemática social como porque relega a un segundo plano el conflicto afectivo de los protagonistas, que en el resto es un componente fundamental. Pero, aunque le dedicaremos un análisis especial por el hito que supone en la obra narrativa de Felipe Trigo, sus procedimientos narrativas se aproximan bastante al resto de novelas de este grupo y resume de alguna manera el intento global de todas ellas. Escribe nuestro autor en el prólogo que dedica a D. Melquíades Álvarez estas palabras que bien pudieran aplicarse a cada uno de los títulos que aquí hemos incluído:

> *Yo, desde la majestad de mi independencia de "hombre que escribe" (no de artista ni de novelista; dejemos esto para los del castillo de marfil) en nombre de la Vida, que no es de marfil, sino de angélica bestialidad de carne y hueso, le digo a usted: vea si, en dejar pasado a la historia bárbara de España el asunto de este libro, no está todo el más urgente empeño de gobierno digno de la majestad de un gobernante (280).*

B) Novelas positivas: Alma en los labios, Del frío al fuego, La Altísima, Murió de un beso y Sí sé por Qué.

Frente al héroe problemático y la confrontación dialéctica de dos tipos de moralidad que comportan las novelas negativas, este segundo grupo de novelas se caracteriza por la plasmación artística de una nueva realidad, no exenta de un cierto lirismo en alguno de los casos, que se consigue precisamente a través de la sensibilidad e inteligencia de unos personajes, riada problemáticos por cierto, que han logrado armonizar sus intentos a su inteligencia y que se sienten en una perfecta integración con su mundo.

La intención de las novelas de este grupo queda resumida en estas líneas que Felipe Trigo antepone a Murió de un beso:

> *Ante todo, será una abierta y brava y completa defensa de la integridad de la humanidad del amor: alma y cuerpo, éxtasis espiritual y*

placer de los sentidos... Tratando de redimir a este placer (posesión carnal) del envilecimiento histórico en que yace, de las montañas de vileza y grosería bajo cuyo peso se encuentra... hasta el extremo de que los mismos maridos y esposos tengan y pongan en ello el vergonzoso y vil concepto de su animalidad (pudor, piedad y transigencia con ellos mismos) (281)

La naturaleza del héroe novelesco (positivo o negativo) y el punto de vista que Felipe Trigo adopta como narrador en el tratamiento de las relaciones afectivas hombre-mujer, por las implicaciones que tienen en la composición de las novelas largas de nuestro autor, pensamos que constituyen argumentos suficientes para clasificarlas en los dos grupos que antes hemos establecido.

Pero, sin agotar por el momento esas implicaciones, conviene que nos planteemos ahora si esos mismos criterios pueden servirnos también para clasificar las veintiuna novelas cortas que nuestro autor publicó en las revistas noveleras dedicadas específicamente a este fin.

Todas estas novelas, aunque guardan profundas diferencias estructurales con relación a las novelas largas, lejos de constituir una parte marginal dentro del conjunto de la obra de Felipe Trigo, como generalmente supone la crítica, pensamos que tienen una significación muy especial que puede ayudarnos a comprender mejor toda la novelística que estudiamos (282).

Estas diferencias estructurales vienen dadas principalmente por el distinto medio de publicación en que aparecen unas y otras: la revista o el libro, y están relacionadas casi siempre con la mayor o menor extensión que permite cada uno de los casos. El hecho de que con posterioridad a su primera publicación la editorial Renacimiento agrupara estas novelas de tres en tres para una mejor comercialización de las Obras Completas de nuestro autor ha servido para que la crítica no reparase en que todos esos títulos aparecieron por vez primera en las múltiples revistas que El Cuento Semanal inició como pionera; y su forma narrativa, por tanto, viene dada en todos los casos por un intento de popularizar con el menor costo posible unas novelas que, de otra forma, difícilmente hubieran podido llegar de forma masiva al gran público (283).

Por lo que se refiere a los contenidos, este tipo de novelas no introduce ninguna variación importante respecto a los temas tratados en las novelas largas; como en ellas, la unidad temática principal gira siempre en torno a todo lo relacionado con el mundo de los afectos: para denunciar sus actuales manifestaciones patológicas en unos casos,

para anunciar en otros las claves de una nueva dialéctica de los afectos de base hondamente antropológica.

Pero incluso en este plano de los contenidos encontramos ya algunas diferencias importantes que vienen impuestas casi siempre por la mayor precisión exigida en un número reducido de páginas y que implicaba sustituir el tono grandilocuente y serio de las novelas largas por un tono más ligero, no exento de una carga irónica y humorística.

A lo largo de las trescientas páginas que por término medio suelen alcanzar las novelas largas de nuestro autor hay espacio lógicamente para que abunden largas digresiones sobre la problemática erótica tal y como la entiende Felipe Trigo, y para entrecruzar numerosos temas: históricos, sociales, profesionales, etc, que, aun a costa generalmente de una excesiva lentitud en el ritmo narrativo, buscan siempre la reproducción de la vida en su integridad.

En las novelas cortas, en cambio, ese ritmo narrativo moroso adquiere una considerable rapidez que se consigue generalmente por la eliminación o acortamiento de algunos elementos que eran imprescindibles en la otra forma narrativa. Lo que allí sería un incidente más en función de la trama global de la novela se convierte aquí en su argumento principal y casi exclusivo que pretende comunicar a sus lectores un mensaje claro y conciso, anticipado por lo general en el propio titulo: Lo irreparable, Las posadas del amor, El cínico, etc,.

Pero, sin ninguna duda, son los aspectos estructurales de estas novelas cortas los que marcan las diferencias más importantes con relación a la composición novelesca de la otra forma narrativa empleada por nuestro autor; estas diferencias estructurales vienen dadas casi siempre por un proceso de eliminación al que se someten algunos componentes esenciales de las novelas largas.

Así, la presentación de los personajes que en aquellas se realiza con todo tipo de detalles: costumbres, gustos personales, tics, indumentaria, ideología, etc, en un continuo ir haciéndose a lo largo de la novela, se trueca aquí en una presentación directa e inmediata que nos los muestra actuando de forma invariable desde el principio y centrando la atención, sobre todo, en las repercusiones externas de su comportamiento; por lo general, se trata en todos los casos de estereotipos cosificados cuyas reacciones ante los acontecimientos que se van sucediendo son idénticas a lo largo de todo el relato.

Por la misma razón desaparecen igualmente los exhaustivos análisis psicológicos que a través de monólogos, cartas, reflexiones en estilo indirecto libre, etc,

caracterizan las novelas largas y no se busca tanto el por qué de unos hechos y un determinado comportamiento cuanto las implicaciones que estos llevan consigo.

Los largos períodos descriptivos y los abundantes diálogos que caracterizan las novelas largas, por otra parte, desaparecen aquí casi por completo y se intensifica, en cambio, la parte propiamente narrativa con breves pinceladas que marcan el cambio de lugar y de tiempo entre los incidentes que se van sucediendo con cierta celeridad. En definitiva, este tipo de obras de nuestro autor se define por el "carácter condensado de la acción, del tiempo y del espacio (...) así como del ritmo acelerado del desarrollo de su trama" (284).

A esta forma narrativa, por último, la podríamos definir con estas palabras del propio Aguiar e Silva quien define la novela corta como "La representación de un acontecimiento sin la amplitud de la novela normal en el tratamiento de los personajes y de la trama" (285).

Por todo lo dicho hasta ahora, estas novelas cortas se aproximan más al modelo que antes hemos definido de novelas negativas: héroe problemático y distanciamiento del narrador respecto a sus personajes; aunque en unos pocos casos coinciden también con el modelo de las novelas positivas y comportan su misma rigidez teórica. Por lo demás, en esta segunda modalidad narrativa, las largas digresiones teóricas quedaban obviadas de alguna manera para quienes conocían las novelas largas de nuestro autor, donde constituían el elemento central de su afán propagandístico.

Tendríamos así un primer grupo de novelas positivas para estas narraciones cortas, donde incluímos: posadas del amor, La Altísima, Los abismos, La de los ojos color de uva y Mi media naranja (286).

El resto: Lo irreparable, A todo honor, A prueba, El sueño de la duquesa, Reveladoras, El gran simpático, Mi prima me odia, Así paga el diablo, Además del frac, La sombra, El papá de las bellezas, El naúfrago, El moralista, El semental, Los invencibles y El domador de demonios, formarían el grupo de novelas negativas y en ellas abundan las severas críticas que Felipe Trigo dirige contra el ambiente moral de la sociedad establecida de su tiempo, que él pretende dar por concluído definitivamente.

VII. 4.- LA COMPOSICION NOVELESCA EN LA NARRATIVA DE FELIPE TRIGO:

Una vez establecidos esos dos grandes grupos para todas las novelas de Felipe Trigo, conviene que analicemos ahora cómo se nos presenta cada uno de los componentes estructurales que conforman las distintas formas narrativas empleadas por nuestro autor a lo largo de su trayectoria novelística, teniendo siempre en cuenta que esas formas narrativas no se darán nunca totalmente separadas sino en continuas interrelaciones.

El análisis de la naturaleza y presentación de los personajes novelescos, los distintos tratamientos que nuestro autor concede al tiempo y al espacio, los puntos de vista que adopta como narrador, el mundo de ficción que crea, el lenguaje literario utilizado en cada uno de los casos, en fin, pensamos que constituyen argumentos suficientes e imprescindibles para conocer en profundidad los códigos narrativos de la novelística de Felipe Trigo y a ellos dedicamos las páginas que siguen.

VII. 4.1.- LOS PERSONAJES

Como ya apuntábamos antes, la variada gama de personajes que pueblan las novelas de Felipe Trigo, por lo que a protagonistas se refiere, encajan todos a la perfección en alguno de los dos tipos de héroes novelescos que G. Luckacs establece con carácter genérico para toda la novela del mundo occidental: El individuo problemático, definido así por la disociación y "divorcio entre el ser de la realidad y el deber-ser del ideal" (287) y el individuo no problemático, "cuyos fines le son dados con una evidencia inmediata y el mundo en que esos fines han construído el edificio puede oponer les dificultades y obstáculos en la vía de su realización pero sin jamás amenazarlo con un serio peligro interior" (288).

Esta distinción, que ha sido el criterio básico por el que hemos establecido la anterior separación en novelas negativas y novelas positivas, además de informarnos sobre la naturaleza del héroe novelesco según se enfrente o no dialécticamente con su mundo, tiene sin duda una serie de implicaciones estructurales y de estilo narrativo que bien puede definirse como el rasgo diferenciador más importante al que se subordinan todas las demás técnicas utilizadas por Felipe Trigo.

Por lo general, los personajes centrales de las novelas de nuestro autor cumplen una doble función estructural: por un lado, son los conductores del hilo argumental y en torno a su vida giran todos los acontecimientos del relato; y, por otro, encarnan casi siempre la visión del mundo, las ideas y las preocupaciones del propio Trigo.

Pero, a pesar de esta aparente homogeneidad, su plasmación concreta adquiere múltiples variantes en cada una de las novelas y bien merece la pena que nos detengamos en ello con algún detenimiento.

Hay ciertamente una serie de rasgos que son comunes a todos los protagonistas de las novelas que analizamos, bien sean héroes positivos o. negativos. Quizás el más destacado, y que viene a confirmarnos la intencionalidad ya apuntada de toda la novelística de nuestro autor en cuanto quiere ser la expresión de las aspiraciones y preocupaciones de la moderna clase media, sea precisamente la similitud de ocupaciones y profesiones que ejerce cada uno de ellos. Todos podrían definirse como profesionales liberales: ingenieros o técnicos, Luciano de Las ingenuas, Darío de Alma en los labios; abogados, Gerardo de El cínico, Adolfo de El moralista y Demetrio de Los invencibles; escritores, Víctor de La Altísima, Eliseo de Los abismos, Luis de La bruta...; médicos, Esteban de En la carrera y El médico rural; militares, Andrés Del frío al fuego...

Todos ellos invariablemente se nos presentan a lo largo de cada novela en la que aparecen como personajes dotados de una notable inteligencia y sensibilidad, cuyas preocupaciones éticas giran casi siempre en torno a la problemática erótica tal y como la entiende el propio Trigo, pero sin desentenderse en ningún caso de otros acontecimientos relacionados con su entorno social e histórico. Ese entorno, as! como el mundo novelesco que les sirve de marco, se van creando precisamente a través de la sensibilidad de ese personaje central y su punto de vista es el que prevalece en el análisis de cada acontecimiento.

A través de esa extremada sensibilidad e inteligencia vislumbramos la imagen de ese hombre nuevo que Felipe Trigo concibe como profeta de una nueva religión de amor y cuyas leyes de comportamiento, al estar basadas en el respeto a la propia naturaleza humana, permitirían la implantación de una nueva moral social donde no tuvieran lugar los desajustes de todo tipo del momento presente.

Pero es en la forma de poner en práctica esos ideales donde empiezan ya a diferenciarse con cierta nitidez los personajes de cada uno de los grupos de novelas que antes apuntábamos. Así, los protagonistas de las novelas negativas, aun siendo portadores de esos nuevos ideales, terminan todos por sucumbir ante las trabas que les vienen impuestas por el ambiente moral y social, y en unos casos terminan integrándose en el mismo sistema que antes habían criticado: Esteban (En la carrera y El médico rural), Octavio (Jarrapellejos) , Julio (La clave), etc; y en otros casos aceptan resignados

su trágico destino al no poder llevar adelante el estilo de vida que tan ardorosamente habían defendido: Luciano (Las ingenuas) - Aurelio (Mi media naranja), Antonio Sabater (En camisa rosa), Gerardo (El cínico), Cidoncha (Jarrapellejos)...; aunque, como reflexiona este último: "segada o no al nacer la siembra, la semilla de salvación, de libertad, quedaba por él depositada en la conciencia de este pueblo de serviles..." (289).

Los personajes centrales de las novelas positivas, en cambio, encuentran todos los mecanismos suficientes para sobreponerse a sus propias contradicciones y a las que les vienen impuestas por su entorno social más inmediato; para ello, se trasladan unas veces a otros países, donde encuentran un mayor grado de libertad moral: Daría (Alma en los labios), Andrés (Del frío al fuego), Rubén y Marcelino (Las evas del paraíso), y otras son capaces de crear un mundo poético idílico "pueden hacer que la sensualidad se alce convertida en sentimiento de amor que a su vez la impregne de ternura, de caricia" (290): Víctor (La altísima, Las posadas del amor y Murió de un beso) y Álvaro (sí sé por qué).

Desde el punto de vista técnico, son precisamente los protagonistas de las novelas negativas los que están configurados con mayor acierto. En ellos, Felipe Trigo consigue crear unos personajes más próximos a la auténtica complejidad humana, y van haciéndose a través de las múltiples contradicciones de su vida interior en una continua relación, aunque problemática, con el entorno social y moral propios de sus lectores.

Los héroes positivos, en cambio, aparecen desde el principio conformados ya como personajes totalmente hechos de acuerdo a los planteamientos teóricos del propio Trigo e inmunizados de alguna manera contra los avatares del contexto social en el que viven. Por mucho que nuestro autor se empeñe en dotarlos de humanidad, más que personajes de carne y hueso le resultan una especie de súper-hombres, casi dioses, que han perdido su capacidad de sufrimiento y, convencidos de estar en posesión de la verdad, contemplan su entorno con cierta displicencia. Darío, de Alma en los labios, es tal vez el más claro paradigma de todos ellos. Así se define ante Gabriela, a quien ha seleccionado como partícipe ideal de su religión de amor:

> *Este otro a quien usted ahora despierta, es soberano, soberbio, dominador..., casi un dios del Dios que está en los aires disuelto, y por encima de no importa qué almas ni qué hombres... No basta cruzar los mares; yo he cruzado los cielos y las almas. Yo sé qué es amor, yo sé qué es dolor, yo sé lo que es todo... (291).*

La funcionalidad de cada uno de estos entes de ficción, aunque encaminada siempre de forma casi exclusiva a anunciar con cierto tono profético las excelencias de ese nuevo concepto de la relación hombre-mujer y de la relación hombre-mundo, adquiere sin embargo distintas modulaciones según los casos y le confiere a cada uno de esos personajes unos rasgos psicológicos perfectamente diferenciados de los del resto.

En virtud precisamente de ese marcado carácter funcional que se le atribuye a cada uno de estos personajes, su armazón ideológica y su evolución psicológica se configuran según las pretensiones concretas de cada novela. El objetivo final de todas ellas, aunque ya lo hemos apuntado varias veces, quedaría resumido en estas reflexiones que Luciano se hace en Las ingenuas:

> *En la amistad desinteresada de hombre a hombre nadie sufre ni odia, ni mata hoy: se forma por aspiración mutua, y por mutua devoción se estrecha, o por mutua diferencia se termina sin rencores, si en el trato advierten los dos amigos que se equivocaron al juzgarse de armónico temperamento. Esta y no otra es la labor de la civilización: diferenciar las relaciones sexuales (no valdría si no gran cosa la inteligencia) del modo repugnante con que entre los brutos se determinan, y del modo casi mercantil, además de brutal, que se realizan hoy... (292).*

Pero, según los casos, ese objetivo común se orienta con mayor o menor intensidad hacia objetivos más concretos: unas veces, se tratará de contrastar el enfrentamiento abierto de esa liberadora visión del mundo con aquella que venía impuesta por la sociedad y los valores dominantes, para poner al descubierto la hipocresía de en tos últimos: Las ingenuas, Sor Demonio, Jarrapellejos, Lo irreparable, etc; otras veces, en cambio, se procura buscar aquellos puntos débiles de otros intentos salvadores que cifraban únicamente la base del progreso en una simple conquista de las cosas: La clave y Los abismos, o apelaban al misticismo, al esteticismo y al súper-hombre nietzcheano como mentores de su liberación: La bruta, que lleva el significativo subtítulo de Héroes de ahora.

Como personajes literarios, este grupo de entes de ficción, al mitigar bastante el carácter eminentemente propagandista y profético que en los héroes positivos es un rasgo fundamental, son, desde luego, mucho más convincentes. Sus perfiles psicológicos e ideológicos se van configurando ante nuestros ojos en un continuo y

progresivo sucederse de reacciones ante un mundo que ellos van contemplando como espectadores críticos y con el que nunca llegan a identificarse plenamente.

Los personajes positivos, en cambio, desde el punto de vista de su configuración literaria, se nos presentan siempre como individuos perfectamente conformados desde el principio y, en lugar de ir contemplando con ojos críticos ese mundo hostil, a través precisamente de su sensibilidad e inteligencia van creando ellos mismos su propio mundo poético con una evidente carga de lirismo y sentimentalismo en la mayor parte de los casos. Las implicaciones que esta distinta configuración de los entes de ficción lleva consigo en la creación del mundo novelesco y en el estilo narrativo de cada grupo de novelas dan muestra, desde luego, de la maestría con que nuestro autor domina el arte de novelar y de ellas tendremos que ocuparnos con más detenimiento. En la configuración ideológica de los protagonistas de cada una de estas novelas, por otra parte, creemos que subyace un planteamiento bastante generalizado en el fin de siglo y al que ya hemos aludido en otras ocasiones: se trata de la contraposición dialéctica entre el tipo humano del modelo anglosajón y el tipo del mundo latino, empeñado el primero en una simple conquista de las cosas, frase utilizada frecuentemente por Felipe Trigo, y descuidado el segundo en este aspecto por la primacía que concede al mundo de los sentimientos. Puestos a elegir, Felipe Trigo prefiere este último y así lo confiesa Darío-Trigo en Alma en los labios:

> *Roma, opulenta y poderosa, la concebía bien Darío con Venus en el templo. Londres parecíale inverosímil; entre el guiador de cuádrigas que veía en el coso, al correr, los ojos de la amante, y el carrerista de automóviles que se lanza a destriparse por acreditar una marca, prefería aquél (293).*

Pero, como no se trataba tampoco de elegir entre esos dos extremos de degradación, Felipe Trigo somete a sus personajes a un enfrentamiento dialéctico con esas dos visiones del mundo, buscando, como siempre, la síntesis armonizadora a la que consiguen llegar los personajes positivos y en cuyo intento fracasan los negativos por el lastre que le supone el tipo de educación recibida. Su ideal en este sentido queda resumido en estas reflexiones que Álvaro se hace en sí sé por qué:

> *Luchó ya demás la Humanidad, tiene ya sobradas máquinas, sobrados medios para constituirse inteligentemente en el gozo de la victoria de sí misma, definitiva, garantizándola en su reinado absoluto del cielo de*

la tierra contra toda clase de barbaries, y a la civilización de la mecánica, que nos concedi6 tantos prodigios, le falta solamente completarse con la civilización del corazón (294).

Junto a esta gama un tanto estereotipada de personajes configurados psicológica e ideológicamente según las convicciones del propio Trigo, las novelas de nuestro autor se ven enriquecidas por un variado mosaico de entes de ficción secundarios cuyos perfiles se delimitan siempre en función de alguna de las taras sociales que se pretende denunciar.

En virtud precisamente de ese marcado carácter funcional, los caciques, curas, boticarios, señoritos pedantes e inútiles, hidalgos, falsos héroes, pequeños empresarios, etc, que completan el mundo novelesco creado por nuestro autor encarnan una serie de tipos que desde un punto de vista técnico se nos presentan con procedimientos bien distintos a los utilizados para la configuración de los personajes centrales.

Si en aquellos, la introspección psicológica y su proceso emocional constituyen el eje central en torno al que se mueven todos los hilos de la narración, en estos últimos, no interesa para nada su mundo interior, cuya existencia se llega a poner en duda, y se nos van presentando a lo largo del relato en sus apariencias externas: indumentaria, tics, conducta moral, conversaciones, costumbres, etc, en una curiosa mezcla del punto de vista adoptado por Felipe Trigo como narrador y de las impresiones que ofrecen de ellos los personajes en los que se desdobla literariamente.

Salvo Álvaro de La bruta, analizado también, este sí, en toda su complejidad psicológica, el resto de estos tipos ejemplifica una serie de comportamientos concretos con los que Felipe Trigo quiere ilustrar cada uno de los objetivos hacia los que van dirigidas sus críticas contra la moral social que ellos representan y que sacrifica todo, personas y cosas, a la Virtud y el Orden, su virtud y su orden, desde luego.

Sin ánimo de agotar el análisis de estos personajes-tipo, vamos a ver cómo se nos presentan y qué vicio encarnan algunos de ellos.

D. Pedro Luis Jarrapellejos (Jarrapellejos) es, sin duda, el que está logrado con mayor acierto y en el que Felipe Trigo descarga con más dureza todas sus críticas; encarna a los amos, título que llevaba la novela en un principio (295), y se nos presenta como el cacique dueño y señor de todo cuanto le rodea: "altamente situado por encima de leyes y trabas sociales" (p. 4), administrador universal de la justicia, manipulador de elecciones, auténtico gobernador de su comarca, violador de criadas y pastoras...; y lo

que es más grave, temido y respetado por todos los habitantes de La Joya, "lo mejor del mundo" (p. 24), que llegan a comprar1e incluso la Gran Cruz de Carlos III que le había sido concedida por el Gobierno.

Lo conocemos por sus obras: eructando en público, luciendo públicamente sus queridas, dando pucherazo, manipulando como un padre a los rebeldes, nombrando alcaldes y jueces a sus esbirros, sacando el trigo del pósito, etc, sin que se nos diga nada de su parte anímica que, por otra parte, él mismo parece ignorar.

D. Gil Y D. Roque, curas de Las ingenuas y Jarrapellejos respectivamente, como tales, son los principales valedores del orden moral establecido en Alajara y La Joya "miniaturas de España"; pero, eso sí, con sendas hijas reconocidas públicamente, y no espirituales, a las que pretenden imponer un matrimonio decente y ventajoso, con la amenaza de desheredarlas en aras de la moral que ellos tan ardorosamente defienden.

Los campesinos de Palomas (El médico rural), entre otras exquisiteces y finuras de educación, son presentados de esta forma por Esteban-Trigo:

> *Con la barbarie tosca de una degeneración de siglos que hubiese retornado a lo bestial, hubo luchas, pugilatos... Primero, sencillamente a ver quiénes se derribaban echándose la zancadilla, luego a tiraperro, o séase puestos dos a dos opuestamente a cuatro patas, con una soga atada al cuello y pasada entre los muslos (296).*
>
> *Para terminar arrancándose una oreja de un mordisco en una pelea (297).*

No podía faltar tampoco en esta galería de tipos el círculo de los señoritos: ataviados como cualquier pollo madrileño, discutiendo con pedantería de “hondas cuestiones sociológicas" y pidiendo, por ejemplo, la declaración de guerra a "los tocineros de Chicago", escribiendo a la Real Academia si elefante y colibrí deben pronunciarse o no con la misma intensidad de voz; siempre en el casino, salvo cuando querían satisfacer sus apetitos biológicos con criadas en las que engendraban niños para la muerte o la miseria.

El marido emprendedor, capaz de lograr con su trabajo todo el bienestar material para su familia pero incapaz de ofrecer cualquier otro tipo de felicidad, está magistralmente representado en Abelardo (La clave), cuya aspiración máxima se cifra en estos consejos que le da a su sobrino Julio, quien, a la postre, terminará

conquistándole su propia esposa, y adquiriendo así la verdadera significación de sarcasmo estas palabras:

> *Las comodidades de la vida, la felicidad, un hogar, en fin, donde todo sean calmas y venturas, no se logran a fuerza de doradas ilusiones en las rejas, sino al fin precisamente de una juventud consagrada al esfuerzo y al trabajo (298).*

En el borrador de esta novela, por otra parte, confirma Trigo una vez más el punto de vista que adopta en todos estos casos, en claro contraste con sus novelas y personajes positivos:

> *En ella será esencial cuanto, siendo vida, principalmente sirva para el objeto de la demostración. Y es, por consecuencia, el saber prescindir de emociones profundamente artísticas para darle al total una sencillez directa y persuasiva (299).*

Los tipos intelectualoides del Ateneo, "altísimo centro de la intelectualidad española", están magníficamente representados en La bruta (pp. 321 y ss.) y constituyen las mejores páginas escritas por nuestro autor sobre los ambientes literarios e intelectuales del fin de siglo madrileño y español; desde Sánchez Ruiz perorando "acerca de Sintt, de Bradinet, del budismo esotérico, Rondas y encarnaciones sucesivas a través de los gérmenes, hasta llegar al Nirvana" (p. 324), hasta quienes renegaban del positivismo y apelaban a las energías morales de Nietzche, pasando por los espiritualistas y quienes consideraban a Pereda, Galdós y Palacio Valdés unos imbéciles, mientras apelaban al egotismo y al súper-hombre de Nietzche y Unamuno, constituyen todos un cuadro variopinto en el que se nos da cuenta de la ineficacia e inutilidad de estos intelectuales y poetas de pacotilla sobre los que opina Álvaro-Trigo:

> *Había pasado, sin duda, la ola de las vaguedades místicas y ganaba el franco espiritualismo la inquietud de estos cerebros... Cada dos años una moda, como donnas (300).*

Recapitu1ando lo que llevamos dicho hasta ahora, la composición novelesca de las obras de Felipe Trigo por lo que a caracterización y presentación de personajes se refiere viene a demostrar una vez más el absoluto dominio por parte de nuestro autor del arte de novelar y su asombrosa facilidad para adecuar los recursos expresivos a la intencionalidad que persigue en cada título concreto.

El centro de esa gama de entes de ficción lo constituyen sin duda todos aquellos personajes que aparecen como protagonistas y que son de alguna manera la transfiguración literaria del propio Trigo. Su perfil literario, tanto en el plano ideológico y psicológico como en los recursos técnicos por los que se consigue, coincide bastante en todos los casos, pero con algunas diferencias notables; en el plano ideológico, siempre responden al esquema que ya tantas veces hemos repetido: son portavoces del propio ideario del autor.

Pero unos, los héroes positivos, están construídos de manera más rígida y aparecen totalmente definidos desde el principio y supeditando todo a su absoluta posesión de la verdad; en ellos, no caben las dudas ni vacilaciones de ningún tipo. Los que hemos llamado héroes-negativos, en cambio, son los que como personajes 1iterarios consiguen transmitirnos una mayor sensación de vida interior en toda su complejidad y con un tipo de relación más lógica con el medio social en el que se desenvuelven. El dogmatismo de los anteriores se trueca en estos en una lucha y una duda continuadas que los convierten en esos héroes problemáticos a los que antes aludíamos.

Tanto en unos como en otros, aunque con diferente intensidad en cada caso, la sensibilidad e inteligencia de todos ellos es precisamente el instrumento que va moviendo los hilos de la narración y que va creando un mundo poético totalmente cargado de lirismo en las novelas positivas, mientras que en las novelas negativas ese tono lírico va alternando con la realidad más inmediata, contemplada, eso sí, a través de los propios ojos de ese personaje en el que Felipe Trigo se desdobla literariamente hablando.

Desde el punto de vista técnico, abundarán entonces incipientes monólogos interiores con los que se pretende reproducir el fluir de su conciencia, las ensoñaciones, los diálogos, y un tipo de adjetivación muy concreta que llega en algunos casos a aproximarse a la pedantería, junto a otros recursos que después tendremos ocasión de ver.

Junto a ellos, las novelas de Felipe Trigo nos ofrecen una variada gama de tipos, vistos siempre desde fuera, que encarnan de manera inequívoca alguno de los vicios sociales que nuestro autor quiere denotar. En su presentación, no se nos informa para nada de su mundo interior; sólo interesa lo que hacen y lo que representan, en función siempre de esa actitud de crítica que nuestro autor quiere comunicar a sus lectores. Sin embargo, la presentación desde fuera de alguno de estos tipos se enriquece desde un

punto de vista literario dotándolos también de un análisis psicológico convincente que consigue humanizarlos y aproximarlos en este sentido a los personajes centrales.

Al caso de Álvaro (La bruta), antes aludido, tenemos que añadir los de Octavio (Jarrapellejos) y Honorio (Sor Demonio).

Octavio encarna con toda claridad el tipo del "señorito" ilustrado, educado a la europea, con ansia de modernidad y preocupado por el progreso material de su pueblo, pero que dados sus condicionamientos de clase, termina por venderse y aliarse con quienes detentan el poder. Su perfil y evolución ideológica se aproximan bastante al que señalábamos antes para los héroes negativos.

Sin llegar a la riqueza de detalles psicológicos y emocionales con que se nos presentan los personajes centrales, su evolución interna y los cambios de actitud que en él se operan se van desarrollando a lo largo de la novela con toda precisión y se explican perfectamente en función del entorno político, social y moral de un "señorito" que, a pesar de todo, no está dispuesto a renunciar a las ventajas que ello le comporta; su elección como diputado encabezando la lista de los trabajadores no deja de ser en último extremo otra hábil maniobra del omnipresente D. Pedro Luis Jarrapellejos.

El caso de Honorio (Sor Demonio), en cuyo nombre se nos informa ya como otras veces de sus características como personaje, es uno de los tipos más curiosos de todas las novelas de Felipe Trigo, tanto por los recursos técnicos con los que se configura 1iterárìamente como por lo que supone de elemento antitético respecto a los otros personajes que hasta aquí venimos señalando. En el prólogo se nos advierte ya sobre esa diferencia fundamental:

> *Por esta vez -escribe Trigo- en Sor demonio he dejado en paz las almas amplias y las gentes progresivas, incrédulas o despreocupadas de las viejas cosas para situar la observación en medio del viviente anacronismo que aún mantienen en el mundo degeneradas, naturalmente, la tradición y la brutal galantería caballeresca (301).*

Con él, Felipe Trigo quiere representar el tipo de un hidalgo español (El honor de un marido hidalgo y metafísico es su subtítulo), émulo de D. Juan por lo que a su empecinamiento conquistador se refiere, celoso empedernido, por contra, de los movimientos de su mujer, y otros atributos parecidos cuya plasmación literaria, como es fácil suponer, se consigue lógicamente recurriendo a un punto de vista irónico,

aparentemente impasible, y que en su caso concreto llega en ocasiones a la auténtica caricatura. As! define nuestro autor a estos tipos representados en Honorio:

Católicos, vuelven a su dios juguete de sus deseos; hidalgos, tórnanse en villanos sin querer; ejemplares de moral, todo lo infestan a su alrededor de bajas concupiscencias; bravos, caen por el desuso en cobardía; y espirituales, en fin, poetas últimos y genuinos representantes del 'trovadorismo" para con las mujeres, apenas si aciertan a encontrarlas otra alma que la carne, entre lujurias de bruto, pasionales despotismos de amo y señor, y celos rufianescos (302).

La galería de entes de ficción que jalonan la novelística de Felipe Trigo y que aquí estamos enumerando se completa, como no podía ser menos en ella dada su temática preferente, con una variada gama de personajes femeninos en los que nuestro autor proyecta sus ideas sobre la emancipación social de la mujer y sobre la misma emancipación de la dialéctica de los afectos. Los condicionamientos ideológicos del propio Trigo influyen casi tanto o más que en los personajes masculinos a la hora de dar forma en sus novelas a estas figuras femeninas.

Como ya hemos visto en otras ocasiones, en los libros teóricos de nuestro autor hay una preocupación constante por conseguir la equiparación social y jurídica de derecho y de hecho de la mujer con respecto al hombre, abogando continuamente porque ésta consiguiese la independencia económica que le permitiera alcanzar la verdadera libertad; "sólo la independencia económica hará libres a las mujeres", escribe en varias ocasiones. Pero lo que aquí nos interesa no es tanto lo que muchos de esos personajes representan de avanzadilla en el movimiento feminista español cuanto su plasmación literaria en la novelística que estudiamos y su funcionalidad dentro del propósito global que persigue nuestro autor.

Desde este punto de vista literario, las mujeres de las novelas de Felipe Trigo están pensadas siempre en función del personaje central masculino e ilustran sus ideas sobre la condición femenina. Pero, a pesar de estar contempladas en la mayor parte de los casos desde la óptica masculinizante de ese hombre nuevo, como entes de ficción, adquieren en algunas ocasiones una entidad psicológica y una personalidad tan perfectamente definidas que bien merece la pena que nos ocupemos de ello con algún detenimiento.

Como en el caso de los héroes masculinos y correspondiéndose por lo general con ellos, las mujeres que aparecen en las novelas que estudiamos se nos muestran también configuradas en dos grandes grupos: heroínas positivas, aquellas que encarnan

la imagen de la mujer tal y como la entiende nuestro autor, o lo que es lo mismo, tal y como la entienden esos héroes positivos en los que se desdobla literariamente; y heroínas negativas, aquellas que, unas veces por sus propias contradicciones internas, otras porque son víctimas de su entorno moral y social, fracasan en su relación dialéctica como sujetos objetos emocionales y, por tanto, fracasan también como sujetos sociales. Bien es verdad que en este último caso, los personajes femeninos no se nos presentan nunca con el sarcasmo y la ironía por los que conocemos a sus homólogos masculinos sino, más bien, con un cierto tono compasivo al considerarlas como las auténticas víctimas de ese sistema. Escribe nuestro autor en el prólogo de Las ingenuas:

> *Por lo pronto, bástele en descargo mío la consideración de que ese nombre guarda más de compasión cariñosa que de agravio, de reproche dulce que de insulto; y aun as!, reproche que nada con ellas mismas tiene que ver quizás, yendo más alto su amargura, más alto, mucho más alto que a ellas... ¡pobres ingenuas! (303).*

Ingenuas por distintos conceptos, aparecen tres tipos de mujer que se repiten continuamente en toda la novelística que estudiamos. Una representada en Amparo (Las ingenuas), Jacinta, (El médico rural), Isabel (Sor demonio)..., que representa a la mujer-esposa tradicional; fiel siempre a su marido, hacendosa en la casa, de buenos modales, convencida de tener ganado a su marido con una buena comida y con cumplir con sus obligaciones conyugales, pero ignorando siempre que "La clave de todo verdadero hogar, de toda vida en íntimo conjunto lo es el amor" (304), espiritual y carnal a un tiempo como Felipe Trigo lo entiende.

Lejos de haberlas educado para este fin, la sociedad las preparaba para coser, tocar el piano, "ponerse guapas para su marido", y engendrar una docena de hijos, advirtiéndoles que "tenían que sacrificar todo: tranquilidad, dinero, honra... a la institución que las protege" (305). Este es, sin duda, el tipo de mujer más alejado del modelo ideal de Felipe Trigo y su recuperación sólo sería posible con un largo proceso educativo que transformase su condición social.

Ingenuas también, pero por otra concepto, serán aquellas mujeres como Flora y María Mantilla (Las ingenuas) (306), Orencia (Jarrapellejos), Luisa (Del frío al fuego), Bibly Diora (La Altísima), etc, avisadas de los goces de la libre relación carnal, e incluso capaces de convertirse en algún caso como Flora, de Las ingenuas, en esas amantes ideales; pero que se sacrifican también a la institución familiar como garantía

de una vida cómoda en lo material. Estos tipos serían una versión a la española de las de-mi-vierges- francesas (307) mezcla de hipocresía y descaro que no venían mal tampoco a los orgullos tenoriescos de los jóvenes varones de esa sociedad.

Literariamente, todos estos tipos sólo interesan como tales tipos que encarnan algún vicio que Felipe Trigo quiere hacer desaparecer y aparecer siempre en función del propósito global de cada novela, salvo en el caso concreto de Flora que llega a adquirir entidad psicológica propia.

A medio camino entre estos tipos que habr1a que rechazar y el modelo de mujer ideal de una sociedad futura, Felipe Trigo sitúa una serie de personajes femeninos que sin lugar a dudas constituyen su mayor acierto en lo que a plasmación de criaturas literarias femeninas se refiere, tanto por la humanidad con que se nos presentan como por el análisis certero con el que se nos van presentando.

Áurea (La bruta), Gloria (La clave), Libia (Los abismos), con distintas matizaciones cada una, las vamos conociendo a lo largo de una progresiva introspección en sus sentimientos como mujeres cultas e inteligentes, cuyas lecturas coinciden por lo general con los gustos del propio Trigo, y que no se resignan a aceptar la existencia aburguesada a la que, en el mejor de los casos, pretenden someterlas sus maridos. Su clara visión de un mundo mejor, que han aprendido en las novelas y que ellas mismas han alcanzado por un camino distinto al de su matrimonio, las lleva en todos los casos a un enfrentamiento abierto con los condicionamientos impuestos por la sociedad, y, ante ellos, terminan por sucumbir. La solución literaria en el caso de Gloria será la muerte, y en el caso de Áurea, un matrimonio de conveniencia con un rico de su pueblo natal, después de haber muerto en un duelo su primer marido, escritor y discípulo aventajado de aquellos de la torre de marfil, y no precisamente por defender el honor de su esposa.

Su configuración literaria va encaminada en todos los casos mediante una concienzuda observación de sus vivencias y reflexiones interiores a demostrar una sola cosa: el sentido de auténtica prostitución que sienten todas en manos de sus maridos. Esta galería de tipos femeninos se completa con una auténtica legión de prostitutas despreciadas, y éstas no lo son en sentido figurado, en las que los castos varones buscan lo que son incapaces por sí mismos de encontrar en sus esposas; por lo general, todas esas mujeres que venden placer aparecen como víctimas del tipo moral dominante y su destino no puede ser más trágico: La bruta, Sor demonio, Las ingenuas, La Altísima, pero otras veces aparece también la prostituta con un cierto aire intelectual, como en el caso de Bibly Diora de La Altísima, que sólo busca su proyección literaria a cambio de

su cuerpo. Las jóvenes engañadas con falsas promesas que al final tienen que prostituirse están magníficamente representadas en Antonia (En la carrera). Sin que falte tampoco el tipo de madre que reprime el ansia de libertad de sus hijas y que no se priva, en cambio, de sus amantes "en privado": Doña Salud (Las ingenuas).

Todos estos tipos están en función, unas veces, de denunciar la hipocresía de una moral social que ellas sufren como víctimas y, otras, su función es la de dejar entrever el estado de plena felicidad al que podrían llegar si se suplantasen algunas instituciones y algunos prejuicios por un nuevo código moral en el que se respetase la propia naturaleza humana.

Menos convincentes desde un punto de vista literario por la rigidez ideológica con la que están construídas, pero auténticas estatuas a las que Felipe Trigo rinde culto de divinidad, las heroínas positivas de sus novelas constituyen sin duda un capítulo aparte en lo que suponen de modelo ideal; y, curiosamente, su personalidad se aproxima bastante a la de los héroes masculinos que las recuperan para su nueva religión de amor.

Gabriela (Alma en los labios), Adria (La Altísima), La Fornarina (Jarrapellejos), Luisa (Del frío al fuego), Isabela (Murió de un beso), etc, cada una a su manera, se nos muestran como esa mujer ideal que es capaz de conseguir su plena felicidad y de irradiar con ella todo cuanto le rodea. Frente al egoísmo burgués, el sentido de alteridad es precisamente el principal soporte de sus relaciones afectivas:

> *La característica del amor -escribe Trigo- es la generosidad. El que ama forja principalmente su ventura del espectáculo de la que transmite (308).*

Todas ellas, salvo la Fornarina de Jarrapellejos, son mujeres emancipadas social e intelectualmente que han conseguido por ello su emancipación sentimental. Encarnan esa síntesis sublime que Felipe Trigo resume en la fórmula "Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada" a la que llegan tras haber unido su extremada sensibilidad y espiritualidad a su clara conciencia de materialidad; para ello, se las hace visitar los prostíbulos, o se tienen que prostituir ellas mismas, y recorren todos aquellos sitios donde el hombre se manifiesta como un elemento más de la materia: contemplando una clase de vivisección anatómica o la miseria y la vejez humanas de un hospital.

Son mujeres, como Felipe Trigo insiste una y otra vez, con alma, cuyo resultado vendría dado "de la íntima fusión del burdel con el convento" (309). Hondamente

inteligentes, estas mujeres quedarían definidas en su conjunto por esta imagen que Adria (La Altísima) nos ofrece de sí misma a través de la figura del narrador:

> *Contemplábase a sí propia (...) como una mujer toda aparte y sin filiación posible ni relación alguna con las demás mujeres: ni honrada, ni prostituta, ni baronesa, era menos y era más al mismo tiempo que las honradas que no tendrían nunca en sus castillos de virtud un tesoro de amor franco; que las baronesas a cuyos lujos y trenes no cedía en su mundano bienestar; que las prostitutas a cuyo libertinaje les ganaba en libertad gallardísima...; se parecía a un pájaro, capaz lo mismo de saltar de un árbol al suelo, que de posarse desnudo en una rama mirando a los presentes (310).*

Como en sus homónimos masculinos, estas heroínas femeninas positivas se van haciendo a lo largo de la novela en un exhaustivo y progresivo análisis de sus reacciones emocionales ante los acontecimientos que se van sucediendo y que se seleccionan precisamente en función de que sirvan para ilustrar su marcha definitiva hacia una total integración de sus sentimientos espirituales con el pleno disfrute del placer de los sentidos.

En el prólogo a Murió de un beso, escribe Trigo en este sentido:

> *La acción de la novela como bello proceso sentimental, habrá de girar siempre en torno a ese principalísimo eje de redención de las carnales voluptuosidades amorosas (311).*

Este carácter eminentemente funcional que Felipe Trigo atribuye a estos personajes femeninos impide por lo general que, como entes de ficción, mantengan un equilibrio proporcional entre sus hechos y la apoyatura ideológica en la que se sustentan; pero, como elementos estructurales utilizados por Trigo para proyectar en ellos sus ideas sobre la emancipación de la condición femenina, no cabe duda de que constituyen uno de los aciertos expresivos más importantes de nuestro autor.

VII. 4. 2.- EL ESPACIO NOVELESCO

Un elemento inseparable de la configuración literaria de los personajes de las novelas de Felipe Trigo lo constituye sin duda el ambiente moral y social en el que se desenvuelven, dado el claro tono de denuncia que en ellas predomina. A pesar de ello, nos parece conveniente desmentir una vez más el equivoco que se ha generalizado de

considerar que este tratamiento del espacio en la novelística que estudiamos coincide plenamente con aquél que era propio del naturalismo.

En casi todos los personajes de las novelas de Felipe Trigo: Luciano (Las ingenuas), Áurea (La bruta), Esteban (El médico rural y En la carrera), Gloria (La c1ave), todos los de Jarrapellejos, en fin, resulta evidente esa influencia negativa que ha ejercido sobre ellos un ambiente moral y social falto del mínimo sentido de justicia en su sentido más amplio; su personalidad aparece condicionada siempre por los lastres que ha dejado en ellos una educación represiva abiertamente enfrentada a sus propensiones naturales.

Pero incluso en estas novelas y, sobre todo, en las que hemos llamado novelas positivas, la dialéctica individuo-medio y el propio tratamiento del espacio como componente narrativo se aproxima más a las características propias de lo que se ha dado en llamar novela postnaturalista que a las del naturalismo propiamente dicho.

El determinismo hereditario y ambiental que, siguiendo a la Sociología Positivista italiana, Zola había trasladado a sus novelas como explicación única del comportamiento de los individuos, queda en el caso de nuestro autor totalmente anulado el primero, y bastante mitigado el segundo. En cambio, las ideas de Zola y sus discípulos en este sentido son tajantes y quedan perfectamente resumidas en este párrafo de su ensayo teórico "La novela experimental":

El hombre no está sólo, vive en una sociedad, en un medio social, y para nosotros, novelistas, este medio social modifica sin cesar los fenómenos. Nuestro gran estudio está aquí, en el trabajo recíproco de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad (312).

En ese mismo plano teórico, ya hemos visto que Felipe Trigo admite como condicionamiento de la etiología moral de los individuos el ambiente moral y social, nunca el físico, pero sin que en ningún caso llegue a entender los como factores determinantes que lleven de forma inevitable a los hombres hacia un destino marcado de antemano. Para nuestro autor, ese ambiente moral y social es un condicionante importante en la medida en que configura la educación de los individuos, explicación única de su comportamiento, pero que en ningún caso llega a ser determinante, dada la posibilidad que tiene cada individuo de mejorar su proceso de aprendizaje orientándolo convenientemente hacia el bien. Así explica nuestro autor a D. Miguel de Unamuno, esta forma suya de entender la libertad humana:

Por eso resulto un fatalista singular que ve en el ambiente social y físico una gran influencia sobre el hombre (negación de la libertad), y en la inteligencia humana un gran modificador el ambiente moral y físico (afirmación de la libertad...casi) (313).

Negado ese concepto determinista en el plano teórico, vamos a ver entonces cómo se da en la práctica novelística este equilibrio que nuestro autor pretende establecer entre la influencia determinante que según la doctrina naturalista el ambiente social ejerce sobre los individuos y el poder de transformación que, gracias a la libertad y a la inteligencia, puede ejercer el hombre sobre su medio físico y moral.

En tanto que es un problema de capital importancia para la composición estructural de las novelas que estudiamos, no conviene que perdamos de vista la distinción que antes hacíamos entre novelas positivas y novelas negativas por cuanto que en unas y otras esa relación individuo-mundo se manifiesta, según los casos, en función de la diferente educación recibida por cada uno de los personajes y de su capacidad o no para sobreponerse a los condicionamientos ambientales.

Por otra parte, conviene precisar también que por espacio novelesco en el caso concreto de nuestro autor nunca podemos entender la descripción minuciosa y detallada de pueblos y lugares, dado que, a diferencia de la novela realista y naturalista del siglo XIX, nunca aparece configurado en estos términos y se nos muestra, por el contrario, no con un valor en sí mismo sino como un simple apoyo del desarrollo de la acción. Ese espacio físico en las novelas que analizamos queda reducido casi siempre a unas breves pinceladas sobre aquellos aspectos que nuestro autor selecciona como los más significativos para provocar en el lector la impresión determinada que le interesa resaltar; así, esa descripción irá encaminada a provocar la sensación de miseria en Alajara (Las ingenuas) (pp. 23-31), o en Palomas (El médico rural) (pp. 10-17); la descripción detallada de una pelea de campesinos borrachos que se arrancan la oreja a mordiscos pretende poner en evidencia las bárbaras costumbres de los pueblos de España (El médico rural) (pp. 36-38); el relato minucioso de la vivisección de un cuerpo humano intenta provocar en Adria su conciencia de materialidad sobre el hombre (La Altísima) (p. 241); las escenas en burdeles, con vómitos incluidos sobre el cuerpo de una prostituta, quieren resaltar también el grado de degeneración al que con frecuencia llega el comercio de la carne (La Altísima) (pp. 249-253); la descripción detallada de una plaga de langostas no tiene otro objeto que el de resaltar el estado de miseria al que

se hallan sometidos los campesinos por una mala distribución y explotación de la tierra (Jarrapellejos, pp. 17) etc, etc,. Como muestra, sirva de ejemplo este párrafo nunca citado de La Altísima y que es verdaderamente ontológico:

Un estudiante sacó tres arañazos en la barba; otro, tres pelos del sobaco arrancados con sus dedos... y, puesto que las compañeras de la otra la defendían denodadamente, otro de los luchadores, del esfuerzo o de alguna - patada en el vientre, vomitó sobre la tendida y manifiesta... Se indignaron ellas; iban a obligarle a que se lo volviese a tragar; el requetepuerco!... (314).

La escena, como fácilmente se puede observar, es del más crudo y desagradable naturalismo, pero perfectamente justificable en el contexto de la novela si tenemos en cuenta que unas páginas antes se advierte por boca de Víctor: "Tú, que has vislumbrado las alturas, quiero que también bajes conmigo a los antros" (p.248) y que a continuación se moraliza: "¡ Por qué queremos ser de tanta suciedad!" (p. 253).

Pero no es este tipo de espacio novelesco exterior el que por lo general le interesa a Felipe Trigo, ni la minuciosidad de detalles que antes veíamos es la característica dominante de la novelística que estudiamos. Más aún; a nuestro autor le interesará, sobre todo, lo que podríamos llamar el espacio moral y casi nunca lo reproduce con la pretendida objetividad que se deduce del párrafo anterior y como era propio en la novela realista y naturalista del siglo XIX. El punto de vista que utiliza para su reproducción viene impuesto en la mayor parte de los casos a través de las impresiones que el espectáculo exterior provoca en la sensibilidad de alguno de los personajes en los que nuestro autor se desdobla literariamente.

Y ese impresionismo, en tanto en cuanto que Felipe Trigo atiende con preferencia a las sensaciones que una determinada realidad provoca en el interior anímico de sus personajes, o dé él mismo, y no a la reproducción fiel de la misma realidad, pensamos que es la principal característica de las novelas que estudiamos en lo que a la creación del espacio novelesco se refiere. Por otra parte, no podía ser de otra manera en un autor que, como el caso nuestro, defendía ardorosamente la capital importancia de lo emocional en la novela moderna (315). Aunque se podrían aducir otros mil, sirvan de muestra de lo que estamos diciendo estos ejemplos:

Un espíritu muerto empezó a volar, con las moscas, sobre aquellos rostros aburridos de rígidas caretas de albayalde y bermellón (316).

La noche era de una serenidad dulce y triste (317).

Las graves notas del órgano volaban como tronos alígeros de nubes para la trémula oración de los violines y las flautas (318).

Este impresionismo se hace casi general en el grupo de novelas positivas y se utiliza como mecanismo preferente para crear mundos novelescos en perfecta fusión con el estado de felicidad de unos personajes cuya sensibilidad es precisamente el recurso casi exclusivo para su creación y su reproducción.

Pero, sin duda alguna, en una novelística como la que estudiamos, donde la intención crítica y de denuncia es tan acentuada, la plasmaci6n del espacio moral y social en el que se desenvuelven los personajes adquiere necesariamente una significación importantísima dentro de la composición novelesca.

Todos esos espacios y ambientes morales o sociales vienen a tener una misma significación: contraponer la sociedad y la civilización actual, con sus taras de hipocresía, injusticia, represión y desnaturalización, a un modelo social y moral nuevos que supusiesen la vuelta a un "barbarismo sin barbarie", y donde los personajes pudieran superar ese continuo enfrentamiento dialéctico consigo mismos y con su entorno para recuperar su estado de fusión original.

La contraposición de ese aquí y ese ahora, representados en la sociedad española que Felipe Trigo intenta reproducir atendiendo principalmente a los valores morales y a las leyes sociales que la rigen, con una sociedad que se organizase de acuerdo a los ideales que él defiende y que proyecta en algún personaje central de cada novela, pensamos que constituye el argumento estructural básico en torno al que gira toda la novelística de nuestro autor. Dado el claro fin ético de toda su obra, se trataba entonces de analizar con toda rigurosidad los males que provocaba el .estado social presente para inventar superarlos y sentar las bases de un orden social y moral nuevos.

Todos esos personajes que son alter ego del autor luchan denodadamente por conseguir ese mundo mejor; unos, fracasan en su intento; otros, consiguen alcanzar lo que pudiera parecer una utopía, pero que no lo es tanto si, como afirma Trigo, "sólo es imposible lo que no se intenta"; y, en cualquiera de los casos, la semilla iría así posándose en los hipotéticos lectores.

Ese aquí y ese ahora están representados por nuestro autor en todos los personajes negativos que antes veíamos, y en unos lugares muy concretos de los que no importa tanto su aspecto físico detallado cuanto el simbolismo moral que ellos representan.

Así, Alajara (Las ingenuas) , Arlés (La clave), Argelez (La bruta, La sed de amar y En camisa rosa) -y obsérvense las claras resonancias árabes y medievales de los propios nombres- poco importa que puedan identificarse con Badajoz, Sevilla o Valladolid, como, por otra parte, resulta evidente en cada caso; lo que importa realmente es su significación simbólica: representan a la ciudad provinciana española de principios de siglo, aburrida y anodina, con costumbres rígidas de hipócrita moral, apegada a la tradición y que renuncia por principio a todo lo que pueda suponer algún tipo de progreso material, y no digamos nada del progreso moral. Este simbolismo resulta patético en algunos casos como en el final de Las ingenuas, donde un grupo de mozuelos sentados al pie de una cruz "perfectamente conservada a pesar de sus doscientos años", se entretienen, en cambio, rompiendo con piedras las jicarillas del telégrafo o los cristales del tren, bajo la mirada complaciente de sus padres.

La imagen de esta ciudad provinciana podría quedar resumida en este párrafo, también de Las ingenuas;

> *Según había podido observar Luciano, se aburría la gente en Alajara. Potentados con un centenar de ovejas para morirse de hambre; se levantaban y se iban al casino; comían y se iban al casino; cenaban y se iban al casino.. Señoritas que iban a la iglesia, que se casaban a los veinticinco años y que se morían después de haber criado sendas docenas de muchachos para que fuesen al casino también (...) exactamente igual que sus padres y sus abuelos (319).*

Ciudad, eso sí, donde los diecisiete curas no bastaban para atender los cultos eclesiásticos y, en cambio, las cuestiones de salud tenían que ser atendidas por tres médicos, y no precisamente muy brillantes. Ciudades todas donde la defensa de la moral, de la virtud y del honor exigían el sacrificio total de cosas y personas..., pero para los pobres y las mujeres; los primeros, enviando a sus hijos a unas guerras en las que se decía defender el honor nacional, y las segundas, teniendo que resignarse a sus obligaciones de castas esposas, en tanto que sus maridos o los propios curas mantenían un harén de queridas cuyos hijos les hablan de servir de criados.

Con ligeras variantes y haciendo especial hincapié en algún aspecto concreto de esa "buena sociedad", este es el espacio moral de las ciudades que sirven de marco a las novelas que antes mencionábamos, y a conseguir una imagen lo más completa posible

de ellas van encaminados todos los esfuerzos de Felipe Trigo en este sentido, sin interesarse demasiado por la reproducción fiel de su espacio físico.

Tampoco falta en la novelística que estudiamos el típico pueblo español de principios de siglo: Palomas y Castellar (El médico rural), o La Joya (Jarrapellejos) , donde ni siquiera habían llegado los primeros síntomas de modernidad; la enseñanza estaba en manos de maestros que no sabían leer (El médico rural), la salud en médicos que no sabían curar y que sólo se ocupaban de cobrar las igualas; señoritas a las que se les impedía lavarse para evitar que se desnudasen ante el novio, sin poder evitar con ello que éstas yaciesen con los pastores; hermandades haciendo rogativas para que cesase la plaga o viniese la lluvia sin que los poderes públicos se ocupasen de roturar las tierras o embalsar el agua de los ríos; hombres, en fin, sometidos con resignación a la omnímoda voluntad del cacique de turno, quien se encargaba de controlar la enseñanza en las escuelas y requisar la correspondencia de los emigrantes para evitar cualquier intento de cambio en las costumbres de sus súbditos.

Pueblos, por último, donde "podían vivir la pobreza y la inocencia, al amparo de la compasión fraternal que hacía buenos los malos" (320), y que en tanto sucedían en ellos estas cosas, los dirigentes del país estaban enzarzados en la "ardua cuestión del catecismo" (321).

Ciudades y pueblos, para terminar, "joyas de España", donde la gente se moría de hambre y suciedad y donde la miseria convertía a los pobres en borrachos y gandules, sometiéndolos a un régimen de servilismo que les llevaba a supeditarlo todo a la omnipotente voluntad del cacique.

El otro gran espacio novelesco de este grupo de novelas negativas está representado en Madrid, sin necesidad en este caso de seudónimos, que simboliza la gran ciudad moderna tanto española como europea; su estado moral no es mucho mejor que el de la ciudad provinciana, aunque esa misma barbarie aparezca aquí envuelta en una falsa modernidad de lujo y de progreso mal entendidos.

En Alma en los labios, La bruta, En la carrera, La clave, Los abismos, etc, conocemos los entresijos de ese auténtico Madrid: un ejército de prostitutas, damas elegantes que tienen que venderse para mantener sus lujos, jóvenes escritores que disertan en el Ateneo sobre las exce1encias de su turris eburnea y el dominio del súper-hombre que ellos pretenden encarnar, pero que, en cambio, no ganan suficiente para comer; jóvenes costureras y sirvientas que al final tienen que iniciar "su carrera"... en

los burdeles, aristócratas corrompidos y ricos comerciantes, en fin, que no saben llevar la felicidad a su familia ...

Madrid, igual en esto que Londres, París o Nueva York, representa el estado moral de la civilización occidental, con sus trenes y sus tranvías, su luz eléctrica y su telégrafo, sus automóviles y sus casas fastuosas, su dominio total de la técnica y del progreso material, pero que ignora el progreso integral de sus gentes al mantener en el mismo estado de barbarie moral a sus ciudadanos que en el resto de los otros pueblos del país; la única diferencia es que ese vino viejo se encerraba aquí en odres nuevos.

Madrid, Argelez, Alajara, La Joya, Barcelona, París, lo mismo da uno que otros, como espacios físicos más o menos modernizados poco importan. Lo que importa realmente es que en todos ellos queda reflejada por igual la hipocresía y falsedad de la sociedad presente y la civilización actual en sus múltiples manifestaciones. Bajo un estado de miseria o de opulencia materiales se esconde siempre una moral corrompida y caduca, cuya única ley es la tradición y la ignorancia, a las que se sacrifica todo, y que rechaza por principio los nuevos impulsos renovadores encarnados en los protagonistas de cada una de estas novelas.

Pero no por ello, piensa Trigo, había que desesperar del porvenir pues "esa misma monstruosa iniquidad, aumentada cada día, tendría que ser la salvación" (322); y, en lugar de pensar que esta situación conduciría a los hombres a un destino fatal por el determinismo impuesto por el medio ambiente, el mensaje que nuestro autor quiere comunicar a sus lectores es precisamente el contrario: "El cambio surgirá en lo colectivo a fuerza de las transformaciones individuales incesantes (323).

Era lógico, pues, que sus héroes fracasasen al enfrentarse con ese medio hostil con la sola arma de sus nuevos ideales, pero la semilla quedaba sembrada por ellos para que una vez generalizados, el cambio viniese de la propia sociedad.

La clave de ese fracaso nos la ofrece con toda claridad el propio autor. Esteban-Trigo de <u>En la carrera</u> reflexiona en estos términos: "El, insensato, estaba pretendiendo <u>realizar porvenir en el presente</u>..., y fracasaba" (324). Y aquí radica precisamente la diferencia fundamental en lo que a espacio novelesco se refiere y a la composición novelesca en general entre las novelas positivas y las novelas negativas.

Ese enfrentamiento dialéctico que Felipe Trigo utiliza de forma consciente entre el presente y el porvenir, desaparece por completo en el grupo de novelas positivas, gracias a la creación de un espacio novelesco ideal en el que desaparece todo tipo de

antítesis entre el individuo y su mundo. Poco antes de la cita anterior leemos estas reveladoras palabras:

> *Recordaba Esteban el libro aquél, Alma en los labios (...), y comprendió que no había podido entonces, o no había querido, entender cómo el autor de aquel libro proyectaba únicamente al porvenir visiones de porvenir (325).*

Y de este espacio ideal en el que los personajes consiguen liberarse" de las trabas morales y sociales que les venían impuestas por su entorno es precisamente del que pasamos a ocuparnos a continuación.

Según venimos insistiendo a lo largo de estas páginas, el proyecto de reformismo moral que Felipe Trigo intenta con toda su novelística hay que entenderlo como un todo unitario organizado en torno a estas coordenadas: un aquí y un ahora que impedían el triunfo definitivo de los nuevos ideales en tanto no se generalizasen en un nuevo tipo de moral social; y un en el futuro y en otro lugar donde sí fuese posible ese "salvajismo intelectuado" que nuestro autor considera como la aspiración máxima del progreso humano y al que se llegaría precisamente mediante la implantación definitiva del Amor, en su doble acepción espiritual y carnal, empezando lógicamente por las relaciones del hombre y la mujer como célula elemental que son de todo tipo de relación humana.

Y como eso sólo podría conseguirse tras un período largo de reforma en las costumbres de un país, Felipe Trigo se permite anticipar de forma clarividente cómo se manifestarían las relaciones inter-individuales en esa hipotética sociedad ofreciendo a sus lectores un espacio moral nuevo, al margen incluso del medio social más inmediato, creado por y para la sensibilidad de esos hombres y mujeres nuevos.

En unos casos: Las ingenuas, La clave, En la carrera, La bruta..., ese espacio ideal es tan sólo una ficción de los amantes e implacablemente se ve destruido por las leyes de una sociedad establecida que les obliga a volver a la trágica realidad; en estos casos, alternarán las situaciones poéticas creadas por la sensibilidad de esos personajes ideales con la realidad más prosaica y vulgar impuesta por el mundo que les rodea.

En otros casos, en cambio: Alma en los labios, Murió de un beso, La Altísima, Sí sé por qué, Las evas del paraíso, esos personajes ideales son capaces de crearse su propio mundo; unas veces, viajando a países más tolerantes en los usos morales; otras, creando colonias en el campo o sin trasladarse siquiera de su entorno inmediato, si su

situación de independencia económica así se lo permite, donde consiguen armonizar su vida a los principios de la naturaleza; es decir, consiguen que sus instintos, enriquecidos por su capacidad intelectual, se erijan en el único árbitro de su conducta moral.

Desde el punto de vista de la composición novelesca, lo que realmente nos importa de todo lo que hace referencia al espacio en las novelas que estudiamos, aparte de que se nos presente como el auténtico antagonista de los personajes positivos o como su complemento necesario en algún caso, es precisamente que ese espacio se va creando con distintos procedimientos según conviene al conjunto de la narración: con una clara intención de objetividad para llamar la atención sobre los aspectos negativos en el primero de los casos; contemplando la realidad circundante a través de la sensibilidad de alguno de esos héroes positivos en el segundo.

En definitiva, pensamos que el espacio novelesco de las novelas de Felipe Trigo adquiere un valor constructivo importantísimo que sirve de apoyo a las intenciones globales del autor y que refuerza otros elementos estructurales sobre los que actúa reforzando su efecto.

Los ejemplos de esta doble' configuración del espacio novelesco podrían ser inagotables, pero vamos a seleccionar tan sólo dos ejemplos bien distintos que, según el tipo de novela y la situación concreta de cada caso, marca a la perfección la diferente ubicación espacial. Es el principio de dos novelas: una, La Altísima, de acción y personajes positivos; otra, En la carrera, con intenciones bien distintas.

Así contempla Víctor (La Altísima) su entorno:

> *¿Qué azul extraño era el del mar?.. Rizado en uniformes conchas, sin rumores, sin espumas, bajo la calma del aire, simulábase más pleno en la marea, más nuevo y vivo..., como una fértil tierra diáfana de alma azul recién labrada. Era un azul profundo, limpiamente opaco, que ostentábase, lujo del mar, cortando en intensa banda la pálida fluidez celeste (326).*

De manera bien diferente sitúa Felipe Trigo como narrador el comienzo de En la carrera:

> *Las cinco luces ardían sobre la mesa en que se habla servido, más suculento que de ordinario, el desayuno; y el carbón, hecho una grana, en la estufa. Pero advirtió Amelia (que lloraba menos) cómo entraba franca por el balcón la claridad del día, y torció la llave de la araña (327).*

Esta doble forma de configurar el espacio novelesco viene dada lógicamente por el distinto punto de vista que Felipe Trigo adopta como narrador y supone su desdoblamiento literario en un personaje positivo en el primer caso, en tanto que en el segundo tiene que recurrir a la figura interpuesta del narrador aparentemente impasible propio de la novela realista y naturalista del siglo XIX.

La reproducción fiel de una realidad prosaica como la mostrada en el segundo ejemplo será sustituida así por una secuencia de imágenes que se producen en la mente de ese personaje alter ego del autor y cuyo resultado inevitable es la creación de un cosmos novelesco profundamente subjetivo que se obtiene por la intensificación de un tipo de lenguaje poético encaminado más a sugerir que a detectar, a provocar connotaciones positivas en el lector que a denotar realidades.

La configuración de este tipo de espacio novelesco rompe así los términos de la relación individuo-mundo de la novela realista decimonónica y pasa a convertirse en una de las claves compositivas con mayor trascendencia en la novelística de nuestro autor.

VII. 4. 3.- EL PUNTO DE VISTA DEL NARRADOR

En el conjunto de elementos que conforman la composición novelesca de la narrativa de nuestro autor como, por lo general, en toda obra de ficción, la cuestión del punto de vista a través del cual se seleccionan y presentan una serie de hechos, así como la figura misma del narrador en tanto que es un personaje interpuesto entre el mundo creado en el relato y el mundo real de los hipotéticos lectores, es indudable que constituyen dos elementos estructurales de una trascendencia singular y de alguna manera condicionar la disposición de todos los recursos compositivos (328).

Como ya hemos adelantado en alguna ocasión, Felipe Trigo estuvo siempre hondamente preocupado en el plano teórico por todos los aspectos técnicos referidos al arte de novelar y, por supuesto, se cuidó muy bien de plantearse como autor el tipo de relaciones que quería establecer entre su obra y el mundo real de sus lectores. Para decirlo en términos de la Teoría de la comunicación, podríamos afirmar que nuestro autor construye el mensaje de su novelística en función siempre del código estético y moral que poseían esos hipotéticos lectores y les ofreció un discurso donde, gracias a una hábil transfiguración literaria, se introducían una serie de variantes nuevas, impuestas éstas por el propio Trigo, por las que pretendía modificar ese código original.

Sólo así puede explicarse la aceptación mayoritaria que cada una de estas novelas tuvo en su momento.

Para hacer más inteligible ese mensaje y hacer partícipes a sus lectores, Felipe Trigo sabía muy bien que el tipo de relato dominador decimonónico, donde casi siempre la voluntad del narrador se imponía a la del lector, tenía que ser sustituído por un nuevo punto de vista encaminado más a sugerir que a guiar, a presentar que a describir, para conseguir una actitud objetiva impasible en cada novela; y no en vano tomó como maestros en este aspecto técnico a Flaubert, Maupassant y Zola.

"En una época -escribe- donde se van perdiendo todos los prejuicios en la general catástrofe de todas las viejas creencias consagradas" (El amor... p. 250), el novelista omnisciente y dueño de todas las reacciones de sus lectores no tendría ya ningún sentido y, en cambio, tendría que ser capaz de dejar en manos del lector "La facultad de reaccionar y contrastarse con la novela misma" (329), para que él mismo pudiera concluir: " Sí, siento esta emoción, luego está en mi vida, luego la acepto. No, no la siento, luego la rechazo para mi vida" (830). Por todo ello, deduce Felipe Trigo:

> *La novela (...) no debe ser esto. Es decir, no debe ser la imposición de un yo genial y potente, armado de todas las armas de una persuasión invencible (331).*

El novelista tendría que ser capaz entonces de encontrar aquellos mecanismos estructurales necesarios para dotar a la novela de una autonomía propia y presentársela a los ojos del lector no como una moralina impuesta desde fuera sino como una realidad válida en sí misma con la que pudiera identificarse fácilmente. Ese lector implícito ideal pasa a convertirse así en toda la novelística que estudiamos en objeto y fin al mismo tiempo de unos relatas a través de los cuales nuestro autor pretendía generalizar el tipo de moral social al que ya nos hemos referido tantas veces; pero, eso sí, no imponiéndole una serie de argumentos definitivos como se hacía en la novela realista del siglo XIX, sino dramatizando una serie de situaciones que pudieran ejercer sobre él una clara función catártica.

El punto de vista adoptado como narrador y su propia situación dentro de la novela como un ente de ficción más se convertía entonces en un asunto estructural básico y con una trascendencia insospechada tanto en el tratamiento de los personajes y las situaciones de cada novela como en los otros elementos compositivos a los que nos hemos referido en apartados anteriores.

Para conseguir esta autonomía del relato -y pasamos con ello a los resultados prácticos-, dejando en manos del lector las reacciones emocionales, positivas o negativas, derivadas de las situaciones allí recreadas, Felipe Trigo utiliza casi siempre como forma expresiva la tercera persona narrativa, salvo en Sí sé por qué, Del frío al fuego, y En camisa rosa que están contadas en primera persona. Bien es verdad que esta diferencia poco o nada importa desde un punto de vista estructural, dado que en ambos casos el punto de vista del narrador coincide con el del propio autor y son dos recursos con los que persigue un mismo fin: dejar en manos de algún ente de ficción inmerso en la propia novela el hilo conductor de la narración pura imponer su visión del mundo sin que resulte la presencia del autor.

Estos personajes que cuentan su historia sentimental en primera persona y sin ningún tipo de intermediario aparente coinciden funcionalmente con aquellos otros del resto de sus novelas en los que nuestro autor se desdobla interponiendo un nuevo ente de ficción entre ellos y el lector, la figura del narrador, cuyo punto de vista se entrecruza frecuentemente con el de esos héroes que son alter ego de Felipe Trigo.

Gracias a ese entrecruzamiento de puntos de vista, a nuestro autor le estaría permitido nadar y guardar la ropa; es decir, podía imponer su propia visión del mundo, sin que su presencia resultase algo extraño a la autonomía de la novela, para que el lector la hiciese suya. Pero, además, esa trampa estructural le permitía también profundizar en la descripción y el análisis del mundo espiritual y los estados de ánimo de esos personajes mediante la utilización de técnicas como la del estilo indirecto libre o la del soliloquio y la ensoñación gracias a las cuales, y a falta de un dominio perfecto del monólogo interior y de la corriente de conciencia reservados por lo general a la narración en primera persona, podía recoger sus palabras y actitudes con una cierta dramatización (332).

En definitiva, lo que Felipe Trigo pretende como autor con la utilización de todos los recursos no es otra cosa que tender una trampa al destinatario de sus novelas, para presentarle un mundo novelesco autosuficiente y construído aparentemente según sus propias leyes, haciendo que ese hipotético lector se dejase llevar por las reacciones emocionales de quien de manera implícita manejaba los hilos de la narración y haciéndole creer que cuanto allí se contaba podría sucederle a él mismo.

Por otra parte, este entrecruzamiento del punto de vista del narrador y el de algún personaje inmerso en los propios hechos contados está en relación inmediata con lo que decíamos antes a propósito de la naturaleza del héroe que predomina en la

novelística de nuestro autor. Esos héroes, positivos o negativos, al ser portadores del ideario y de las preocupaciones del propio Trigo, podrían tomar la palabra y confundirse con la figura del narrador haciéndoles ver a los lectores que la visión del mundo allí ofrecida no era algo impuesto desde fuera sino un modelo válido en sí mismo y aplicable a su propia situación.

Los grados de esta correlación autor-narrador- personaje central varían según cada grupo de novelas; en las que hemos llamado positivas: La Altísima, Alma en los labios, Las evas del paraíso y Murió de un beso, esa identificación es casi total y, aunque nuestro autor no aparece como tal en ningún caso, resulta evidente que el punto de vista de esos héroes positivos a través del cual vamos contemplando la realidad allí creada coincide plenamente con el de Felipe Trigo como personaje histórico; detrás de la extremada sensibilidad de cada uno de esos personajes y de su manera de crear la realidad poética se encuentra encubierta siempre la personalidad de nuestro autor. Unas veces, recogiendo en estilo indirecto libre los mismos o parecidos argumentos que él hubiera podido escribir en cualquier estudio teórico; otras, haciéndoles intervenir directamente a esos personajes en una conversación o a través de una carta defendiendo esos mismos ideales con el mismo tipo de razonamiento y consiguiendo en este caso una mayor dramatización.

Veamos un ejemplo de cada una de estas posibilidades, aunque podríamos aducir otros mil. Así contempla Víctor-Trigo el estado moral de Madrid, encubierto nuestro autor, eso sí, por una intervención del narrador que recoge e interpreta sus sentimientos:

> *El contrasentido estaba para él en todas partes (...). Templos a un lado, cátedras y prensa de pública y espiritualísima moral; y al otro, la casa de prostitución destinada al público bajo la garantía del guardia, y las de las queridas del catedrático, del periodista, y quizás del sacerdote, bajo la más o menos densa protección de su reserva (333).*

Argumentos que, como hemos tenido ocasión de ver, son los mismos que Felipe Trigo utiliza para denunciar como personaje histórico la hipocresía de la moral social dominante de su tiempo.

En otros casos, esa identificación entre los ideales del autor y el personaje en quien se desdobla literariamente se manifiesta a través de la intervención di recta de este último, consiguiendo así una independencia mayor por su dramatización. Así confiesa el

propio Víctor, de Alma en los labios, a Gabriela su ideal de vida, fácilmente identificable con el del propio Trigo por lo que hemos visto hasta ahora:

> *-Entonces, ¿qué más? Vivir es llenar grata y sabiamente la vida de placeres. Toda la misión de la inteligencia está en eso: en saber crearlos, en saber volar con inocencia sobre las calmas o tormentas de placer de los sentidos. Tú, por ejemplo, ahora, me pareces una paloma franca..., mensajera de la tempestad, (334).*

En este grupo de novelas positivas abundan también los ejemplos en los que, a través de esos personajes centrales, Felipe Trigo defiende los fundamentos ideológicos y estéticos de su obra, así como sus propios gustos literarios; pero el lector no avisado contra esa trampa, difícilmente llegaría a pensar que esas ideas fuesen de otro individuo distinto al que los defendía dentro de la propia novela. Estas son las lecturas de Aurea (La bruta), uno de los personajes femeninos por los que Felipe Trigo siente autentica debilidad:

> *Sus amigos. Sus grandes tristes amigos. Ella sería siempre la apasionada de lo inteligente y de lo grande y de lo artístico. Zola, Benavente, Mirbeau, Rueda, Valle-Inclán, Villaespesa, Campoamor, Répide, D'Annunzio, Pa1acio Valdés, Baraja, Ballesteros, Ruiz Bretón, Rubén Darío... (335) "*

Autores que, con ligeras variantes, coinciden con los gustos del propio Trigo. Otras veces, a uno de esos personajes, que también es escritor, se le hace responder sobre las mismas acusaciones que le hacían a nuestro autor; y en el otro sentido, Felipe Trigo utilizará en sus libros teóricos citas de autoridad tomadas de sus propias novelas.

Víctor (La Altísima), que es un trasunto del propio Trigo, se defiende así de las acusaciones que le dirige Bibly Diora, y que son las mismas que le hacían a nuestro autor:

> *Estás un poco afrancesado -le reprocha Bibly Diora-. Te pierdes en rarezas psicológicas. Algo de extravagancia que tú no necesitarías (336) .*

A lo que responde Víctor que habla por boca de Felipe Trigo:

Mi obra sólo tiene una aspiración, una complicación inevitable: la de deshacer la de otros, la del RETORNO a lo sencillo. Para salir del bosque al llano hay que volver por el bosque (337).

En las novelas contadas en primera persona, la identificación del punto de vista de ese personaje central que nos narra su vida con el del propio Trigo resulta algo evidente y, aunque poco importa que en el conjunto de su obra pudiéramos considerarlas como auténticas autobiografías, no cabe duda de que son los que más se aproximan a las vivencias y a las convicciones de nuestro autor. Sirva de ejemplo éste párrafo de Sí sé por qué:

> *¡Sí sé por qué!¡Si sé Rocío -la he dicho-, qué es la humana piedad y por qué en la Humanidad será su redención! ¡ No el amor! ¡No la inteligencia...! Pero sí sé el sentimiento que sólo puede nacer de la inteligencia y del amor cuando se funden! (338)*

Pero esta identificación del punto de vista del autor, del narrador y del personaje central se observa también en las novelas negativas, sobre todo, en aquellas momentos en los que esos personajes, antes de su fracaso final, están convencidos de que han encontrado el camino acertado para su total liberación. Si bien en estos casos aunque doctrinalmente la figura del narrador es portavoz de las ideas del propio Trigo, desde un punto de vista técnico, goza de una mayor autonomía y es quien va recomponiendo los acontecimientos que van acompañando a la historia sentimental de los protagonistas.

Jarrapellejos es, sin duda, la novela mejor conseguida en este sentido. En ella, el narrador se nos presenta como un personaje interpuesto que funciona con una autonomía aparente respecto al autor y respecto al personaje principal, quien adquiere así una mayor libertad para mostrar sus ideas y sentimientos y contrastarles con los de otros personajes. Gracias a esa independencia, es posible conseguir una mayor dramatización que permite captar a cada individuo en su momento más característico, dejando que la crítica venga por sí sola en unos casos o dejando entrever en otros una ironía sarcástica con los hechos allí presentados.

Así, una vez que ya nos ha ido presentando el auténtico estercolero moral que es La Joya, el narrador conduce hábilmente la atención del lector hacia la opinión que los propios joyensenses tienen de su pueblo y del omnipresente Jarrapellejos, entrecomillando esas opiniones:

> *"Cuando menos -añadían, dejándose de exageraciones- aquí, en La Joya, pueblo que guarda cuidadosamente todas las puras españolas tradiciones de virtud, en religión, en costumbres, en política y en todo, es donde los extranjeros debían venir a conocer la raza ¡Oh, si aprovechando*

las minas árabes y los bellos panoramas, se decidiese a favorecer el turismo nuestro gran Jarrapellejos!...".(339).

En este párrafo, como por lo general en toda la novela, el narrador se limita a recoger todas las voces narrativas que pueden servir para una mejor caracterización de los personajes y las situaciones que se quieren denunciar. Unas veces, como sucede en la cita anterior, con esos breves fotogramas Felipe Trigo pretende certificar el estado de ignorancia y servilismo de los habitantes de La Joya; otras, nos servirán para conocer los gustos y las opiniones de las "castas" señoritas, quienes dedican a las plegarias el tiempo que no ocupan con sus amantes; en otros casos, veremos al boticario complacido ante D. Pedro Luis Jarrapellejos, a la sazón querido de su esposa; otras veces, en fin, ese omnisciente punto de vista del narrador nos servirá para conocer las ideas renovadoras de Octavio y Cidoncha, a quienes los vamos conociendo en largas polémicas sobre el programa más conveniente para sacar al pueblo de ese estado de miseria actua1. Y en estos últimos sí se dejan ver las propias ideas de Felipe Trigo.

Pero, en algún caso, esa pretendida impasibilidad con la que el narrador nos va presentando todas esas miserias se rompe momentáneamente por la intervención directa de Felipe Trigo como autor, apasionado sin duda con aquellas situaciones que han llegado a su máximo dramatismo. Así, después de que El Gato, Saturnino y Mariano han violado a La Petra, madre de Isabel, y han dado muerte a ésta, nuestro autor es incapaz de permanecer ajeno al drama y concluye la escena con esta exclamación que no es propiamente del narrador:

Tarde..., ¡oh, tarde, sí!, cuando ya procuró la inmovi1izada desdichada arrojarse de encima al miserable (P. 245).

Salvo algunas intervenciones externas de este tipo, la novela por lo general se va contando por sí misma en una continua dramatización de recuerdos, conversaciones, reflexiones de los protagonistas, etc; y al igual que En la carrera, El médico rural, y las otras novelas de este grupo el distanciamiento del autor, e incluso de la figura interpuesta del narrador, con relación a los entes de ficción de la novelística que estudiamos resulta algo evidente y pretende conseguir con ello un punto de vista totalmente objetivo, aunque apasionado.

El punto de vista del narrador pensamos entonces que constituye en las novelas de Felipe Trigo un elemento estructural de primer orden y, aunque resulta difícil su perfecta delimitación, creemos que está siempre en función del objetivo concreto

perseguido en cada novela. Así, en las novelas positivas, ese narrador podríamos incluirlo dentro de lo que Gullón llama observador apasionado (340), extensible también a aquellos momentos de las novelas negativas en los que los personajes encarnan las aspiraciones del propio Trigo; otras veces, La bruta, En la carrera, etc, el narrador se nos muestra como un observador interesado; el tipo de observador impasible resulta evidente en Sor Demonio, donde no falta tampoco un claro componente irónico, y esa misma objetividad impasible se consigue en otros casos, Jarrapellejos, y El médico rural, contraponiendo distintos puntos de vista.

Todos estos mecanismos estructurales, que inevitablemente comportan unas determinadas técnicas narrativas, están en función directa del tipo de lector ideal al que Felipe Trigo quiere dirigirse y, sin confesarlo abiertamente, aspira a conseguir un punto de vista lo más próximo posible al de esos hipotéticos lectores para facilitar que lo que es el punto de vista del propio Trigo fuese asimilado por aquellos sin causar la impresión de una moralina impuesta por alguien extraño a la propia novela.

VIII.- EL ESTILO PERSONAL. FELIPE TRIGO "CORRUPTOR DEL IDIOMA"

No es nuestra intención detenernos aquÍ en un estudio pormenorizado del estilo narrativo de cada una de las novelas de Felipe Trigo, entendiendo el término en su sentido más amplio, pero sí queremos hacer algunas reflexiones sobre la importancia que tiene la particularísima utilización del lenguaje por parte de nuestro autor en algunas de sus formas narrativas.

Ese "estilo personal" que, según él, debiera caracterizar a todo buen escritor le valdría el calificativo de "corruptor del idioma" porque, según Clarín, suponía una utilización del lenguaje que lo hacia "groseramente tosco, incorrecto y confuso"; demostrada ya la falsedad de la otra acusación que hacia de nuestro autor un "corruptor de menores", vamos a ver hasta qué punto es posible también desmentir esta otra y demostrar, en cambio, que se trata de una utilización consciente de las posibilidades lingüísticas en las que se encierra una clara búsqueda de nuevas formas expresivas.

Desde una concepción academicista del uso de la lengua, es indudable que podríamos enumerar gran cantidad de utilizaciones incorrectas, algunas de ellas difícilmente justificables desde la propia lengua hablada que nuestro autor quiere elevar a la categoría de literaria. Además de algunos usos dialectales extremeños, como el empleo de quedar por dejar, encontraremos en ocasiones algunas concordancias difícilmente justificables desde un punto de vista normativo, así como ciertos solecismos en el régimen de preposiciones y pronombres o un abuso desmedido de enclíticos.

Pero lo que resulta evidente es que estos usos sintácticos, morfológicos y léxicos que se salen de la norma, no obedecen en ningún caso a un conocimiento deficiente del idioma sino que, por el contrario, son el resultado de un manejo consciente de las posibilidades lingüísticas con las que pretende crear un estilo narrativo propio; valga como prueba, si no, el correctísimo castellano utilizado por nuestro autor en sus obras no novelescas. El propio Trigo se justifica de estas acusaciones y nos da al mismo tiempo la clave de esta antigramaticalidad suya cuando escribe:

> *Quiero expresar así que yo no estimo la corrección en el lenguaje literario, porque en el lenguaje literario debe estar totalmente subordinada*

la palabra a la idea; y la corrección impone lo opuesto, la subordinación de la idea a la palabra (341).

Estas palabras apuntan con toda claridad hacia una reivindicación para la novela de la misma libertad expresiva que hasta entonces estaba vedada a la poesía y suponen la creación de un lenguaje literario nuevo que permitiese reproducir fielmente el proceso emocional de los personajes y del propio autor tal y como éste se da en su estado originario. Ese lenguaje literario, al reorientarse sobre sí mismo, rompía de alguna manera la estética verista de la novela decimonónica basada, como es sabido, en un sucederse de palabras bien ordenadas en aras de un discurso narrativo convincente.

Para Felipe Trigo, desde la perspectiva del inicio del siglo XX, resultaba evidente la imperiosa necesidad de nuestra novela de renovar sus contenidos temáticos como la propia forma de expresarlos. En la innovación temática, nuestro autor estaba plenamente convencido de haber introducido una nueva forma de considerar al hombre como ser emocional al estudiarlo como un todo orgánico; y para que ese estudio diese la impresión de una "verdad viva" era necesario también expresarse con un lenguaje emocional donde la corrección estuviese siempre supeditada a la idea que se quería expresar; para ello, nada mejor que "escribir como hablan las gentes", piensa Trigo, resumiendo la aspiración máxima del lenguaje narrativo de su novelística.

En este sentido, nuestro autor no hacía otra cosa que recoger el intento renovador de Galdós en lo referente a elevar a categoría literaria el lenguaje coloquial, con la pretensión de llegar a una mejor caracterización de los personajes novelescos. Las ideas de D. Benito sobre el tema podrían quedar resumidas en este párrafo del prólogo que puso a la edición de 1.882 de El sabor de la tierruca, de Pereda, y que anticipa de alguna manera la postura de nuestro autor:

> *Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España -escribe Galdós- consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para asimilarse los matices de la conversación corriente. Los oradores y los poetas le sostienen en sus antiguos moldes académicos, defendiéndole de los esfuerzos que hace la conversación para apoderarse de él. (342).*

Admiraba Galdós en ese prólogo la gran labor renovadora que el autor montañés habla traído a la novela al recoger en su obra el lenguaje castizo y costumbrista (= reaccionario) de su tierra natal; pero seguía echando en falta entre nuestros novelistas

aquel que fuese capaz de asimilar el lenguaje propio de la burguesía, convertida ya en el principal protagonista de nuestra historia, y supiese hacerse eco incluso de sus gustos y usos lingüísticos, entre lo cursi, lo snob y el neologismo no siempre justificado, como una muestra más de su aspiración progresista.

Pues bien, esa labor renovadora que tan magistralmente habla iniciado Galdós no sin ciertas dificultades sería retornada por el autor de Jarrapellejos y llevada hasta sus últimas consecuencias; pero en el caso de Felipe Trigo la utilización del lenguaje coloquial no sólo sirve para una mejor caracterizaci6n de los personajes novelescos, sino que se hace extensiva también a la parte propiamente narrativa y supone la creación de un punto de vista del narrador radicalmente distinto de la narración realista que permite construir un tipo de novela objetiva donde el mundo allí representado se explica dentro de sus propios límites.

Felipe Trigo se situaría así a la cabeza de todos aquellos intentos postnaturalistas que buscaban nuevas formas narrativas para la expresión de contenidos nuevos. Así, por ejemplo, las ideas de nuestro autor que aquí estamos glosando coinciden bastante con las apreciaciones hechas por Valle-Inclán a propósito de la publicación de La pata de la raposa, de Pérez de Ayala (343); y aunque bastante alejadas en el tiempo, algunas ideas de nuestro autor pudieron inspirar con toda seguridad estas palabras de Benjamín Jarnés, discípulo aventajado de Ortega; escribía en 1.927 el autor aragonés:

> *Lo mejor es hacer de la prosa una ágil góndola empujada por el aliento de la idea (344).*

Todo lo cual no hace sino confirmar una vez más que la novelística de nuestro autor, lejos de estar anclada en el pasado desde un punto de vista técnico, anticipa de alguna manera muchas de las innovaciones que generalmente se vienen atribuyendo a novelistas posteriores.

Lo que resulta evidente en cualquier caso es que el estilo narrativo de las novelas de Felipe Trigo, en cuanto a la utilización del lenguaje se refiere, es un aspecto más de todo un programa literario renovador con el que pretende romper conscientemente con unos usos morales y unos usos lingüísticos cuya máxima leyera un doble registro para la realidad y para su reflejo literario.

Pero ese ideal de Felipe Trigo de "escribir como hablan las gentes" tiene todavía un significado más profundo que es importante señalar. Para nuestro autor, esta sustitución del principio de corrección (= adecuación a la norma) por el de la claridad y

la exactitud suponía a la vez la negación de la estética realista y la negación de algunas estéticas modernistas de un "estilo artístico", como la de Azorín, a quien califica de "verbalismo simplista", o la de Valle-Inclán, caracterizado por nuestro autor de "un atildado clasicismo", críticas que coinciden bastante con las que les dirigiría Baroja (345).

Para Felipe Trigo, y así se deduce de la lectura de sus novelas y escritos teóricos, la única lógica que debe regir el lenguaje narrativo es la lógica del sentimiento, de la emotividad, en aras precisamente de la exactitud y la claridad y, por ello, ese lenguaje tendría que ser muchas veces agramatical al no someterlo a mecanismos racionales de reorganización. Su ideal consiste en reproducir las emociones tal y como fluyen en el pensamiento de los personajes y de la propia figura del narrador y constituye, por tanto, un primer intento de escritura automática:

> *Quiero expresar así -escribe- que yo no estimo la corrección en el lenguaje literario, porque en el lenguaje literario debe estar totalmente subordinada la palabra a la idea; y la subordinación supone lo opuesto, la subordinación de la idea a la palabra (...). El único molde, el único guía, la única lógica inflexible de mi estilo he querido yo que sea la 1ógica de mi pensamiento y de mi emotividad. (346).*

La novela moderna, piensa Trigo, al ser de emociones más que de ideas, exigiría mantener la expresión de esas emociones en la penumbra de la subconsciencia, tal y como se producen en la mente de los personajes, sin organizarlas de forma lógica. Lo épico cederá así en gran medida su sitio a lo lírico y se intensificarán los elementos connotativos del lenguaje en detrimento de los puramente denotativos; con lo cual, nuestro autor anticiparía de alguna manera el tipo de novela que se ha dado en llamar novela lírica. Su máxima aspiración sería:

> *"Palabras breves, rápidas, bien cortadas, las menos posibles, demás; las más conocidas, y sobre todo las menos majestuosas. Mi ideal sería poder expresarme con las siete notas de un pentagrama -porque la majestuosidad, en el lenguaje como en la música, surgiría en la composición independientemente de las notas". (347)*

Este párrafo constituye un auténtico manifiesto del estilo narrativo de Felipe Trigo en cuanto a la utilización del lenguaje se refiere y bien podríamos definirlo de expresionista e impresionista a un tiempo al querer plasmar el mundo subconsciente de

sus personajes tal y como se va produciendo en su interior y renunciar por principio al detalle de un término o una idea para llamar la atención sobre las impresiones que produce todo el conjunto.

Desde este plano teórico que hasta aquí venimos considerando, pensamos que Felipe Trigo, lejos de escribir con un estilo descuidado y tosco, tuvo siempre una voluntad estilística bien definida que le llevaría a anticipar de forma clarividente alguna de las técnicas que tanto abundarían en la novela contemporánea, como la escritura automática y la notación directa de los surrealistas o el fluir de la conciencia y el monólogo interior. Y aunque no tenemos indicios externos suficientes de que Felipe Trigo conociese de forma directa a aquellos autores que con sus nuevas ideas posibilitaron un tipo de novela donde se exploraba en los nive1es de conciencia anteriores al habla (W. James, Freud, Jung, Bergson, etc.), lo cierto es que esta forma narrativa que pretendía indagar en la verdadera significación de la personalidad humana en sus estados inconscientes era la expresión más adecuada para dar forma literaria al sistema filosófico y social de base antropológica que nuestro autor afirma defender.

Para Felipe Trigo, detenerse con morosidad en las apariencias fenoménicas de la realidad externa y renunciar a la forma interior con que los personajes viven esa realidad y sus intentos angustiados por superar las múltiples contradicciones que les afectaban era algo impropio de los tiempos modernos. El novelista moderno, por tanto, tendría que ser capaz de indagar en aquellas causas auténticas que provocaban los frecuentes estados de neurastenia, resultado en último extremo de la insolidaridad hombre-mundo que caracteriza al mundo moderno. Para ello, la novela tendría que ocuparse de los procesos emocionales vividos por los personajes, a través de los cuales se iría creando un mundo donde la solidaridad del individuo con su entorno sí sería posible; el realismo de tipo ambiental quedaba así sustituido por un realismo psicológico que llegaría a afectar incluso a la parte del narrador propiamente dicha.

Ahora bien, la intensidad y proporción de este realismo psicológico que por lo general comporta "un estilo erótico, poemático y grandilocuente", varía según los casos y, aunque casi siempre se entrecruza con el estilo realista y naturalista que caracteriza sus novelas negativas, es la característica más notable del grupo de novelas que hemos llamado positivas. El estilo narrativo constituye así otro elemento importantísimo para clasificar las novelas de Trigo en los dos grupos que antes hemos establecido. En el grupo de novelas positivas es donde más claramente se observa ese estilo erótico, ese "lenguaje nuevo" que, según él, debería ser el vehículo de transmisión de un nuevo

concepto del amor; es en estas novelas donde nuestro autor se aleja más del naturalismo y se aproxima en cambio al ideal renovador modernista, sobre todo, en lo que al léxico se refiere y a la abundante adjetivación. Alma en los labios, La Altísima, Murió de un beso, etc, pueden definirse en su conjunto por la uti1ización de un lenguaje "lírico", con frecuencia poco discursivo, que no siempre consigue una clara función comunicativa y que, en cambio, posibilita un mayor intenso clímax poético que se consigue mediante la sustitución del desarrollo de una trama rica en incidentes por una serie de elucubraciones más o menos trascendentales, resultado de una cadena de emociones de carácter personal, y encaminadas, sobre todo, a sugerir estados de ánimo antes que a reproducir situaciones concretas; de ahí entonces que haya una abundancia tal vez desmesurada de adjetivos en detrimento de algunos sustantivos poco connotativos.

Por lo general, este retoricismo con fines poéticos, a veces un tanto reiterativo, se produce casi siempre en las escenas de más intensidad erótica y en las digresiones de tipo teórico que Felipe Trigo intercala por diferentes procedimientos. En estos casos, su intención de poetizar la realidad y transmitir a sus lectores un pensamiento cargado de emocionalidad le lleva muchas veces a transgredir las reglas gramaticales, pero nunca las reglas del lenguaje que, según él, se reducen a conseguir un efecto sugestivo. En este sentido, escribe nuestro autor:

> *La novela moderna no es de ideas, sino de emociones, y por lo tanto es un supremo arte del novelista ese de saber escamotear le al lector, cuando le conviene, la plena inteligencia de sus emociones: le basta rozar le con ellas el pensamiento, mantenerlas en la penumbra de la subconciencia, como las ha tenido él (348).*

Podríamos afirmar que ese estilo excesivamente retórico y ampuloso en ocasiones es la expresión más adecuada para la defensa de su ideario amoroso en un intento de crear una nueva realidad con los únicos medios de una hábil manipulación del lenguaje. Así, para reproducir esos estados de ánimo semiinconscientes, Felipe Trigo usará, e incluso abusará, del hipérbaton y la elipsis, alternará las frases breves con largos períodos oratorios, procurará reproducir el lenguaje coloquial en los diálogos y utilizará un léxico sencillo donde se recogen los términos más usuales, incluso algunos neologismos heterodoxos. A su vez, en ese lenguaje eminentemente connotativo con el que se expresa nuestro autor era casi inevitable la abundancia de un tipo de adjetivación no siempre necesario y que se aproxima bastante al típico decadentismo modernista.

Como ejemplo, sirva este párrafo de La Altísima, donde Víctor-Trigo ofrecen un retrato de su amante ideal:

> *"Lo mismo que el sangriento clavor incierto y poderoso de linterna astral lo esfumaba todo en torno, los ojos de Adria, negros, fijos, asombrados y divinamente inmóviles, como toda ella, en el éxtasis de su espanto, siempre nuevo de pasión, absorbían fundido y perdido entero en inmóvil y extática atención el ser del amante, como abismos... como abismos de delicia sobrehumana alrededor de los cuales cantaban: la frente, pureza; fiereza, la deshecha orla negra de cabello; gracias de finura y de bravura, la nariz de anchas ventanas epilépticas; y la boca, menuda, roja, muerte y vida"(349).*

Adjetivos abundantes y generalmente antepuestos que, como es sabido, sirven en nuestra lengua como tales epítetos para resaltar una determinada cualidad del sustantivo al que acompañan. Y, si bien es verdad que párrafos como el anterior han servido para descalificar totalmente el estilo de las novelas de Felipe Trigo, casi nadie ha reparado en algunos logros expresivos conseguidos por nuestro autor, dignos de nuestros más cualificados poetas. En Murió de un beso, novela en la que el equilibrio poético está conseguido casi a la perfección, leemos este párrafo que bien pudiera haber firmado el mejor Machado:

> *"Desde un claro del monte vieron todavía la magnífica puesta de sol, con efectos de artificio: franjas de nubes rojas paralelas al poniente, de azules sombríos y grises humildes en el resto del paisaje... y todo el campo en silencio; lleno de esa angustiosa melancolía del anochecer que ensueña el alma durmiéndola en bellezas infinitas... (350).*

Sin entrar en más detalles en otras características de estilo: repetición en una o varias obras de algún hallazgo expresivo acertado, abuso de fórmulas lingüísticas hechas, etc., lo que sí queremos resaltar es el gran esfuerzo creativo de Felipe Trigo para manipular el lenguaje de sus novelas y ponerlo al servicio de una intención comunicativa que no aspira sólo a reproducir un tipo de "realidad externa", sino, sobre todo, una realidad emocional e intelectual tal y como se produce en su estado originario, antes de pasar por el filtro racional. Para conseguir ese objetivo central, nuestro autor utiliza algunas técnicas todavía no suficientemente depuradas que pretenden mitigar la importancia del narrador como figura interpuesta en la creación de una novela; esas

técnicas van desde la forma de carta o el diario para expresar algunos contenidos de extensión larga o para toda una novela, la abundancia del diálogo en detrimento de lo propiamente narrativo, la utilización de la estructura del Bildungsroman o novela del aprendizaje con un personaje emblemático que es alter ego del propio autor, hasta una incipiente forma de monólogo interior que supone una voluntad decidida de conseguir el fluir de la conciencia de ese personaje central mediante las ensoñaciones, los estados de inconsciencia, intentando reproducir el tiempo vivencial y, lógicamente, empleando con profusión el estilo indirecto libre.

Pero esto que venimos afirmando hasta aquí es sólo una parte del estilo de las novelas de Felipe Trigo y sirve para caracterizar el grupo que hemos llamado de novelas positivas, confirmación una vez más de la intención de nuestro autor de adecuar los contenidos a la forma de expresarlos. Frente a este "estilo idealista", el grupo de novelas negativas se caracteriza por el predominio de otra forma de escribir que se identifica con la forma de escribir de realistas y naturalistas, aunque en uno y otro caso se entrecruzan ambos estilos según las circunstancias concretas del momento de la narración. Esa mezcla de estilos, en cualquier caso, nos permite utilizar un argumento más para clasificar las novelas de nuestro autor en los dos grupos que antes señalábamos, según predomine uno u otro, y en algunos casos: Jarrapellejos, El médico rural, En la carrera, Murió de un beso y La clave, sin duda alguna las novelas de Trigo mejor conseguidas, el equilibrio entre esas dos formas de escribir roza la perfección y pone de manifiesto una vez más la maestría narrativa de quien a una nueva forma de considerar el amor supo añadir también la expresión escrita más adecuada.

IX.- VALORACIÓN FINAL DE LA OBRA DE FELIPE TRIGO

A lo largo de las páginas anteriores hemos pretendido establecer una serie de líneas maestras para conseguir un mejor conocimiento de un autor y una obra cuyo olvido entre los lectores y la crítica todavía hoy sigue siendo su más usual tarjeta de presentación. Nuestro estudio ha girado básicamente .en torno a los dos mismos argumentos que después de Clarín se utilizaron para la total descalificación de nuestro autor: el de los contenidos temáticos que Felipe Trigo emplea como argumento central en sus novelas y escritos teóricos, y el de los procedimientos narrativos y estilísticos con los que da forma a ese mensaje de renovación ética y estética que ofrece a sus contemporáneos.

En el tema de los contenidos, Felipe Trigo no es, desde luego, "un corruptor de menores", salvo que le demos a la expresión un significado excesivamente estricto y desde una perspectiva moralizante. Su tratamiento de la temática erótica, aun rompiendo con la consideración tradicional, difiere también igualmente del de otros escritores que se iban a ocupar de esa misma parcela sólo por fines comerciales y, en cualquier caso, es un tema que en manos de nuestro autor forma parte de una interpretación global del hombre y la sociedad; de ahí lo equívoco e inexacto de considerar a Felipe Trigo como el maestro y principal cultivador en nuestro país de la novela erótica poniéndolo a la cabeza de una serie de escritores que, salvo muy escasas excepciones, sólo se servirían de lo erótico para una mejor comercialización de sus novelas.

Pensamos, pues, que el calificativo de "escritor erótico" para Felipe Trigo debe tener un significado muy restringido y en ningún caso puede servir para ponerlo a la cabeza de un tipo de subliteratura de amplia difusión en nuestras letras durante el primer tercio del siglo XX. Y es que el tema erótico en manos de Felipe Trigo forma parte de un análisis profundo de la realidad social española de entresiglos que se extiende a otras esferas: educación, caciquismo, po1ítica, moral social, etc, cuya transformación, junto a una nueva dialéctica de los afectos, era, según nuestro autor, el paso previo que tenía que darse en nuestro país para su entrada definitiva en la modernidad.

Basta con repasar algunas de las novelas que analizamos para comprender inmediatamente que lo erótico es solo un elemento más de un entramado social más amplio donde, como en ese terreno, hay una situación de injusticia que denunciar y replantearla desde los presupuestos ideológicos de unos personajes cuya identificación con los del propio autor resulta evidente.

Así, en Las ingenuas, el motivo argumental básico son ciertamente las relaciones afectivas extramatrimoniales entre Luciano y Flora, su cuñada; pero en torno a ese tema central se van acumulando toda una serie de nuevos temas sobre la educación de la mujer, la moral corrompida de todo un pueblo, el problema colonial, la influencia nefasta del clero, que vistos a los ojos de Luciano, alter ego de Trigo, terminan por relegar a aquél a un segundo plano y justifican que ese personaje central termine por convertirse en un defensor activo de un orden social y moral más adecuados a la situación concreta del país.

En La bruta, además de la clara reivindicación feminista de libertad afectiva y social para la mujer, encarnada magistralmente en Aurea, hay también una critica despiadada contra los ambientes intelectuales madrileños del fin de siglo, cuyos protagonistas, erigiéndose ellos mismos en héroes de pacotilla y súper-hombres que no tienen con que ganarse la vida, estaban ocupados en discusiones abstractas sobre la Verdad y la Belleza mientras trataban como brutas a sus esposas y queridas.

En la carrera no es sólo la historia sentimental de dos jóvenes que por imperativos familiares se ven abocados a un destino trágico: la prostitución, en el caso de Antonia, o unos estudios de Medicina para los que Esteban no siente ningún interés, dos formas bien distintas de hacer carrera; paralela a esa historia y sirviendo al mismo tiempo a su justificación, encontramos también una critica despiadada contra el concepto tradicional de familia, contra el sistema de enseñanza y contra la corrupción de la sociedad madrileña, cuyos condicionamientos terminan por anular las aspiraciones generosas de unos jóvenes que no pueden decidir libremente sobre su voluntad.

En El médico rural, y muy especialmente en Jarrapellejos, lo erótico es un componente de segundo orden y lo que encontramos como tema central en los dos casos es un análisis profundo de la vida rural española, controlada por el poder omnímodo de unos caciques que, manteniendo al pueblo en la ignorancia, se erigen ellos en defensores de un orden y una moral para su provecho exclusivo.

La clave, por último, Sí sé por qué, Sor demonio y la práctica totalidad de las novelas cortas de nuestro autor se ocupan con preferencia de las diferentes malformaciones que la relación conyugal comporta en el matrimonio burgués convencional; pero en ellas, lo erótico es sólo una manifestación más de una moral tradicional que, en el mejor de los casos, sacrifica todo tipo de relación humanizada entre el hombre y la mujer en aras de un malentendido bienestar material. Y para demostrar la falsedad de esa moral social, Felipe Trigo introduce en sus novelas unos

entes de ficción que enfrentándose de forma traumática con esos códigos de comportamiento se presentan como auténticos profetas de una nueva ética individual que es la auténtica clave de una transformación social profunda.

En cuanto a las novelas que hemos llamado positivas: La Altísima, Murió de un beso, Alma en los labios, etc, son las que más propiamente podemos calificar de eróticas, pero tanto el punto de vista adoptado por Felipe Trigo para el tratamiento de la dialéctica de los afectos como el intento de una interpretación sintetizadora de la problemática social creemos que hacen de ellas unas narraciones donde los mundos novelescos creados suponen la más absoluta negación de los códigos morales vigentes y su sustitución por un nuevo modelo basado en la exaltación consciente de lo sensorial.

Considerada en su conjunto, por tanto, la novelística de Felipe Trigo pensamos que hay que entenderla como una completa versión literaria de la crisis que se produce en nuestro país como consecuencia del tránsito de una sociedad eminentemente tradicional a una sociedad que ya vislumbra la modernidad. Sirviéndose de los avances técnicos que el naturalismo había supuesto para la novela, nuestro autor reproduce literariamente los aspectos más importantes de esa crisis, e incorporando diferentes filosofías sintetizadoras del fin de siglo ofrece al hombre de su tiempo la posibilidad de su liberación integral mediante la exaltación vitalista de sus instintos, potenciando precisamente su componente racional e intelectual.

Entendido así, el evidente erotismo de las novelas de Felipe Trigo adquiere una dimensión estética que, lejos de identificarse con el fácil hedonismo al que lo adscriben sus detractores, lo sitúa a la cabeza de algunas interpretaciones modernas del problema sexual (351) e inicia un tratamiento novelesco de la dialéctica de los afectos cuyo mejor y casi único continuador entre nuestros escritores sería Benjamín Jarnés, sin duda alguna discípulo directo de nuestro autor (352).

La concepci6n del mundo que subyace en la obra de nuestro autor es eminentemente sensualista, y absurdo sería negar esa evidencia; pero lo que olvidan con frecuencia casi todos los críticos es que esa exaltación vitalista pone especial énfasis en su dimensión racional, con lo cual se convierte en un elemento más de su interpretación global del hombre y de una forma de entender el progreso de la humanidad que supone el avance material, pero también la realización espiritual (= intelectual).

Esta visión del mundo, elaborada justo en un momento en el que la moral burguesa tradicional está profundamente resquebrajada pensamos que está basada en principios hondamente humanistas y supone una espléndida captación estética e

ideológica de las más diversas inquietudes y aspiraciones de realización integral de los individuos y la sociedad de su tiempo. La coyuntura histórico-cultural que sirve de marco al tránsito de nuestro país al siglo XX se convierte así en punto de partida obligado para llegar a comprender en su totalidad la obra de Felipe Trigo.

Su novedad tal vez haya que buscarla en haber supuesto en su momento una auténtica tercera vía a la versión española de la crisis de fin de siglo. Frente a la reducción excesivamente intelectualizada de los del Noventayocho y frente al esteticismo iconoclasta y la exaltación sensualista de los modernistas, Felipe Trigo, sin renunciar en ningún momento a su compromiso histórico como escritor, va a denunciar también de forma sistemática los principales vicios de la sociedad establecida de su tiempo, pero utilizando esas críticas como parte de un plan más completo con el que pretende conseguir la mejora social y moral de sus contemporáneos, precisamente con una nueva solución sintética que suponía la potenciación del goce sensible material mediante el filtro de una importante carga racional. Para Felipe Trigo, ni la renuncia estoica y un tanto masoquista de los placeres que se derivaban del desarrollo material ni el encastillamiento estético-egoísta en la torre de marfil de los modernistas eran actitudes éticas adecuadas para superar ese estado de crisis individual e institucional. Al hombre y a la sociedad habría que recuperarlos en su integridad: en su cerebro y en su estómago, en sus aspiraciones espirituales y en sus impulsos instintivos, en sus aspiraciones individuales y en su compromiso social, sólo así llegaría el verdadero progreso.

El tema de la dialéctica de los afectos que él sitúa en el centro de su proyecto reformista se convertía así en un elemento más, aunque importante, de todo un modelo social que debiera estar regido en todas sus esferas por el respeto a todas y cada una de las propensiones naturales de los individuos, tanto en la esfera familiar como en la esfera social. Incluso en el tema erótico, por tanto, pensamos que la obra de Felipe Trigo "constituye un auténtico valor documental de situaciones españolas" (353).

Pero, aparte de este indudable interés que nos ofrece la obra de Felipe Trigo en cuanto que es un valioso documento sobre algunos aspectos importantes de la crisis del fin de siglo en nuestro país, no podemos olvidar en ningún caso que ese mensaje de renovación está presentado con unos logros expresivos que dan por resultado un estilo narrativo perfectamente adecuado a los contenidos novelados. Sirviéndose nuestro autor de la concepción técnica de la novela propia del naturalismo, supo introducir al mismo tiempo en sus narraciones una visión del mundo sintetizadora por principio para cuya

plasmación literaria tenía que utilizar necesariamente algunos recursos expresivos que, aunque iniciados de forma magistral por Galdós y cultivados ya entonces en otras literaturas europeas, iban a caracterizar en gran medida el desarrollo de la narrativa universal del siglo XX.

y no pretendemos, desde luego, poner a Felipe Trigo a la cabeza de esas innovaciones expresivas. Pero no queremos ignorar tampoco que nuestro autor dominó a la perfección el arte de novelar y que tuvo la capacidad suficiente para literaturizar de forma magistral su particular visión del mundo, creando unos universos de ficción autosuficientes que presentaba a sus lectores como una auténtica alternativa a las situaciones reales. Incluso en el lenguaje empleado, tachado casi siempre de farragoso y retórico, pensamos que el autor de La Altísima supo encontrar la expresión más adecuada a unos contenidos que necesariamente chocaban contra una norma social y moral establecidas, y para ello muchas veces tuvo que romper también con la propia norma lingüística.

El análisis de la obra de Felipe Trigo, por último, nos demuestra que, lejos de ser "un corruptor de menores y del idioma", nos encontramos ante un autor profundamente conocedor de la sociedad española de su tiempo y que supo además comunicarles a sus contemporáneos con una fórmula literaria adecuada su convicción en un tipo de progreso globalizador que ofrecía la coyuntura histórica de una sociedad como la española de principios de siglo, avanzando lenta pero decididamente hacia la modernidad.

NOTAS

(1).- Aparte de algunas páginas que dedica a Felipe Trigo en otros estudios de conjunto, Sáinz de Robles se ocupa con mayor detenimiento de nuestro autor en un libro tal vez no excesivamente conocido, La promoción de "El Cuento Semanal" 1.907-1.925 (Un interesante e imprescindible capítulo de la novela española) Madrid, Espasa-Calpe (Austral, nº 1.592), 1.975, donde considera al autor de Jarrapellejos como el verdadero maestro de la novela corta en España durante la primera mitad del S. XX.

(2).- Cfr. especialmente "Unamuno, personaje de una novela de Felipe Trigo", en Literatura y pequeña burguesía en España (notas. 1.890-1.950), Madrid, Edicusa, 1.972 pp. 59-88.

(3).- Tenemos noticias de que F. García Lara está preparando su tesis doctoral sobre Felipe Trigo y no podemos precisar si coincidimos en alguno de los aspectos tratados. Los objetivos de investigación que propone en "El sentido de una recuperación" Felipe Trigo, Madrid, Cuadernos Hispanoamericanos, febrero 1.978, nº 332, pp. 224-239, difieren sustancialmente de los que aquí perseguimos.

(4).- Aparte del libro de Watkins, Eroticism in the novels of Felipe Trigo, Nueva York, Bookman Associates, 1.954, bastante incompleto por cierto, habría que mencionar también las tesis de Jan Pieter Ton, Felipe Trigo. Estudio critico de sus obras, Amsterdan, Academisch Proefchrift, 1.952, donde se limita a hacer un simple resumen del argumento de las novelas de nuestro autor, y la tesis inédita de Caridad Trigo, Felipe Trigo, su vida, su obra, leída en 1.960 en la Universidad Complutense, en la que se centra con exclusividad en los aspectos biográficos.

Si a esto añadimos algunas breves referencias en estudios de conjunto, que preferimos incluir en el apartado de bibliografía, el aparato critico sobre la obra de Trigo quedar la prácticamente agotado. A punto de acabar la redacci6n de estas páginas hemos conocido la tesis de Ángel Martínez San Martín, La narrativa de Felipe Trigo (con prólogo de H. A. Garrido Gallardo), Madrid, C.S.I.C.,1.983, donde se intenta también un estudio globalizador de las novelas de Trigo, aunque las coincidencias que pudiera haber con nuestro análisis son muy reducidas, según hemos tenido ocasión de comprobar.

(5).- Cfr. E.G. de Nora, La novela española contemporánea (1.898-1.927), Madrid, Gredos, 1.973,2ª ed. V.I. p. 384.

Para la historia y significación del término sicalíptico en nuestra lengua, cfr. F. Ruiz Morcuende, "Sicalíptico y sicalipsis" en R.F.E. IV (1.914), pp. 394-397.

(6).- Opinión defendida, entre otros, por Luis Fernández Cifuentes, Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República, Madrid,- Gredos, 1.982, pp. - 74-91.

(7).- Esta opini6n es compartida por Peseux-Richard, .Un romancier espagnol: Felipe Trigo", en Revue Hispanique, XVIII (1.913), pp. 333 Y ss. Y Julio Cejador, Historia de la lengua y literatura castellanas, V. XII, pp. 20-33.

(8).- Federico Carlos Sáinz de Robles, La Promoción... p. 105.

(9).- Felipe Trigo, El médico rural, Madrid, Turner, (La novela social española), 1.974, (edición y prólogo
a cargo de José Bergamín).

(10).- Felipe Trigo, Jarrapellejos, Madrid, Turner (La novela social española, 1.975) (edición y pró1ogo a cargo de Rafael Conte).

(11).- Felipe Trigo, En la carrera (Un buen chico estudiante en Madrid), Badajoz, Universitas Editorial (Co1ección autores extremeños), 1.981, con prólogo de Santiago Castelo.

(12).- Felipe Trigo, El moralista, Emiliano Escolar Editor, serie La novela corta, Madrid, 1.981, con prólogo de José Luis Medrano. Edición que, según nos ha confirmado uno de los herederos de Trigo, ha sido realizada sin respetar los derechos de autor todavía vigentes.

(13).- Quien más insiste en este aspecto de las novelas de Trigo es sin duda Peseux-Richard, art. cit. p. 335, pero hay también otros muchos críticos que utilizan parecidos argumentos para defender el arte narrativo de nuestro autor, según se puede apreciar en las innumerables reseñas a las novelas de nuestro autor aparecidas en las páginas de Nuestro Tiempo, El Imparcial, Revista Contemporánea, La Lectura, etc.

(14).- Tanto este como el argumento anterior son los dos tópicos generalizados a los que se aferran tanto los defensores como los detractores de Felipe Trigo para ponderar o rechazar, no siempre con razones só1idas, cada una de las novelas de nuestro autor.

(15).- Esta sentencia condenatoria de Clarín apareció en la mencionada revista barcelonesa el 7 de julio de 1.901 y no nos ha sido posible localizar este número en el ejemplar que hay en la Hemeroteca Municipal de Madrid. Tomamos la referencia de Sergio Beser, Leopoldo Alas, crítico literario, Madrid, Gredos, 1.968. p. 124, donde, suponemos que por error de imprenta, se da el titulo de Los ingenuos para la primera novela de Trigo, en lugar de Las ingenuas.

(16).- Luis Bello, .El público de Felipe Trigo., en Europa. Revista de cultura, 27 de marzo de 1.910.

(17).- Alfonso Reyes, El suicida, Madrid, imprenta de M. García y G. Sáez, 1.917 p. 38.

(18).- R. Tenreiro, La Lectura, 1.908-I, pp. 74 Y ss.

(19).- Cfr. Ramiro de Maeztu, La Correspondencia de España, 4 de octubre de 1.907, donde al mismo tiempo llama la atenci6n sobre la imperiosa necesidad de formar una Liga Antipornografía en nuestro país.

(20).- Miguel de Unamuno, O.C. V.III, Escelicer, p. 316.

(21).- Cfr. Andrés Gonzá1ez Blanco, Historia de la novela en España, pp. 756-759.

(22).- Emilia Pardo Bazán, La Revue, París, marzo 1.907.

(23).- Para D. Julio Cejador, poco sospechoso de fáci1es afinidades con este tipo de novelas: "No hay que confundir su arte (el de Trigo) con la chabacanería de escritores mercachifles e ignorantes", H.L.L.E. V. XII p. 29. Y para Cansinos Assens: "Las novelas de Trigo, por encima de su componente erótico, constituyen una lectura seria y profunda que puede ejercer una clara misión social" en La nueva literatura V. II pp. 169.

Por su parte, uno de estos imitadores, Joaquín Belda, vela con absoluta claridad esta diferencia fundamental que le separaba de su maestro indiscutible: "Por eso -escribe Belda-, yo que no busco la inmortalidad, no me saldré del terreno de la sicalipsis, aunque me emplumen. Pero no cambiaré tampoco; es decir, no imitaré a los escritores que tomaron y toman en serio la pornografía". Recogido por José L6pez Pinillos, En la pendiente. Los Que suben y los Que ruedan. Madrid, Pueyo, 1.920, p. 133.

(24).- Pesseux-Richard. .Un romancier espagnol: Felipe- Trigo", en Revue Hispanique XVIII. p. 335.

(25).- Manuel Abril, Felipe Trigo. Exposición y glosa de su vida. su filosofía. su moral. su arte. su estilo, Madrid, Renacimiento, 1.917, p. 95.

(26).- M. Romera Navarro, Historia de la Literatura Española, Nueva York, D. C. Heath y Compañía, 1.968, p. 658.

(27).- G. Torrente Ballester, Panorama de la Literatura Española, Madrid, Guadarrama, 1.961, V. I. p.131.

(28).- Lógicamente el propio Trigo tuvo que justificarse de estas dos acusaciones tantas veces repetidas. Así, a propósito de su supuesta pornografía escribe: "En mis novelas pretendo la divinizaci6n del amor con su idealismo y con su sensualismo; la divinización de la mujer por sus muslos y por su frente, y todo ello con una plena conciencia de la bella integridad de la vida humana". El amor en la vida y en los libros:

mi ética y mi estética, Madrid, Renacimiento, 1.907, p. 229 (A partir de ahora lo citaremos como El amor...).

Y en cuanto a su estilo aparentemente descuidado afirma: "Se me dirá que este lenguaje es antigramatical; y yo, con Unamuno, ese hombre raro que dice buenas cosas muchas veces, respondería que no, que supragramatical, y además claro, clarísimo, si no se le pide más que lo que el lenguaje puede dar: su efecto sugestivo". El amor... p.274.

(29).- E.G. de Nora, op. cit., p. 386.

(30).- Cfr. Sáinz de Robles, La promoción..., p. 109.

(31).- Julio Cejador, H.L.L.E. V. XII p. 33.

(32).- La pionera de estas revistas netamente noveleras es El Cuento Semanal, fundada en enero de 1.907 por Zamacois y Antonio Gallardo, y en su primer número apareció la novela de Jacinto Octavio Picón, Desencanto. En el número 9 se publica Reveladoras, de Felipe Trigo, y posteriormente irían apareciendo: El gran simpático, Las posadas del amor, Lo irreparable, Además del frac, etc.

Tras su dimisión como director de El Cuento Semanal, Zamacois funda inmediatamente Los Contemporáneos que habría de tener una larga duración -el primer número sale el 1 de enero de 1.909 y el último el 25 de marzo de 1.926- y, como el resto de colaboradores de El Cuento Semanal, Felipe Trigo publicaría a partir de entonces sus novelas cortas en esta nueva colección dada la largueza con que se pagaban sus colaboraciones. Ahí aparecen: Mi prima me odia, El cínico, El papá de las bellezas, El sueno de la duquesa, etc.

En 1.912, el 11 de julio, Francisco Gómez Hidalgo funda El Libro Popular, peor cuidada que las anteriores en cuanto a las ilustraciones se refiere, y en ella publicaría Trigo: Los invencibles y El náufrago.

En 1.916 aparece La Novela Corta que sería la que iba a lograr mayor difusión entre los lectores, tanto por su formato más cómodo como por su precio, y en ella aparecieron, además de El moralista como novela inédita de Trigo, resúmenes de Los abismos y La Altísima.

Además de su valor como tales colecciones de novelas cortas, todas estas revistas ofrecen también un inestimable interés por las magníficas ilustraciones de los más prestigiosos dibujantes del momento que llevan todos los números. Para un análisis detenido de estas colecciones, cfr. Sáinz de Robles, La promoción..., pp. 53-93.

(33).- Estos artículos han sido recogidos por el profesor Caudet en Nuevo Hispanismo nº 2, pp. 137-161.

(34).- Cfr. La ilustración artística, nº 662.

(35).- Esta revista, dirigida por Luis Ruiz Contreras, ha sido reeditada recientemente en facsímil por Puvill Editor con un estudio preliminar de José Carlos Mainer e índice de autores de Raquel Asun, Zaragoza, 1.979.

(36).- Cfr. nota 11.

(37).- Sin entrar en mayores precisiones para diferenciar estas novelas cortas de las otras narraciones de Trigo mencionadas en el apartado anterior, sí conviene recordar que esas diferencias vienen dadas fundamentalmente por el medio de publicación de cada una -libro o revista-; lo que exige en este último caso que se supriman casi todas las descripciones y el análisis psicológico de los personajes que se hacían en las narraciones largas para contar sólo aquellos incidentes más destacados; la diferencia entonces vendría dada sobre todo por una cuestión de espacio y para hacer más fácil su lectura, aunque los temas que se trataban en unas y otras eran casi siempre coincidentes. Por otra par te, en el caso concreto de Trigo, la simple evocación de algunas situaciones muy concretas se completaba perfectamente con otras similares de sus novelas largas a las que él mismo remite en más de una ocasión y que sus lectores conocían a la perfección.

(38).- Los repertorios de publicaciones consultados son: Catálogo General de la Literatura Española e Hispanoamericana 1.901-1.930, Madrid, I.N.L.E., 1.932- 1.951; Bibliografía Española, Madrid, Asociación de Librería, 1.901-1.930; Manual del librero hispano americano, (Antonio Palau y Dulcet ed.), Barcelona, Librería Anticuaria. Además hemos utilizado también una especie de libro de contabilidad que nos ha sido facilitado por la familia de Trigo, donde, él primero, y sus hijos después fueron anotan do los números de ediciones de cada novela, el número de ejemplares impresos y los ingresos obtenidos de su venta.

(39).- Cfr. Manuel Abril, op. cit. p. 10.

(40).- Véase R. Pérez de La Dehesa: "Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo", en Revista de Occidente, 74 (1.969) pp. 218-219.

(41).- Manuel Abril, Felipe Trigo. su vida...

(42).- Las sonatas del diablo. En camisa rosa, Madrid, Renacimiento, 1.916 p. 15.

(43).- Ibíd. p.4l.

(44).- Cfr. Manuel Abril, op. cit. p.45.

(45).- La clase media, proyecto de una novela que nunca llegó a publicar con este título, está pensada precisamente para poner al descubierto las contradicciones que afectan a esta clase social y que tanto preocuparon a Felipe Trigo. El proyecto recogido en En los andamios, pp. 100-101, bien podría corresponder a lo que después publicó con el título de Los abismos, pues la trama que aquí se desarrolla es la misma que allí quedaba esbozada.

(46).- Felipe Trigo, En los andamios, p. 285.

(47).- Entre la suscripción permanente abierta en la redacción de El Socialista para sufragar sus gastos, en los números correspondientes al 20 de abril de 1.888 y al 27 de mayo del mismo año figura el nombre de Felipe Trigo, médico de Trujillanos, con una aportación de 3'75 pts. Y 4 respectivamente, en tanto que el resto de las aportaciones oscilan entre los 50 céntimos y 1 peseta.

(48).- Ya en el Congreso de Madrid del Partido Socialista en 1.899 se habla aprobado una rectificación parcial en la que se admitía el colaboracionismo con los partidos burgueses, siempre que estuvieran en peligro las instituciones democráticas. Cfr. Rodolfo Llopis, "El socialismo español 1.879-1.909", en Nuevos Horizontes 5-6 (mayo-agosto de 1.968), pp. 46-47.

Por otra parte, a través de Revista Socialista la polémica revisionista se habla seguido en nuestro país con gran interés y allí se recogieron los principales artículos de teóricos europeos y españoles que rechazaban el doctrinalismo marxista. Cfr. especialmente, Rafael Pérez de La Dehesa, El grupo Germinal: una clave del 98, Madrid, Taurus, 1.970, pp. 9-16.

(49).- Para un análisis pormenorizado de la conocida poli mica del fin de siglo entre latinos y anglosajones como dos razas bio1ógicamente enfrentadas, agotada la una y fuerte la otra, cfr. Lily Litvak, Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica, Barcelona, Puvill-Editor, 1.980, donde se hace una breve referencia a la repercusión que tuvo en nuestro país esta polémica.

(50).- Cfr. Las ingenuas, V. 11 p. 124.

(51).- Véase la carta de Felipe Trigo dirigida a Unamuno el 1 de febrero de 1.901 que ha sido recogida por Dolores Gómez Molleda en El socialismo español y los intelectuales (Cartas de 1íderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1.980 p. 389.

(52).- Datos tomados de una entrevista concedida por Felipe Trigo a El Caballero Audaz en La Esfera nº 82, 1.915.

(53).- En otra carta dirigida a Unamuno (25-4-1.907), Felipe Trigo le ofrece al ilustre profesor su nueva dirección -Galileo, 5- donde podría enviar le la correspondencia. Cfr. Gómez Molleda, op. cit., pp. 392-393.

(54).- La conferencia está recogida en El Amor... pp.230- 277.

(55).- Cfr. La Esfera, nº 82 y Luis Fernández Cifuentes, Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República, Madrid, Gredos, 1.982, p. 81.

(56).- Para un estudio detallado de la personalidad de este político asturiano véase Maximiano García Venero, Melquíades Álvarez: Historia de un liberal, Madrid, 1.954. Aparte de su colaboración con Azcárate para fundar el Partido Reformista, en el que se integrarían muchos intelectuales ligados a la Institución Libre de Enseñanza, Melquíades Álvarez ocuparía el Ministerio de Instrucción Pública con el Gobierno de García Prieto entre los años 1.922 y 1.924.

(57).- Cfr. Dolores Gómez Molleda, op. cit. pp. 395-396.

(58).- Felipe Trigo, En mi castillo de luz, p. 7.

(59).- Cfr. Manuel Abril, op. cit. pp. 78-84.

(60).- Durante el año escaso que permanece en el mercado esta revista típicamente noventayochista, la más cuidada sin duda de las del fin de siglo en España, Felipe Trigo figura entre sus redactores, y allí publica dos artículos: "La toga" y "Honor nacional", uniendo su voz a la de los nombres más ilustres de la época: Menéndez Pelayo, Galdós, Unamuno, Maeztu... Para una descripción detallada de ésta y las otras revistas que mencionamos a continuación, - cfr. Germán Bleiberg, "Algunas revistas literarias hacia 1.898" en Arbor, nº 36 (1.948) pp. 465-480 y Guillermo-Díaz Plaja, Modernismo frente a Noventa y Ocho (una introducción a la literatura española del siglo XX), Madrid, Espasa-Calpe, 1.966 (segunda ed.) pp. 20-45.

(61).- En Germinal, revista mal impresa y poco cuidada en su redacción, también figura Felipe Trigo entre los redactores de su primera época; pero, aparte de sus colaboraciones en ella, lo más importante del contacto de Trigo con esta revista es sin duda su plena identificación con el ideario reformista de este grupo, estudiado por Pérez de la Dehesa, cuyo programa coincide casi literalmente con el que nuestro autor iba a ofrecer después en Socialismo individualista.

(62).- Revista Nueva es posiblemente la más literaria de las revistas del fin de siglo español y en ella colaboran, bajo la dirección de Luis Ruiz Contreras, tanto los escritores modernistas como los noventayochistas. Los dos artículos que publica Felipe Trigo en ella reseñando el libro de Llanas Agui1aniedo, Alma contemporánea, son especialmente

interesantes por lo que suponen de anticipo de sus ideas posteriores sobre la importancia del emotivismo en la novela moderna. Cfr. nota 33.

(63).- Cfr. Lily Litvak, Transformación industrial y literatura en España 1.895-1.905, Madrid, Taurus,1.980.

(64).- Para corroborar alguna de las afirmaciones que hacemos en este capitulo, cfr. especialmente Jaime Vicens Vives Historia social y económica de España y América, Barcelona, Vicens Vives, 1972, V. IV.

(65).- Como tendremos ocasión de ver, es en Jarrapellejos donde Felipe Trigo denuncia con mayor crudeza la nefasta incidencia que este sistema de explotación agraria tenía en la economía rural de nuestro país.

(66).- Datos tomados de R. Carr, España 1.808-1.936, pp. 233-234 Y M. Tuñón de Lara, Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, pp. 9-10.

(67).- Cfr. A. Jutglar, Ideologías y clases en la España Contemporánea 1.874-1.931, Madrid, Edicusa, 1.973, V. II, pp. 19-22.

(68).- J. García Escudero, Historia política de las dos Españas, V. 1, Madrid, Editora Nacional, 1.976, p. 257.

(69).- Cfr. Vicens Vives, Aproximación a la historia de España, Barcelona, ed. Vicens Vives, 1.972, (8ª ed.) p. 123.

(70).- Ibíd. p. 210.

(71).- La situación del campo andaluz y extremeño está magistralmente representada por F. Trigo en Jarrapellejos y Lo irreparable.

(72).- Recuérdese en este sentido la frase de Ganivet:"In interiore Hispaniae habitat veritas".

(73).- Cfr. J. García Escudero. op. cit. 223.

(74).- Juan López Morillas, Hacia el 98: Literatura. sociedad. ideología, Barcelona, Ariel (Letras e Ideas: Minor, 2), 1.972, p. 7.

(75).- El libro de C. Blanco, Juventud del 98, Barcelona, Editorial Crítica, 1.978 (2ª edición), es sin duda definitivo en la clarificación del radicalismo que caracteriza la actitud socio-política de los jóvenes noventayochistas y de su vuelta posterior a posiciones mas propias de la pequeña burguesía que, salvo Machado y Valle-Inclán, llevan todos a cabo en su madurez. Por otra parte, muchas de las observaciones que ahí se hacen sirven también perfectamente para comprender mejor la postura de Trigo ante el análisis del tantas veces repetido y con diferentes connotaciones en cada caso Problema de España.

(76).- Cfr. Carlos Blanco, Juventud del 98, p. 12.

(77).- Cfr. Gonzalo Sobejano, Forma literaria y sensibilidad social, Madrid, Gredos, 1.967, pp. 197 Y ss.

(78).- Rafael Pérez de la Dehesa, El grupo Germinal... p. 99.

(79).- Cfr. M. Tuñón de Lara, Medio siglo de cultura española (1.885-1.936), Madrid, Tecnos, 1.977 (3ª ed.) p. 54.

(80).- Como muy bien ha señalado el profesor Tuñón de Lara, Costa y Unamuno... pp. 68 y ss., el principal error en el que incurre el reformismo de los regeneracionistas típicos es sin duda que en el análisis que llevan a cabo de la España de la Restauración no llegan nunca a la raíz última del auténtico Problema de España: Estructura económica y social propias de una sociedad de Antiguo Régimen, y se quedan en lo que son meros accidentes de esa situación inicial criticando el caciquismo, la degeneración, la abulia y pidiendo por ello una revolución desde arriba. En este sentido, Felipe Trigo, como el propio Unamuno y Costa, no puede identificarse como tal regeneracionista, pues ni en su concepción de la historia ni en los medios que propone para mejorar la situación del país coincide con los criterios mantenidos por los regeneracionistas típicos.

(81).- Para una historia detallada del movimiento obrero español, cfr. Varios Autores, Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1.900-1.,936), Madrid, F. Torres editor, 1.977.

(82).- Cfr. C. Blanco, Juventud del 98, y muy especialmente el prólogo de la segunda edición.

(83).- El profesor Diego Núñez Ruiz, La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis, Madrid, Tucar, 1.975, ha demostrado con todo lujo de detalles la influencia que las ideas positivistas ejercieron en todas las áreas del pensamiento del fin de siglo español. Debido a esta influencia, se repite continuamente la imagen biológica seudocientífica con la que se quiere justificar la decadencia de nuestro proceso histórico, contraponiendo el momento presente con nuestras pasadas glorias.

Este tópico biologista, combatido duramente por Trigo según tendremos ocasión de ver, estaba bastante generalizado entre gran parte de nuestros intelectuales al producirse la pérdida de las colonias. Así, escribe Silvela en el artículo que titula Sin pulso: "El efecto inevitable del menosprecio de un país respecto de un poder central es el mismo que en todos los cuerpos vivos produce la anemia y la decadencia de la fuerza cerebral: primero la atonía, y después, la disgregación y la muerte; de ahí la degeneración de nuestras facultades y potencias tutelares".

Por otra parte, es indudable la nefasta Influencia que en este mismo sentido ejerció entre nuestros intelectuales el libro de Max Nordau, Degeneración (1.895) que, aunque fue traducido por Nicolás Salmerón y García en 1.902, Madrid, Librería de Fernando Fe, ya tenía amplia difusión en su texto original y el propio Trigo lo cita en 1.901 en Las ingenuas.

(84).- Guillermo Díaz Plaja, Modernismo frente a Noventayocho, Madrid, Espasa-Calpe, 1.951 (citamos por la 2ª ed. de 1.966).

(85).- Cfr. C. Blanco, Juventud del 98.

(86).- Díaz Plaja, op. cit. pp. 185-193.

(87).- Gonzalo Sobejano, Nietzche en España, Madrid, Gredos, 1.967, pp. 228-245.

(88).- En el capítulo XV de la tercera parte de La Bruta es donde Felipe Trigo se confiesa más abiertamente enfrentado tanto a modernistas como a noventayochistas. Álvaro, protagonista y alter ego de Trigo, contempla indignado en el Ateneo una discusión entre dos grupos de artistas que, sin ser nombrados como tales modernistas y noventayochistas, son fácilmente identificables con los rasgos esenciales de unos y otros por los artistas que evocan como mentores: Baudelaire, Poe, Wilde..., en un caso; Nietzche, Wagner y Unamuno en el otro.

(89).- Hasta ahora, todos los estudios dedicados a la obra de nuestro autor se han centrado con exclusiva preferencia a destacar, por un lado, su compromiso con la realidad histórica de su tiempo y, por otro, a hacer breves referencias a su estilo para, casi siempre, criticarlo.

Lo que nosotros pretendemos aquí es buscar una explicación globalizadora que pueda servirnos para entender la relación fondo-forma en la obra que estudiamos pues, de lo contrario, nunca llegaríamos a percibir todos los matices de su mensaje. Cfr. Gerard Genette , Figuras. Retórica y estructuralismo. Córdoba (Argentina). Ediciones Napelkop, 1.970, pp. 165 Y ss.

(90).- Manuel Abril, op. cit. p. 95.

(91).- Felipe Trigo. El amor... pp. 231-232.

(92).- G. Gullón. La novela como acto imaginativo. Madrid, Taurus, 1.983, p. 31.

(93).- Cfr. La bruta. pp. 123 y ss.

(94).- Cfr. especialmente La Altísima, pp. 177-181.

(95).- Como se puede observar fácilmente, el planteamiento de nuestro autor coincide en gran Medida con el de aquellos intelectuales krausistas cuya religiosidad auténtica chocaba frontalmente con la rigidez de la Doctrina Católica en estos temas,

que llegaba incluso a considerar al liberalismo como el peor de los pecados (Syllabus y Concilio Vaticano I); por lo cual, ellos mismos tendrían que autoexcluirse de esa forma .ortodoxa. de entender el problema social.

(96).- Cfr. Felipe Trigo. Etiología moral, cit.

(97).- Carta recogida por Dolores Gómez Molleda, El Socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno. Salamanca, 1.980. p. 382.

(98).- En esta misma carta Felipe Trigo hace referencia directa a la polémica suscitada por la aparición del Ensayo sobre el catolicismo. el liberalismo y el socialismo (1.850) de Donoso Cortés y los ataques que le dirigió el abate Gaduel acusándole de herético en L´Amie de la Religión, contestados por el filósofo español en L'Univers de París. Cfr. D. Sevilla Andrés. .Polémica española sobre el ensayo de Donoso Cortés" en Anales de la Universidad de Valencia. Vol. XXV.

(99).- Este pasaje autobiográfico al que nos estamos refiriendo es posiblemente la mayor critica anticlerical de Felipe Trigo, encarnada en dos jesuitas por cuya hipocresía hacen comulgar al joven médico "Para que sirva de modelo a sus pacientes".

(100).- Felipe Trigo, El médico rural, p. 95. (101).- Cfr. Dolores Gómez Molleda. op. cit. pp. 282-283.

(102).- Felipe Trigo. El amor... p. 11.

(103).- Para un conocimiento exhaustivo de la filosofía Krausista, cfr. especialmente Juan López Morillas, El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual. Fondo de Cultura Económica, México, l.956; 2ª ed., 1.980 (revisada y aumentada) y Krausismo: Estética y Literatura, Barcelona, Labor, 1.973.

(104).- Cfr. Elías Díaz. La filosofía social del Krausismo español, Madrid, EDICUSA, 1.973, pp. 234 y ss.

(105).- Gumersindo de Azcárate. Estudios fi1osóficos y políticos, Madrid, Librería de Alejandro de San Martín, 1.877, p. 12.

(106).- Felipe Trigo. El amor... p. 263.

(107).- Carlos París. Unamuno. Estructura de un mundo intelectual, Barcelona, Península, 1.968.

(108).- Cfr. Diego Núñez Ruiz, "La presencia del evolucionismo en la filosofía española decimonónica", en La crisis de fin de siglo: Ideología y Literatura. Barcelona, Ariel, 1.975, pp. 42-59.

(109).- Diego Núñez Ruiz. El darwinismo en España, Madrid, Castalia, 1.977, y S. Eoff, El pensamiento moderno y la novela española, Barcelona, Seix Barral, 1.965(110).Federico Urales. La evolución de la filosofía en España (Ed. de Rafael Pérez de la Dehesa, Barcelona, Cultura Popular, 1.968) y Manuel Pizón, Los hegelianos en España y otras notas críticas, Madrid, EDICUSA, 1.973.

(111).- Felipe Trigo, Carta a D. Miguel Unamuno fechada el 24 de diciembre de 1.899, recogida por Dolores Gómez-Molleda, El socialismo español... p.383.

(112).- Cfr. Diego Núñez, La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis, Madrid, Tucar, 1.975 pp. 71-76.

(113).- Diego Núñez, "La presencia del evolucionismo en la filosofía española decimonónica", art. cit., p. 55.

(114).- Ibíd.

(115).- Felipe Trigo, Carta a Unamuno recogida por D. Gómez-Molleda, op. cit. p. 385.

(116).- S. Eoff. op. cit. pp. 19 Y ss.

(117).- Felipe Trigo. El amor... pp. 258-259.

(118).- Gumersindo de Azcárate. Estudio sobre el problema social, recogido por Elías Díaz, La filosofía

del Krausismo español, citado en nota 104, p.254.

(119).- Ibíd. p. 254.

(120).- En una carta de D. Miguel de Unamuno a Pedro Múgica fechada el 29 de Abril de 1.890 D. Miguel se refiere ya a este fisiólogo alemán y cuya cita le costó el fracaso en la oposición a una cátedra de Psicología. Cfr. C. Blanco. Juventud del 98, Barcelona, Editorial Crítica, 1.978, pp. 66-67. Wundt como principal fundador de la moderna psicología experimental es posiblemente el autor que más influyó en esta parcela del pensamiento de Felipe Trigo.

(121).- Para un mejor conocimiento de estos fundadores de la Escuela Criminológica positivista y su influencia en el pensamiento sociológico español, véase Diego Núñez, La mentalidad positiva en España, especialmente el capítulo VIII: "El pensamiento sociológico español positivo".

(122).- L'uomo delinquente (1876) es precisamente el título de la principal obra de Lombroso, cuyos argumentos rebate Felipe Trigo con todo ardor.

(123).- La crítica de Felipe Trigo a este determinismo hereditario coincide en sus términos con los utilizados por Jaime Vera en la Academia de Jurisprudencia en 1.890. Cfr. Elías Díaz, op. cit. p.173.

(124).- Para apoyar este argumento, Felipe Trigo cita un cuadro estadístico del propio Ferri, Socialismo e criminalitá, donde se demuestra el aumento desproporcionado de los delitos pasionales en Francia entre 1.848 y 1.852, coincidiendo precisamente con una baja generalizada en los precios de los artículos de primera necesidad.

(125).- Felipe Trigo. "Etiología moral", El Globo, 10-10- 1.891.

(126).- Tal ver en ningún otro punto coincida tanto el pensamiento de Felipe Trigo con la filosofía social del Krausismo como en este concepto de una pedagogía integral de conocimientos y vivencias personales que los krausistas pusieron en práctica a través de la I.L.E. y el Instituto Escuela. Cfr. M. Tuñón de Lara. Medio siglo de cultura española (1.885-l.936), Madrid, Tecnos, 1.977 (3ª ed.) pp. 37-57.

(127).- Conviene precisar, no obstante, que una cosa es la teoría social de Felipe Trigo y otra muy distinta el mundo recreado literariamente en sus novelas, aunque éstas estén jabonadas continuamente por las "tesis" del propio autor, que en ningún caso descalifican en sí mismas su validez como tales novelas. Cfr. R. Bourneuf y R. Ouellet, La novela, Barcelona, Ariel, 1.975. pp. 196 y ss.

(128).- Padre Luis Coloma, "Pobres y ricos (artículo para ricos)", en Defensa de la sociedad, citado por José L. Aranguren. Moral y sociedad (La moral social española en el siglo XIX). Madrid, EDICUSA, 1.974, p. 172.

(129).- Para un conocimiento exhaustivo del movimiento obrero español en el fin de siglo, véase Antonio Elorza Domínguez, Socialismo utópico español, Madrid, Alianza, 1.970 y Juan José Morato, Líderes del movimiento obrero español: 1.868-1.921 (Selección y notas de V. Manuel Arbeloa), Madrid, EDICUSA, 1.972.

(130).- Para ilustrar el enfrentamiento enconado de estas dos formas extremas de entender la economía política, quizás convenga recordar los textos recogidos por el profesor Artola del diario de sesiones, donde los diputados de las Cortes españolas de varios períodos de la Restauración defendían el ius utendi et abutendi del propietario sobre sus bienes. Cfr. Miguel Artola, Los orígenes de la España Contemporánea, Madrid, C.E.C. 1.975 (20 ed.) V. II, p. 237 y ss.

(131).- Felipe Trigo, Socialismo individualista, p. 5.

(132).- El humanismo socialista de Jaurés (1.859-1.914), político y sociólogo francés, y su política colaboracionista con los partidos burgueses es, sin duda alguna, el modelo inmediato de Felipe Trigo en su teoría social. Cfr. D. Gómez Molleda, El socialismo español... p. 133.

(133).- El volumen de Bernstein fue traducido al español en 1.899 y, buena muestra de su repercusi6n en nuestro país es la conversación mantenida en La voluntad entre Azorín y oláiz (Baroja) discutiendo sobre el socialismo marxista, capitaneado por Pablo Iglesias, y el socialismo revisionista defendido por el grupo Germinal.

(134).- Felipe Trigo. Socialismo individualista, p. 6. (135).- Ibíd. p. 14.

(136).- Felipe Trigo. "Etiología moral". El Globo, l0-l0- 1.891.

(137).- Ibíd.

(138).- Frente al utopismo educativo a largo plazo y eminentemente elitista del krausismo, la conciencia cívica generalizada que Felipe Trigo intenta implantar como cuestión previa a todo tipo de reforma social recoge de alguna manera la labor ejercida por los instituteurs franceses en el arraigo popular de la III República.

(139).- Cfr. Diego Núñez, La mentalidad positiva... cap. VIII.

(140).- Para este concepto naturalista de la novela, véase el capitulo VI de nuestro trabajo.

(141).- Felipe Trigo no cita en ningún momento a Sigmund Freud, y mucho dudamos que llegase incluso a conocer sus obras. Su preocupación por lo sexual se inserta en esa preferencia especial del fin de siglo por todo lo relacionado con el eros y que ha sido analizada por Lily Litvak, Erotismo fin de siglo, Barcelona, Bosch, 1.979.

(142).- Felipe Trigo, Socialismo individualista, p. 106.

(143).- Felipe Trigo. El amor... p. 46.

(144).- Felipe Trigo, Socialismo individualista, p. 105.

(145).- Ibíd. p. 157.

(146).- Lily Litvak, Erotismo fin de siglo, pp. 185-186.

(147).- Cfr. VV.AA, La polémica femenina en la España Contemporánea (1.864-1.974), Madrid, 5. XXI, 1.976, pp. 228 y ss.

(148).- Felipe Trigo, El amor... p. 117.

(149).- Felipe Trigo, Socialismo individualista, p. 109.

(150).- Felipe Trigo, El amor... p. 165.

(151).- Para ver el sentido de modernidad con que Felipe Trigo considera el problema de la mujer, véase la coincidencia de sus planteamientos con Umberto Cerroni, La relación hombre-mujer en la sociedad- burguesa, Madrid, Akal, 1.976, pp. 147 Y ss.

(152).- Frase recogida por Felipe Trigo de Alfredo Bonille, Historia de la filosofía, Madrid, La España Moderna, V.II, p. 286, y citada en Socialismo individualista, p. 134.

(153).- VV. AA. Aproximación al pensamiento de Fourier, Madrid, Miguel Castellote Editor, 1.973, p. 6.

(154).- Cfr. Umberto Cerroni, op. cit. p. 166.

(155).- Felipe Trigo, El amor..., p. 167.

(156).- K. Marx, Lineamenti di crítica dell'economía política, V. II, p. 213, cit. por U. Cerroni, op. cit., p. 170.

(157).- Cfr. especialmente la novela de Felipe Trigo, La clave.

(158).- En el Partido Reformista, fundado en 1.912, militaron muchos intelectuales del circulo de la Institutci6n Libre de Enseñanza. En 1.922 los reformistas tomaron parte directamente en el gobierno, aliándose con los liberales de García Prieto. Su programa político coincide totalmente con el de nuestro autor que reproducimos a continuación.

(159).- Procedente del Instituto de Reformas Sociales, Canalejas inició partir de 1.901 una tendencia más democrática dentro del seno del Partido Liberal y en 1.910 llegarla a la Presidencia del Gobierno.

(160).- Como en otras facetas de su pensamiento, Felipe Trigo se anticipa en este terreno a soluciones que tardarían bastante tiempo en llegar a nuestro país. En este caso, esa clarividencia se demuestra en su propuesta de un sistema pluralista democrático.

(161).- Para nuestro autor, la polémica sobre la forma de gobierno -Monarquía o República- era un debate estéril que sólo servía para retrasar la llegada definitiva del socialismo. Nuestra historia aún tardaría bastante tiempo en darle la razón.

(162).- En este programa político, no podía faltar l6gicamente una defensa del militarismo como único medio para asegurarse el respeto en el concierto internacional y participar en una nueva era colonizadora.

(163).- Hasta el 14 de julio de 1.944, con la Ley de Enseñanza Primaria, no habla en nuestro país ninguna referencia legal escrita a la obligatoriedad de la enseñanza elemental, y sólo en 1.934 se publica un Decreto Ley que cargaba la contratación de los maestros a los Presupuestos del Estado, lo cual no suponía la gratuidad.

(164).- Aunque el impacto de lo social había alcanzado desde principios de siglo las esferas gubernamentales, hasta 1.918 no se llegaría a poner en marcha el Instituto Nacional de Previsión y, por tanto, hasta esa fecha, los trabajadores no tendrían ningún tipo de cobertura de enfermedad o accidente. Cfr. Tuñ6n de Lara, Medio siglo de cultura española, p. 161.

(165).- Si en los apartados anteriores Felipe Trigo se adelanta a la evolución real del país en unos cuantos años, en la reforma agraria que aquí propone y en el tipo de impuestos que pide para la propiedad, no son ya unos años sino casi un siglo.

(166).- Para que nuestro país alcanzase estos objetivos propuestos por nuestro autor habría que pasar primero por una guerra civil, un largo periodo de dictadura, y, no sin ciertas reticencias de algunos sectores, sólo ha sido posible su logro en estos últimos años de sistema democrático.

(167).- Felipe Trigo, desde su posici6n revisionista, luchó siempre por el colaboracionismo del socialismo de base con las clases intelectuales para adaptar la ideología marxista a la situación concreta de nuestro país. La intransigencia del sector dominante encabezado por Pablo Iglesias llevaría a partir de 1.917 a la ruptura definitiva, reorientándose entonces nuestro socialismo hacia unas líneas de actuación, cuyos resultados iban a tener su expresión sangrienta a partir de 1.931. Nuevamente la historia le daría la razón a nuestro autor. Cfr. Dolores Gómez Molleda, El socialismo español y los inte1ectuales, pp. 11-99.

(168).- F. Caudet; "Las plagas sociales", El Socialista, en Nuevo Hispanismo, V.II, 1.982, pp. 137-161.

(169).- Felipe Trigo, Jarrapellejos, p. 2.

(170).- Cfr. Juan José Morato. Líderes del movimiento obrero Español. (1.868-1.921), p. 220-221.

(171).- Las cantidades enviadas por Felipe Trigo, Médico de Trujillanos, son de 3'75 pesetas, El Socialista, 20-4-88, y 3'50 (El Socialista, 12-8-88), cuando las suscripciones oscilaban entre los 50 céntimos y 1 peseta.

(172).- Felipe Trigo. "Las plagas sociales". El Socialista, 17-7-88.

(173).- Ibíd.

(174).- Ibíd.

(175).- El Programa del Partido Socialista apareció durante varias semanas en El Socialista. y de allí hemos tomado el párrafo anterior.

(176).- Marcelino Menéndez y Pelayo, Heterodoxos, Madrid, 1.880-1.881, V. 111, pp. 587.

(177).- Cfr. Miguel Artola, Los orígenes de la España Contemporánea, pp. 237 Y ss.

(178).- Cfr. Rafael Pérez de la Dehesa, El pensamiento de Costa y su influencia en el 98, Madrid, Sociedad de estudios y publicaciones, 1.966, pp. 89-94.

(179).- Felipe Trigo, "Las plagas sociales", El Socialista, 31-8-88.

(180).- Ibíd., 21-9-88.

(18l).- Como el resto de plagas sociales denunciadas por Felipe Trigo, ésta constituirá también un tema predilecto de toda su novelística encardinándola en todo el entramado social y mostrando su influencia sobre el comportamiento de los personajes. Cfr. Jarrapellejos.

(182).- Felipe Trigo, "Las plagas sociales", El Socialista, 21-9-88.

(183).- Ibíd., 23-11-88. Para comprender mejor la labor de la prensa en el mantenimiento del sistema de la Restauración, véase M. Artola, Los orígenes de la España Contemporánea, p. 173.

(184).- Cfr. especialmente, El médico rural, cap. III.

(185).- Felipe Trigo, "Las plagas sociales", 21-9-88.

(186).- M. Tuñón de Lara, Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, Madrid, EDICUSA, 1.974, pp. 68-138 Y Medio siglo de cultura española, Madrid, Tecnos, 1.977 (3ª ed.) pp. 57-79.

(187).- César Silió Cortés, abogado y escritor vallisoletano, fue director de El Norte de Castilla y más tarde un conocido político conservador del partido maurista, llegando a ser Ministro de .Instrucción Pública. Cfr. Dolores Gómez Molleda, op. cit. p. 389.

(188).- Cfr. J.J. Castillo, Ciencia y proletariado (Antología de Jaime Vera), Madrid, 1.973, pp. 161-162.

(189).- Felipe Trigo, "Problemas del día", El Nacional, 6-2- 1.898.

(190).- Gonzalo Reparaz, geógrafo y periodista, se distinguió por sus artículos sobre África y las colonias españolas con argumentos bien documentados y un estilo mordaz que le valió algunos procesos. Julio Burell, por su parte, fue jefe de redacción de El Progreso y se distinguió por sus artículos en el Nuevo Heraldo (1.893); desde diciembre de 1.915 hasta abril de L917 fue Ministro de Instrucción Pública.

(191).- Para comprender la influencia ejercida por la biología positivista del fin de siglo sobre la Filosofía de la Historia, véase Diego Núñez, La mentalidad positiva en España, cap. VIII.

(192).- Felipe Trigo, "Problemas del día", El Nacional, 6-2-1.898.

(193).- Ibíd.

(194).- En estas palabras de Felipe Trigo resuenan con toda claridad los argumentos centrales de la formu1ación unamuniana de historia e intrahistoria.

(195).- Recordamos que, frente a esta fe ciega en la democracia como único medio de sacar al país de su situación actual, el grupo de Los Tres (Azorín, Maeztu y Baroja), otrora jóvenes radicales, firmaría en diciembre de 1.901 un documento en el que la solución al

problema de España se cifraba en el cientificismo, no en la democracia. Cfr. Tuñón de Lara, Costa y Unamuno... p.- 135.

(196).- Felipe Trigo, "Problemas del día", El Nacional (6-2-1.898).

(197).- Ibíd.

(198).- Julio Burell, "Vivir en verso", El Heraldo, 15-9-1.898.

(199).- Felipe Trigo, "Vivir en verso", El Nacional, 27-9-1.898.

(200).- Ibíd.

(201).- Estas palabras de nuestro autor recuerdan estas otras escritas por Baroja en El árbol de la ciencia: "Los periódicos daban una idea incompleta de todo: la tendencia general era hacer creer que lo grande de España podía ser pequeño fuera de ella (...) España entera, y Madrid sobre todo, vivía en un ambiente de optimismo absurdo: todo lo español era lo mejor". Pío Baroja. El árbol de la ciencia, Madrid, Alianza, 1.976, p. 195.

(202). Felipe Trigo, "Vivir en verso".

(203).- Felipe Trigo, "La política y la prensa", El liberal (18-10-1.898).

(204).- Juan López-Morillas, Hacia el 98: literatura. sociedad. ideología, Barcelona, Ariel, 1.972, p. 239.

(205).- Felipe Trigo, "Ecce Homo", El Nacional, 17-9-1.898.

(206).- Ibíd.

(207).- Felipe Trigo, E1 amor en la vida y en los libros, pp. 232-233.

(208).- Felipe Trigo, En los andamios, p. 57.

(209).- Felipe Trigo, El amor... p. 231.

(210).- Manuel Abril, Felipe Trigo: Exposición y glosa de su vida, su filosofía, su moral, su arte, su estilo. Madrid, Renacimiento, 1.917, p. 232.

(211).- Para un conocimiento pormenorizado de la polémica naturalista en España y su repercusión en nuestra novela, véase especialmente E. Zola, El naturalismo, (Ed. de Laureano Bonet) Barcelona, Península, 1.972, Luis López Jiménez, El natura1ismo en España. Valera frente a Zola, Madrid, Alhambra, 1.977, Pattison, El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario, Madrid, Gredos, 1.969 (2ª ed.) y Ferdinando Rossel1i, Una polémica letteraria in Spagna: il romanzo naturalista, Pisa, 1.963, entre otros.

(212).- Citado por Sergio Beser, Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española, Barcelona, Laia, 1.972, p. 107.

(213).- Cfr. S. Eoff, El pensamiento moderno y la novela española. Barcelona, Seix Barral, 1.965 pp. 25 y ss.

(214).- Luis López Jiménez, El naturalismo y España, pp. 29-32 y E. G. de Nora. La novela española contemporánea, Madrid, Gredos, 1.973, V. 1, pp. 383-430.

(215).- Representantes todos ellos de la novela postnaturalista, su personalidad, especialmente la de Bourget, desplaza en estos primeros años del siglo XX la figura de Zola. Cfr. R. M. A1beres, Historia de la novela moderna, México, UTEHA, 1.966 y Panorama de las literaturas europeas (1.900-1.970), Madrid, Al-Borak, 1.972.

(216).- E. Zola, El naturalismo (ed. de Laureano Bonet), p. l0. (217). Cfr. Felipe Trigo, "Mi patriotismo y Jarrapellejos", en El Parlamentario. 11-8-1.914.

(218).- Cfr. Brian J. Dendle, The Spanish novel of re1igious thesis (1.876-1.936), Madrid, Casta1ia, 1.968.

(219).- Leopoldo Alas, Solos de C1arín, p. 217, citado por Sergio Beser, Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española, p. 99.

(220).- Cfr. Felipe Trigo, El amor... p. 242.

(221).- Ibíd., p. 240.

(222).- Ibíd., p. 242.

(223).- Ibíd.

(224).- Cfr. Felipe Trigo, Etiología moral.

(225).- Felipe Trigo, El amor..., pp. 242-243.

(226).- Ibíd., p. 256.

(227).- Cfr. S. Eoff, op. cit. pp. 127 y ss.

(228).- Felipe Trigo, El amor... p. 249 Y obsérvese su coincidencia con la definición de Ricardo Gul1ón para novela lírica, refiriéndose a Virginia Wolf, Alain Fournier, Azorín y Pérez de Ayala: "(...) coinciden en pensar la literatura y concretamente la novela como un modo de autoexpresión y un instrumento adecuado para captar más que los conflictos exteriores la razón última del estar del hombre en el mundo"; y cita poco después una opinión de Wolf sobre Turgueniev que parece una copia literal de las palabras de nuestro autor: "La conexión en la novela -escribe Wolf- no es de acontecimientos sino de emociones". Ricardo Gullón, "La novela lírica", en La novela lírica, V. I (edición de Darlo Villanueva), Madrid, Taurus, (serie El escritor y la crítica), pp. 243-259.

(229).- Felipe Trigo, El amor... p. 264.

(230).- Ibíd., p. 265.

(231).- Ibíd.

(232).- Felipe Trigo, Prólogo a Las ingenuas.

(233).- Ibíd.

(234).- Felipe Trigo, El amor... p." 247.

(235).- Leopoldo Alas, "La novela novelesca", citado por Sergio Beser, Leopoldo Alas: Teoría y crítica de la novela española, p. 166.

(236).- Ibíd., p. 164.

(237).- Cfr. José L. Aranguren, Moral y sociedad (La moral social española en el s. XIX, Madrid, EDICUSA, 1.974, 5ª edición), pp. 9-25.

(238).- José Carlos Mainer, Literatura y pequeña-burguesía en España (notas 1.890-1.950). Madrid, EDICUSA, 1.972, - p.64.

(239).- Cfr. Lily Litvak, Erotismo fin de siglo, especialmente el capítulo V. Basta, por otra parte, con hacer un breve repaso a los autores que nuestro autor cita como fuente de autoridad en sus artículos para deducir que como médico y como escritor tal vez sea el más genuino representante en nuestro país de este especial interés que se muestra en el fin de siglo por todos los temas relacionados con el sexo.

(240).- Lily Litvak, op. cit. p. 159

(241).- Aunque ya lo hemos citado otras veces, quizás convenga recordar que, para algunos críticos, Andrés González-Blanco entre ellos, el erotismo de Felipe Trigo se define precisamente por su claro componente místico. Cfr. A. González-Blanco, prólogo a La Altísima, Madrid, Pueyo, 1.907.

(242).- Cfr. El amor... p. 211.

(243).- Ibíd.

(244).- Ibíd. pp. 212-213.

(245).- Ibíd. p. 229.

(246).- Ibíd. p. 213.

(247).- Para un estudio detallado de la dimensión estética del erotismo en la novelística de Jarnés en términos que recuerdan el planteamiento de Trigo, véase, Víctor Fuentes, "La dimensión estética erótica y la novelística de Jarnés", en Cuadernos Hispanoamericanos, nº 235, 1.969 pp. 25-37.

(248).- El caso de Joaquín Belda, escritor erótico por excelencia y continuador de la temática iniciada por Trigo, es tal vez el más claro de todos. Confesaba este autor a Pármeno que Su dedicación al campo de la "Sicalipsis" obedecía simplemente a razones comerciales y no a un estudio serio como seguía empeñado en hacer Felipe Trigo, Cfr. Pármeno, En la pendiente, Madrid, Pueyo, 1.920, pp. 67 y ss.

(249).- Julio Cejador, Historia de la lengua y literatura castellana, V. XII, p. 29.

(250).- Para Cansinos Assens, "Felipe Trigo fue el fundador del género que hoy se llama erótico y que él mismo bautizó con el indiscutible derecho de ser su padre". La nueva literatura (1.898-1.900-1.916), Madrid, Herederos de Sanz Calleja, V. II, p. 171.

(251).- Cfr. E. G. de Nora. La novela española contemporánea, V. I, p. 384.

(252).- Gonzalo Sobejano, Nietzche en España, p. 228.

(253).- Cfr. Ángel del Río, Historia de la literatura española, Nueva York, Rinehart and Winston, Inc. 1.963, V. IV pp. 218 y ss.

(254).- Ibíd. p. 219.

(255).- Cfr. especialmente el capítulo cuatro de La bruta.

(256).- Y. C. Mainer, Literatura y pequeña-burguesía en España, p. 64.

(257).- Ibíd.

(258).- Ibíd. p. 65.

(259).- Cfr. Ricardo Gu11ón, "La novela lírica", en Darío Vi11anueva (ed.). La novela lírica, V. I, pp. 243-258.

(260).- Darío Vil1anueva, op. cit. V. I, p. 13.

(261).- Ibíd. p. 16.

(262).- Cfr. R. M. A1beres, Historia de la novela moderna, México, U.T.E.H.A. 1.966, pp. 57 y ss.

(263).- F. Trigo, E1 amor... p. 263.

(264).- Ibíd. p. 250.

(265).- Para un análisis de este concepto de la novela como medio de transformación moral, véase el capítulo que aquí dedicamos a la teoría de la novela en Fe1ipe Trigo.

(266).- F. Trigo, Las ingenuas. p. 7.

(267).- Benito Pérez Galdós, "Proverbios ejemp1ares y proverbios cómicos de D. Ventura Ruiz Agui1era", en Revista de España, tomo XV. nº 57, Madrid, 1.S70, pp. 162-193, citado por Laureano Bonet, Benito Pérez Ga1dós. artícu1os de crítica literaria, pp. 122-123.

(26S).- Cfr. Laureano Bonet, op. cit. pp. 115-133.

(269).- F. Trigo, Las ingenuas. p. 8.

(270).- Como se puede observar fácilmente, este concepto utilitarista de la novela deriva de forma directa del naturalismo pero, como ya hemos aclarado otras veces, la visión del mundo de nuestro autor y la relación individuo-mundo que establece en sus obras se aparta totalmente del naturalismo zolesco.

(271).- F. Trigo, Socialismo individualista, p. 123.

(272).- Carta recogida por Dolores Gómez Molleda, op. cit. p. 383.

(273).- F. Trigo, Jarrapellejos, p. 300.

(274).- G. Lukács, La novela histórica, México, Era, 1.971 (2ª ed. en español pp. 208-284).

(275).- L. Goldman, Para una sociología de la novela, Madrid Ayuso, 1.975, (2ª ed.) p. 33.

(276).- Para Felipe Trigo, la clave de esa armonía radicaba en que "la inteligencia se vuelva hacia aquel1os instintos fundiéndose con e1los", y entonces "la vida misma, integrada quedaría capacitada para considerarse como un armónico tesoro". Felipe Trigo, Sí sé por qué, pp. 260-261.

(277).- L. Goldman, op. cit. p. 36.

(278).- F. Trigo, El amor... p. 267-268.

(279).- Cfr. Ángel Martínez San Martín, La narrativa de Fe1ipe Trigo, Madrid, C.S.I.C. 1.983, p. 159.

(280).- F. Trigo, Jarrape1lejos, p. 2.

(281).- F. Trigo, Pró1oqo a murió de un beso, p. LXX.

(282).- Cfr. especia1mente F. C. Sáinz de Rob1es, La promoción de "El Cuento Semanal" (1.907-1.925), Madrid, Espasa-Ca1pe, 1.975 pp. 94 y ss.

(283).- Ibíd. pp. 53-93.

(284).- Cfr. V. M. Aguiar e Silva, Teoría de la literatura, Madrid, s 1.972, p. 243.

(285).- Loc. cit.

(286).- La A1tísima y Los abismos habían sido publicadas previamente corno novelas largas y, para dar prestigio a la colección, el director de La novela corta, José de Urquía, permitió su adaptación a las condiciones de esta nueva colección de re1atos cortos.

(287).- G. Lukács, op. cit. p. 82.

(288).- Ibíd.

(289).- F. Trigo, Jarrape1lejos, p. 300.

(290).- F. Trigo, Sí sé por qué, p. 261.

(291).- F. Trigo, Alma en 1os labios, p. 60.

(292).- F. Trigo, Las ingenuas, p. 193.

(293).- F. Trigo, Alma en los labios, p. 31.

(294).- F. Trigo, Sí sé por qué, p. 263.

(295).- Cfr. F. Trigo, En los andamios, p. 119.

(296).- F. Trigo, El médico rural, p. 36.

(297).- Ibíd. p. 37.

(298).- F. Trigo, La clave, p. 30.

(299).- F. Trigo, En los andamios, p. 15.

(300).- F. Trigo, La bruta, p. 325.

(301).- F. Trigo, Prólogo a Sor Demonio, p. 3.

(302).- Ibíd. p. 9.

(303).- F. Trigo, Las ingenuas, p. 8.

(304).- F. Trigo, En los andamios, p. 15.

(305).- F. Trigo, Las ingenuas, p. 263.

(306).- Así define nuestro autor a este tipo de mujeres : "Luz, Flora, Maria Montilla (...) ¡Pobres ingenuas, que se daban o no se daban por amor, (esto dependía de la ocasión) que se casaban o no después (esto dependía de la suerte... ¿eran ellas las malas, o era el mal alguna cosa horrible y superior a ellas...?. Las ingenuas, p. 345.

(307).- Se ha insistido mucho en que Las ingenuas eran una simple imitación de la novela de Prevost, Les demi vierges, pero, según hemos podido comprobar con la lectura de esta novela, las coincidencias se limitan a una simple comparación entre la ingenua, propia de una sociedad arcaica como la española, y la demivierge, joven avisada de la sociedad española. La ambientación y el tono general de cada novela son totalmente dispares. La edición consultada por nosotros está fechada en París, Alfonso Lemerre, 1.894.

(308).- F. Trigo, El amor... p. 127.

(309).- F. Trigo, Las posadas del amor, p. 43.

(310).- F. Trigo, La Altísima, p. 266.

(311).- F. Trigo, Prólogo a Murió de un beso, p. 71.

(312).- E. Zola, El naturalismo, (Ed. de Laureano Bonet), Barcelona, Península, 1.973, p. 43.

(313).- F. Trigo, Carta a D. Miguel de Unamuno, recogida por Dolores Gómez-Molleda, op. cit. p. 385.

(314).- F. Trigo, La Altísima, p. 252.

(315).- Cfr. especialmente F. Trigo, "El emotivismo", en Revista Nueva, diciembre, 1.899, recogido en la ed. facsímil de José Carlos Mainer, Barcelona, Puvill, 1.979 pp. 219-224 y 291-298.

(316).- F. Trigo, Jarrapellejos, p. 35.

(317).- F. Trigo, Las ingenuas, p. 85.

(318).- F. Trigo, Alma en los labios, p. 122.

(319).- F. Trigo, Las ingenuas, pp. 34-35.

(320).- F. Trigo, Los abismos, p. 109.

(321).- F. Trigo, El Médico rural, p. 298.

(322).- F. Trigo, En la carrera, p. 294.

(323).- Ibíd. p. 293.

(324).- Ibíd.

(325).- Ibíd. p. 294.

(326).- F. Trigo, La Altísima. pp. 7-8.

(327).- F. Trigo, En la carrera, p. 9.

(328).- Cfr. Todorov, Literatura y significación, Barcelona, Planeta, 1.971, especialmente el capítulo l.

(329).- Luis López Ballesteros, "Una curiosa página literaria", El Día, 2-V-l.917.

(330).- F. Trigo, El amor... p. 250.

(331).- Ibíd. p. 252. .

(332).- Cfr. Silvia Burunat, El monólogo interior como forma narrativa en la novela española, Madrid, Porrúa, 1.980.

(333).- F. Trigo, Murió de un beso, pp. 22-23.

(334).- F. Trigo, Alma en los 1abios, p. 168.

(335).- F. Trigo, La bruta, pp. 19-20.

(336.).- F. Trigo, La Altísima, p. 140.

(337).- Ibíd. p. 141.

(338).- F. Trigo, Sí sé por qué, p. 259.

(339).- F. Trigo, Jarrapellejos, p.24.

(340).- Ibíd. p. 245.

(341).- F. Trigo, El amor... p. 270.

(342).- Apud Laureano Bonet, Benito Pérez Galdós: Ensayos de crítica literaria, Barcelona, Península, 1.972, p. 166.

(343).- Cfr. Darío Villanueva, op. cit. V. I, p. 3.

(344).- Benjamín Jarnés, Cuadernos literarios, Madrid, 1.927 p. 35.

(345).- Para un estudio detallado de las ideas estéticas y el estilo de Baroja, véase Biruté Ciplijauskaite, Baroja, un estilo, Madrid, Ínsula 1.972.

(346).- F. Trigo, El amor... p. 273.

(347).- Ibíd. p. 274.

(348).- Ibíd. p. 275.

(349).- F. Trigo, La Altísima, p. 264.

(350).- F. Trigo, Murió de un beso, p. 112.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

APÉNDICE

Artículos de Felipe Trigo

LAS PLAGAS SOCIALES

I

Desde el espiritualismo antiguo, la inteligencia humana va cayendo, en su marcha por el tiempo, como el río que se despeña, en el materialismo; fatalmente, por la condición de su cauce, que es la verdad. El mundo fantástico de las religiones empieza a desvanecerse y el hermoso horizonte del porvenir ostenta ya una ciencia hermana de la filosofía de la realidad, o de la realidad misma, mejor dicho; la cual ciencia, siendo hoy el elemento de muerte que se ha introducido en la sociedad actual, constituirá la base inconmovible de las sociedades futuras.

La moderna economía política producirá una revolución universal. A su descarada luz, casi matemáticamente, se está haciendo una crítica rigurosa del presente y del pasado de la de ambos, ya sin la sombra de opresores ideales falsos, por fuerza han de ser juzgados de modo distinto que hasta aquí. Descartados nuestros juicios de sobrenaturales influencias, sonó la hora de culpar, no al hombre, sino a las instituciones de los infortunios del hombre; la de pedir y esperar sólo del cambio de aquéllas el bien de la humanidad.

Así es, ciertamente; informada la sociedad por un principio absurdo, él desarmoniza todas las actividades. Sabido que existe otro principio capaz de sustituir a aquél, y se puede además cambiarle con facilidad relativa, los hombres amantes de la justicia y de la felicidad humana deben aceptarle y defenderle, aun cuando no sean víctimas o les alcancen poco los terribles efectos del desequilibrio social.

Una mal régimen para una sociedad es un veneno que inficiona y corroe parte por parte, átomo por átomo, todos los suyos. Basta, pues, en rigor que el actual régimen sea malo, para que esté condenado a desaparecer. Animados a desproporción los distintos miembros, loco sería esperar en el conjunto ni la unidad ni la armonía. La sociedad de hoy es un compuesto heterogéneo en donde todo lucha entre sí. ¿Se concibe vida para un extraño animal, cuyas patas desobedecieran a la cabeza, y ésta siempre ordenase lo distinto que pedía el estómago?

Sí; que dos clases existan a guisa de antagónicas en la sociedad es suficiente para que al morir la una hollada por el peso de la otra, las dos caigan. Si la burguesía, la clase totalmente dominadora, es la cabeza, el pronóstico está hecho: la sociedad morirá de congestión cerebral. Que el monopolio crece, que el explotado lo es más cada día,

que la ciencia se corrompe y hasta el arte yace prostituído a los pies del capital, del dios absoluto... es que la muerte se acerca.

La sociedad en que vivimos es la depresora de todo, lo mismo del corazón que del entendimiento. Pretende aún dominar la Naturaleza, sobreponerse a ella. En vez de ser el artificio que se acomoda a las necesidades naturales; quiere ¡insensata! moldear éstas sobre las rudas aspe- rezas de aquél: de ahí sus vicios, de ahí su hipocresía. Hipocresía y vicios que a todos alcanzan, que son generales, pero que en la clase dominante cuentan sus sacerdotes y adoradores.

Ahora bien: ¿Qué es el vicio?.. La más directa consecuencia de la propiedad privada, pese a los moralistas que otra cosa digan. La miseria lo engendra a veces, pero la miseria es efecto de la propiedad individual. La consideración debida al propietario por su valor social es otra causa del vicio. ¿Queréis purificar la sociedad? pues no hagáis una horca para cada ladrón; es preferible no hacer ladrones. "Cuando se entrega hoy -dice Blanc- un hombre al verdugo, si preguntáis por qué, se responde: porque ha cometido un crimen. Y si preguntáis en seguida por qué este hombre ha cometido un crimen, no se responde nada".

Sólo exterminando la humanidad, a ser posible, ya pudiera un sistema represivo acabar con los males presentes. Pero no se trata, para adelantar algo, de castigar: se trata de prevenir; de arrancar la raíz funesta que emponzoña la vida, no de segar vidas emponzoñadas. El ideal de la Medicina es destruírse a sí propia por inútil volviéndose toda higiene; el ideal de las leyes que castigan debe cifrarse en su transformación en leyes de simple orden. ¡Mal va para esto una sociedad que tras de producir el crimen produce la venganza!.

Propiedad privada: borrad esa frase de todos los códigos, y para siempre quedarán establecidas la justicia, la libertad y la fraternidad universales. ¿No lo hacéis? Mirad el resultado: el mendigo, la prostituta, el asesino... el vicio, las plagas de la sociedad, en una palabra.

En pequeños artículos sucesivos haremos desfilar ante los ojos del lector los principales tipos de infamia, obra del régimen social presente.

(El Socialista 17-8-88)

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

EL BANDIDO

II

He aquí una de las figuras más repugnantes que produce la sociedad actual. He aquí la que más legítimamente es su obra.

El bandido es el hijo inevitable, el doble hijo, si vale expresarlo así, de la herencia. Nadie se libra del influjo de tal derecho: Quien no hereda millones, hereda miseria y deshonra: lo que el bandido.

Mirad allí: en el rincón más lóbrego de aquél calabozo, cuyas piedras gotean la humedad, encima de la paja que se extiende sobre un charco del suelo, bañado apenas por la plomiza luz que filtra un ventanillo entre sus barrotes de hierro, se mueve algo... Es una especie de animal, cuyo rostro parecería fiero, si antes no pareciese totalmente estúpido. No está desnudo pero no está vestido. Sobre el cuerpo tiene una camisa hecha jirones por los que se ve su carne arrugada y negra; le ciñe un guiñapo en forma de faja

sobre la cintura de un pantalón roto de alto en bajo. Mira, y sería aventurado afirmar que ve; no se mueve; apenas si respira. Es viejo, su faz asquerosa, su cabeza cana.

¡0h! ¿Es un salvaje? ¡Tiene facha de hombre!.

En efecto, es un condenado a muerte.

¿Qué ha hecho?

Muchas muertes, muchos robos.

El robó unas veces por costumbre, otras para comer, y algunas mató porque hacía tiempo que no mataba a nadie. Generalmente su casa fue el presidio; no ha tenido familia ni siquiera amigos: cuando se dio cuenta de la vida se halló solo en el mundo. ¡Solo y sin otra cosa que hambre, fuerza y un instinto brutal!.

Este ser, más envejecido por la privación y la miseria que por la conciencia y los años, ha cumplido su fin en la tierra. Su destino fue matar, su suerte morir.

Pero la fatal sentencia que el día antes oyó leer a un hombre negro fue escuchada con impasibilidad; únicamente, después de oírla, se tendió por su cara el velo de idiotez reemplazando a la ferocidad que había ostentado. Iba a morir y ninguna falta le hacía, pues, la ferocidad contra la muerte: sólo era indispensable entre los hombres.

Cuando el nuevo sol brille derrochando en los espacios sus caudales de luz, el miserable preso va a ser recibido por una multitud alegre y gozosa extendida en una plaza soberbia. Descollando por lo alto del oleaje de cabezas humanas hay un tablado; encima un palo, un collar y un verdugo.

El reo domina el gentío sentado en el banquillo de la muerte. Quizá piense, al contemplar la muchedumbre, que sus semejantes han ido allí para excitar la vez última su desprecio. Un sacerdote pronuncia varias palabras que no escucha y le presenta una cruz que besa con tal de que le deje tranquilo de exhortaciones. El ejecutor de la justicia se acerca; ¡Cómo contempla el infeliz a otro hermano suyo, repugnante cual ninguno de su gran familia!.

El reo lanza una postrera maldición al mundo, que el corbatín de la horca estrangula cuando deshace su garganta.

Ya ha muerto. Ya es feliz. Ya salió de la sociedad. ¡Qué largo tiempo estuvo en ella!.

Lo que queda, el cuerpo frío apretado contra el palo, la cabeza amoratada, que muestra una lengua descomunal por la abierta boca, ¿es acaso una mueca de horrible burla hecha a la impotencia de la justicia humana?

La infamia del muerto ha vuelto a su origen: a la sociedad cobarde que se reunió para asesinar un hombre. ¡Cuánta vergüenza! ¿Y a esto se le llama civilización?..

Cínico fuera llamar civilizada a una sociedad en que los hombres que hacen las leyes se acercan al recién nacido y le preguntan: "¿Tienes dinero como nosotros? pues si lo tienes ven a nuestro lado, serás verdugo. -¿No lo tienes? iAh! prepárate entonces a pelear, porque serás víctima. Sabemos que la educación te tornaría útil; pero ¿quién diablos ha de educarte si has cometido la brutalidad de ser hijo de pobre? esto, amigo mío, es indisculpable. ¿o pensabas tú que la educación no cuesta dinero?.. En fin, tú eres libre, edúcate como quieras o puedas, y ten, sobre todo, mucho cuidado con la horca".

El que nació es hijo de un ladrón. Pudiera ser bueno, pero su padre, que ni sospecha el bien siquiera le enseña a malo, y aprende: y aprende a quitar un pañuelo, como pudiera aprender la primera letra de un cartel.

La sociedad observa esto y se encoge de hombros.

Más adelante el chiquillo crece Y vaga por las calles revolcándose en el lodo.

La sociedad se para entonces a mirar qué hace, Y exclama: ¡Aún no me estorba!.

Luego, el muchacho, un día, con más hambre que nunca, roba.

La sociedad dice: ¿Ya empezamos?.. Bueno: a la cárcel.

El niño se ha hecho hombre. Ha salido de la cárcel, Y para comer no tiene más que su sambenito de presidiario; pero siente hambre Y roba aprendió también que su crimen descubierto se castiga, Y mata para hacer callar.

Y dice la sociedad: Ya incomoda. A ver, al verdugo.

Y el que muere así, no es ciertamente un hombre, sino un desheredado. Lo mismo mataría esa sociedad al que hizo sus leyes, si éste en vez de nacer de un rico hubiese venido a la vida por capricho de la suerte, de las entrañas de un pobre: total, que en caso semejante, hubiese habido un leguleyo menos y un asesino más.

. . . . . .

En medio de la luz de este famoso siglo de las luces, como en las tinieblas de los anteriores, vive una raza despreciada, proscripta. Una raza de hombres que se cazan como bestias dañinas, que matan y mueren como tigres. Poco monta en verdad, para remediar tan triste mal, la reforma política, que jamás penetra en la necesidad fundamental de la economía, donde exclusivamente reside el foco de toda la inmoralidad, según iremos demostrando.

El Socialismo, que iguala los derechos de todo ser que nace ante la riqueza borrará así y de un golpe el tipo social que hoy es la mayor deshonra de la nobleza

humana, y el ultraje que se quiere estampar como afrenta en la altanera frente del progreso. La cárcel que ahora envilece la criatura, será algún día casa comunal donde la enseñanza, función trascendentalísima del Estado, se difundirá con fe profunda y atención sin límite de la ley. Previamente formada la conciencia del niño, empleada la adolescencia en serios estudios científicos o provechoso aprendizaje para la agricultura, la industria y las artes, el Estado se encargará de distribuir el capital social al hombre, que con sólo haber nacido en la sociedad adquirió desde luego los títulos del derecho indiscutible al capital social.

¿Quién entonces, con las necesidades de la vida cubiertas, pensará en el robo? ¿Para qué robar? ¿O roba el hambriento por capricho?

Mientras esto no suceda, cuando se oiga reclamar a la burguesía contra el bandolerismo, y se hable, como remedios, de hospicios y asilos de niños desamparados, pruébese la completa ineficacia, de UR modo palpable y parecido a la respuesta de Sócrates, que anduvo cuando le negaron el movimiento: mostrando al bandido. Ahí está, decid: vuestro remedio no sirve. y si os pide alguno cualquier profundo filósofo, estad convencidos de que le ofrecéis un grande y elevado lema en estas pequeñas y vulgares palabras:

¿Queréis paz?.. Dad pan.

(El Socialista 31-8-88)

III
EL DIPUTADO

No es en realidad figura genuinamente social la del diputado, por cuanto pudiera dejar de existir aun sin alterar los principios fundamentales del actual régimen; pero de tal manera influyen en el diputado estos principios, que, sin ser ellos inevitable consecuencia, le hacen cuando menos merecedor de un ligero estudio; para lo cual hemos de considerarle, no como debiera ser, sino como es dentro de la enmarañada organización burguesa.

A la inversa del bandido, para quien la sociedad puede conceptuarse plaga, el diputado es plaga de la sociedad: le debe únicamente bienes; le devuelve males sin cuento. El odio del bandido se disculpa con el injusto e inmerecido abandono de sus semejantes:

¿Qué es un diputado?... Un hombre rico. Cualquier capitalista, sin excepción puede ser diputado; cualquiera. De dos candidatos se llevará siempre el distrito el que más gaste, aunque, siendo un reaccionario, sus electores sean republicanos y el presunto derrotado el mismo genio de la República; y junto al dinero, tampoco servirá de gran contrapeso la sabiduría: lo palpable rechaza inútiles pruebas, que en otro caso nos bastaría recordar el triunfo de un millonario tartamudo sobre un pobre grande hombre español. Una lucha electoral representa una subasta de ideales: Por diez duros se vuelve conservador un liberal, por doce absolutista... hasta la votación próxima.

Hemos hablado de ideales y debemos rectificar: De modelo en el tipo que bosquejamos nos sirve el de la generalidad de los diputados (modelo característico, así por mayoría en número, como por ser creaciones especiales del capital). Ahora bien: Estos ni tienen ideal ni siquiera ideas. Se encuentran políticos de la noche a la mañana, igual que se encuentran propietarios por razón de herencia. ¿Cuáles ideas profesan?.. Aquí del apuro; lo que es ideas no se sabe a punto fijo, pero como sus padres eran fulanistas, y fulanistas los amigos de sus padres, y defensor de don Fulano el periódico que leían desde que tenían pocos años... por costumbre, por instinto, por todo, están en las filas del excelentísimo señor don Fulano de tal.

Mal acabada, en fuerza de recomendaciones, oro y tiempo, la carrera de abogado, (y dichoso quien contarlo pueda), saben de leyes y derecho cuanto aprenden en periódicos, y saltando de la concejalía del pueblo a la diputación de la provincia, donde de los escribientes respectivos aprendieron cuatro vulgaridades de expedienteo, adiestrándose al compás en el modo de complacer a los amigos, acaban por padres de la patria, quizá tan limpios de barba como seguramente vírgenes sus molleras de legislación y otras majaderías. Y allá van, allá van estos felices mortales a ocupar su sagrado puesto en el templo de las leyes, donde, de entre todos, se levanta un ministro que les habla un lenguaje desconocido y extraño, proponiendo intrincadas reformas en altos y endiablados asuntos de jurisprudencia, guerra, marina... Asuntos y lenguaje que ellos no entienden ni entenderán en la vida, porque no es justo pedir peras al alcornoque, ni filosofías o cosas de guerra a pobres diablos, tan pacíficos como ajenos a la ciencia de Platón y todas las ciencias habidas y por haber; pero, en fin, mañana será otro día y siquiera por saberlo procurarán leer lo que la prensa juzga de las reformas del ministro (y se enterarán de paso qué se propone reformar). Den los diputados caminos y carreteras a sus provincias: sobre que el tráfico lo necesita, media docena de amigos

harán de tales caminos los de sus fortunas: no sirven para más en la Cámara, sirven para bastante.

¡Qué mucho! No es la Cámara, no, el escenario del diputado vulgar. Vedle en su provincia: mirad y admirad en su provincia el poder invencible del diputado. Ni hay autoridad superior a la suya, ni recomendación tan decisiva, ni ... Un alcalde encausado por malversación de fondos: di putado al medio, papeles rotos y alcalde libre. Un juez que hace justicia: destitución del juez. Un chico pariente que, para fumar, desea un sueldecillo: fuera de la oficina ese llorón de padre de familia, que allá va el chico. Una viuda elegante y guapa que desea una pensión: pensión a la viuda. Ciento cincuenta caciques de aldea que quieren librar de quintas ciento cincuenta hijos: epidemia de tisis por ocho días.

. . . . . .

¡Cuánto tuviera esto de risible si no tuviese más de lastimoso!.

El capital, con sus áureas olas arroja de continuo a los Parlamentos una turba de hombres que dicen representar al1í el voto libre del país; y el país en tanto, comprado, y así esclavo hasta en sus caprichos, libre tal vez se imagine, ya que no pueda imaginar que sólo de la instrucción, ajena a él en absoluto, puede nacer la libertad. ¡Libre, libre la sociedad! ¡Libres las naciones! ¡Libre el ciudadano, cuando de su elección no espera sino el pleito fallado en su ventaja o el robo que le han de dejar impune! ¡Libre España, cuando más de las dos terceras partes de electores ni conocen el nombre de los partidos, no ya sus fines y trascendencias, que acaso se ocultan para todos!... iAh, libertad, cómo te ultrajan!.

Desgraciadamente, tan exacto es lo que decimos, que aunque en muchos pueblos nos haya extrañado encontrar funcionarios públicos que ignoraban cuál fuese el entonces actual jefe del gobierno, sí, nada más, bien enterados de que mandaba el diputado suyo; el colmo de la admiración llevó a nuestro amigo a tropezar con hombres importantes con quienes se carteaban las eminencias de la política, los cuales, en plena dominación canovista, por ejemplo, preguntan cuándo suben los conservadores... (¡!). Y, lo repetimos, eran hombres que poseían, expresamente dirigidas a ellos (razón de la importancia), cartas... de Ruiz Zorrilla, que recordamos más pronto y para citar uno. En un político, tanto habla esto en su loa como en la de un médico que piense que la anatomía se ocupa de heráldica. Parece increíble, pero así es la libertad y sus hijos al cabo de los siglos XIX. Un supremo jefe de partido que mima a los grandes capitalistas, una turba de necios que le rodean a la expectativa del lucro, una avalancha de estúpidos

electores (contribuyentes: sine qua non) que a su vez rodean a aquellos necios movidos por la esperanza del provecho personal, y todos, al fin, sumisos y arrodillados, sabiéndolo o sin saberlo, delante del poderoso millonario: esa es la política. Ved al capital apareciendo siempre como una sombra tétrica que todo lo invade, lo corrompe, lo destroza.

(El Socialista 21-9-88)

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

IV

EL BORRACHO

Como la obrera no es una mujer, como sus labios de grana, sus inquietos ojos, su hermoso cabello, su sangre que azula en flexibles líneas su nevada piel, no son sangre, ni ojos, ni carne, ni nervios hechos por Dios o el acaso para estremecerse de dicha y vibrar con la pasión, sino que todo aquello, su belleza y su cuerpo, son fuerza, son actividad, así el operario no es un hombre: su cerebro como su corazón, toda sobra o no hace falta más que para mover sus músculos.

Una mujer, según el trabajo, es una máquina de hilar, una máquina de coser, por cierto más barata cuanto más imperfecta que otra máquina de hierro hecha para competir con ella; un hombre es un artefacto para conducir minerales, una pieza que completa un atado, cualquier cosa menos un hombre. Es inútil que la mujer de la fábrica tenga sentimientos; es necio que el esclavo del taller sienta ideas bajo el cráneo: la sociedad no pide esto, quiere trabajo. El capital no necesita el talento o la virtud para medir al asalariado; le basta un dinamómetro. Porque los pobres no deben ser inteligentes ni sensibles, sí instrumentalmente activos: un obrero es una máquina viviente lanzada al mundo con el exclusivo fin de ser explotada en el trabajo útil; el estudio del hombre y la mujer trabajadores ha cesado, pues, de pertenecer a la antropología para asimilarse a la Mecánica.

Pero aquí se presenta vigorosa y enérgica la lucha de la naturaleza con el artificio, lucha desigual, en que constantemente sale derrotado el último y casi destrozada la primera. iOh capital, mira cómo puedes sustituir el corazón y los nervios del hombre por un cuerpo de bomba y un sistema de correas, porque, si no, jamás serás lo que pretendes!.

Suprimir las manifestaciones vitales es imposible sin suprimir antes la vida, y a pesar de las conveniencias de la explotación, el pobre vive; en su lenguaje interior sin forma no cabe duda que se pregunta incesantemente: "¿Qué es vivir?". Y de igual manera se contesta: "Si sólo es comer, dormir y moverse, ¿por qué otros gozan del ateneo, del viaje, del teatro, derrochando en esto lo que a mi me falta para la vida? Y si es vida también el sentimiento y la inteligencia, ¿por qué entonces no puedo yo satisfacer las necesidades de mi inteligencia y mi sentimiento?".

¡Triste argumentación!

Un grupo de obreros sale de la fábrica a la hora en que las calles de la gran capital ostenta más esplendoroso el lujo. Ellos han pasado el día tiñendo cintas, haciendo telas, barnizando coches; pues allí encuentran a los que van y vienen del paseo en los coches, las ricas telas y las vistosas cintas, cuyos delicados matices quizá envenenaron al infeliz teñidor, formando a la sazón un conjunto agradable y lúcido por quienes con el mismo desdén los atropellan bajo las ruedas ni más ni menos que si no les debieran absolutamente todos sus adornos y comodidades. Si alguno de los obreros piensa así, tal vez le hiere la súbita intención de abalanzarse al vistoso landó y estrangular al dueño... pero, no; tiene muy cerca un guardia de Seguridad personal; es preferible dejar de pensar, para dejar de sufrir... ¡Un jarro de aguardiente! ¡Fuera ideas!.

El grupo se deshace. Uno de los que lo componen llega a su tugurio, situado frente a un palacio por cuyas ventanas sale el rumor de la orgía. En cambio, sobre el frío suelo halla el mísero algunos ateridos hijos que no tienen pan y lo piden, acaso una mujer enferma sin medicinas, y quién sabe si un cadáver sin caja. Él tiene algunos céntimos, pero cuando vuelva a la calle a comprarlo todo y observe que le falta aun para adquirir lo más indispensable, le asaltará en su locura el fantasma de la muerte que le invita al reposo, y temblará, y rechazándolo se espante exclamando y pensando en su familia: ¡Qué seria de ellos!.. Mejor es un vaso de aguardiente que le permita guardar entre risas un día más afortunado.

Dormirá borracho por sus penas, como dormirán borrachos por su eterno fastidio los de enfrente, los del palacio, los que están hartos de livianas sonrisas y de no hacer nada. Veremos si luego son ellos más felices. ¡El alcohol iguala a todos, por fortuna!.

Donde la embriaguez sea general, de seguro reina la desgracia. Por la cual razón, las grandes poblaciones, donde la explotación es inmensa, las aldeas, donde todo rudimento de vida intelectual falta, son las que más borrachos contienen.

Y bueno es consignar que el borracho no es sólo el pobre a quien sus necesidades abruman, el rico que se hastía de placeres y el labriego que en sus días de fiesta no sabe qué hacer del tiempo: si al primero el capital le hizo mártir, al segundo vago y al último animal satisfecho, todavía sobre la existencia de otra clase de hombres arroja su levadura amarga. Ved ese propietario que sus negocios conducen a la bancarrota; peleó y se afanó por salvarse de la ruina, pero ya, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, se emborracha, intentando pintar con alegría falsa la odiosa faz de su mala ventura. Mirad este joven que envanecido por las adulaciones de la gratitud a su riqueza, cual nuevo grande hombre de provincias, viene a la corte y ve en

poco tiempo destruidas sus quiméricas ilusiones de gloria... Él se emborracha para resistir la herida de su orgullo. Notad aquél grande y admirado poeta cuya viciosa educación dilató su fantasía, colocando dentro de ella un mundo ideal que más tarde busca en vano por el mundo de las cosas: Esto al principio le hizo romántico, después irónico y ahora... borracho. Imaginad al ser ignorado que en sus recónditas soledades se siente abrasar en el fuego vivísimo del genio, y que, sin alas, sin protección, sin dinero, contempla el camino vulgar de su vida, a que para siempre está sentenciado, desde la excelsa altura de sus grandes y estériles pensamientos... ¡Otro borracho!...

Inutilizar la imaginación y la memoria para reducir la conciencia de la vida a la fugaz impresión del animal sin raciocinio, es en el desgraciado el estímulo que le empuja al embrutecimiento haciéndole pasar por la embriaguez. ¡Un borracho! iBah, no os riais!. Esa figura ridícula que se bambolea ya hace contorsiones llorando y riendo a un tiempo; esa fiera que babeando vino hunde su cuchillo en la espalda del compañero de taberna... iah, eso no es un vicioso, no es un borracho, no es una bestia que gusta paladear el vino!. Del vino no quiere el sabor, que más grato es un dulce y lo desprecia; quiere el aturdimiento. Esa fiera o ese arlequín risible es algo grande, algo digno de lástima, algo digno de admiración y profundo respeto; es ¡una protesta desesperada contra la tiranía! ¡es un espontáneo, poderoso e inconsciente ¡muera! dado al capital por la voz de la sociedad toda!.

Respecto al pobre, que tanto se moteja, ¿no quieren transformarlo en máquina?... Pues ¿qué mal hay en que él ahogue en vino su inteligencia?... y si después automáticamente asesina, la misma responsabilidad debe exigírsele que a una locomotora que desplaza a un hombre entre los raíles.

De la locomotora debe responder el maquinista; del borracho el capital privado.

(El Socialista 28-9-88)

.

V

LA PROSTITUTA

Si queréis saber cuánto de hip6crita tiene la sociedad en que vivimos, arrojad de improviso a sus moralistas, poetas y sabios el poco menos que divinizado nombre de mujer; luego que hayáis visto alzarse por todos lados un inmenso himno de alabanzas al

ser que forma la ilusión y el encanto de la vida; a la creación adorable, mitad bella del género humano, conjunto sublime de abnegación, bondad y virtudes; a la dulce madre, a la esposa enamorada, a la hija mártir; luego que ante la mujer miréis de rodillas a la fuerza, al valor, al genio, señalad la cama del hospital donde se pudre la prostituta, y gritad: ¡miserables, vuestra adoración es una vil mentira!.

Mentira, a menos que esos melados apologistas crean que las prostitutas no son mujeres, sino que forman una extraña raza creada por la sabia Providencia para apagar deseos en los hombres de fogoso temperamento. El concepto social de la mujer no está representado en el caballero andante de las tradiciones, cuya espada socorría al débil por amor a la justicia; está, por el contrario, interpretado en el legendario burlador de amores, en el trovador sin conciencia que ama por egoísmo y escarniza por hábito: ese concepto no es D. Quijote, el generoso loco que excita la universal hilaridad; es D. Juan, es Byron, el infame aventurero que arranca lágrimas a la mujer y al mundo aplauso.

La sociedad, que no acumula para la prostituta todo el castigo, le concede todo el desprecio. ¿Y por qué así? ¿No es quizá una víctima suya, la más digna de compasión entre las que inmola?.. La prostituta no existiría sin el capital privado.

Evoca generalmente la palabra prostitución en el vulgo la idea de mujeres entregadas sin freno al placer, después de haber roto por gustarle todos los lazos de la consideración que las ligaban con el mundo; se cree que la ramera, aun a costa del universal desprecio, se entrega al goce constante de la sensualidad por temperamento, por vicio, por capricho, lo mismo que se da el glotón a los placeres de la mesa sin importarle la burla de los demás. ¡Qué falso modo de ver las cosas!... La prostitución es el presidio peor de cuantos pudiera imaginar un genio del infierno; condena a un aburrimiento insoportable e impone tristísimos y asquerosos deberes que sólo pueden ser sufribles para la mujer que no tenga el valor de quitarse la vida. O qué, ¿creéis que esa joven que en el rincón obscuro de una calle os asalta a media noche con modos provocativos trate de pediros un rato de agradables sensaciones?.. ¡Desistid de ese pensamiento! ¡y cuando la miréis sonreir y entornar lascivamente los ojos, entended que su sonrisa y su mirada no dicen más que esto en último resultado: ¡Caballero, una limosna por Dios!.

¡Una limosna! No quiere más la prostituta. Y si cada parroquiano le fuera entregando el dinero como se da una limosna, sin exigirla nada en cambio, lo agradecerla mucho la pobre mendiga, porque se habría evitado la molestia

incomprensible de su trabajo, y el asco de besar a un viejo baboso después de un tísico y unos cuantos borrachos que la vomitaron encima.

La prostitución es un oficio horrible que tiene, además de sus inconvenientes propios, los que en torno a él establecen las personas honradas. La prostituta no puede salir de día, no puede asomarse al balcón, porque si la viesen las gentes se escandalizarían de haberla visto. ¡Cómo! ¡Una mujer que vende su cuerpo para comer, salir a la calle cuando por ella pasan las mujeres decentes que desprecian el oro de sus queridos, y los esposos y los hijos que pudieran ser reconocidos en pleno día por la prostituta!. De ninguna manera; es preciso que la autoridad vele por el bien ver de las costumbres: la prostitución es vergonzosa y se necesita ocultarla, es un mal social y... Pero si es un mal, ¿por qué la sociedad no lo corrige? ¿Es quizá que para corregirlo, para evitarlo, es indispensable evitar primero la miseria y la ignorancia en que la ley del capital privado sume a la inmensa mayoría de las mujeres? Sí, y dicho se está que la sociedad del capital no hará eso nunca, porque el egoísmo no puede ser generoso. No obstante, si la prostitución es un mal inevitable del régimen capitalista, como lo es el asesinato y el robo. ¿por qué el robo se castiga y la prostitución no?. Es que el ladrón molesta al millonario, a quien roba, y la ramera no le estorba para nada, sino que, por el contrario, le es útil; y la norma de las acciones es simple y únicamente la utilidad: de ahí que si el crimen fuera útil al mantenimiento de las instituciones, el crimen sería protegido oficialmente, como lo está siendo la prostitución, eso tan despreciado, tan vil, tan vergonzoso.

Desde mucho antes que M. Lecky en su European Morals dijese: "La prostituta, tipo supremo del vicio, es al mismo tiempo la guardiana más eficaz de la virtud; sin ella, la pureza respetada de multitud de esposas e hijas estaría en continuo asalto y peligro", ya sabía esto la sociedad, y dándosele un comino de la moralidad, fomentó y protegió la prostitución, encerrándola en determinados sitios adonde acudir pudiesen las pasiones, encontrando un desahogo, y libertando así al amor oficial del matrimonio de un seguro naufragio que hubiese tenido por consecuencia la destrucción de la familia, de la herencia por lo mismo y del capital privado a causa de lo último.

Pero urgía a la vez que la protección para la prostituta, tenerla degradada, a trueque si no de que todas las mujeres imitasen en parte su libertad, destruyendo también la familia; y sin notar la sociedad que el sello de ignominia social paseada al público por la inocencia misma, la escupió en el rostro, hizo de ellas una casta y la

impuso una especial legislación; esto es, legalizó y organizó el vicio, como pudo legalizar y organizar un convento de santas carmelitas.

No era esto más que completar la obra de infamia. Consentir oficialmente a la prostituta ha sido alzarse un poco la mascarilla de la hipocresía, y dejarnos ver con todo descaro cómo la sociedad aplaude que la mujer, el ángel de la tierra de los poetas, venga a quedar convertida en mercancía de baja clase: porque la prostituta es una especie de cadáver galvanizado; ni siente ni padece; no tiene ilusiones; cuando ríe es porque se burla, y cuando llora es porque le pegan; tiene conciencia del menosprecio que inspira y desprecia en pago al mundo entero.

Ese es el estado a que llegan todos los días un centenar de mujeres de la sociedad civilizada, con aplauso del capital, que necesita para la seguridad de la familia, de lo más puro, de lo más sagrado, el apoyo de la prostitución, de lo más inmundo, de lo más repugnante.

¡Brava cosa necesitan por sostén nuestras nobles y altas instituciones!.

"La prostitución es la salvaguardia de la familia" ¡Declaración famosa! ¡Declaración noble del más profundo pensador burgués!.

y decidme, para concluir, burgueses, vosotros que tanto acusáis al Socialismo de prosaico e insensato porque amenaza destruir los goces del hogar tal cual los imagináis vosotros: ¿no os hace temblar alguna vez, cuando besáis la casta frente de vuestra hija, la terrible idea de que un día, por reveses de fortuna, esa hija inocente vaya a ganarse el sustento en una casa de prostitutas?

¡Bien es verdad que vosotros no pensáis jamás en el mañana!.

(El Socialista 26-10-88)

VI

LA ADÚLTERA

Puede en rigor estimarse éste capítulo continuación del anterior, en que tratamos de la prostituta, porque es muy dudoso el límite que separa a ésta de la adúltera.

Mr. Littré define en su diccionario la prostitución de la siguiente manera: abandono a la impudicia y según esto, la mujer pública que se da a muchos con el fin de la ganancia está menos prostituída que la casada que busca el goce casual con hombre

extraño, por el goce en sí mismo. En efecto, si la prostituta y la adúltera cometieran en realidad algún acto censurable, menos disculpa tendrá en la segunda, que no puede presentar como aquella la atención de la necesidad que la impulsa: sólamente que no hay maldad en ninguna de ambas. El adulterio, a la luz de una filosofía noble y despreocupada, sale de la escala de los vicios para ingresar en la de las acciones indiferentes, lógicas y naturales. El adulterio es un crimen porque se mide con una moral artificiosa, no deducida de la naturaleza, sino de las disparatadas exigencias del capital privado (¡Oh, tirano de siempre!).

Como ya dicho queda que ni el asesino, ni el borracho, ni la prostituta existirían sin el régimen capitalista, añadimos aquí que la adúltera es pura creación del capital, y no tendría razón de ser en otra sociedad que la que en él domine. Al capital achacamos desde nuestro primer artículo la culpa de todos los males; y he aquí que de mucha razón que teníamos parecerá monótona, como el caer de la gota de agua, esta constancia en ir demostrando la afirmación en cada tipo que describimos.

Tropezamos en el desordenado transcurso de nuestra tarea con un punto de excepcional interés: el matrimonio. ¿Qué es el matrimonio? La base de la familia, y por tal indirecto modo de la sociedad. Esto lo reconocen todos, y es cierto; el matrimonio es la base casi indispensable, casi insustituible de la sociedad... histórica; o lo que es igual, de la sociedad más infame que se podrá ver el día que se han visto todas. La característica de la sociedad presente y pasada es y ha sido la tendencia al monopolio del mayor número de comodidades en el menor número de individuos. Y como el medio único de conseguir lo es dirigir los ríos de oro por el estrecho de la familia, una inspiración sublimemente egoísta dio a luz, con visos de divino, al matrimonio. Iba directamente al fin (favorecer la herencia y la atracción mutua de corazones... acaudalados); tan directa y bravamente, que para instituirle se hizo necesaria envenenar con el odio recíproco de microscópicas familias la paz y el bienestar de la gran familia humana... y se enveneno, se crearon las clases y jerarquías. Tan briosa y derechamente iba al fin, que se necesitaba atropellar la naturaleza, cuya potentísima voz no cesaba de proclamar la volubilidad del sentimiento humano y la calidad polígama de su amor... y se atropelló la naturaleza forzando contra ella a la monogamia, e imponiendo de paso a la sexualidad una dificultad mercanti1, que no todas las mujeres habrían de estar en condiciones de salvar, aunque la ciencia fisiológica reconoce los mismos órganos especiales en la mujer pobre y la rica, en la fea y la hermosa; semejanza funesta, origen a menudo del martirio o del crimen social.

El matrimonio es un contrato, según todos los pensadores. Pues si la base del matrimonio se pretende que sea el amor, mal contrato cabe entre dos sentimientos espontáneos cuya índole es precisamente la irreflexión: ¡por algo al amor lo pintan ciego!. Tanto valiera exigir convenio previo entre el dolor y el llanto o entre el río que se desborda y la inundada campiña.

¡Poned vallas al río, mas no seáis tan idiotas que maldigáis de su corriente porque destrozó vuestras vallas o saltó por encima. "Tú no puedes amar sino al hombre con quien hayas de unirte para siempre", dice a la mujer la sociedad: ¡Oh, sociedad necia! ¿Y cómo evitarás tú que la mujer se enamore de un hombre a quien no puede unirse, porque ya está unido a otra o porque lo está ella? ¿Debe esa mujer entregarse a su amor obedeciendo a su naturaleza, o ahogarlo, disimulándolo si no puede y convirtiéndose así en hipócrita por obedecerte?... ¡Sociedad, sociedad, ese amor puede ser el río y romper tus frágiles murallas!. Y como el río que rompe el dique sólo demuestra la falta de poder de quien lo construyera, así la adúltera, lejos de ser una criminal, es sencillamente una demostración palpable de lo impoderosa que tú eres para luchar con la naturaleza, intentando sobreponerte a su fuerza colosal con las mezquindades de tu conveniencia.

Hay, sin embargo, adulterio innoble; pero debido siempre a la ambición despertada por el efluvio maldito de la horrible preponderancia del capital y por la bastardía que la fórmula del matrimonio ingiere en esa unión eterna de los individuos de distinto sexo: el adulterio, por ejemplo, entre otros, de la hermosa joven que se entrega, a un viejo millonario. ¿Pero se concibe imprudencia y falta de moralidad mayores que las cometidas por la sociedad al sancionar esta peligrosa unión cuando de suponer es que abrasados bullen los amorosos instintos en el corazón de la virgen y las poéticas ilusiones de la belleza en su cerebro? ¿No es esto una prostitución igual que la de las casas públicas, y honrada sin embargo, porque así lo quieren los millones del marido?. Sí. Más repugnante fuera en esa mujer, que el adulterio, una fidelidad tan sólo conseguida a costa de haber sabido ahogar el corazón, lo que de hermoso tiene la existencia, por un miserable montón de oro.

El adulterio, en último resultado, es mal., por cuanto es engaño, traición, perjuria. No obstante, ¿quién tiene la culpa de que así sea mas que la sociedad, que obliga a jurar lo que no es verdad o no puede cumplirse?. Si alguno jura vivir cien años, el insensato no será él, aunque se muera a los cincuenta, sino el que le acuse por haberse

muerto después de jurar lo contrario. Así el crimen de adulterio recae en la sociedad, no en la adúltera; y la criminal no es ésta, sino aquélla.

Es clarísimo lo que llevamos dicho. Tanto y tan verdad, que así lo reconoce, coincidiendo de obra en este punto con nuestras reflexiones socialistas, la clase del privilegio: preguntad si no a las bellas esposas y serios maridos del gran mundo.

Ahora sí, que reconocido de obra, hay que rechazarlo en teoría: ¿qué fuera, en otro caso, del matrimonio, de la familia y de la sociedad capitalista? Ese es el único defecto del adulterio, la hipocresía.

Nada, es preciso ser hipócritas. Lo quiere el capital privado. Como quiere también que el adulterio cueste a veces horribles y sangrientos dramas.

(El Socialista, 9-11-88)

.

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

VII

EL PERIODISTA

Desde el punto de mira de la crítica merece atención poderosísima el periodista, cuya influencia es enorme en el mundo civilizado. La prensa, en lo abstracto de su significación, esto es, fuera de su realidad presente, aparece como un alto y respetable poder, grande y avasallador cual ningún otro. Es la prensa el trono sublime desde el cual el libre sentir de la humanidad y el libre pensar de la filosofía esparce sus rayos clarísimos de luz por la ancha superficie de la conciencia universal; es el poder más noble de cuantos aspirar pueden al gobierno de las voluntades, porque hablando a la razón en su lenguaje y reconociendo así tácitamente la dignidad humana, derivada de las facultades de la inteligencia, no atenta a la libertad y excluye, por lo mismo, lo que de violento traen sin remedio aparejado los demás poderes, desde el de la ley hasta el de la autoritaria orden.

El progreso, que contra el deseo de las aristocracias va nivelando a los hombres y haciéndoles entender que no es el derecho divino, sino el humano derecho; que no es la fuerza, sino que es la idea; que no es el fusil y sí que es el pensamiento el soberano rey de estas generaciones, en cuya atmósfera flotan los condensados vapores de la

igualdad; ese progreso ha prestado al pensamiento, a la idea, al derecho, las alas de la universalidad, haciéndolas brotar de entre las ruedas y planchas de una máquina, en forma de hoja impresa, de periódico. Y allá van, allá vuelan y se cruzan y se esparcen e inundan la tierra esas corrientes misteriosas de la razón, prendiendo en los cerebros y conmoviéndolos de modo imperceptible, para incendiar las imaginaciones, como se incendia un campo de seca hierba con las chispas que de una hoguera arrebata el viento, y para hacer cada vez más grandes la verdad, la luz, conforme se hacen más pequeños el error, la sombra.

Y no es sólo la prensa cátedra del progreso en donde la idea nueva y la verdad científica brillan creándose partidarios fervorosos; agrúpanse, junto a este fin principalísimo, otros mil que vienen a convertirle en nuevo Argos cuya múltiple mirada se fija en todo aquello que puede interesar al bien común: favorecer la industria, fomentar la agricultura, propagar las artes, enaltecer al genio, velar por la justicia, protestar la tiranía, descubrir el vicio..., servir, en una palabra, al adelanto y la moralidad sociales, educando la opinión que domina en absoluto: ese es el fin de la prensa.

Más lo primero que se necesita en la sociedad para que todo lo anterior sea un hecho, es lo que precisamente falta: la ilustración de las masas, sin la que es imposible una opinión sensata. Y careciendo de Juicio, careciendo de criterio el público en general, no se concibe que las ideas presentadas solicitando público fallo por el intermedio de la prensa, lo reciban de otra cosa que el capricho necio o la seducción engañadora. Y de cualquier modo, ¡qué vergüenza! ¡qué de peligros para la justicia!.

Esa ignorancia es la que está consintiendo que el periodismo yazga en el fondo cenagoso de los oficios más libres, la que no repugna que la prensa, soberana de la opinión, esté reducida a ruin servidora del egoísmo, a cuyos pies dispone hecho pedazos el cetro de la razón humana. y es que el nivel moral de la sociedad se revela de un modo exacto en la prensa, como se revela de un modo exacto el calor ambiente en un termómetro. Si de esa ignorancia surge el egoísmo arrastrado en su corriente desbordada los sentimientos de igualdad y justicia y yendo a fecundar los miserables terrenos donde vegetan lujuriosamente la corrupción y el cinismo, cinismo e iniquidades deben flotar en el lago de aguas corrompidas que se nombra prensa burguesa.

Toda la influencia enorme de la prensa está sometida a servicio, pero a servicie del capital privado, y por lo mismo funesto. Así una piedra es útil en manos del que transforma en objeto de arte, y peligrosa entre las de quien las dispara contra la cabeza

de otro; así de un palo puede hacerse un arado o una horca. ¡El capital privado hace de la prensa horca de la justicia!.

¡El periodista burgués! ¿Qué viene a ser el periodista burgués? Un criado, un comerciante, un ladrón que roba decentemente, un asesino que mata con la columnia. Siempre un infame, nunca un hombre. Tiene conciencia de que el público que le escucha está formado de una respetable mayoría de ignorantes y de algunos miserables como él, y prodiga vaciedades sin de relumbrón cuando finge defender ideales, engañando por tal modo a sabiendas y a mansalva, en detrimento de la verdad, pero en provecho suyo y del amo que le paga. Sabe perfectamente que su palabra puede guiar hasta el absurdo, si lo desea, a la indocta opinión, que le mira como a un oráculo, y tuerce y dobla y moldea a su antojo la opinión del vulgo, poniéndole cuando gusta al servicio de la maldad y de la injusticia, para quedar impune tal vez un crimen, por un puñado de oro que recibiera en pago.

Las condiciones esenciales del escritor público deben ser la honradez y la independencia. El que escribe a jornal deja de ser independiente. No alaba, adula; no ilustra, engaña; no censura, calumnia: eso hace el periodista de partido. Frente a él se encuentra el periodista empresario, esto es el comerciante de peor ralea; el escritor que pierde la honradez desde que vende su ingenio y se hace esclavo de las pasiones del público con tal de halagarlas a cuenta de monedas. Un periódico en sus manos es una red de pescar opiniones de tonto, que se arrienda por más o menos dinero; otras veces es un coche de alquiler donde un político de a pie, un literato desconocido o un tendero sin vergüenza pueden aparentar que pasean como grandes personajes. y ved luego la cuarta plana de un periódico: ¡cualquiera pensaría que aquello es el esfuerzo de la publicidad para defender la industria y las artes! ¡Oh, no! es sencillamente una plazuela donde se reúnen los explotadores burgueses armando una algazara innoble por alabar a gritos su mercancía, despellejándose mutuamente. Allí se pregonan desde el específico sin rival para todas las enfermedades hasta los seguros contra la vida de grandes compañías capitalistas; y siempre lo anunciado es lo más barato y lo mejor, y el anunciante siempre ruega que no le confundan con sus desleales competidores. La cuarta plana es el mostrador donde la competencia dice más claro que la burguesía agoniza, que la burguesía se odia, que la burguesía se mata.

Y menos mal si el periódico-empresa cuenta con gran circulación que le permita la despreciativa seriedad del gran emprendedor de negocios; porque si para atraer un puñado de lectores se ve precisado a convertirse en payaso y se bautiza con el

sobrenombre de periódico satírico, entonces, ¡oh, qué ya ideales, ni qué honradez, ni qué miramientos!. Entonces el periodista es un truhán con una mano extendida para coger dinero y una pluma, o un puñal, para decirlo más claro en la otra. Dejadle caer una moneda en aquella mano, mostradle una honra, y le veréis blandir traidoramente el arma. Tiene, sin embargo, un mérito: el de la franqueza. Él llama muy frecuentemente a las cosas por su nombre. Al funcionario que los periódicos cultos le dijeron con ático estilo cierta vaga cosa de irregularidades, él le dice que robó, y se le dispensa porque hace al mismo tiempo dos o tres contorsiones de clown y se ríe. Cuando averigua una falta ajena arma un escándalo en el periódico: es que tiene puesto el puñal en el pecho de alguien y le dice: -La bolsa o la difamaci6n; -y si calla, es que ha robado, y si continúa escandalizando es que asesina.

Esa es la prensa del capital en sus varias manifestaciones. Fácilmente se percibe que no puede ser otra, y que el capital privado negará redondamente su apoyo a los hombres de espíritu que se rebelen contra la tiranía pretendiendo levantar en la prensa la bandera de la justicia y la igualdad; justicia e igualdad que son sus grandes enemigos. Hombres son que tienen que luchar a viva fuerza contra la insensatez de todos, hombres que prefieren la miseria por salvar su independencia, y que con gran fe en hermosos ideales, se arrojan así el indiscutible derecho de guiar la opinión en vez de estar sometidos a ella. ¡La independencia, sí, lo repetimos, es la cualidad indispensable del digno periodista!. Sólo el que nada espera agradecer del público más que el bien que le haga puede valientemente contrariar sus vicios y afearle cara a cara sus defectos. Jamás un criado reprenderá a su amo; jamás la prensa asalariada protestará de los abusos del capital ni de la ignorancia y pasiones del público, a costa de las cuales se mantiene.

Cuando las viejas sociedades se hundan y brillen en las nuevas la Libertad y la Justicia la prensa será el legítimo guía de la civilización, la ley de las leyes.

(El socialista 23-11-88)

VIII

EL MAESTRO DE ESCUELA

El colmo de la ironía social creó un tipo cómico en alto grado; y como los ventrílocuos se presentan al público con grandes apariencias de seriedad y elegancia para atraer mayor ridículo hacia los muñecos que presentan en escena, as! una atmósfera

mentida de gran consideración y respeto establece la sociedad en torno de aquel tipo, para mejor hacerle apropiado a la sátira y a la burla de los espectadores.

El maestro de escuela... Ni hay reunión política, parlamento o discurso inaugural que no le ensalce hipócritamente, ni periódico serio o revista ilustrada trascendental que no le adule; pero tampoco hay sainetero ni escritor festivo que deje de tomarle por blanco de sus chistes. Cuando la farsa habla del maestro de escuela (y sabido es que formalidad equivale hoya farsa) le pinta con sentimentales pinceladas de abnegación y martirio para mover a lástima: está, sin embargo, la tentación irresistible de la risa encarnada y muy esparcida en el epigrama con que libros, comedias y almanaques fotografíen su ridiculez, y si se le compadeció y se le respetó diez minutos, rióse luego de él años enteros.

Porque la sociedad es tan necia que se ríe de sus propios males: achaque de la general ignorancia, tan a las claras reveladas por el soez campesino como por el pulcro y atildado escritor que pasa por cicerone de la opinión. ¡Qué mas frecuente que esos nimios estilistas a lo Juan Valera o a lo Daudet que se burlan y tratan con ligereza las cosas humanas por tener conciencia de su veleidad!.

La sociedad que se ríe del maestro de escuela: el maestro de escuela risible; tal para cual. Necesariamente forman los dos un círculo vicioso.

¡Luz! ¡luz! gritaba con grandes aparatos Víctor Hugo; ¡luz! vociferan haciéndole coro los platónicos evolucionistas y reformadores. Y entre tanto atronador clamoreo en demanda de ilustración y enseñanza, eternamente el capital privado se yergue y exclama grave como un sesudo viejo: ¡imbéciles! ¿queríais tal vez derrumbarme el trono de tinieblas?.. Después se continúa: ¡luz, mucha luz!, pero sin más intención que gritar; y al modo de paralelas que jamás se tocan y siempre van a igual distancia sin estorbarse en su camino, el grito ¡enseñanza! sigue y la cómica figura del maestro sigue también.

El verdugo da espanto; el maestro risa, miedo, desfachatez: he ahí dos condiciones de malvado propias de la sociedad. El verdugo gana más que el maestro de escuela: es que la sociedad, como los avaros que por no gastarse un duro en alimentos higiénicos tienen que dar luego veinte para remedios, da al verdugo por matar criminales lo que pudo haber dado al maestro por educar ciudadanos. Se dice, y es cierto, que la cárcel y la escuela, el verdugo y el maestro son respectivamente establecimientos y oficios antagónicos.

Más no se deben exagerar las acusaciones al capital; exceptuando sus lógicos esfuerzos por subsistir, no tiene otros defectos. El capital no es malo como la hiena, que

mata por instintiva complacencia, aunque s1 funesto como el lobo, que no repara en qué destroza para saciar el hambre. Si con el capital privado fuesen compatibles la moralidad y el progreso, el capital privado los fomentarla... Pero ¡ay! que aun siendo esta sola su culpa, es, por inmensa, imperdonable. Así, quizás, no faltan insensatos de buena fe, burgueses cortos de vista, que crean hacedera y hasta sencilla una obra de sólida ilustración sin que se juegue en ello la vida de la sociedad presente. Cuando se afirma que el país no está suficientemente preparado para recibir una reforma de trascendencia, se afirma una verdad. No obstante, si para instituir la reforma se esperara a que el país estuviese preparado, se esperar1a en balde. Y esto explica por qué sólo las reformas políticas insignificantes se realizan evolutivamente, haciéndose precisa la revolución cuando son algo radicales. Esta es, dicho sea de paso, la razón que abona lo que de revolucionario tiene el Socialismo.

En efecto; imposible es la instrucción popular bajo el imperio de la burguesía. Todo lo más que, por un esfuerzo colosal, pudieran enseñar los maestros en las presentes condiciones sociales se quedaría reducido a leer, escribir y garabatear algunos números; con elementos tan escasos, ¿se habrían formado conciencias y fundadas opiniones; se habrían formado hombres libres, capaces de librarse de la sofistería ajena; se habrían formado, en una palabra, seres que tuvieran un mediano concepto al menos de su deber y su derecho? No, que más que eso aprenden hoy los hijos de los burgueses en institutos y en universidades, y apenas si de universidades e institutos sale como muestra algún que otro erudito a la violeta, por cuanto hace relación a lo que debe ser y saber un buen ciudadano. Pues ni ese, que es en suma el nivel de enseñanza a que aspiran los más rabiosos partidarios de la ilustración en la burguesía, puédese lograr. Con ser tan pequeño, es un ideal irrealizable; porque mientras la familia del pobre se ve atormentada por el hambre, antes necesitará mandar sus hijos al campo o la fábrica en busca de un jornal, que no a la escuela; y poco, ciertamente, influirá en esa familia sin pan el lujo (puro lujo, porque de nada o muy poco le serviría) de que al cabo de los años sepan sus hijos echar la firma, para que voluntariamente les obliguen a ir a la escuela con el estómago vacío.

Claramente demuestra lo anterior que la obra preliminar de la educación del pueblo, es la redención de la esclavitud capitalista. No hay, por consiguiente, que esperar esa redención de una previa y general enseñanza, porque la enseñanza sólo será una verdad cuando pueda surgir de la abolición de clases; cuando, libertando un sistema de igualdad a todos los hombres, se aclame como deber primero de las sociedades el

desarrollar y educar armónicamente el espíritu y el cuerpo de los asociados. Es decir, cuando la profesión del que enseña, desde la más ridícula y postergada que es hoy, pase a ser la más seria, la más digna, la más difícil, la más delicada y la más noble.

(El Socialista 8-2-89)

IX y último

EL PROPIETARIO

Nos proponemos terminar hoy la pequeña serie de estos artículos, y creemos la figura del propietario muy oportuno remate para cerrarla. Otros mil tipos principalísimos pudieran ser presentados a la vergüenza, pero sobre que la extensión que necesitaría esto fuera más que del periódico apropiado al libro, nos expondríamos a cansadas repeticiones y hartamos tan insensata la tarea como la del que para demostrar que es de arena el fondo del océano pretendiese loco enseñarla toda grano por grano.

Todo lo que va dicho de los demás tipos, puede aplicarse al propietario. Toda la infamia de la sociedad puede amontonarse sobre él, porque él es responsable único de todo el mal. Cuando en mitad de la calle veáis un mendigo que importuna a los transeúntes, un ratero que se escabulle a todo correr con el pañuelo robado, un borracho que escandaliza, un asesino que hiere, un suicida que se mata... cualquiera de esas cosas, en fin, que provocan la indignación del vulgo, tened lástima profunda para el mísero que todos persiguen y mirad con vuestro odio aquel brillante carruaje que vuela por el empedrado sin que la curiosidad logre detenerlo: dentro de él veréis al propietario, es decir, veréis a un panzudo y coloradote señor con cara de pascuas que viene de dar un vistazo a su fábrica; o a un adolescente, tísico y gastado por la orgía perpetua de los quince años... Sí, él, cualquiera de estos es el propietario; el hombre que no trabaja y hace descansar el enorme peso de su felicidad sobre la miseria y la desesperación de los demás hombres. Para él se hacen los trajes de moda, para él filigranan los joyeros las alhajas, para él se Construyen coches y se crían buenos caballos, para él se alzan palacios, se escriben novelas, se pintan cuadros..., para él y sólo para él se hace todo lo útil o agradable y no teniendo él más trabajo que el servirse del de los demás, aún tiene la osadía de repetir muchas veces: "Si no fuera por mí, que todo lo pago, ¿de qué modo

vivirían los miles de - hombres que por mí y para mí trabajan?". Con lo que vives tú matándonos -le replicaría lleno de razón el más torpe de sus esclavos.

Tal vez no sepa el infeliz obrero que la civilización ha realizado grandes inventos a través de los siglos; porque su vida, parecida en esto a la del bruto, es casi la misma hoy que hace mil años: en efecto, el siglo de las luces le tiene a oscuras hasta de día en la mazmorra de su vivienda y como ayer, hoy su vida es un camino de privaciones y lento martirio. El propietario, en cambio, que por desaburrirse ha leído no sabe dónde que sus abuelos se alumbraron con aceite, viajaron en carro y se atufaron con el brasero, echa de ver que los alfombrados salones de su oriental palacio resplandecen con el foco eléctrico, y que en invierno es abrasado en ellos por la tubería de un calorífero; de oídas sabe además que un gran sabio se rompió los cascos inventando el teléfono para que él escuche a la Patti desde su comedor, y una dulce experiencia le ha hecho observar que puede acostarse en la Estación del Norte y despertar en París habiendo recorrido el trayecto en su berlina-cama.

¿Qué méritos hizo tal hombre para así gozar? ¿Cuál es aquel otro para ganarse un mendrugo en un día entero de cruel trabajo?... el haber nacido. Lo que Calder6n llamaba el delito mayor del hombre, y que al ser mérito o culpa común puede autorizar esta pregunta en la boca de un desgraciado: ¿no nacieron los demás? Pero al repetir con el poeta esas palabras, sonó ya la hora en que no se dirijan por la impotencia al fatal destino, sino que como apóstrofe amenazador se arrojen a la faz de la injusticia, con la esperanza en el porvenir de una igualdad que, mal que pese a la sociedad maldita, ha pregonado por los ámbitos de la Tierra la ciencia del nuevo derecho, sancionándola con el sello de la posibilidad la ciencia económica.

Es preciso odiar, odiar con el alma entera las instituciones burguesas que para ensalzar al capitalista engendran toda suerte de crímenes e iniquidades, haciendo, a conciencia de que lo hacen, una viva alegoría de lo que un infierno puede ser, de la vida de la humanidad; es preciso que el hombre, a quien la educación regeneraría, suprima por virtud de leyes tan severas como justas la posibilidad de la infamia; es preciso que no haya ladrones, ni adúlteras, ni prostitutas..., que no haya plagas sociales; pero como aunque fuese hacedero suprimir todas sin tocar al propietario, éste, como raíz viva, tornaría a engendrarlas con más vigor y abundancia, de ahí que el camino y el trabajo de la redención social se acorten si todos los esfuerzos del Socialismo se dirigen a una para suprimir al propietario, raíz de todos los males.

(El Socialista 15-2-89)

ETIOLOGÍA MORAL
(Psico-mecánica) I
EL ESPIRITUALISMO y LA CIENCIA EXPERIMENTAL

La antigua concepción del tipo moral del hombre, basada en el libre arbitrio, combatida siempre, es verdad, por las escuelas materialistas,.pero combatida mal porque dichas escuelas hasta el siglo de Bacon fueron tan ideológicas como el espiritualismo que la engendró, está sufriendo rudo golpe con las modernas conquistas de la ciencia.

Mientras el estudio del carácter fué empresa de observación únicamente para el arte, a quien de él sólo preocupaba el lado estético, nada podía influir, siquiera produjese obras tan sagaces como las de La Bruyere y Edmundo de Amicis, en esa representación absurda del hombre, que lo reputa criatura superior y diferente de la naturaleza, gracias a una metafísica envanecida con la inmaterialidad del alma y que no se digna analizarla en el ser humano ya que lo hace en el gabinete de las abstracciones desplegándola ante la razón con la fantasía. Pero el método experimental, rechazado largo trecho de la psicología, asáltala de pronto, la transforma, la asimila a las ciencias naturales y nace la fisiología psicológica: reducto formidable que en su eterna guerra con el espiritualismo vencedor halla al fin el materialismo.

Sostiene aquél la espontánea actividad del hombre. Esta síntesis, que para elucidar el influjo de la voluntad suprema sobre los actos morales implica la libertad, obligó a suponer, como causa de los fenómenos orgánicos, proclamando así la independencia del cuerpo vivo en el universo, un principio animista, especie de energía consciente, que nominada enormon por Galeno, archeo por Paracelso y fuerzas ocultas por los árabes, era conceptuada como una derivación plástica del alma, cuando no el alma misma como Stal creía. Pero enfrente de esas afirmaciones suspendidas de supuestos ingeniosos por argumentos sutiles, no hace mucho que otras han ido apareciendo cimentadas en el hecho experimental.

Empezó la ciencia a demostrar que no era tanta la independencia orgánica del hombre respecto a la naturaleza, cuando demostró que las enfermedades, que a pretexto de diátesis, discrasias y aberraciones del principio de la vida eran consideradas de causa extranatural, siempre tienen su causa en el medio externo, a menudo responsable de mortíferas epidemias; cuando demostró que la decantada fuerza mediatriz, expresión de la consciencia de la energía vital, si produce benéfica reacción inflamatoria alrededor de un cuerpo extraño en tejidos superficiales, produce la muerte con idéntica reacción en

tejidos viscerab1es alrededor de inofensivo coágulo de sangre; cuando demostró que el clima determina y modifica las razas, hasta el extremo de haber cambiado la de América en pocas generaciones la tez blanca y el cabello rizado del tipo inglés por la piel y el cabello de los hombres lisótricos eriscomios, cuando demostró que el oficio imprime caracteres diferenciales al organismo, hecho en que se funda una interesante rama de la medicina forense... cuando demostró, para concluir de una vez, que no hay órgano de la economía capaz de evadir las transformaciones impuestas por las influencias cósmicas.

Y por si lo anterior, que ya mermaba buena parte de la autonomía humana, no era bastante a negarla del todo; por si tampoco era bastante el transformismo con sus pruebas paleontológicas, la experimentación proseguía su triunfal carrera y penetraba ¡sin abandonar la materia! en los recintos del espíritu, rasgando la primera vez con los fulgores indecisos de la Frenología la densa oscuridad que le hizo siglos y siglos inaccesible a la raz6n por la vía de las percepciones objetivas. Una de dos, o las actividades psíquicas eran resultado del encéfalo o el encéfalo era resultado de las actividades psíquicas; porque Gall, aparte algunas hipótesis gratuitas, hijas de su impaciencia por sistematizar, sentó como verdades demostrables, con raras excepciones, que hay relación entre la sensualidad y la prominencia occipital, entre la glotonería y el diámetro transverso del cráneo, entre el ángulo facial y el talento; y considérese cierto cualquiera de ambos términos del dilema, su consecuencia es inmutable: el alma no es tan espontánea, tan íntegra, tan perfecta que sólo necesite de la materia como de una vestidura vil, necesita formar de ella órganos y aparatos cuya perfección y desarrollo supone el desarrollo y perfección del pensamiento. He aquí, pues, el alma democratizada. Ya no es aquel ser espiritual que sólo puede - conocerse a sI mismo por el sentido íntimo (1), puesto que basta mirar un cráneo para ver manifestaciones objetivas de las-cualidades del alma, igual que se ve manifestaciones objetivas de la fuerza y del trabajo de una máquina contemplando su mecanismo.

En vano la discusión estallaba más irritada que nunca con motivo de las observaciones científicas. Las armas quedaban desiguales y no era dudoso el lado a que se inclinaría la victoria. Encastillado el materialismo en la fortaleza del método experimental, recibía impasible una lluvia de sofismas, a la sazón flechas inofensivas, que iban a romperse en blindajes de acero, y lanzaba de cuando en cuando al enemigo, a guisa de bombas que al explotar en su campo lo diezmaba, un nuevo experimento que había arrancado un nuevo secreto a la organización. Mientras los espiritualistas inventaban argucias teóricas, mientras más espoleaban la imaginación y la hacían correr

sin freno los fantásticos espacios de la ontología, Faliot, Riou, Alezáis y Cove presentaban humildemente a la Sociedad Antropológica de País cerebros comprobadores de sus deducciones. Y todavía más, en tanto se estrellaba la elocuencia de Bossuet contra la dificultad de armonizar la libertad moral y la presciencia divina; en tanto aún que católicos tan caracterizados como Donoso Cortés y el P. Gaduel discutían (¡tal es de inseguro el espiritualismo entre sus propios partidarios!) los conceptos fundamentales de su doctrina, de la cual discusión, por cierto, resultó destruida la idea de la libertad, y destruida a manos de la Escolástica, para mayor ignominia, porque Donoso Cortés lógicamente afirmaba que "la facultad de escoger" en que para el Vicario de Orleans y doctores y fieles de la Iglesia consistía el libre albedrío no era la libertad, pues, según eso, Dios "que no puede escoger" no es libre; y a su vez el ilustre Vicario demostraba que "la facultad de querer" con que Donoso, autorizado por el Papa y aplaudido por el obispo de Feligne y por la revista La Civittá Católica, definía la libertad, no podía constituirla a menos de confundir el libre albedrío y la voluntad misma, cayendo en los errores heréticos de Bayo y de Jansenio; y conseguían de este modo los insignes polemistas plantear este argumento peregrino: o no existe libertad en el hombre para que Dios pueda ser libre, o no existe libertad en Dios para que pueda ser libre el hombre; en tanto, digo, que eso ocurría en el seno de la metafísica, la patología nerviosa se apresuraba a consignar que el trabajo intelectual excesivo congestiona al cerebro, ni más ni menos que el movimiento exagerado congestiona al músculo, hacía notar que el frío, el calor; el hambre, el dolor físico, modifican los sentimientos y las ideas igual que al ritmo respiratorio, encontraba la Terapéutica una sustancia que, como el alcohol, excita el pensamiento y otra que, como el opio, lo apaga, lo mismo que aumenta aquél la cantidad de orina y la disminuye éste, evidenciaba la observación comparada que la inte1ectualidad en la escala zoológica está en armonía con el número de circunvo1uciones y profundidad de las fisuras del cerebro, y con su peso y su volumen frecuentemente, advertía la observación general que la vista de un peligro aterrador suspende la vida psíquica como paraliza la vida orgánica, y, sobre todo, que la reflexión pura cansa al cerebro si este la engendrara y no fuese un trabajo íntimo del espíritu que para nada tuviese que ver con la materia.

Una pléyade brillante de fisiólogos, por otra parte, con Gratiolet, Broca, Luys, Meynert y Wunt a la cabeza, servíase del escalpelo, de la vivisección del microscopio, de las ampliaciones fotográficas, de la histoquimia y de la anatomía patológica en el más difícil que pedante análisis del funcionalismo cerebral; y de sus investigaciones

resultaba una categórica respuesta al célebre argumento, quinta esencia de la dialéctica sublimada, opuesto a la corpora1idad del alma y formulado así: "todo aquello que es corporal es extenso; todo aquello que es extenso tiene partes, y no se puede atribuir nada a esa extensión que no convenga al mismo tiempo a las partes. Supongamos ahora que un ser extenso piensa: o el pensamiento estará entero en cada una de las partes de la extensión, lo cual es absurdo, o estará repartido en toda la extensión, siendo entonces divisible con ella, lo cual es opuesto a la naturaleza de las perfecciones. Así, pensar y ser extenso no son los atributos de un mismo sujeto. Nuestra alma piensa, luego no es extensa, luego tiene partes; y como nada muere a no ser por la disolución de sus partes, nuestra alma es inmortal". Este argumento, repito, ha sido destrozado porque efectivamente, el alma tiene partes; la Fisiología sostiene que la actividad sensible del alma radica en los lóbulos cerebrales temporal, occipital y parietal hasta el pliegue curvo, su actividad pensante en la porción supero-anterior del lóbulo frontal, la memoria en la circunvolución de Broge, y una parte de la vo1untad, cuando menos, en la zona rolándica; todo lo cual, ya que la misma suerte no quepa a las minuciosas y contradictorias localizaciones de Ferrier, Schif, Nothoagel, etc. (aprovechadas ciertamente para deducir de la falsedad de ellas la de la fisiología entera), la experimentación y la Patología comprueban, ya con extirpaciones de la masa cerebral que dejan a los animales, según Flourens y Lussana, con vida automática solamente, ya con lesiones, que destruyen en el hombre todo un hemisferio (Wundt) y le producen cansancio intelectual rápido por falta de función en la mitad de un órgano simétrico, ya por traumatismos circunscritos al temporal, cuyo efecto único es la afasia y la agrafia amnemónica, ya con meningitis crónicas limitadas productoras de la monomanía manifiesta por un desorden parcial del pensamiento, que, alterado sólo con relación a cierta clase de ideas, permanece íntegro, así como la memoria y el sentimiento para todas las demás; división de los atributos del alma, división del pensamiento que cambia una premiso - del argumento célebre y que autoriza a concluir: el alma es extensa, luego el alma es mortal, luego el alma es el cerebro, puesto que las funciones de este órgano son las funciones del alma, alterables como es alterable él, divisibles como es divisible él mismo... ¡Büchner tiene razón:"¡El escalpelo puede arrancar a un ser el alma, pieza por pieza!".

Demostrada primero la supeditación del organismo a las leyes materiales y luego la de la parte moral a la parte orgánica, nada más se necesita para rescatar al hombre para la naturaleza. y es claro que se podrá siempre, como Broussais hizo y dijo en su

obra L'irritatión et la folie. "Probar a cuantos han dedicado los mejores años de su vida a los estudios anatómicos, fisiológicos y patoló6gicos, que su ciencia no es ni hubiera debido de ser jamás tributaria de la metafísica, que la Medicina ni puede sacar utilidad ni puede recibir la ley de ella, sino dársela, y dársela como a un hijo ingrato que desconoce y desprecia a su madre".

(El Globo 5-10-91)

II

EL ESPIRITUALISMO Y LA CIENCIA

El cúmulo de observaciones que ha realizado y sigue realizando la ciencia experimental, de que las mencionadas en el primer articulo son una muestra exigua, todas aclamando la semejanza de la función intelectual con cualesquiera otras funciones del organismo, dan sobrados motivos para arrancar el concepto del hombre a la metafísica y considerarlo un producto de la naturaleza, cuyas fuerzas rigen su vida aunque con leyes diferentes que a la simple existencia de los seres inorgánicos. Y sin embargo hay quien, dominado por los errores ya consustanciales a su ser de la educación escolástica, y subyugado a la vez por la evidencia con que, no sólo en la observación metódica, sino en la más vulgar observación, resalta el influjo de la naturaleza sobre el hombre, intenta conciliar las falsas abstracciones de la ideología con las verdades científicas; es decir, lo inconciliable, como así procuraré demostrar haciéndome cargo de los argumentos que en un libro recién publicado (La Crisis del Derecho Penal; Madrid 1.891) dirige a este objeto su autor, el ilustrado criminalista don Cesar Silió y Cortés.

"Tan alejado del espiritualismo intransigente que parte al hombre en dos mitades en absoluto independientes una de otra... como de la doctrina que pretende explicar los fenómenos todos de la vida con la sola existencia de la materia", el Sr. Silió (de quien son las frases de que voy entrecomillando) admite lo esencial que del funcionalismo del cerebro han dicho los fisiólogos. Pero lejos de vislumbrar en los hechos experimentales la negación del alma, como los adeptos a la escuela positivista, mira "en estos hechos una comprobación clara y precisa de las relaciones indiscutibles entre la parte espiritual y corporal de nuestro ser y una acabada e irreputable demostración de la importancia del

cerebro como órgano del alma, que no pudiendo manifestarse sin órganos, pues son estos condición indispensable de toda función, hace de él su instrumento favorito". Cree "firmemente que es imposible desconocer la importancia del cerebro como centro de nuestras facultades intelectivas y volitivas, como es imposible desconocer la utilidad del microscopio"... para el examen del microcosmo; pero afirma, que, igual que la rotura del microscopio suspendería la visión de los infusorios eh la gota de vinagre, sin que por esto a nadie se le ocurra achacar la potencia visual al instrumento, las lesiones encefálicas pueden suspender las ideas sin que esto pruebe que la potencia intelectual resida en el cerebro. "Ni ven los microscopios ni los cerebros piensan, aun cuando el ojo necesite aquellos" para los objetos pequeños y "aun cuando el alma precise del cerebro para dar forma y vida a las ideas". y admitido esto, los hechos experimentales "encuentran fácil y sencilla explicación perfectamente compatible con la existencia del alma espiritual, puesto que alterado el órgano han de alterarse también lógicamente las funciones que él mismo desempeña; y como al mayor ejercicio de un órgano corresponde un acrecentamiento en sus funciones nutritivas, será en tal caso efecto de la mayor frecuencia y energía con que el pensamiento utilizará su órgano favorito, el tan cacareado aumento de peso y de volumen que ha podido comprobarse en los cerebros de algunos hombres de genio o de talento extraordinario".

Lo primero que a la vista salta en la transcrita argumentación del Sr. Silió es la indecisión de su juicio y la inseguridad consiguiente de sus palabras. Conceptúa al cerebro "instrumento favorito del alma espiritual", y eso no le evita reconocer "la importancia del cerebro como centro de nuestras facultades intelectivas y volitivas que él desempeña" y llamarlo órgano del alma; y como instrumento, según la interpretación general, es aquello que subordina su utilidad, su trabajo, o su fin a otro agente activo, por ejemplo, el microscopio que subordina la utilidad de sus propiedades amplificadoras al órgano de la visión, y órgano es, según la hermenéutica de la ciencia, lo que produce una función, por ejemplo, el órgano de la visión, que produce la visión, claro está que si el cerebro es órgano del alma y produce el alma, el alma para hacer del cerebro su instrumento tendría que subordinarse a sí misma lo cual es absurdo. Luego, no pudiendo el cerebro ser a la vez órgano e instrumento del alma, tiene, por lo pronto, el Sr. Silió, si quiere purgar de contradicciones su tesis, que rechazar de ella una de esas dos afirmaciones irreconciliables. y suponiendo que ante la disyuntiva no acepte que el cerebro es órgano del, alma" (declaración grave que el fiscal de la lógica aprovecharía pidiendo condena de muerte para el espiritualismo con esta sencilla deducción : si el

alma es una función orgánica no es un ser espiritual y eterno), sin otro remedio tiene el Sr. Silió que limitarse a creer que del cerebro "el alma, no pudiendo manifestarse sin órganos, pues son estos condición indispensable de toda función, hace su instrumento favorito”:

Veamos ahora hasta que punto es verdad que el alma inmaterial suponiendo que exista- no pueda manifestarse sin órganos y precise del cerebro para dar forma y vida a las ideas, y hasta qué punto el cerebro puede ser órgano del alma inmaterial.

Siendo el alma, según los espiritualistas, un ser cuyas facultades esenciales son el pensamiento, el sentimiento y la voluntad, resulta evidentísimo que negar a estas facultades potencia 1ntima con que desarrollar por sí mismas sus funciones, que negar el alma. Efectivamente, en cuanto se deja de suponer el alma causa y condición absoluta de sus funciones y se le da por "condición indispensable" de ellas a los órganos, el alma no puede ser inmortal, porque los órganos no son inmortales; ni espiritual, es decir, independiente de la materia, porque sin ésta (condición indispensable) no existiría. Luego la inmaterialidad del alma implica necesariamente funcionalismo propio y perfecto: los actos de pensamiento, de sentimiento y de voluntad los desempeña, por lo tanto, sin necesitar para nada al cerebro, puesto que igual lo realiza unida al cuerpo que cuando libre de él vuela etérea por regiones infinitas. No dentro modo, yendo al ejemplo del Sr. Silió, realiza el ojo sus funciones propias (visión de objetos macroscópicos) sin necesitar al microscopio para nada.

El alma, pues, espontánea e independiente en la producción de sus funciones, capaz de manifestarse a si misma (sentirse) en la conciencia, sólo precisa instrumento para ponerse en contacto con el mundo material por los sentidos y para exteriorizarse por movimientos voluntarios que traduzcan, manifiesten, en actos orgánicos sus actos íntimos; igual que el ojo espontáneo en la visión sólo necesita instrumento para relacionarse adecuadamente con objetos pequeños. De modo que, con ofrecer el cerebro al alma un conjunto de la terminación de todas las fibras nerviosas sensitivas capaces de transportar impresiones, y del origen de todas las fibras motoras capaces de transmitir a los músculos las órdenes de la voluntad, le ofrece cuanto es necesario para ser su instrumento perfecto; lo mismo que con tener lentes amplificadoras bien dispuestas al microscopio le basta para ser instrumento óptico. Ahora bien, si lo anterior es cierto; si el cerebro es alma simple instrumento de exteriorización, como es el microscopio al ojo simple instrumento de amplificación, roto el microscopio en la ocasión de estarlo usando, el ojo cesará instantáneamente de recibir imágenes amplificadas; lesionado el

cerebro (roto) el alma quedará imposibilitada de manifestarse al exterior; pero el ojo seguirá viendo imágenes de amplitud normal y el alma persistirá desempeñando como si tal cosa sus funciones de pensamiento, de sentimiento, y de voluntad y sintiéndolas en la conciencia. ¿Ocurre esto así? En cuanto al ojo no cabe duda, sigue viendo; por el cual motivo nadie podrá imaginar "que ven los microscopios"; en cuanto al alma ...

Las experiencias científicas prueban lo contrario: la inflamación crónica de la pía madre irrita la capa cortical gris contigua y es la causa con exclusiva de la forma de locura que el Dr. Mata llama idiopática por exaltación. y estos locos (los más frecuentes), ven, oyen, tactan, gustan y olfatean como el más cuerdo: no sufren errores de sentido, las sensaciones son en ellos lo que deben ser. Además, su aparato locomotor continúa sumiso y pronto a cumplir las órdenes de la voluntad, en dichos locos, por consiguiente, el instrumento del espíritu está perfecto; y sin embargo, las manifestaciones (lenguaje, etc.) del pensamiento de estos locos son pervertidas; es así que dicha perversión no puede imputarse al perfecto instrumento de manifestación, luego recae en el pensamiento mismo. He aquí una lesión cerebral que da por resultado "el trastorno de las facultades del alma sin alternar lo más mínimo su instrumento". El mismo Sr. Silió reconoce esa verdad cuando dice del experimento que cita de Lussana: "yo concedo sin dificultad, sinceramente y sin falsía, que extirpado en algunos animales porciones cada vez mas importantes del cerebro, haya podido observarse que su inteligencia disminuye en razón directa de la masa extirpada, hasta quedar sumidos en completa estupidez... a pesar de hallarse con aptitudes musculares suficientes para realizar tales actos (los de la voluntad) y de conservar la vista"... De manera que tendrá enseguida que reconocer, o no hay lógica en el mundo, que dicha extirpación produce efectos mas comparables que a los de la rotura del microscopio a los producidos por la extirpación del ojo, consistente en pérdida absoluta de la visión a pesar de la integridad del instrumento amplificador: así es, ocasiona pérdida absoluta de las manifestaciones del alma a pesar de la integridad del instrumento manifestador. Esto no es, pues, el cerebro; y según los experimentos y observaciones de la ciencia, las lesiones del cerebro alteran el pensamiento , el sentimiento y la voluntad.

Y admitido esto -diré invirtiendo las conclusiones del Sr. Si1ió y con sus palabras- los hechos experimentales no encuentran explicación compatible con la existencia del alma espiritual, puesto que por más que se altere el cerebro no debieran alterarse funciones que él no desempeña; y como el cerebro no tendría que ver absolutamente nada con la atención, la meditación, la reflexión, la memoria, etc. etc., en

que consiste el trabajo frecuente y enérgico de los hombres de genio o de extraordinario talento, el mayor peso y volumen encontrado en los cerebros de algunos de estos hombres, no puede explicarse satisfactoria y compatiblemente con el alma espiritual, ni puede explicarse ninguna de las demás observaciones de la ciencia, como la antes dicha de la perversión intelectual del loco, por ejemplo, entre tantas y tantas otras.

¿Cómo explicar, cómo aceptar siquiera esa perversión espontánea del pensamiento que con sensaciones normales forma raciocinios extravagantes y disparatados con destruir el concepto espiritual del alma? De ningún modo. Porque siendo la razón (entendimiento normal) una condición imprescindible de la libre voluntad, la locura (entendimiento enfermo) destruye esa facultad esencial del espíritu; e incurriría en contradicción inmensa quien supusiera en éste facultad de engendrar su libertad y facultad a la vez de destruirla destruyéndose.

Convénzase el Sr. Silió de que no hay avenencia posible entre el espiritualismo y la ciencia moderna, y no le preocupe ni le sirva de obstáculo para creer con ello que piensan los cerebros su dificultad en conciliar "la renovación molecular del individuo con la memoria"; tal dificultad es infundada; conciliar eso es tan fácil como conciliar, por ejemplo, la renovación individual "de la humanidad con la memoria del género humano; es decir, con la historia universal, transmitida tradicionalmente de generación a generación, comunicada íntegra al individuo que renueva por el individuo renovado exactamente igual que la molécula destinada a desaparecer de un órgano transfiere su energía funcional a la nueva molécula que la sustituye. El Sr. Silió encuentra esa dificultad por que confunde dos cosas muy diferentes: el órgano y su materia; ésta se renueva, pero aquél persiste durante la vida. La memoria no reside en las moléculas, sino en los órganos, y Mo1eschott no ha demostrado que los órganos se renueven. Sírva1e menos de obstáculo todavía su imposibilidad de entender cómo el organismo "conjunto de átomos incapaces de sentir y de pensar, siente y piensa", los mismos átomos, incapaces de trazar una figura geométrica por sí solos, forman reunidos y en virtud de fuerzas misteriosas los cristales octaédricos de diamante y los prismas de la esmeralda, y nadie, a causa de no entender tamaño misterio, ha pretendido suponerle un alma a la esmeralda y al diamante otra.

Y antes de concluir, por hoy, me permitiré advertir nuevamente al Sr. Si1ió que emplea un modo peligroso - de defender al espiritua1ismo. Arguyendo a Ferri por su negación del libre arbitrio en nombre de la ley de transformación de las fuerzas, dice que no se opone aquél a dicha ley, pues interviene en los actos a título de "fuerza que ya

existe y no se crea sino que simplemente se transforma". Pues bien, se me ocurre una duda; el calor, la luz y la fuerza explosiva de la pólvora incendiada son transformaciones parciales de la fuerza de cohesión, que en la misma pólvora existía antes de incendiarse. ¿Puede precisar el Sr. Silió bajo qué estado activo se encuentra la fuerza del libre albedrío en el espíritu antes de sus transformaciones?. Porque en forma de cohesión de átomos espirituales no será... ¿Negarla, por otra parte, el Sr. Silió, ya que concede que la fuerza espiritual de la libertad se transforma en calor, electricidad y movimiento, la recíproca de esto mismo; es decir, la transformación del movimiento de la electricidad y del calor en fuerza espiritual de la libertad?... Si lo niega, no admite la ley de transformación de las fuerzas, y si lo admite niega el espíritu.

(El Globo 7-10-91)

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

III

LOS INDIVIDUALISTAS DEL DERECHO

Las corrientes científicas crearon como procedimiento opuesto al clásico, que derivado del apriorismo basa el estudio del tipo moral en el libre albedrío, el procedimiento experimental que partiendo de la negación de la libertad se apercibe a conocer los actos humanos por el análisis de sus condiciones determinadas, seguro de que el hombre, máquina admirable, no presenta un solo fenómeno, desde el peso y la impenetrabilidad de su materia, hasta sus oxidaciones y reducciones, desde el simple cambio endosmótico, hasta el más complejo y sublime acto de pensamiento que no sea consecuencia necesaria de las fuerzas físicas. El hombre, Integro, se ofrece objeto de investigación al método de Claudio Bernard; nada presenta extraño a las ciencias naturales, y éstas pueden someterles a sus medios explotadores con el mismo legítimo derecho que a la planta, al mineral, a la atmósfera, al universo: cualquier melodía de Wagner, cualquier drama de Schiller, cualquiera virgen de Rafael, tienen su determinismo en la naturaleza igual que lo tienen el viento, la nube y el rocío.

Fuerza y materia: He aquí! el lema escrito en la bandera del positivismo antropológico, Y alrededor del que se agrupan los sociólogos modernos. Pero, todavía por ellos aclamado el poder exclusivo de la naturaleza en la producción de todos los fenómenos universales, de todos los fenómenos vitales, por lo tanto, de todos los

fenómenos intelectuales, por consiguiente, estalla la divergencia de opiniones así que esta pregunta es formulada.

¿Dónde reside la causa de los actos humanos? Contestarla debida y directamente es de trascendencia incalculable; porque, según se acepte, con el exclusivismo individualista, que reside en la naturaleza humana; o se diga, con el socialismo sistemático, que reside en el medio externo; o se nieguen ambas proporciones, afirmando con un criterio ecléptico, que radica en la modalidad orgánica adquirida, se destruye, se exalta o no exalta en justa proporción la esperanza gratísima de transformar al hombre.

... ...

Lombroso, Ferri, Garófalo, y los demás afiliados a la escuela penalista italiana, sostienen lo primero.

Porque no es raro encontrar en los criminales avezados rasgos semejantes de carácter y de fisonomía, tienden a clasificar los instintos sobre bases anatómicas. Lombroso, fundador de dicha escuela, cree que los actos morales son consecuencia lógica de la irresistible vocación individual, cuyo germen existe en la naturaleza de cada hombre, aportándolo al nacer a guisa de herencia forzada. Vocación que ni halagos, ni penas, ni amenazas, ni medios educativos son bastante a variar un ápice. Refiere al tipo del delincuente nato, que describe con verdadero lujo de detalles, las otras variedades de delincuentes; y aunque no llega a decir, como Benedik en el Congreso de Roma, que todos los criminales son natos, los tipos de su clasificación sólo varían por la cantidad de vocación congénita que les asigna: así el delincuente nato es un malvado incorregible de total predisposición congénita al crimen, el delincuente habitual es por índice más propenso al mal que al bien, el ocasional tiene por naturaleza la misma capacidad para la virtud y el vicio, el pasional es de temperamento enérgico e irritable, Y el loco un infeliz que nació para enfermo.

En justificación de dicha teoría aduce Lombroso en su libro L´uomo delincuente gran número de observaciones. Partidario del conduccionismo, principia haciendo notar en los seres inferiores equivalencias de nuestros actos; y afirma que el crimen se da en el hombre por impulsión tan propia como se da en muchos animales y hasta en ciertas plantas (Drosera) , que atraen a sus hojas los insectos para aprisionarlos y devorados. Para él, es el delincuente un ser que nace marcado con sello fatal por el destino; un producto atávico que en plena civilización retrata un pasado aspecto del proceso evolutivo que la humanidad sufre en el tiempo; un rezagado; un salvaje incorregible, por

error nacido en el siglo XIX en Europa, siendo así que debió nacer en épocas prehistóricas, o en África si en la actual. Persiguiendo la prueba de estas originales afirmaciones, compara a los tipos delincuentes de los países civilizados con tipos de las antiguas razas y de las razas que hoy están sumidas en la barbarie, y con aceptable exactitud indica semejanzas en la talla, corpulencia, estructura craneana, etc. etc.

La justificación no resulta, sin embargo. Significa poco al objeto de negar o afirmar en la naturaleza humana la causa de los actos, que tal sentimiento, tal instinto, tal modalidad psíquica coincida con talo cual rasgo de forma, con tal modalidad orgánica; las inquisiciones antropológicas servirán a lo sumo –y eso cuando los antropólogos realicen el prodigio de conocer orgánicamente a los criminales sin confusión posible con las gentes honradas- para deducir el fondo moral del individuo por su aspecto material; o lo que es lo mismo, para juzgar de sus funciones por los aparatos que las producen, y nada más. Pero la morfología especial de cada individuo responsable de su especialísima vocación, ¿es adquirida, o innata y hereditaria?

Ya me guardaré yo de negar a los delincuentes avezados un algo de aspecto común, cuando Lombroso, con fotografías tomadas entre ellos, demuestra esa semejanza que, por otra parte, se podría demostrar sin más que visitar las cárceles y los presidios. Ya me guardaré también de negar la semejanza de los criminales con los hombres primitivos y los salvajes, aunque semejanza vaga, y de negar que unos y otros se caracterizan por su gran talla, sus brazos largos como los del chimpancé, sus orejas en asa, su barba rasa, su pelo áspero, su frente deprimida, su mirar fría y su mandíbula saliente; pero todavía me guardaré mucho más de explicar esas semejanzas por un fenómeno de atavismo, mientras pueda explicármelas una causa a que todos se hallan sometidos: esa causa es la ignorancia. En efecto, es que en ellos se manifiesta con todo su esplendor la ley de las compensaciones orgánicas: a todos por igual les falta el consumo nutritivo del proceso inteligente (enorme hasta provocar anemias si llega al derroche, como saben los médicos), y sus energías sólo tienen que atender a funciones vegetativas, empleándose en producir músculos vigorosos, garras en vez de uñas, cerdas en vez de pelo, mandíbula en vez de frente, párpados y oreja con la menor cantidad posible de ojo y oído; les faltan ideas impulsoras de sus acciones, y crecen los instintos para sustituirlas; y estos asoman al rostro y lo contraen con ferocidad o con mueca de indiferencia, pero ni aquéllas animan su semblante ni chispea en su mirada; en una palabra, falta la razón y aparece la bestia humana, que siempre es la misma, llámese hombre primitivo, criminal, idiota o salvaje.

Es falso que los criminales hereden sus caracteres morfológicos por un fenómeno de atavismo, y es un error, dicho sea de paso, el asignar al tipo criminal, caracteres que no le pertenecen, sino que pertenecen al tipo estúpido, como lo prueba el hecho de no corresponder a todos los criminales y sí, en cambio, a todos los hombres, delincuentes u honrados cuya ignorancia raya en cierto límite.

Son corno los anteriores, de perfectísima verdad todos los hechos alegados por la escuela italiana; pero igualmente ineficaces para demostrar la vocación innata. Es verdad, según dijo Aristóte1es, que el parecido fisionómico de algunos hombres con ciertos animales coincide en aquellos con los instintos de les últimos; pero esto puede explicarse de idéntica manera que el parecido de los criminales con los salvajes y los idiotas, por la repetición de actos semejantes. También es verdad que hay niños con inclinaciones perversas, pero esa precocidad para el mal depende quizás del vicioso estímulo educativo que recibieron precozmente. No es menos exacto, que, en general, la mujer es mas delicada y tierna que el hombre; pero se debe esto a que en general su vida transcurre sin que le emboten la susceptibilidad rudos acontecimientos; cuando no sucede así, la mujer es tan feroz y tan fría como el hombre que más; por ejemplo, las mujeres salvajes y las rameras. Cierto es que los criminales de oficio se tatúan porque son más insensibles que las gentes de bien; pero lo mismo se tatúan los marinos y las tribus oceánicas, cuya insensibilidad obedece a su vida tosca antes que a su perversión moral. Es evidente que los padres viejos suelen tener hijos dísco1os y egoístas; pero no es porque esos defectos del carácter de los viejos se transmitan por herencia a los hijos, sino porque estos, al desarrollarse, los copian de sus padres. Y, en fin, positivo y sorprendentísimo a primera vista es el dato, célebre en criminología, del borracho Marx cuya descendencia en setenta y cinco años trajo al mundo doscientos ladrones y asesinos, doscientos ochenta y ocho enfermos y noventa prostitutas, pero tanta infamia transmitióse de unos a otros por la educación, no por la generación; siendo al efecto muy sobradas las costumbres de vagancia, pillaje y vicio que formaron el ambiente moral de aquella raza, abandonada a sí misma en mitad de la civilización, como pudiera estarlo en un desierto islote de mares inexplorados...

Para probar la innatitud de la conformación orgánica germen del tipo moral, no sirve, en efecto, el estudio del hombre cuando ya manifiesta sus propensiones; se necesita estudiarlo antes, mucho antes. La morfología particular (sea la que sea) del delincuente, puede proceder de la del candoroso niño como procede el hercúleo brazo del gimnasta del brazo de una débil criatura. Si el antropólogo quiere evitarse engaños

debe de examinar al recién nacido; esto es, al ser humano antes de su evolución orgánica determinada por agentes exteriores, no al hombre, complejo resultado de ellos al reaccionar en su vital energía. y el recién nacido, conjunto poco menos que informe de materia animada cuyo único instinto, respondiendo a la voracidad trófica de sus células es el hambre y cuya única actividad tiene por móvil la sensación bruta del dolor, ni anatómica ni fisiológicamente ofrece vestigio sobre qué fundar el pron6stico de su ulterior desarrollo. Inútil fuere deducir consecuencias por si es su cabeza braqui o dolicocefálica y ortognata o prognata su cara; debe más la configuración craneal a condiciones mecánicas del parto que al modelado del órgano que encierra, el cual apenas muestra en diseño sus comisuras y sus circunvoluciones, pudiendo sólo tomarse por el croquis de un cerebro, semilla de un alma cuya germinación a la vez que con el cuerpo solicita materiales nutritivos so pena de muerte, bajo pena de imbecilidad pide sensitivos estímulos. El monstruo; es decir, lo anómalo: un acéfalo, un microcéfalo; solo esas aberraciones de lo natural anuncian al imbécil sin remedio.

¡Ah, sí!. Que no es vivir emanciparse de la naturaleza; que no es el hombre ser autónomo engendrado de sus propios actos, sino parte del cosmos, de quien recibe y refleja transformadas las energías universales... ¡El cosmos! él es todo; él con sus leyes de la fuerza y la materia produce el espectáculo universal, siendo en última consecuencia causa exclusiva y conciencia única de cuanto existe, así de los fenómenos físicos como de cualesquiera actos vitales. Mas, si no perdemos de vista que la humanidad misma es parte del cosmos, sometida a sus leyes, pero capaz en recíproca de influenciarla a su manera, ya que la inteligencia no es más que fuerza en acción perteneciente a la fuerza universal aunque expresada de particular modo, lejos de caer en el escepticismo y la estabilidad filosófica, podremos continuar la ruta del progreso alentados por un fatalismo a lo árabe que presidía absurdamente las actividades humanas, y que erróneas interpretaciones de hechos verdaderos han movido a la escuela antropológica italiana a resucitar, de él sirviéndose para señalar al malvado como una producción fatal e inevitable de la naturaleza humana ante el que la sociedad nada puede, excepto sufrirlo, inutilizarlo o sustraerlo de la vida en común, según convenga, invocando para ello la defensa social: principio bastardo del derecho, en cuyo nombre impuesta la pena, queda la justicia convertida en venganza cobarde y miserable del fuerte contra el débil.

En oposición al espíritu del antiguo moralista que sobre el criminal fulminaba toda clase de odios y toda clase de responsabilidades en su conciencia, tienden los

criminólogos modernos a contemplar el delito con igual indiferencia que la calda de una piedra; aunque lo mismo que de ésta evitarían el golpe, esquivan sus efectos. ¡Tales son los del exclusivismo!. El altivo rey de la creación ha venido a parar en ser inerme, producto pasivo de las ciegas fuerzas, como el árbol o el grupo de cristales ¡Oh, nunca!. El hombre no será un ente desligado del universo y usufructuario de fantástico libre albedrío, pero tampoco es juguete exánime del mundo físico, sino que entre él y éste hay otra fuerza de la naturaleza, llamada inteligencia, que bajo forma de sabiduría en la sociedad se acumula y reside con títulos de enérgico modificador. Ella es la que gracias a la gravedad lanza globos al espacio y la que hace volar un buque contra el viento con el viento mismo, ella es la que conjugada al resto de las fuerzas préstales su previsi6n y convierte para la vida en higiene amplísima a la bruta fatalidad; es decir, ella, fuerza cósmica, es la que transforma al cosmos y la que transforma al hombre asociado. De la tesis y antítesis de la responsabilidad e irresponsabilidad individuales, se desprende, pues, una síntesis negación de ambas y que, sin embargo, las contiene formulada así: la responsabilidad no es individual. es social.

(El Globo 10-10-91)

IV

LOS SOCIALISTAS DEL DERECHO

La responsabilidad de los actos humanos no es individual, es social. Pero del modo como hasta aquí los han formulado, tan poca fuerza tienen los argumentos de los socialistas del derecho para defender esa verdad como los de los individualistas para atacarla. Sea en buena hora tolerada la pasión en la candente arena de las luchas políticas y fulmínese contra la constitución social presente el rencor de una clase que apoyada en la nueva faz de la Economía aspira a redimirse; pero no se haga del odio al sistema capitalista enseña de partido en toda suerte de combate: los de la inteligencia se libran con ideas, y no presupone el triunfo el mayor coraje de los adversarios, que necesite arengas y crispaduras de nervios, sino su mayor sagacidad, que exige desterrar sistemáticas preocupaciones. El capital, por cuanto implica desigualdad y privilegio, puede en último término conceptuarse obstáculo a la perfección de las sociedades; mas de esto a erigirle en cabeza de turco sobre la que se vaya arrojando una a una las causas de las desdichas humanas hay diferencia notabilísima.

Tanta que cuando en un meeting Pablo Iglesias o en la prensa de propaganda Julio Guesde y Max Nordau imputan al capital privado el germen de todas las infamias, esta exageración puede consentirse, porque son caudillos que hablan a sus ejércitos; pero cuando en la Academia de Jurisprudencia el Dr. Vera o, en obras de Derecho, Turati y Colajanni achacan al capital privado la causa del crimen, no arengan ejércitos de rudos y valientes soldados, que hablan a filósofos, cuya serena atención vigila el flaco de sus teorías para destrozarlas con las nobles armas del raciocinio en la discusión científica; y se exponen a que estos lo consigan.

Ese es el mal. Ese es el lado vulnerable de la defensa con que el socialismo del Derecho salió al campo de la discusión; el que todas las escuelas socialistas convengan y hagan de ella el nervio de sus doctrinas en la afirmación siguiente: el delito mana de la iniquidad económica. Afirmación decididamente errónea, que no quita, sin embargo, un punto de verdad, a esta otra, aceptada como conclusión por todos los socialistas, y que al nacer nuestro siglo formuló el primero Quetelet, quizá inspirándose en los principios de Rousseau y en las vagas indicaciones de muchos médicos y pensadores antiguos: "en la sociedad existen los gérmenes de todos los delitos, ella es quien prepara el crimen, no siendo el criminal más que el instrumento que ejecuta". Así es, en la sociedad -se puede decir generalizando esta idea- reside la causa de nuestra vocación, que ella forja poco a poco; pero reside por lo que tenga la sociedad de pedagogo, no por lo que tenga de economista, cosas diferentes aun cuando una y otra guarden relación estrecha.

La miseria, factor sin interés fundamental en la génesis del delito, sólo merece un puesto en el grupo más secundario de sus causas ocasionales. El crimen recluta sus filas con singular indiferencia entre ricos y pobres; y se comprende que as! sea desde el momento que no constituye..delito sólo el robo a que impulsa el hambre; delito constituyen de igual modo el asesinato por celos, y la violación por lujuria, y la calumnia por odio, y el fraude por ambición, y el insulto por ira, y la insurrección por fanatismo; y fanatismo, ira, odio, ambición, injuria y de los son instintos y sentimientos de todos los hombres, y aún sentimientos algunos de ellos más propios del rico, cuyas ociosidad y hartura excitan sus deseos, que no del mísero trabajador para quien es un problema que absorbe toda su atención y consumo todas sus energías el sustento cotidiano.

Si es delito, como dice Garófalo -ajustándose a la fórmula exactísima de Tanmmeo: "siempre la mayoría da entonación moral a las poblaciones”- toda acción que vicia el sentimiento, medio de moralidad que en cada sociedad existe (y no "toda

acción que manifiesta la inadaptabilidad del individuo que la realiza al medio social en que habita", como pretende Cesar Silió, pues que, según esto, habría que calificar de delincuente al que, no aviniéndose a la vida de un país cualquiera, realiza con el solo hecho de abandonarlo una acción que manifiesta su inadaptabilidad al ambiente social en que habita); delitos son la pública deshonestidad, los atentados al pudor y la blasfemia en nuestras sociedades, cuya mayoría impone el respeto a la decencia, a la virtud y a la religión. Pues bien, yo desearía saber qué participación causal inmediata puede concederse a la miseria en esos delitos que igual ejecuta la mendiga, ostentando por la calle su desvergüenza, que la aristócrata de escandalosa historia, y lo mismo lleva a cabo el famélico que el millonario.

Ahí está, por otra parte, bien clara la realidad expresada en cifras: "la estadística penal italiana demuestra que los tribunales correcionales juzgaron a 17.293 propietarios y 98.224 individuos que pudieran considerarse como formando parte del proletariado: los primeros son por lo tanto a los segundos como 17'5 es a 100, y representan más de la sexta parte del número total de los acusados. Pues bien, mientras que los propietarios no forman, aún calculando largamente, más que el 10% de la población, representan en cambio el 16% de la criminalidad correcional". (Garófalo, citado por Silió).

Iguales datos acusan las estadísticas de Alemania e Inglaterra, y no hay país alguno que en el encasillado de la suya no suscriba al propietario: dato elocuentísimo que destruye por sí solo el supuesto influjo causal de la miseria en el delito, si ya antes no lo hiciera y con más elocuencia todavía el hecho de no ser proporcional la gráfica del crimen a la gráfica del hambre. Una compensación, explicable por leyes biológicas, hace que resulte aquella casi constante aunque ésta varíe; porque si el hambre aumenta, aumentan los delitos de hurto, pero disminuyen los de sangre y los pasiona1es en grado inverso, y si disminuye se atenta al pudor y a la vida tanto cuanto se respeta la propiedad. Un cuadro estadístico de Ferri (Socialismo e crimina1itá) evidencia que los delitos de sangre y pasionales llegaron en Francia a un número extraordinario por los años 1.848 a 1.852 coincidiendo con una considerable baja en los precios de casi todos los artículos de consumo.

Vemos que la estadística criminal corrobora prácticamente la independencia del delito con respecto a las condiciones económicas. Un estado socialista, pues, que se limitara a modificarlas nivelando la riqueza, pero que no alterase el actual sistema de educación, no sólo no extirparía de raíz el crimen, sino que verla descender muy poco la delincuencia. Mientras que, sin meterse en innovaciones, antes acentuando el

monopolio del capital, de la autoridad y del privilegio en clases determinadas, es dado realizarlo, como hicieron relativamente las célebres misiones del Paraguay, con la poderosa energía transformadora de la educación moral; con la energía que actuando en las últimas capas de la sociedad produce al fiero asesino y cerca de él, por nada misterioso contraste, esos mártires que Turati llama de "resignación cristianamente imbécil"; esclavos en plena democracia, carne de cañón en las luchas de la vida, escabeles del egoísmo, y cuya mansedumbre, porque le permite como al perro lamer la mano que les golpea, parécele santa y benditísima al señor Silió.

La educación, en el más lato significado de la frase: he aquí, para decirlo de una vez, que ya es tiempo la causa determinante del tipo moral. Ella engendra los instintos sociales, ella prepara la vocación, y en ella reside única y exclusivamente la causa de la virtud y el delito. Es decir, ella imprime al organismo como procuraré demostrar, la especial condición anatómica que es causa inmediata de esa otra especial condición psíquica 1lamáda carácter, y que Lombroso y Garófalo, con respecto al delincuente, hacen consistir, en "la falta o poca firmeza de los instintos de piedad y de probidad"; lo cual, dicho sea de paso, es un error, porque esos mismos instintos pueden en más de una ocasión transformarse de frenos de la honradez que son de ordinario en furiosa escuela del delito: Guzmán el Bueno, arrojando el puñal con que habían de matar a su hijo, cometió, impulsado por el sentimiento de probidad, el delito de consentimiento y complicidad en un asesinato; y la infeliz obrera que, enferma sin esperanza, cierra un día fatal su habitación y enciende el anafre que ha de asfixiarla abrazada con sus pequeñuelos, asesina a estos porque la espanta morir y quedarlos abandonados a la miseria y a la infamia; es decir, los asesina por piedad y por probidad, en todo el esplendor sublime a que pueden llegar instintos tan hermosos...

Bien sé yo, volviendo al asunto, que las estadísticas, más cuidadas en lo que hace al grado de ilustración del delincuente que en lo que atañe a datos comparativos de la producción, la riqueza y la criminalidad, demuestran, con más facilidad todavía que la ineficacia de la igualdad económica en la desaparición del crimen, la de la instrucción con igual objeto, y quizá el hecho contrario: su aumento; dando así motivo a la escuela italiana para exclamar: la instrucción, aumentada hoy en toda Europa, no ha hecho más que cambiar la proporción de criminales instruídos, sin alterar lo más mínimo la cifra de delincuentes; bien sé yo esto, pero como sé también que estamos acostumbrados a juzgar de muchas cuestiones a metro más o menos, y sé que suelen confundirse dos cosas tan distintas como la instrucción y la educación, que yo por mi parte no cometo la

ligereza de confundir, de ahí que igual me abstenga de gritar con los ilusos que cierra una prisión cada escuela que se abre, como de inferir la poca importancia del factor educación en nuestras acciones porque, según las estadísticas prueban, aun cuando la instrucción aumente siguen llenándose de bote en bote los presidios.

El concepto de educación tiene más amplitud y universalidad que el de instrucción, hasta el extremo de ser ésta mero accidente de aquélla; porque la educación abraza el conjunto de estímulos sociales que actúan sobre el individuo, y la instrucción se concreta a los conocimientos de arte de ciencia y de literatura; y si bien implica instrucción la perfecta educación, la recíproca huelga; y puede el individuo ser ilustradísimo, teniendo por lo demás una educación detestable, que no por serlo deja de ser educación; pues, aunque instruídos no, son educadas, bien o mal, todas las personas, gracias a lo imposible de que ninguna se sustraiga al social ambiente. Hasta la abandonada criatura que al azar vive en medio del arroyo tiene escuela y preceptor: aquélla es el mundo y ésta la experiencia, no en balde calificada de "gran maestro".

La educación, así dicho sin calificativos, no es término que deba figurar en las tablas estadísticas, puesto que es factor que siempre se supone; ahora sí, la clase de educación, apreciada exactamente, constituía para ellas un dato de valor extraordinario, capaz él solo de hacerles revelar el proceso embriogénico del crimen, tan laberínticamente buscado por los penalistas, y por Lombroso con más ahínco y tenacidad que todos juntos.

Por desgracia ese dato no podrá figurar jamás en las estadísticas, de modo que habremos de conformarnos con apreciar su importancia por otros medios menos fáciles y expresivos.

(El Globo 14-10-91)

VI y último

CONCEPTO GENERAL DE LA EDUCACIÓN

La naturaleza humana responde proporcionalmente a los estímulos cósmicos en el crecimiento y perfección del organismo. Es una ley biológica general que asÍ como todo órgano determina las condiciones de su función, toda función influye en las condiciones de su órgano: la gimnasia desarrolla hercúlea musculatura; los obstáculos circulatorios hipertrofian el corazón; la función táctil insistente del sordomudo aumenta la sensibilidad de su mamo; la costumbre de sondar horizontes da perspicacia al ojo del vigía; y de igual modo los estímulos sensoriales deciden la evolución morfológica y cualitativa de las distintas partes del cerebro. De todo esto y en el limite que su estado presente lo permite, responde la ciencia experimental, y prueba mayor volumen y mayor cantidad de fibras estriadas en los músculos del gimnasta que en los del hombre sedentario, y más hondas anfractuasidades, más prominentes las circunvalaciones y más amplio el lóbulo frontal en el cerebro del literato que en el del pobre campesino.

Incalculables son los estímulos que recibe durante su vida el cerebro, porque son tantos como impresiones; y la inteligencia es el resultante de todo. Por eso el alma, formada de tan múltiples y contrarios factores, es un arcano impenetrable, mezcla espantosa y ridícula de bien y de mal, de nobleza y de miseria. Un alma es un laberinto. Dícese que todos tenemos algo de poeta, de médico y de loco. No es verdad; todos tenemos algo de todo. Cada personaje novelesco tiene un rasgo psicológico del lector, por muchos lectores que tengan la novela. Childe Harol es Byron, D. Juan es Byron, como dice Macaulay, pero entonces Byron debe ser de todo el mundo; porque todo el mundo tiene algo de D. Juan y de Childe Harol. En nuestro ánimo predomina, sobresale una cualidad o un grupo de ellas porque la imitación, la necesidad o el placer nos obligaron a repetir la serie de actos que la excitan o porque la casualidad nos hizo recibir especialmente impresiones que las engendran, y ese grupo de cualidades que se acentúan da un aspecto particular al tipo moral, formando la vocación de cada persona; esto, sin embargo, no quiere decir que otras infinitas cualidades no residan en el cerebro engendradas a su vez por impresiones constantes y fugaces. Tenemos, sí, algo de todo. En el corazón más generoso duermen notas de avaricia, en el más noble de bajeza, y hasta en el más vil y miserable las hay de sorprendente abnegación; ¡que no son los caracteres el monótono cielo azul del medio día, sino el celaje de alborada brumosa y de

mil colores, con lontananzas sutiles y tintas imperceptiblemente desvanecidas, en cuya extensión inmensa desplégase la variedad infinita de la sublimidad y la belleza, ora con espacios de lobreguez, sucediendo a trechos de luz rosada, ya con albas nubes de nimbos de oro esparcidas frente a otras de negrura horrenda, heraldo de furiosa tempestad!. Esas notas ocultas, dormidas en el fondo de la conciencia, son las que ante la inesperada acción de un sujeto nos obligan a exclamar: ¡Quien lo creyera de Fulano!. Los estímulos del cerebro, antes lo he dicho, son todas las impresiones conscientes (para diferenciarlas de las que Jassoud denomina brutas y no pasan mas allá del vulgo). Destinado a recogerlas, ni la más insignificante lo hiere sin imprimir un misterioso cambio a sus moléculas; y si un vasto plan de estudios le deja un caudal científico y una aptitud funcional bien decidida, no por eso el rayo de luz, la palabra suelta, el ligero perfume, el fugaz sonido y el rápido contacto dejan de conmover sus célu1as y quedarlas su huella; no perceptible, en verdad, como la de la ciencia adquirida por sucesión lenta de ideas recogidas con atención profunda; no clara, como la imagen pacientemente llevada detalle tras detalle al lienzo por el pintor, pero si real, aunque caótica como sería real la impresión de cada objeto en el cliché de una máquina fotográfica enfocada todo un día sobre un campo de batalla, por más que en el confuso conjunto fuera imposible distinguir unas imágenes borradas y mal copiadas sobre otras mil.

El cerebro es la placa sensible de una cámara oscura siempre abierta, cuyos orificios de paso a las impresiones son los sentidos. El del recién nacido es un cliché limpio, nuevo; el del anciano es otro que guarda en fabulosa confusión las sensaciones todas de una vida, otro en que un orden de ideas y de sentimientos, vulgar o magnífico, descuella con más o menos vigor sobre un fondo borroso, incierto e inútil de fragmentos de juicios, de indecisos recuerdos y de inútil a los conocimientos. No podrá nunca el microscopio descubrir la disposición especial anatómica que en el cerebro quede grabada; mas ¿qué importa? Allí está.

Sucede una cosa parecida con la inteligencia y con el complejo de funciones nutricias: obran de tan variable modo los estímulos de éstas sobre todo individuo, aun los más inmediatos y aparentemente sujetos a iguales condiciones, que ni hay dos orgánicamente iguales, ni se encuentra jamás en el hombre soñado por la anatomía y la fisiología: cada hombre, en rigor, es un enfermo. Si algún perínclito doctor pudiera, por maravilla, manejar el calor, el aire, los alimentos, etc. etc., haciéndolos actuar sabiamente y a su capricho sobre el organismo de un niño. obtendría según sus deseos el

hombre tipo de salud o talo cual de antemano determinado enfermo; Letamendi lo ha dicho: "toda ocasión de enfermedad proviene directa o indirectamente de las energías cósmicas, o sea de C", pues, glosando esto, se puede decir: toda ocasión de deficiencia intelectual (¿enfermedad?) proviene directa o indirectamente de las energías cósmicas, y si alguien hubiera capaz de seccionar las sensaciones, no dejando llegar al cerebro más que las deseadas, y todas las deseadas, ese alguien, pedagogo admirable, con la seguridad que obtiene el químico por reacciones diferentes ácido sulfúrico o ácido nítrico, obtendría a su placer un sabio, un bandido, un poeta... (precisamente no hace mucho rodó por las revistas una experiencia mínima en este sentido. No recuerdo cuál doctor polaco a quien pudo costar algún tiempo de cárcel haber encerrado tres niñas en una casa aislada cuidadas por una mujer sordomuda. La policía libró seguramente a las pequeñuelas de la imbecilidad).

Basada en las anteriores consideraciones, y sólo así, puede nacer la pedagogía verdadera. Hoy se tiene, en general, un concepto asaz restringido y mezquino de la educación; se reputan medios educativos los que deliberadamente se emplean con ese objeto: los consejos de la madre; las lecciones del maestro y del libro ¡Error!... Véase todos los días dirigir con fe y ardimiento esos medios a un particular fin y fracasar por completo. Consiste en que a la vez que la educación deliberada, está ejerciendo su influencia la educación causal, y ambas libran una lucha en que triunfa ésta porque le dejamos más libre el campo. La educación es el conjunto de impresiones sensitivas que afectan al cerebro (dispénseseme la insistencia), y el éxito de la pedagogía estriba en no dejar nada al acaso, en hacer lo ella todo, reflejándose en la madre, en el amigo y hasta en los objetos inanimados que han de impresionar al educando. Decidme la historia sensorial de una persona y yo os diré su carácter. Me importa poco quiénes sean sus padres, lo que me importa es saber al lado de qué y de quiénes vivió. ¿Se me contesta quizá mostrándome dos hermanos, mellizos por más señas, criados juntos en la misma casa, recibiendo una instrucción igual, y, no obstante, siendo el uno insociable y el otro de un hermoso carácter?...

Este hecho que tan apurada pondría a la herencia instintiva, es llano de explicar por la educación distinta de uno y otro. No ya aunque sean hermanos, no ya porque sean gemelos, que aunque fueran los propios célebres Siameses es imposible suponer identidad absoluta de las impresiones recibidas por cada uno. Sus cerebros constituyen una balanza de precisión cuyo fiel se altera por diferencias infinitesimales; búsquese atentamente la diferencia educativa y se encontrará proporcional a la de sus caracteres;

búsquese bien, porque es acaso pequeña y de seguro escondida en las sinuosidades del largo sendero de la existencia...; por lo demás, digno es de notar que la mayor suma de semejanzas individuales, respondiendo a la de semejanzas con que obra el medio externo, suele encontrarse en los gemelos: no son iguales, pero tienen la mayoría un sorprendente parecido físico y moral y más aquél que éste por la menor volubilidad de los estímulos físicos y sociales.

Ignoro si Federico Balard estará de acuerdo en todo esto; pero, a lo menos, decía no ha mucho en un artículo de El Imparcial, por incidencia, lo que sigue: "A fuerza de avezarnos a la contemplación de lo absurdo podemos llegar hasta la práctica de lo criminal. La vida es una perpetua educación en que nos sirven de maestros todos los objetos circundantes. Si nos familiarizamos con lo irregular, irregular acabará por ser nuestra conducta. Por lo contrario, la contemplación del orden, tarde o temprano acaba por introducirlo en nuestras acciones". La educación debe dirigirse desde que empieza, y empieza en los brazos de la madre para ser influída hasta por lo más futil; ved si es indecente dar al niño el objeto que pide extendiendo él sus bracitos; pues bien, dádselo siempre que se le antoje y le veréis pronto llorar y desesperarse si alguna vez se le niega; continuad la obra empezada, no le hagáis llorar; mas no os extrañe que algún día, como dice Rousseau en el Emilio, pida la luna, ni que concluyáis por tener en casa un tirano: vos lo habéis hecho sin saberlo.

Cualquier individuo puede servir para cualquiera ocupaci6n con tal que se le haga adquirir ciertos hábitos. En las ciencias, en las artes y en los oficios nada hay imposible, nada que exija sobrenaturales dotes. Pasó el tiempo en que la alquimia y la medicina eran profesión de oráculos e iluminados, y el más complejo problema científico necesita sólo, si su resolución es posible, trabajo y paciencia para ser resuelto. No hay que maravillarse ante un músico, ante un inventor, ante un poeta, que no brilla en sus frentes, no, la divina inspiración ni la llama del genio ¡esas son palabras!. ¡Sus frentes están pálidas y arrugadas por el trabajo!.

De lo simple a lo compuesto, siguiendo el método que impone la correlación de ideas científicas, no hay quien, al fin, no llegue a dominarlas si la paciencia, la reflexión y el hábito de estudio no falta; como no hay quien deje de ser buen literato, buen músico y buen pintor, si hijo de ello arte ve y arte respira y arte aprende: así adopta la mayoría de los hijos la profesión de sus padres, y es pastor el del pastor, bandido el del bandido, y ministro el de ministro. As! la familia, así la sociedad forma inconscientemente la vocación del individuo que radicando en la estructura íntima de su aparato cerebral sólo

muy difícilmente es posible luego transformar si está muy acentuada, como en el delincuente nato y en todos los hombres de quienes se dice que tienen una vocación ciega de cualquier género, aunque en todo caso no tan difícil que haya razón para separar de la humanidad una casta cuyos miembros sean marcados con el lema borroso de ¡incorregible! y para quienes, según pretenden los individualistas y dice Silió y Cortés, haya de estar "la espada de la ley siempre desnuda y nunca compasiva, mostrándoles, ya que no las excelencias de la vida honrada, las escabrosidades y peligros de la vida criminal". La sociedad no puede castigar invocando el derecho de la defensa desde el momento que los enemigos suyos son su obra: sepa que ella es la única responsable; pero, ya que también es juez, sin preocuparse de méritos y de culpas y sí de propia conveniencia, haga por su egoísmo la transformación individual que pide el progreso, viendo en cada crimen y en cada hecho meritorio más que un absurdo motivo de pena y de premio, un estímulo a perfeccionarse.

Todo esto, ya lo dije, es fatalismo; pero como advierte también Rafael Salillas en un artículo de El Liberal: "la fatalidad que se desprende de la naturaleza social del delincuente, y así lo indica Quetelet, es un motivo de consuelo porque demuestra que es posible mejorar a los hombres modificando sus instituciones, sus costumbres, el estado de sus conocimientos y en general todo cuanto influya en su manera de ser". La educación del porvenir, reconociendo su obra ardua y trascendental, reservará su ministerio a los más sabios hombres de la sociedad; a los que sean capaces de rodear su inteligencia, desde que nacen hasta que terminan su evolución de una atmósfera moral constantemente adecuada.

(El Globo 20-10-91)

PROBLEMAS DEL DÍA

Cinco importantísimos, de gran actualidad, recoge Cesar Silió En el libro que acaba de publicar con aquel título, y con un prólogo del célebre publicista francés Gabriel Tarde.

Son ellos ¡a regeneración. la civilización y la moral. los anarquistas. la mortalidad y el regionalismo; y al tratarlos el distinguido director de El Norte de Castilla no lo hace con vuelos declamatorios de orador que se dirige al entusiasmo o a la sensibilidad epidérmica de la muchedumbre, sino con la serenidad impasible y la razón fría del sociólogo que se hunde hasta el fondo de los sucesos, que les desmenuza las entrañas y expone consecuencias trascendentales.

Labor altamente meritoria, y sobre todo en nuestro país, donde los acontecimientos públicos no parecen mostrar otros aspectos que el de su resplandor sensacional para "las multitudes" y el del mísero interés para la política egoísta. No es Problema del Día un folleto, ni por su extensión ni por su índole, a pesar de la sugestión de fugacidad que el título pudiera producir; se trata de un trabajo digno de figurar con credenciales de permanencia entre los libros útiles, y cuyas páginas están nutridas de erudición amplia y sólida y de datos estadísticos que, a la vez que pueden servir de arsenal de ilustración a los lectores, han servido al autor para robustecer su juicio y guiarse al través de las investigaciones más complicadas.

Sin embargo, no quiero decir con esto que el temperamento del señor Silió tienda a lo abstruso. Antes al contrario, encanta en él la ingenua y sencilla facilidad con que se unifica al sentir popular en sus soluciones. De ahí que su obra tenga una adorable transparencia; pero también, o yo estoy equivocado, mayor mérito en el rigor de sus análisis parciales que perspicacia en alguna de sus conclusiones definitivas.

Creo, por ejemplo, que sufre un espejismo Cesar Silió cuando concede importancia de factor activo en el cambio social a las multitudes españolas, y cuando se irrita contra los que... "una vez en la altura desde donde se rigen los destinos de España, tratan de disculparse acusando a nuestro pobre pueblo de ser ingobernable, apático, poco instruido, ligero y neurótico a veces".

¡Oh, ciertamente!. Ni ligero, ni neurótico, ni poco instruido, ni gobernable ni ingobernable: esclavo e ignorante hoy más que en la Edad Media, porque entonces, cuando menos, el señor feudal teníale armado de lanza y siempre corriendo el mundo en bélicas aventuras, mientras que hoy el señor feudal le conserva apegado a la tierra por

un salario con que le saca el sudor todo el año... y el voto en tiempo de elecciones. Con lo cual, el pueblo ya no lo es el pueblo, sino el cacique... los caciques, ingobernables, apáticos, neuróticos y poco instruídos, y aun con todas las malas cualidades, sin ninguna buena, que haga perdonables sus culpas como al Makar de la novela rusa. Y el caciquismo, dueño así del sufragio y, por consecuencia, de todo gobierno a la moderna que haya que radicar en mayorías parlamentarias; el feudalismo español contemporáneo, gigantesco murciélago cuyas alas frías se extienden como negro manto maldito sobre el pueblo impidiendo que le llegue la luz europea reflejada mal que bien por la inteligencia de nuestros escritores y nuestros políticos, es lo que Cesar Silió imperdonablemente ha olvidado incluir a guisa de término principal, principalísimo, casi único del problema de la regeneración al planteárselo a sí propio de este modo: "¿Nuestros males provienen del país, o provienen de sus gobiernos?...".

A tal dilema aferrado, lánzase después en amplias consideraciones para solucionarlo, y por cierto brillantísimas, verdadera muestra de la gallardía de imaginación del autor y de su multiplicidad de conocimientos, un desdén de dos líneas al final para calificar a los mantenedores de ese régimen feudal antes aludido de "enjambre de parásitos" y de "gentecilla escéptica y sin conciencia que no merece que se la oiga siquiera", y concluye: "Como haya un hombre, habrá país" Cosa que, efectivamente, se desprende con fuerte lógica de 1as previas demostraciones, aplaudidas por Tarde en el prólogo, acerca de la vitalidad eterna de las razas y del influjo de una inteligencia sobre las multitudes. Pero Tarde, extranjero y engañado por el espíritu democrático de nuestras leyes, ignora lo que debía no haber olvidado el periodista vallisoletano, y es que esas grandes verdades sociológicas no rigen para España todavía...; y no porque aquí no tengamos tal cual inteligencia capaz de sugestionar, tal cual hombre capaz de gobernar a la europea, aun sin salir de los mismos políticos fracasados, sino porque España carece absolutamente de multitudes.

Pueden las multitudes sugestionarse y estar a la merced de las inteligencias superiores o de una sola poderosa inteligencia, en naciones corno Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos..., donde los periódicos se tiran por millones de hojas y donde un autor como Zola hace de cada novela y en cada edición 187.000 volúmenes, pero no aquí, donde el libro duerme en la 1ibrería y no alcanzan juntos los cuatro periódicos de mayor circulación 250.000 ejemplares. Allí hay comunicación, allí hay pueblo, allí ha desaparecido, siquiera de entre el pensar de los altos y el sentir de las masas. la sombra densa del señor feudal que subsiste aquí y que diferencia

esencialmente de los demás de Europa el mecanismo de nuestros cambios sociales. Un pueblo de aquello cae y puede levantarse con rapidez. como se levantó Francia el 70. porque su caída era sólo administrativa, porque era ya un pueblo moderno, hecho mucho antes con una revolución larga y maravillosamente preparada por la literatura de sus precursores.

Pero la España del 900 no es la Francia del 70, ni siquiera la Francia de 1.793. puesto que aquí nunca hemos tenido revoluciones entre tantos motines, ni podremos tenerla ahora, pacifica ni violenta. por no estar preparados. Las revoluciones. igual que las reacciones químicas, han de tener su fuerza en cada átomo...

Siglo y medio detrás de Europa. Ese es nuestro socia1 estado. Sacarnos de él parece, por lo colosal, tarea, más que de un hombre. de muchos hombres, según piensa Echegaray...; de todos los hombres que hablan. que escriben, que piensan; de todos los hombres capaces, lo primero, de comprender y de hacer entender que regeneración significa bien común, y no horca en que media nación haya de sacrificar a la otra media; y lo segundo, de convencer a los que ejercen hoy el mandarinato chino de que hay tanto peligro para ellos como para los demás en la completa chinificación de España...

... ...

También se me figura que no toca Silió la causa real de la espantosa mortalidad en nuestro país, al indicar la falta de higiene colectiva; como se me figura que no acierta Zola en Fecondité al atribuir la escasa natalidad de Francia a la depravación moral, y menos al querer reducir a los franceses con el ejemplo de un Mathien elevado a las cumbres de la dicha por la paternidad de numerosa prole. Ese egoísmo del placer a que alude el novelista insigne, ¿es una depravación? ¿es un nuevo derecho de defensa con que se siente moralmente dotado el individuo frente a una sociedad nada pródiga en garantizarle la ausencia de penalidades?...

La despoblación de Francia obedece mas quizá a prudencias del cálculo que a refinamientos del vicio. Es la clase media quien la determina; esa clase media llena de exigencias y exhausta de dinero, esos empleados a quienes la familia ahoga a poco que crezca, esos Mayhien honradísimos que tienen que mal vivir con sus 4.000 francos por las afueras de París, y que aun así seguirían imitando al de la novela, si cual éste gozaran de un providente y todopoderoso novelista, para fiarles la longevidad hasta ver labrado el porvenir de sus hijos.

Entonces, con una especie de poder invisible o visible que velara por las contingencias de una orfandad prematura, tardaría poco la natalidad francesa en

multiplicarse y alcanzar la cifra de la natalidad española, una de las más altas, así como la de mortalidad -según Si1ió- en las estadísticas europeas; y es que en España, no tan reflexivos o más escrupulosos en punto a vieja moral los padres hacen lo que se encarga de deshacer la fatalidad niveladora; es decir, procrean sin limitación seres que bien pronto son para cada matrimonio puntos de angustia en el lazo corredizo de la miseria, tanto más cuanto menos horizonte tiene aquí el trabajo que en la vecina República; y el hogar, sobrecargado de hijos, conviértese en hospital cuya provisión de pan es menguada por el costo del aceite de bacalao y por el de los entierros luego, bajo el azote de un hambre crónica que sólo al fin adopta la careta del paludismo y la tisis...

He aquí el hambre que sostiene el terrible coeficiente de muerte en nuestras demografías, y que pide con mucha más urgencia medidas de carácter económico, capaces de aumentar la pública riqueza y la retribución del trabajo, que no socorros de puro saneamiento higiénico relativos al aire, al campo, a la calle y a la casa. El hambre de que, sabios tal vez, escapan los franceses enseñándole al amor matemáticas.

(El Nacional 6-2-98)

LA TOGA

.

Para muchos niños hay en muchas capitales, Madrid entre ellas, una escuela más pública que las escuelas públicas: la calle.

Su rector es la miseria, sus aulas el descuido y la ocasión; sus bedeles los guardias. Está abierta siempre. A media noche, cuando cruzáis las anchas calles desiertas, un poco encantados de oír vuestro taconeo en la acera y de tener para vosotros nada más las luces brillando, como las que en avenidas de imperial palacio aguardan la retirada del señor, una cosa se os pone delante, se os enreda entre las piernas. Es un periódico extendido, que anda solo, detrás del cual se divisan luego los pies, la cabeza y las manos del que lo sostiene, como en las clásicas viñetas anunciadoras.

-iSeñolito, el Helaldo!- dice un chicuelo tan alto como el periódico.

Ha surgido de un portal, del biombo de Fornos, donde del frío se amparaba, tendido sobre un montón de niños que pisan los trasnochadores. Un brazo que se retira o una pata que se encoge: esto es todo. "Los golfos", piensa el que sale; y por los

miembros entrelazados allí, es tan incapaz de calcular el número de muchachos como de averiguar por las roscas movibles y viscosas el de un pelotón de lombrices.

Yo me he fijado alguna vez en los chiquillos del Helaldo. Los hay rubios, con caras bonitas y tan dulces como todos "los niños de tres años. Sus bocas sonríen con ingenuidad confiada y sus ojos son vivos e inteligentes. Piden una pelilla o brindan su mercancía alargando la manita encogida a no importa quién, con la amorosa gracia con que pedirían un beso a sus padres, si los conocieran. He buscado entre ellos al criminal nato de Lombroso para conocerlo así, pequeñito. En vano. Frentes abultadas y sortijillas de seda... como todos los niños, en fin.

"¡Los golfos!". Es cuanto dice al verlos el hombre grave, lo mismo que dice bajo los árboles del Retiro: "¡ Los mosquitos!". El que más, recuerda en ellos a Gavroche; los halla chistosos, simpáticos, se figura que van a ser eternamente gorriones de la gran ciudad, para dormir en los huecos de las estatuas y saltar de día al frente de los batallones. Está bien, pues; que no hagan nada; ya servirá de efecto armónico a los poetas, como las golondrinas y las hierbas de las tapias. El orden social, que por dos pesetas se encarga un guardia de representar, mira a los golfos y les da una patada de cuando en cuando.

Ah, pero se es injusto de tratarlos así, de haraganes. Distan de serlo. Esos pobres niños del Helaldo y la Colespondencia muestran la curiosidad y.1a voluntad de aprender que todos los de su edad cuando se empieza a desplegar el alma. La tienen blanca, de ángel; y con ella han empezado su carrera y se aplican en su primera enseñanza.

¡Y que no les enseñan los puntapiés del orden público!. A los seis años ya saben correr y quitar pañuelos, mirando con un ojo al bolsillo y con otro al guardia. Es el ingreso de bachillerato. Mientras lo cursan, los agentes siguen observándolos con atención, llevándolos tal cual vez a recoger diplomas en la prevención del distrito y repartiéndoles trompadas y pescozones. Aunque con filosofía: "aún no estorban", dice la sociedad. Y como no estorban, hasta los quince o veinte años, filiados ya en los gubernamentales registros, se pasan la vida a fuer de estudiantes alegres, corriendo de los guardias en la calle y convidándolos a Cariñena en las tabernas.

Facultad mayor. Se indica por el ingreso del educando en la cárcel, a consecuencia de un robo o de un navajazo en quimera. Cosa leve, y grandes adelantos. El que no es completamente imbécil, saca la licenciatura en tres años; y como ya está hecho lo más, he aquí que viene un día el saqueo del palacio de un marqués, en cuadrilla, con asesinato del dueño...

La sociedad se conmueve.

Ese hombre -dice frunciendo el ceño ante el asesino-, estorba ya, venguémonos; ha terminado su carrera.

Y efectivamente, entra poco después en el calabozo; lo pesan y lo miden los antropólogos; encuentran que tiene la frente deprimida, el pelo lanoso y áspero, las orejas en asa y los pómulos salientes. No recuerdan ya que cuando pequeñín tenia la cabeza de los angelillos, cuando pregonaba el Helaldo; ni recuerda que la ferocidaz de su sonrisa con dientes de caballo había sido primero en la boca del niño sonrisa de amor.

¡Criminal nato! gritan los antropólogos. Porque eso sí, la ciencia es rotunda.

Ha terminado su carrera. Se le viste la toga y el birrete de los ajusticiados.

Es decir, la toga.

... ...

Cuando menos, eso me pareció a mí una tarde muy triste en que yo pude contemplar a un hombre con bonete y sotana negra, sentado junto a un palo, agarrotado por el pescuezo y la lengua fuera.

Tenia yo también recién ganada mi toga, y no sé qué extraños giros de pensamiento hiciéronme ver un poco de vergüenza en mi traje talar y un poco de grandeza entre los pliegues de aquella túnica que envolvía a aquel muerto con la cabeza tronchada y el gesto de apocalíptico reproche...

¡Quizá emprendimos la carrera al mismo tiempo!. Yo en el regazo de mi madre. Él en el desprecio de la humanidad.

Y me estremecía al pensar que, si hubiese sido lo contrario, yo sería entonces el ahorcado, y el ahorcado el doctor.

(Vida Nueva 19-7-98)

HONOR NACIONAL

El cirujano de mi pueblo es un señor que allá por el año 54 aprendió en San Carlos las pragmáticas del antiguo arte que aconsejaba curarlo todo por el sistema

valiente de la amputación, y que se hizo una levita de 35 duros en casa de Araujo, a la sazón sastre de moda.

Desde que llegó al pueblo, mi buen señor no ha vuelto a mirar los libros de cirugía ni a hacerse levitas. En materia de conocimientos y de ropa de gala se ha atenido a lo que se llevó de la corte; y como por un poco de cortedad personal ha procurado amputar lo menos posible, y por un mucho de falta de ocasiones no ha usado la levita, resulta que anteayer se ha plantado en Madrid con toda la integridad de su teórica rabia amputatriz y con la levita de última moda del año 54 completamente nueva.

Me apresuré a visitarle. Viene irritadísimo contra los Estados Unidos. Para él no hay términos medios: los males de los pueblos, como los de los hombres, sólo se curan por un procedimiento: la amputación.

-¿No han querido robarnos Cuba? Pues,... ¡Guerra!. Aunque nos peguen; aunque perdamos todas las colonias. ¿Qué haría usted si alguien le cogiera por la solapa y quisiera asesinarle? ¿se pararía usted a considerar si el agresor era un Hércules o se dejaría matar como un cordero porque él tuviese un revólver y usted ni una mala navaja?

-Me defendería para morir haciendo todo el daño posible, ya que no había otro camino que morir. Pero no es el mismo caso -me atreví a replicar al cirujano; los yanquis no han tratado de asesinarnos, sino de volarnos Cuba, que viene a ser como quitarnos el reloj a usted o a mí.

-Declaro, por mi parte, que no me quitarían el reloj sin que me rompieran antes la cabeza.

-Usted es muy dueño; mas no piensan igual los españoles atracados cada tres noches y un día por esas calles. Además, de la cabeza de usted puede usted mismo hacer cuanto guste, o dejar que hagan cuanto gusten los ladrones; pero dispénseme que le haga notar que no es precisamente la cabeza de usted ni la mía las que corren peligro en el presente atraco internacional; las que están expuestas a romperse son las de los hombres y las mujeres y los niños que residen en las colonias, y las de los militares que las defienden. Y ni las mujeres ni los niños tienen para qué sufrir las violencias del robo, ni el ejército que allí pelea, porque se lo mandan, sabemos hasta la fecha, -pues es el único que no ha dado su opinión que tenga por un placer o por un orgullo la derrota inevitable.

-Es que al ejército se le paga para eso. El que no hubiese querido estas aventuras, que no hubiese estudiado para militar, sino, como yo, para cirujano, y estaría tranquilamente en nuestro pueblo.

-Perdóneme usted, paisano respetable. El ejército son los soldados más que los jefes; y los soldados no han ido por su gusto ni por su paga desde nuestro pueblo y otros pueblos a darle a usted el gustazo de que los revienten antes de quitarle a España el reloj... y alguna que otra alhaja.

-Pero es que así lo exige el honor nacional.

-El honor nacional no se delega por dos pesetas. Es algo más grande e intransferible en la parte que le toque a cada individuo, y no debe nadie quitarse de encima la obligación de honor en el momento de la catástrofe: ni el joven comprando un sustituto por 6.000 reales, ni el viejo cerrando su bolsa de crédito a la nación. Y quien víctima no se hace con su sangre o con su dinero, no tiene derecho a convertir en víctima al hermano. Si España quiere ser Sagunto, que lo sea abrasándose entera; pedir un Sagunto allá lejos para un puñado de españoles, a fin de contemplarlo desde aquí y podernos dar tranquilos un banquete de gloria a costa de los muertos, es casi una infamia.

Aparte de eso, señor mío, continué, porque me estaba indignando aquel viejo que en beneficio de la guerra no ha hecho sonar otro metal que el de su voz. El honor nacional es como la levita que tiene usted puesta. Como usted se ha venido a Madrid con esa prenda del año 54, creyendo quizás que va a dar el golpe, siendo así que por lo antigua se va a poner en ridículo en cuanto le vean las gentes; la misma España conserva su honor nacional del siglo XV, que le servía muy bien en el XIX para andar por casa, como la levita a usted para el pueblo, donde hasta elegantísima resultaba, y con el cual honor ha hecho España lo mismo en cuanto ha salido a las calles internacionales, porque no está de moda. Hoy existe en el mundo semicivilizado un nuevo figurín del honor, que ya dista mucho de asemejarse a la célebre capa y espada con las cuales se tenía la obligación de romperse la crisma por quítame allá esas cubas autonómicas. Hoy no se trata de "morir por la patria" sino de "vivir para la patria" cuando más la guapez y la bravuconería van siendo sustituídas por la valentía inteligente, hasta que vengan a quedar suplantadas por la inteligencia; y se empieza a ver muy claro que si la historia del valor fuera la gloria de las razas, ninguna podría escribirse más gloriosa que la historia de los toros de Miura.

-Créame usted, don Sisebuto, -dije para conc1uir,- al cirujano platónico. -El honor nacional de España necesita una reforma; y sin duda España se la hará después de esta salida al mundo, como usted a su levita en cuanto vuelva a la calle. Por fortuna, todo es cuestión de cortar tela, y las prendas antiguas la tienen excelente y de sobra.

(Vida Nueva 22-7-98)

DECADENCIAS Y GRANDEZAS

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

A Gonzalo Reparaz, a muchos y a Julio Burell.

Mirando atrás los españoles -que es a donde mi- ramos siempre, como si fuéramos al porvenir de mala gana y de espaldas-, no sabemos más que dejarnos cegar por los esplendores de Felipe II. Y al meditar histérica y dolidamente cómo desde aquel enorme poderío hemos venido, siglo por siglo, perdiendo continentes, reinos, colonias...; y al considerar, además desde la presente total derrota eso que los anticuados sociólogos afirman de que los pueblos, como los individuos, se hacen necesariamente débiles y mueren después de haber sido jóvenes y fuertes (lo cual parece confirmar la historia con sus extinguidas civilizaciones), una convicción siniestra nos invade; y creyendo haber cumplido "el fin histórico de nuestra raza" ante el conjunto de muerte que a los pueblos latinos, y España el primero, lanzan los demás, cerramos los ojos para morir, puesto el pensamiento en las magnificencias pasadas, lo mismo que el mísero anciano en los recuerdos de los treinta años.

¡La ley terrible!. No se discute siquiera. ¡Se debe perder la grandeza de los pueblos en la decadencia, como fatalmente se apaga en el espacio la luz del rayo y como la piedra arrojada cae por la fugacidad de los fenómenos universales!. Tal es el discurso corriente, sin reparar en que, siendo algo eterno de la Naturaleza la inteligencia y la fuerza que pueden engendrar la grandeza humana, tiene más de lo perenne que al sol da movimiento y luz, que no de lo pasajero y limitado que en la tormenta enciende el rayo y en la mano impulsa la piedra hacia la altura.

Es decir, que la grandeza, la verdadera grandeza de las naciones no puede decaer jamás, y si la historia señala en tantas naciones tantas grandezas que decayeron,

grandezas que aún hoy los españoles se obstinan en representarse como espejo y esperanza desesperada de redención; grandezas que D. Carlos indica desde Italia prometiendo traernos a desdichas del siglo XIX remedios del XVI; grandezas a que rinden su adoración Julio Burell en el Heraldo y en otros periódicos otros escritores; "grandezas y hermosuras maravillosas y casi sobrenaturales contempladas desde el fondo del abismo donde mutilados y empequeñecidos yacemos más muertos que vivos", según en el diario citado escribe Gonzalo Reparaz... (por todo lo cual, a Gonzalo Reparaz, a mi amigo Burell y a otros muchos dedico este articulo), es porque esas grandezas no fueron grandezas, sino miserias, grandes miserias, las miserias sobredoradas que necesariamente tenían que atravesar los pueblos para ir llegando a la civilización desde la barbarie, y que no pueden merecer ya más que perdón y olvido.

Recórranse los más culminantes periodos registrados de cada nación en la historia universal, y no se encontrará otra cosa. Poderíos militares, enriquecimientos de conquista; brutales majestades de sangre sobre tronos de aventureros con fortuna o de reyes absolutos, y bajo los resplandores casi divinos de cortes fastuosas en que a la luz del oro el placer degeneraba pronto en orgía, siempre un pueblo tratado como un rebaño entre las conformidades de su ignorancia y los mujidos de su hambre.

La grandeza surgía y se quedaba arriba, en los amos. La nación habla podido agrandarse, agrandarse mucho, como en nuestros tiempos célebres, cuando no se nos ponía el sol; pero en modo alguno engrandecerse.

En el fondo seguía la verdadera masa nacional, indiferente a todo, si no es a dar su sangre al poderoso y un poco atenta al libertinaje de la altura, para contaminarse de él y embrutecerse más.

Los caudales de la conquista, invertidos casi siempre en el festín de los palacios hechos burdeles, donde era cada mujer hermosa un instrumento de lascivia para el dueño, como en la Roma de los Césares y el París de Bonaparte, apenas si quedaban sus trazas en media docena de templos y circos y arcos por las ciudades, atestiguadores inútiles y eternos, mejor que de una civilización -según todavía repiten los clasicómanos, ni más ni menos que si una civilización fuese una religión con un poco de arte banal y otro poco de agricultura-, de las vanidades señoriles.

Pero ni el mezquino trabajo nacional habla hecho más que debilitarse en la relajación pública, ni las arcas del Tesoro tenían jamás una moneda: por ejemplo, Felipe II no podía pagar a sus soldados de Flandes.

Grandezas así, suspendidas en el aire por la mano caprichosa de un rey que las ganaba al azar, como los jugadores, y que cuando al azar también no las perdía, solían servirle, como a aquellos su fortuna, para saturar su ambición con toda clase de vicios, eran las que cruzaban alternativamente sobre los pueblos, a modo de tormentas de liviandad, sin dejar otro sedimento que el amor a la aventura oculto en los falseados nombres de gloria y patria, y las que indefectiblemente debían desmoronar luego príncipes por herencia ricos, educados en el placer entre poetas y bufones junto al Museo que guardaba" los trofeos de las batallas.

... ...

Gracias a que, prendida a las religiones (ansias del instinto humano hacia la intelectualidad a través de la "barbarie histórica"), el pensamiento iba fatigosamente tejiendo la red de progreso que ya envuelve algunos pedazos del mundo en la cual empiezan a quedar al fin sujetos los principios indestructibles del engrandecimiento moderno: el del trabajo y la democracia, el que no cae del cielo ni se confía al azar; el que nace de cada ciudadano y queda y crece alrededor suyo, y forma en conjunto una grandeza nacional tan vigorosa y eterna como la apretada y siempre lozana arboleda de los bosques.

Sigue la fuerza prestando su concurso a las ideas, pero dominada, esclava; no apareciendo ya como corazón mismo de los Estados ni aún como primera y soberana razón, sino como razón última y lamentable en todo litigio. Tan lamentable y secundaria, que el propio Nicolás de Rusia propone suprimirla de un plumazo, por inútil y perjudicial en la vida de las naciones.

En tanto, los pueblos de cualesquiera tiempos que se obcecaron a pretexto falso de turistas y patriotas en la adoración de sus tradiciones guerreras, llevaron su decadencia hasta la extinción total, como acaeció en lo antiguo a los del Asia, y como en nuestros días acaecerá, sin remedio ya, a la China y a Marruecos, que creían estar defendidos del mundo con sus murallas fantásticas la una y el otro con su religión estática; como creta España, por la sola virtud de su "leyenda inmarcesible de honor y valentía", -lo que Francia creyó el 70 recordando a su Napoleón-, estar segura de la ambición extraña, sin tener en cuenta que la guerra no es ya más que una faz del gran comercio realizada a máquina; es decir, por otra faz de la gran industria, de lo que España no tiene, ni Francia tenía, ni se habían cuidado una y otra nunca de tener.

Por eso, ochenta años después de aquella época en que el pueblo francés, rompiendo en conmoción tremenda la capa de miserias que sobre él había condensado

la cor- te de Luis XVI como resumen y colmo de toda la degradación histórica, hizo nacer la libertad, que resplandeció desde París en el mundo y que un hombre llamado Napoleón I, de ella nacido, volvió a convertir enseguida para Francia en libertinaje con la nueva embriaguez nacional de los triunfos que arrancó a Europa, imponiendo en los pueblos su autoridad soberbia, no menos tirana que la de los Césares antiguos, pero que tenía de original en su forma atávica el ser la de un ciudadano que al ir tirando reyes de estirpe y elevando a los tronos hombres y mujeres del pueblo, iba sembrando a su modo la democracia; por eso, digo, ochenta años después de la aparición de esa libertad, que no aprovechó a los vencedores porque el endiosamiento de Napoleón volvió a arrojar sobre los franceses la ignominia de todos los absolutismos, mientras que germinaba - en los vencidos bajo la desdicha, en Alemania principalmente, Francia se sorprendió al verse invadida por un ejército alemán que tuvo de notable ser el primero científico, esto es, el brazo de una nación ilustrada y esencialmente trabajadora de ciudadanos racionalmente libres por más que, como Rusia, a los ilusos que juzgan de la libertad por la forma pudiese parecer y sigue pareciendo esencialmente militar y autocrática.

Un ejército que, con gran sorpresa de su enemigo, hecho a las tácticas de Napoleón, suprimía el cuerpo a cuerpo, inutilizando la acometividad y el valor personal, sustituyéndolas por la precisión mecánica de la artillería; lo mismo que con gran asombro de España, que esperaba también la pelea a brazo partido, a que continuaba habituada por sus luchas del Rif, de Cuba y de Mindanao, ese otro ejército científico, que sale a escena por segunda vez, ha sustituido el acero de los pechos por el acero de los blindajes, desde detrás del cua1 nos ha abrasado en dos cuartos de hora con dinamita.

Francia, sobre los escombros, se sentó a meditar. Vió en la libertad y en el trabajo el fundamento de la vida, y treinta años le han bastado para hacerse tan industriosa, rica y fuerte como Alemania e Inglaterra. ¡Quién se atreverá a pronosticar nuevas decadencias a los Estados Unidos, Alemania, Rusia, Inglaterra y Francia!...

En una conflagración general, pudiera perder cualquiera de esas naciones sus colonias; pero como no habrá coaliciones armadas capaces de ocupar permanentemente su territorio propio, en él, y por el solo poderío incontrastable del trabajo, seguirá siendo poderosa y grande, de igual modo que hasta la fecha no necesitaba colonias la República Norteamericana para ser la nación más só1idamente próspera y civilizada del globo.

¿Puede hallarse, en cambio, decadencia más necesaria y racional que la de aquellas grandezas tradicionales, que aún hoy en su Felipe II adora España? Cuando los arruinados príncipes vecinos, aguzando el ingenio y las lanzas, lograban arrebatar al poderoso los reinos conquistados que formaban su hacienda, ¿qué quedaba en la nación?.. Una multitud de "hombres de guerra" sobre tierras de caza, quienes si no conseguían saciar el hambre y el ocio matando liebres, se mataban unos a otros en luchas intestinas por cuenta de los odios de conde a conde y de duque a duque. Es decir, la miseria, la discordia, lo que a su familia queda el jugador cuando pierde de un golpe su fortuna; lo que ahora amenaza a España con el pleito dinástico del carlismo, si es que, por estar ya tan irremisiblemente perdida como la China y Marruecos, en 1.898 no acaba de entender, como Francia en 1.870, que para existir hay que olvidarse de antiguallas, glorias y valentías, producir mucho, construir más, y entre las construcciones -por si acaso-, hacer buen sitio a la de cañones que disparen y acorazados que no se rompan.

(El Nacional 4-9-98)

ECCE HOMO

Él, desde un sillón de hierro, frente a la Cibeles, contemplaba la noche. De rato en rato, cuando se alejaban con sus carcajadas los últimos grupos de cocottes que se recogían hacia la cuarta de los teatros, o cuando se perdían los chirridos de los tranvías cayendo veloces por las dos pendientes de la gran calle, llegaban hasta él, salvando por los aires el diámetro de la plaza, notas agudas de la donna entre los fuertes de la orquesta.

Un palacio enfrente, mostraba por los balcones los descotes y los fracs de la soirée; de los Jardines, con las melodías de la ópera, se escapaban fulgores de arco vo1taico cubriéndolos de resplandor de niebla en la noche clara, cortada a ras de los edificios y allá hacia Buenavista, por los violentos destellos de las lámparas de Apolo. Luz, y calma, y felicidad. Decididamente, Madrid era dichoso.

En todas direcciones, saltando los tejados del palacio en fiesta, allá detrás del Arco de la Independencia, tras los festones de arboleda, lejos, más lejos que las luces de Atocha, por encima de las cornisas del ministerio y del Banco Nacional, vela el joven a España; a la España que había cruzado en trenes velocísimos, con sus llanuras fértiles e

inexplotadas de Castilla, con sus montañas improductivas de León y Santander, con sus valles de Ga1icia dedicados a engordar vacas y sus minas asturianas contratadas por franceses, vela la Bretaña en Vizcaya, y en Cataluña Cosmópolis; buques extranjeros en el Grao, cargando riquezas de Valencia; tierras yermas de Aragón, en leguas y leguas; Andalucía casi dedicada a producir reses de lidia, y la no menos feraz Extremadura sin un canal, dejando correr el Guadiana, lo mismo que los demás ríos de la Península, entre la indiferencia del agricultor que todo lo quiere de la cansada tierra...

¡Cuánta latente vida había adivinado él entre las grietas y las piedras!. Ya tenía la experiencia; lo español, al correr de la locomotora, se le ofrecía miserable; pelados campos, un pueblo como un tejar y un campesino sin frente y sin sangre; arrastrado siempre por exóticas locomotoras extranjeras, había cruzado Linares, Riotinto, Belmes, Puertollano... y había visto por las ciudades compañías eléctricas, de aguas, de todo, hasta de seguros de vida, bajo el imperio del dóllar y del franco.

Un dolor. Joven, no había sabido explicarse por qué sus libros eran franceses y alemanes, suiza la estufa de su cuarto, de London el lavabo, y los jabones y perfumes del Boulevard Beaumarchais; hasta a los toros, lo clásico e indiscutiblemente nacional, reparó una vez que era conducido en un tramwav de Bélgica...

Ya hombre, había experimentado compasión infinita por España; había deseado salvarla. Y recorrió con pena la lista de sus compatriotas: la lista sin fin, la que va desde la eminencia gubernamental al gañán más idiota de las Hurdes.

¡Españoles! ¡Oh, qué ciegos! Raza desde el feudo arrodillada en pétrea adoración ante las glorias del Cid y el genio de Cervantes. Gentes en invernismo de siglos viviendo de las prosperidades falsas de los Césares; pueblo de las migas, del gazpacho y del honor; sin músculos para sostener sus valentías; sobre los tesoros ocultos de su tierra muriéndose de hambre.

Era de temer; ante su propia indolencia, y por la cobardía de unos, otros cuantos infelices sin pudor debían lanzarlo a la trituración en los engranajes formidables de las máquinas de guerrear, extrañas a nosotros, como las de viajar, las de escribir y las de Singer. ¡Guerrear es lo único que no se puede de prestado!.

¡Españoles!. Sí, aquellos eran que él había visto en la provincia, en la aldea, viviendo los más inclinados sobre el terrón duro, como el escarabajo, y el resto de curarles las tercianas o de pleitearles la heredad; sociedad mutua, del pan moreno contra el papel del sello y la receta; por lema, nihil admirari. Aquellos eran, sí, que él había contemplado sobre el dominó las horas muertas, en las siestas del lugarejo, con la jarra

al lado, entre moscas y colillas; aquellos también de la capital, empleados sapientísimos, enciclopédicos de café, manadas de escribidores al mando de seis periodistas y jaurías y trahillas de hambrientos guiadas por tres docenas de personajes... Todos en el desaliento; ¡invencibles antes de la lucha y creyentes de la muerte al empezar la catástrofe!. ¡La raza proclamando su agonía!.

Y, tal vez. Advertíase la indiferencia, la adinamia, el estupor. Grave síndrome. Fe en los nombres, por tradición, y nombres entre el cascote del desastre. Desconocidos los que como gran novedad pudieran dar ideas, las ideas, sin el nombre, no valían de nada. Había él visto estrellarse una a una sus generosidades.

"¡Un nombre!. ¡Un nombre!" -le pedían. Y él, sin embargo, continuaba creyendo que, para desterrar del país la ignorancia y la miseria no hacía falta más que una compañía explotadora; menos, un negociante; a lo yankee. Un millonario que, a la vez que triplicase sus millones, pudiera llevar a todas partes las hojas volanderas que escribiesen doce hombres honrados. Los encontraría seguramente, en la nación perdida, como Cristo en Judea. Un millonario que con doscientas mil leguas de papel repitiese diariamente a los españoles: "Tres decretos pueden en tres días cimentar la instrucción, iniciar la industria y encauzar la agricultura, inaugurando así el reinado del trabajo nacional, único que no hubo jamás en la Patria de los Cides, de los Cervantes y de los Gandules".

¡Un nombre!.

El no lo tenía; lo buscaba. No lo tenía, quizás por no haber querido hacerlo cuando se fabricaban exclusivamente con la desfachatez sobre la impudicia. ¿Era, pues, que nunca podrían hacerse aquí las famas de otro modo? - ¿Era que debían huir de este ambiente de muerte los que no se resignaran a morir con la raza, porque sentían vigorosas e infinitas las energías de la verdadera vida?

¡Morir, morir la española raza abatida sobre el suelo más rico de Europa, asfixiada por el humo de hulla de los extranjeros!... Mientras produce el suelo, la raza vive. Sobre la abundancia, los pueblos no pueden morir de otra cosa que de imbecilidad...

... ...

Se levantó el joven y echó calle arriba, despacio, entre la gente que salía de los Jardines.

No quería morir, como aquellos, entecos, pálidos, con lascivia en los ojos por brillo de alma. Si valía más, ¿por qué no ser más?.. Habla querido ser algo grande y

honrado, y se le contestó: ¡No; somos pequeños: muere con nosotros!. Esto mismo seguían repitiéndole las caras beatamente resignadas de los buenos papás de familia y la ansiedad de las púdicas doncellas que pedían un matrimonio por Dios, junto al triunfo de los automóviles, con grandes sombreros y caderas de huata.

El camino antiguo. Paciencia y mala intención.

La culpa, de los demás. Sería diputado, gobernador, ministro. A lo menos podría ir situando fondos en Inglaterra, para cuando llegara el caso de que en España se tuvieran que morir los hombres honrados y los tontos. Cuestión de años.

Al otro día sentaba plaza en un partido militante.

(El Nacional 17-9-98)

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES

VIVIR EN VERSO

> Hemos perdido algo que vale más, mucho más que unos pedazos de mortífera tierra habitada por la ingratitud y el odio: hemos perdido el sortilegio de raza, hemos perdido la poesía.
>
> ¡La poesía!. Esa ha sido nuestra misteriosa fuerza nacional.
>
> Julio Burell.

Dichas por un periodista de nombre, estas cosas, que vienen a resumir todavía el sentimiento de España, ¿no causarán más daño a los españoles que la metralla de Norteamérica?.. La metralla habrá podido herirnos en el cuerpo y hacernos sangrar, lo que, a veces, resulta saludable, si la sangre es mala; pero ciertos errores arraigadísimos son para el alma su tisis incurable.

Por eso, quizás, vivíamos y nos empeñamos en seguir viviendo en verso. El encanto de los tísicos. Margarita Gautier se murió entre el positivismo de París viendo visiones en los rosados y pequeños cielos de su ventana, y España, según se ve, aspira a morirse entre el positivismo vital y enérgico de las demás naciones, como la Dama de las Camelias.

En la última guerra de Europa, apostamos por Grecia. Era la poesía infinita de Atenas, transfigurando en cascos de Alejandro los gorros de los tenderos de Port-Said. Los turcos se encargaron de hacer trizas el romance griego; pero no escarmentó España en cabeza ajena, y tomó a su cargo continuar frente a los Estados Unidos la canción heroica.

¿Es que debemos 1evantarnos maltrechos y apaleados por la ... "fuerza de la idealidad" para seguir brindiéndole culto? ¿Es que hemos de seguir imitando a D. Quijote, el gran personaje creado por un genio para figurín de la misma insensatez?

Entonces, aquella frase, que no recuerdo si es de Montesquieu: "España sólo producido un libro bueno, el que se burla de todos los demás", merecería ser ampliada de este modo: "En España se ha burlado de todos los demás el único hombre que hubo con sentido común: Cervantes".

... ...

¡La poesía!.

¿Qué quiere decir esta palabra aplicada a los pueblos?

Si quiere decir, en rigor histórico, amor a la tradición, significa quietismo; y entonces no hay razas más poéticas que las salvajes de Oceanía, que conservan íntegras sus tradiciones desde la Creación, y las que en África, gracias al Corán, mantienen el tipo marroquí puro e intransformable. Si quiere decir, además, sentimiento irreflexivo, impetuosidad tan ciega como generosa, valor temerario, sacrificio por cualquier ideal, desde la mujer hasta el ídolo, debe de significar barbarie, desde el momento en que no pueden menos de resultar tan poetas los tebanos del batallón de Pelópidas, dispuestos a no huir y a hacerse matar en la mutua defensa por la amistad, como los cruzados de San Luis, entregando por su Dios su vida, Y como el fanático joloano de nuestros días, que se juramenta para morir matando.

Y algo, algo de esto, de antiguo o de salvaje, tiene, sin duda alguna, esa poesía en que se obstina España, y que hace arrancar a muchos un gemido de dolor cuando la juzgan perdida, como si el perderla no fuera la primera con decisión para entrar de lleno en la gran vida moderna, la cual guarda en su aparente prosa un psicologismo poético mil veces más bello y noble que los infantiles idealismos del pasado.

Algo de esto conserva España, la idólatra de Felipe II y de Cúchares, de Santa Teresa con su misticismo sublime y de Luis Candelas con su trabuco y su garbo en el potro jerezano; es decir, algo de lo incongruente. Y precisamente porque lo conserva hemos ido a la derrota, agitando la poesía (orgullos de rey, bravuras de majo, fe de santo

y arrestos de aventurero) ante el poder formidable de los Estados Unidos, como agita impávido su capilán ante la línea de fusiles el moro de Joló, y como éste al morir se apena de haber perdido el amuleto con que se juzgaba invulnerable, nosotros en la agonía nos creemos infelices y malditos por haber perdido el sortilegio de raza, ni más ni menos que si ese sortilegio de raza, esa poesía que nos cegó de glorias, no hubiera sido en su manifestación elegida la que nos llevó a rompernos la cabeza contra la realidad.

Porque tiene esto de notable la histórica poesía del alma de las naciones, que mientras poesía fue el mundo todo, pudo ser más grande el pueblo más poeta, igual que es más grande el más fiero entre los fieros y el más bruto entre los brutos.

Pero hoy que están reducidos los leones a compartir los saltos y gracias de Tonino, y que tiene más fuerza que cualquier elefante de la India cualquier locomotora llevada allí por los ingleses, hoy que en las guerras de la vida se defiende mejor cualquiera con la regla de tres que con sonetos, y que en la vida de la guerra es infinitamente más Cid que el Cid armado de punta en blanco un Edisson de americana o un Maxin de sombrero hongo que inventan disparadores eléctricos o ametralladoras de precisión, y que mejor que con muchedumbres entusiasmadas por la Marcha de Cádiz se combate con ciudadanos robustos alentados por el oro que los coloca detrás de murallas de acero y junto a montones inacabables de conserva en latas, de carbón y de granadas explosivas, la poesía nacional parece mejor ridícula que grande, peligrosa antes que necesaria, y algo así como el pretexto de la pena con que han de volver cuerdas a las naciones locas las naciones que no lo están.

... ...

Se da en la nuestra un espectáculo extraño. Mientras más desde fuera nos gritan que nos quedamos atrás, que los tiempos nos adelantan, más nosotros nos afianzamos con uñas y con dientes al peñón histórico que hiende inconmovible la corriente del progreso. Al "mira lo que somos" de los demás pueblos, contesta orgullosa España "mira lo que fui", sin reparar en que "lo que fue y no es" no le importa a nadie. En política tenemos como último modelo al cardenal Cisneros, en costumbres D. Juan Tenorio, en artes Toledo y en letras Argensola; y así podemos impunemente llamar idiota a Mac-Kinley, porque no es teólogo; mercachifles a los pares de Inglaterra, porque les faltan jueces que conquistar; insulsa a Berlín porque no tiene el Alcázar, y maniático insustancial a Zola, porque no sabe hacer un retruécano.

Ayer mismo, porque Lemaitre se ha reído de los clásicos y del latín, no ha faltado entre nosotros quien se incomode, acusando de falta de sinceridad al crítico francés, y en última estancia negando hasta la originalidad a su humorada; ¿cómo prescindir del latín y de los clásicos un hombre de talento que para escribir Le Pardon y Le Mariaqe blanche no tuvo necesidad de ellos? ¿Cómo no aprender los españoles los clásicos y el latín, aunque después se necesiten y no se encuentren en todo el reino tres comisionados que sepan el inglés para un asunto urgente y positivo?

Igual somos en todo. La vida en el más perfecto divorcio de la realidad. Como si la gran ley de la integración de que habla Spencer no debiera en la humanidad cumplirse para España, cerramos los ojos a la moderna grandeza de los pueblos para poder fingirnos la ilusión de nuestra grandeza y nuestro mérito en el aislamiento de la universal cultura. país, el nuestro, de elegidos, no necesitamos meditar a dónde ni cómo iremos; sólo nos hace falta, por lo que se oye, un poco "de aquella misteriosa fuerza nacional que nos empujó desde Covadonga a Granada al través de los siglos", de aquella poesía "sublime, alentadora, que vio a Santiago entre nubes y al Cid ganando batallas insepulto...". Y lo demás, trabajar, estudiar, inventar, progresar, enriquecerse moral y materialmente, ¡que lo hagan otros pueblos prosaicos, a los cuales compraremos sus máquinas hasta de afeitar y de afilar lápices a cambio de pesetas con descuento y sin interrumpir nuestras fiestas de la pólvora con himnos al caballo de Santiago!.

... ...

Así (hay que repetirlo) pudo en Londres decir Salísbury que somos una nación moribunda, conceptuándonos desde el punto de vista del poderío; pudo afirmar Crispi en Roma que somos un pueblo de la edad media, contemplándonos desde el punto de vista sociológico, y pudo Mr. Wyzawa en París, publicar, acerca de nuestras excelencias literarias, el siguiente exactísimo juicio que traduzco de la Revue de Deux Mondes: "Nada sabemos de la literatura española contemporánea, y temo que por mucho tiempo nos continuará ignorada, pues se obstina en guardar un carácter nacional muy marcado, en permanecer esencialmente local, en expresar sentimientos y hablar un lenguaje que únicamente los lectores españoles pueden soportar. Se intentará en vano traducir y adaptar al gusto francés las novelas de Pérez Galdós y de D. Juan Valera; apenas conseguirían explicarnos cómo pueden tener aceptación entre el público español. ¿Cómo esperar que los sabios estudios de Menéndez Pelayo sobre el antiguo dramaturgo Rojas o los de Barrantes sobre el poeta Villegas, encuentren eco en Francia, en un país donde el Quijote mismo no divierte a nadie?".

... ...

Vale que, para alivio de desdichas, mientras una Guerrero clásica se ha marchado a entretener a los franceses con Casa con dos puertas y La Niña Boba, se propone regenerar socialmente a España otro guerrero católico.

(El Nacional 27-9-98)

LA POLITICA y LA PRENSA

BIBLIOTECA VIRTUAL

¡Qué gozo los periódicos con la apertura de cortes!.

He aquí un fausto y solemne título de fondo: "se abre la sesión". Es decir, ya funcionan un Senado y un Congreso que, aunque estemos hartos de decir que no sirven para nada, son el filón inagotable de la política, nuevo venero de cosas noticiables que nos permitirán rebosar nuestras columnas sin estirar telegramas ni sensacionar crímenes. Política, política...

Y al ver cómo se llenan de política los periódicos en cuanto hay con qué, y al observar que a falta de política no baraja la prensa con la tauromaquia más que relatos folletinescos de ahorcados misteriosos y asesinados incógnitos, cualquiera piensa que en España no hay un solo hombre que no se desviva por la gobernación del Estado, ni uno solo a quien preocupe como caso de social estudio cualquier acontecimiento que no tenga por lo menos los vises dramáticos de una corrida. Todo lo cual, desde el momento en que es contradictorio, tiene que ser verdad y mentira a un tiempo en este "país de los viceversos".

Así, es verdad que la política (la chica) absorbe y enloquece a una microscópica minoría; y es mentira que interese a la generalidad. Un poco que, por su modo de ser entre nosotros, fastidia a algunos, un mucho que no la entienden los más y un demasiado que la hace insoportable en la prensa el machaqueo sobre el mismo tema desde la primera línea hasta el pie de imprenta de los diarios, y no hace falta otra cosa para comprender por qué en España, descontando el semillero de los periódicos de partido, cuyas fajas no se rompen siquiera, vienen a leerse al día 200 o 300.000 ejemplares, en total, de los llamados independientes.

De modo que si 300.000 de los 18 millones de españoles leen periódicos, resulta que los lee apenas, de cada 100, español y medio. ¡Buen puñado!. Y aún eso los periódicos de Gran circulación; y de los de gran circulación, no la política, que dan de lado los tantos mil lectores que compran cinco céntimos de noticias, y las buscan y las pelan y las toman arrojando el fárrago de considerandos como las cáscaras de las sandías.

Por lo cual, precisamente (de otra manera quedaría derrotado el viceversa), de política han de rebosarse los diarios, como las tres tazas de caldo para quien no las quiere.

¡Los crímenes melodramáticos, la política, los toros!. Pero ¿es que los periódicos no se ocupan de otra cosa porque no las leería el público, o es que el público no lee otras cosas porque los periódicos no las escriben? ¿Es, quizás, que la sociedad española no arroja como diario resumen más que discursos parlamentarios, cornadas al Guerra y puñaladas teatrales? ¿Es que aquí no pasa nada, que no hay asuntos extrapolítico-taurómaco-carcerables que estudiar, sucesos trascendentales que discutir, cuestiones agrícolas e industriales e interesantes, aspectos originales y nuevos del trato humano, arte que recree, formal crítica literaria y sociológica, ciencias, curiosidades instructivas, males y miserias que remediar, errores y prejuicios que combatir, hondas naderías... todo eso, en fin, que variadamente ofrece la vida y refléjala gran prensa de otras naciones?

El Temps, el Fígaro, el Journal, los tres mejores periódicos de Francia, ¡que rara vez dedican a la política sus artículos de fondo ni le conceden poco más de media columna!. Y, sin embargo, son periódicos de verdadera gran importancia y de verdadera gran circulación, que tiran sus ejemplares por millones, y en los que hasta la extensa y siempre embarullada telegrafía, que en nuestras deslabazadas publicaciones viene a ser la única virtud circulatoria queda reducida a un centenar de líneas de información tan segura como breve.

Volvamos a preguntarlo, por si hay por ahí algún alma de Dios a quien importe y quiera meditar el... problema (el negocio, iba a decir): ¿Es que en España no se escribe porque no se lee o es que no se lee porque no se escribe?

O lo que es igual, aunque no lo parezca,: "en este país", ¿no se podría aumentar prodigiosamente la gran circulación de los periódicos como en Francia, sin más que hacerlos in reflejo de la amplia vida nacional y no ramplones y pequeños reñideros de la politiquilla y eternos folletines de sucesos rocambolescos?

(El Liberal 18-10-98)

CON OCASION DE DOS LIBROS

Digo honestamente que, hace algunos años, cuando de vuelta de por ahí mi espíritu quiso conocer de un castellano flexible y no importante por sí mismo, sumiso a las ideas, yo no lo encontré. Si era bueno, según definidores, hasta en sus traducciones del más sutil extranjis tomaba pringosidades de zalea, pesadumbres de bayeta, plegaduras de pomposo terciopelo, tiesuras de planchado. Feliz el español que no sabía español; ese, al menos, nos lo daba en polvo de albañilería. Feliz el traducido que hallábase siquiera con malos traductores; estos, al menos ajustaban con gentilísima inconsciencia su parlar, quieras que no, a la silenciosa espiritualidad de un D'Annunzio, de un France.

Hoy me habrían sobrado modelos, cuando no los necesito, porque siendo simple mi ambición me basté para alcanzarla: modestizar el lenguaje, quitarle sus argollas y enganches de forzosas conjunciones, suprimirle su estorbadora importancia de autosuntuosidad y de caudal. La abundancia de criados llena al fin los palacios inútilmente de gente ruin.

Pero rabias o antojos, distintos de otros, a la vez, han ido en el breve lapso de tiempo llenando libros y periódicos de toda clase de decires neomodernos, nuevos y ultranuevos. El viejo castellano, del cual creo que fue Montesquieu quien pudo afirmar que lo hablaban los españoles para oírse, está roto, molido, vuelto a fundir en sutilísima substancia, vuelto a moldear en pequeñas losetas cristalinas aptas a cualquier adaptación, vuelto a tejer en gasas capaces de ceñirse al cuerpo de las diosas, traslúcido para el pensamiento..., según cada uno sintió en sí propio, y acaso movido por el éxito genial de aquél Gener y por el casi éxito de aquellos traductores detestables, la necesidad de saltarse la Gramática y la Retórica hacia otras no petrificadas.

Hay de todo y todo va bien. Han logrado ya nuestras prosistas y poetas sendas tonalidades de expresión: la afable intrepidez, la agilidad funambulesca, la clara parsimonia, la noble elegancia reposada, la gracia voluptuosa, el fantástico lugar, el invisible sarcasmo...

¿Cuándo tanto, diversos siempre no obstante de alma, se han diferenciado así nuestros poetas, nuestros prosistas?.. Poco hace, yacían por igual como tapados en las mismas huecas vestimentas, o si se quiere, pasando de lo óptico a lo acústico, envueltos y confundidos en el retumbar rimbombante de la misma metálica instrumental resonancia. Una banda de un regimiento en la catedral, cada uno y todos juntos.

Y uno de los más amplios, si no de los más intensamente especializados; uno de los más completos en el haber sabido fundir la carne suave de su alma a su palabra, es el poeta del reciente libro Rapsodias, que hoy leo, Francisco Villaespesa. y como esas cosas no es posible que uno propio las ignore, él lo sabe y ha podido, justamente orgulloso, en otro libro decirlo, demostrándolo de paso:

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje,
y cuando quiero, ríe, y cuando quiero, vela,
y he domado a mi estilo como a un potro salvaje,
a veces con el látigo, a veces con la espuela.
Conozco los secretos del alma del paisaje; y sé lo
que entristece, y sé lo que consuela,
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

... ...

El, ciertamente, prueba ahora en Rapsodias que su estilo tiene las notas dulces de consuelo acordadas en la música nueva de armonía con que pudo sonar quizás demasiado, pero demasiado bien para las "lilales duquesas" y las "manos abaciales en La copa del rey de Thul y en El alto de los Bohemios.

Ni aun después de releer el final de la dedicatoria de Rapsodias a una bellísima española

... *y yo, entonces llorando y sin saberlo, escribo esas cosas tan tristes que algunos llaman versos.*

Ni después de releer La Hermana y La Rueca, respectivamente dedicadas a las italianas ilustres, me atrevo yo a inferirle adjetivos al poeta, en este país donde se llama maravilloso a Grilo, y donde a los Grilos les abren la Academia los Villaverdes hacendistas.

¡Bah! ¿Y a qué?.. ya pareció decirle a Villaespesa Leonardo de Vinci: todo tuyo serás si estás solo. No se puede alcanzar mayor señoría que la de sí mismo.

Creo que Villaespesa escribe para él, para sentirse y que le sientan aquellas encantadoras mujeres, aquellos amigos a quienes va brindando cada verso, cada lágrima.

... ...

Otro solitario que, ya que no en las leproserías de los cafés madrileños, gusta de meterse en las auténticas de Parcent, es Gabriel Miró. Acabo de cerrar su libro nuevo Del vivir, y lo he seguido con esa irritación asombrada que podría también causarme el ver a un aurífice en un estercolero, formándoles y poniéndoles joyas a los horrendos leprosos.

En el fondo, tal vez algunas pequeñosidades de no difícil filiación. Mas... ¡la forma!. Asombra., irrita, como puede empeñar la misma atenta tensión, frase a frase de su libro en lo microscópico y lo enorme, en lo fugaz y lo estadizo en lo próximo y lo distante, a pleno candor o desdén de perspectivas. Irrita, asombra, como no deja de respirar cada brizna de cosa consagrada en un la alto; cada palabra cogida, torcida, abarcada a un concepto, con minuciosa y tenacísima e infatigable voluntad de exactitud.

¡Tú pararás!... me dijo un filósofo borracho con quien tropecé, de chico, al salir disparado de mi casa. !Tú pararás!... digo yo cada vez que en un artículo o libro me encuentro al autor escapado en neologismos o arcaísmos por un gusto violento de lucir palabras raras; y para, en efecto, a los pocos párrafos, a las pocas páginas, ganado por el asunto, llana, cuando no ramplonamente.

Pero en Gabriel Miró, tal violencia, lejos de ser una necia vanidad de literato, responde a una perenne intimidad de su espíritu. Es, por precisa vocación, que le hace conformarse con la certeza y la forma de todo, según a sí propio se retrata en su Sigüenza el implacable adecuador del lenguaje a las ideas. Y con tanta habilidad y libertad e ingenuidad como él, acaso nadie ha doblado y encogido y estirado la palabra castellana. Respétales la estirpe, la radical..., y traslada siempre a lo expresado algo de esa escueta refusión clara y breve de la nativa forma interior verbal del pensamiento.

(El Liberal 14-7-l.905)

EL ESCÁNDALO DE D. BENITO

Supongo que cuando lleguen estas cuartillas a El Liberal toda la prensa de Madrid habrá tenido ya amplia información telegráfica de la grave situación creada en D. Benito con motivo del crimen a que hice referencia días atrás en estas mismas columnas. Lo supongo aunque no me extrañaría lo contrario, porque según hace notar también La Coalición de Badajoz a propósito del mismo tema, Extremadura es una especie de cantón cerrado a la publicidad de ciertas cosas, no se sabe por qué...

Siento haber perdido el número de dicho semanario que, comentando mi artículo, dirigía una filípica regular que hubiese transcrito con gusto a estos corresponsales extremeños, mudos como peces siempre que ocurre algo emocional e interesante...

Y lo interesante que ocurre ahora en D. Benito consiste nada menos que en toda una ciudad amotinada, sin distinción de clases por la indignación contra presuntos criminales que están en poder de la justicia.

Sin duda, el secreto del sumario es cosa respetable y útil cuando hace falta. No diré yo que no haga falta en este crimen: el juez especial que en él actúa tiene de recto magistrado nombraría, y sabrá por qué interés altísimo lo guarda con un rigor absoluto. Pero lo que sí digo es que ese misterio, pesando sobre la febril impaciencia de un pueblo, presenta, cuando se alarga, cuando transcurre un mes y no deja siquiera traslucir el menor dato positivo, ni tampoco la razón de tener "que mantenerse impenetrable, el gran inconveniente de ofrecerse como campo de tinieblas a las locas contradanzas de la invención y el absurdo.

Figúrese el lector lo que será una población pequeña en que desde hace un mes se comenta el asesinato de dos señoras, y la suerte reservada a cuatro presos, de cuya intervención en el crimen se ignora tanto fuera del juzgado que igual se puede esperar verlos libres cualquier día como en la horca... Tenga en cuenta aún que uno de ellos es un médico rodeado con el nimbo de los mártires, y otro un joven de distinguida familia: emparentado con el jefe político del pueblo, y comprenderá los extravíos de la opinión lanzada sin gula a través de secretos tentadores...

Antes se sabía algo. Ya no se sabe ni lo que antes parecía sabido.

Y puesto que nada -después de las que fueron reputadas indudables exculpación del médico y confesión de su delito por el joven- absolutamente nada ha vuelto a saberse... Se dice todo, se inventa todo, se supone todo, lo más inverosímil, lo más

opuesto, lo más estúpido... Tales sostienen en redondo la inocencia del doctor; cuales la niegan. Estos afirman que el cómplice del matador fue el sereno; aquellos que el músico. Unos proclaman que el verdadero asesino no está en la cárcel; otros que lo están y que ya ha habido peritos capaces de certificar la invalidez de la confesión del crimen por haber sido prestada durante un delirio...

¿Quién dice esto?.. Pues... nadie, todos, el Gran Galeoto.

Por último, anteayer corrieron versiones estupendas. El cariz del asunto iba a cambiar, resolviéndose en algo gordo..., no se sabía bien; un viaje a un manicomio en la libertad de los cuatro... ¡Algo gordo!.

Aquí, en Mérida, no se dió crédito al notición. Sólo que como a las veinticuatro horas púdose notar que los trenes pasaban con guardia civil de varios puntos para reconcentrarse en D. Benito, la curiosidad quedó despierta...

... ...

Hoy, viajeros procedentes de aquella ciudad (diríase una ciudad de la China, a juzgar por el modo informativo), cuentan lo siguiente:

Al saberse que el señorito y el médico detenidos tendrían que ser llevados a la casa del crimen para cierta diligencia, el público se manifestó resuelto a tomarse la justicia por su mano, arrebatándole el criminal al juez en el paso por las calles. Entonces las autoridades acordaron pedir guardia civil que garantizase el orden y la libre acción de la justicia. Unos cien guardias calculan que habría hoy en D. Benito.

Salió de la prisión la comitiva, entre bayonetas. El pueblo entero estaba esperando. Siguió detrás. Partieron gritos, mueras... No quedaba nadie en los casinos por parte alguna. La manifestación tumultuosa estacionó delante de la casa de la muerte, hostil cada vez más, excitada hasta el furor con el recuerdo de las víctimas, y cuando los presos volvieron a aparecer en el portal, entre los gritos que redoblaban pidiendo pronto castigo con palos y navajas, hasta escopetas dícese que salieron a relucir... Los más lejanos enronquecían de ira, y los inmediatos acosaban y trataban de agredir al delincuente, cuyo cuerpo defendían los guardias con el suyo y con sus armas.

De pronto, un hombre se destaca con un cordel y lo arroja en forma de lazo al cuello de un preso con ánimo de estrangularle o de robarlo para la frenética multitud... Afírmase que el propio juez con el bastón pudo detener el lazo por el aire...

A duras penas se llegó otra vez a la cárcel, donde los presos se lanzaron aterrados como a un protector refugio.

La manifestación recorrió después la ciudad rompiendo puertas y llegando frente al domicilio del senador y jefe pol1tico Sr. Donoso Cortés, y si bien en este punto ya no corren tan firmes las noticias, dasen por seguro que llovieron piedras, según una versión sobre sus balcones, según otra sobre él mismo, cuando salió a advertirles a los manifestantes que no debían desconfiar de la justicia.

No conozco al Sr. Donoso Cortés; pero goza de gran reputación de hidalgo, cual cumple a su sangre ilustre; y sólo se concibe por una obcecación (al fin enaltecedora y honrosa de un pueblo que ama la rectitud y siente hasta la pasión el valor cívico), que haya podido su propio pueblo mostrarle estas fugaces desconfianzas.

El descendiente del marqués de Valdegamas, del gran filósofo católico, que frente a frente de los sabios de la Iglesia no dudó en herir con la arrogancia de su genio una ardua cuestión teológica que, aun a trueque de un cisma, dejó resuelta, debe tener en su alma la altivez aquella que sabe despreciar lo particular por lo universal, lo menudo por lo inmenso.

¡Y lo inmenso aquí es esa muchedumbre agitada y enloquecida por el amor a la justicia!.

El conflicto no ha hecho más que empezar, pues hoy han ido a Don Benito más guardias civiles.

VIEJOS Y NUEVOS

Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen.

Cuestión de hábito. Aquí, donde tanto abunda quien no sabe hacer nada, nadie sabe hacer nada poco a poco: el amor es una caza al salto, la guerra una carga a la bayoneta, la fortuna la lotería. Se llega o se cae, pero a escape.

Fiel al sistema, el político en ciernes de allá por el año 60, si era hombre de agallas, iba derecho al motín. Lo primero que debla comprender, como aspirante a ministro, era "que el número de tontos es infinito"; y luego ya no necesitaba pararse contemplando los hondos problemas sociológicos que debía cruzar para llegar al mando, sino el adoquinado de las calles, para calcular cuántas barricadas le separaban del ministerio.

La cátedra de los actuales prohombres; el escándalo a diario, en ambiente de revolución que pudo ser provechosa, y que la audacia, explotando como único gula los

entusiasmos democráticos en que empezaron a inflamarse las multitudes, convirtió en funesto vivero, del cual no es milagro que nos hayan resultado al fin, sobre el entusiasmo hecho escepticismo, más cabecillas que estadistas. El fracaso, tremendo. Mas por si detalles de fecha pudieran limitarlo al partido que a la sazón gobernaba, el jefe de ese partido se encargó de extenderlos a todos los demás políticos vivientes y casi a la Nación entera cuando, sin que nadie le contestase, dijo en el Senado a guisa de redonda y suprema disculpa, que él y cuantos habían gobernado el país hicieron todo lo posible; pero que no le era posible a él ni a nadie cambiar el carácter y las cualidades de la española raza.

Esto, que pasó como uno de mil incidentes parlamentarios, y que por mucho valer valió flores en la prensa a la sutileza dialéctica del señor Sagasta, debió y debe considerarse más aciago que la pérdida de las colonias; porque un jefe de Gobierno sentando como alto principio gubernamental que no se pueden modificar las cualidades de los gobernados, y los gobernados y demás gobernadores aceptándolo, autorizan una teoría grave, que significaría un fatalismo repulsivo, una negación ridícula del social progreso... si antes no significara un absoluto desconocimiento, por parte de todos, de lo que en su esencia es el arte de gobernar.

En efecto; aquella declaración de brillante éxito, en pleno Senado, quiere decir que el pueblo español es ingobernable y que sus irreflexiones bélicas y sus imprudencias patrioteras empujaron irresistiblemente al gobierno hacia la guerra; quiere decir que si cien veces se vuelve a encontrar la Nación al borde de un precipicio, otras ciento rodará por él; quiere decir que España, no solamente es insensata, o salvaje o loca, sino que no puede dejar de serlo, puesto que ni el señor Sagasta consiguió con sus influencias educativas en treinta años cambiar el espíritu de la mitad de la España que ha nacido ya siendo él uno de los educadores nacionales, ni siquiera admite en teoría que los ciudadanos puedan educarse. ¡A pensar así todos los estadistas, la humanidad seguiría cazando con flecha!.

O quiere decir todo esto aquella frase y el asentimiento general que provocó, o quiere decir, y es lo más seguro, si se atiende a que los Bismarck y los Gladstone han sabido hacer ciudadanos dirigibles, que España no ha llegado todavía a la época dichosa en que tenga un pueblo apto para la vida moderna a que legalmente se ha lanzado, ni hombres públicos capaces de dirigirlo. Consecuencia que concuerda bien, además, con los precedentes motinescos de nuestro pueblo y de nuestros personajes.

Ahora, si no hay políticos porque no hubo pueblos, o no hay pueblo porque no hubo políticos, cuestión es difícil de dilucidar y muy semejante a la del huevo y la gallina. Por lo pronto, lo que interesa es dar como averiguado que no hay ninguna de las dos cosas...

... ...

"Las naciones tienen los Gobiernos que se merecen" .

Es de verdad tan clara este célebre pensamiento que quitando El Imparcial, incomodado "por la consigna deplorable y suicida que -según dice- se han dado los hombres políticos para culpar de lo sucedido al país, a la raza, a los españoles" (siendo así que aprecia El Imparcial la estoicidad de España por "demostración serena de su prudencia") , todos, hasta los propios hombres políticos fracasados, quizá incluso el señor Sagasta, empiezan a percibirla: y lo demuestra esta confesión de uno de ellos, también publicada el otro día por el popular diario junto a sus lamentaciones:

"En primer término hay que hacer costumbres y país, y eso no se realiza sino muy lentamente y estudiando mucho todos los asuntos".

Ese es el primer problema; pero en él se encuentra, precisamente, la primera y mayor dificultad. Porque si fracasados e incapaces son los viejos hombres de la política, más incapaces y de espíritu más mezquino son los que están detrás de ellos, en las retaguardias formadas por la opinión y la prensa. Tan incapaces estos y tan mezquinos, que aquellos, fracasados, han podido ponerles la Mordaza de la censura con la mayor facilidad y en medio de la general indiferencia. ¡Quizás lo menos malo que el gobierno ha hecho!.

Yo sé de un periódico que tuvo el valor de pedir la paz -verdad que con la pluma de Pablo Iglesias- cuando todos lo deseaban y nadie se atrevía (excepto El Socialista y El Nuevo Régimen, tachados de maniáticos, no se por qué, y descontados para el gran público). Fue éxito periodístico y un gran favor a la Patria. Pero al ver sus redactores que la prensa ministerial se regocijaba volvieron a patrocinar la guerra ¡por no hacer el juego al gobierno!. Y dicho periódico resultó el más patriota; ninguno de los demás quiso atreverse a pedir la paz el primero.

¿Quién va, pues, a formar esas costumbres y a forjar ese pueblo? ¿Desde dónde? ¿Desde la Gaceta?

Para ello se necesita un hombre de Estado. El que haya de venir a regenerarnos, que presente ese titulo. No es de creer que sea el de cualquier doctor, expedido en las

universidades; ni el de cualquier periodista, visado en las redacciones; ni siquiera la espada de cualquier general, acreditada en campaña.

Un hombre honrado no basta, que por algo es más difícil ser jefe de un Estado que cajero de una tienda; un carácter, tampoco, que sobre que demasiado mal nos han puesto las encubiertas dictaduras para que nadie la desee; no se hace a palos los ciudadanos.

Y como los títulos de estadista no se reciben en las universidades, ni en las redacciones, ni en los campos de batalla, sino en la misma política con grandes hechos o en los libros de sociología con grandes promesas avaloradas por la fama universal del pensador maravilloso; y como no tenemos esas maravillas del pensamiento y menos de la acción, pues no cabe suponer que nuestros próceres actuantes puedan haber estado siendo maravillas en potencia dispuestas a desplegarse ahora tras el desengaño porque quien pudo creer que gobernar mal fuese más provechoso para él mismo ni para sus protegidos que gobernar bien, no es un egoísta, es sencillamente un ignorante hasta de la más rudimentaria y doméstica economía, y quien por contemporizar no venció las resistencias, en lo cual consiste todo procedimiento de gobierno, no es un convencido y no las vencerá jamás-; como no tiene España, digo, un grande hombre en esta crisis decisiva, que pueda salvarla de un vuelo y con una dictadura intelectual, convertida en material momentáneamente y tantas veces como hiciera falta... ¡qué ha de hacerse más que pasarse sin él!.

No lo hay. Conformémonos con menos que un estadista: un gobernante, cualquiera, pero que sepa al menos la técnica del Gobierno. Es decir, cualquiera de los políticos, de los políticos fracasados (no hay otros); empeñarse en lo contrario, sería empeñarse en que hiciesen relojes todos menos los relojeros, porque los relojeros los hicieran mal. ¡Tampoco en las redacciones ni en las aulas ni en los campamentos se dan lecciones de presidencia de consejo de ministros!. Cualquier viejo político, con tal que con su arrepentimiento personal de lo malo por sistema no lleve la impedimenta de un viejo partido que le aplaste.

Cualquier viejo político, con tal que haya roto su vieja máquina gubernamental en mil pedazos y se haya formado otra nueva en la forma, aunque muchas de sus ruedas sean antiguas y procedan de diversas máquinas. Cualquier viejo político que, con culpas, como todos, pero con menos que los demás, tenga a su lado un general que cuente con el Ejército como apoyo, con tal que tenga también un programa cuyo único

mérito sea un instinto de democracia dispuesto a no entorpecer, sino a secundar la tarea de "hacer costumbre y país, muy lentamente y estudiando mucho todos los asuntos".

Y esa tarea, para que pueda ser mañana de la incumbencia de todas las energías educativas sociales, tiene que ser iniciada y emprendida por la prensa, que si no está en condiciones de llevar siete redentores al Ministerio, lo está cuando menos, en condiciones de decir a mucha gente muchas cosas que ya se tienen por fatigosas y pasadas de moda en los periódicos modernistas, y cuyo in- flujo será sacarle de esa indiferencia y escepticismo a que le ha llevado la noticia seca y el chistoso humorismo huero, acostumbrándole, en cambio, a pensar diariamente en lo impersonal y trascendente.

Cuando la prensa haya hecho "país", el país hará estadistas y Gobiernos.

Sí, la prensa está en condiciones de emprender esa grande obra, o lo estará a poco que se arrepienta y se reforme (cuestiones interesantes en que convendrá insistir mucho), porque en la prensa está la juventud española, bastante contagiada e inutilizada por la vejez, pero con fuerzas latentes y larga vida para enmendarse. Por lo pronto, hay ya en algunos periódicos un ansia de sinceridad Y un afán de intelectualidad muy saludables.

(El Nacional 15-10-98)

BIBLIOGRAFÍA

I .- RESEÑAS E INTRODUCCIONES.

- Abril, Manuel; “El médico rural, por Felipe Trigo", en La Correspondencia de España, 15-9-1913.
- "La última obra de Felipe Trigo", en Revista Contemporánea, t. 132, p. 547.
- "Alma en los labios", en Revista Contemporánea, t. 131, p. 758.
- A.H; "Reseña sobre Del frío al fuego", en Revista Contemporánea, t. 132, p. 494.
- Alas, Adolfo; "Las posadas del amor", España Nueva, febrero, 1912.
- Bayona, Alejandro; "Trigo y sus imitadores", en La Tierra (Cartagena) , Abril, 1913.

- Bello, Luis; "Los libros originales", El Heraldo, 4-7- 1906.
- "El público de Trigo", en Europa. Revista de cultura.. 27-3-1910.
- Bergamín, José; "Prólogo" a Trigo, F., El médico rural Madrid, Turner, 1974, pp. IX-XVI.
- Bonafoux, Luis; "Obra contraproducente", El Heraldo, 4-7-1906.
- Bueno, Manuel; "Las ideas y los libros", La Correspondencia de España, junio, 1.908.
- Cansinos-Assens, R.; "F. Trigo", en La Nueva Literatura (1.898-1.900-1.916), Madrid, V. H. de Sanz Calleja (3.a), V. 11, pp. 169-188.
- Carrere, Emilio; "Felipe Trigo", en Nuevo Mundo, 16-6- 1916.
- "La sed de amar", La Nueva Correspondencia, abril, 1906.
- Carretero, José Mª; (El Caballero Audaz); "Entrevista a F. Trigo", en La Esfera, nº 82.
- Castelo, Santiago; "Felipe Trigo redivivo", en Trigo, F. En la carrera, Badajoz, Universitas Editorial, 1.981, pp. 7-14.
- Cejador, Julio; "Felipe Trigo, su vida y su obra", en La Tribuna, 6-10-14 y 18 de septiembre de 1916
- Conte, Rafael; "Trigo, nuestro contemporáneo", en Trigo, Jarrapellejos, Madrid, Turner, 1.975, pp. VII-XIX.
- Deleito y Piñuela, José; "Socialismo individualista, de F. Trigo", en Revista Contemporánea, t. 128, p. 752.
- Díez-Canedo, Enrique; "Felipe Trigo", en Conversaciones literarias, 1.915-1.920; Madrid, ed. América (s.f.), pp. 29..33.
- Escofet, José; "Del frío al fuego". La Correspondencia de España, 27-3-1.906.
- Esquivel de la Guardia, A.; "La personalidad insigne de Felipe Trigo", Alma Bohemia, Abril, 1911.
- Francés, José; "La Altísima, por Felipe Trigo", La Lectura, 1.907, VII, pp. 301-304.
- Gálvez, Napo1eón; "La Altísima, por Felipe Trigo", El Fígaro, 22-5-1908.
- Gómez Baquero, E.; "Las ingenuas, de Felipe Trigo", en La España Moderna, t. 150, p. 140, junio 1901.
- "La Altísima, de Felipe Trigo", en La España Moderna, t. 221, pp. 147-155, mayo 1907.
- "La bruta, La de los ojos de color de uva, Reve1adoras", en La España Moderna, t. 239, p. 165, noviembre 1.908.
- "Jarrapellejos", en Revista literaria, abril 1914.
- "La evolución de un novelista", en Los lunes de El Imparcial, 30-3-1908.

- Gómez Molleda, D.; El socialismo español v los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero español a Miguel de Unamuno, Salamanca, Ed. Universidad de Sa1amanca 1.980.
- Gómez de la Serna, Ramón; Retratos completos, Madrid, Aguilar, 1.961, pp. 656-660.
- González Blanco, Andrés; Introducción a La Altísima, Madrid, Pueyo, 1.907, pp. 5-50.
- "Felipe Trigo", Nuevo Mundo, febrero, 1.907.
- "Felipe Trigo. Antología crítica de sus obras", en La Novela Corta, Madrid, 11-6-1921.
- Gonzá1ez Ruano, César; Mi medio siglo se confiesa a medias, Barcelona, Moguer, 1.957, p. 72.
- Hoyos y Vinent, Antonio; "En mi castillo de 1uz, de Felipe Trigo", El Día, 14-2-1917.
- "En camisa rosa, de Felipe Trigo", El Día, 14-2- 1917.
- López Ballesteros, Luis; "Una curiosa página literaria" , en El Día, 2-5-1917.
- "Mayestático"; "Los discípulos de Trigo", El Liberal, 22-4-1910.
- Medrano, José Luis; "Prefacio", en Trigo, F. El moralista, Madrid, Emiliano, Escolar, editor, 1981, pp.9-39.
- Platlis, María de; "Felipe Trigo, un novelista de la mujer y del amor", en prólogo a La de los ojos color de uva, Madrid, Renacimiento, 1919, pp. 7-18.
- Ramírez Ángel, E.; "Jarrape11ejos, de F. Trigo" en El Parlamentario, 11-8-1914.
- Ródenas,Miguel A.; "La sed de amar, novela de F. Trigo", en Revista Contemporánea, t. 126, p. 760.
- Rubio, Adolfo; "D'Annunzio y Trigo", en El Día, 22-12- 1905.
- Rueda, Salvador; "Las tres Hartas", en El Heraldo de Madrid, 14-9-1913.
- Subirat, José; "Las ingenuas, de Felipe Trigo", en Revista Contemporánea, tomo 132, p. 715.
- "La Altísima , novela de Felipe Trigo", en Revista Contemporánea, t. 134, p. 375.
- "La sed de amar, novela de F. Trigo", Revista Contemporánea, tomo 133, p. 634.
- Tenreiro, Ramón María; "La de los ojos dolor de uva", La Lectura, 1908, VIII, pp. 183-185.
- "Las uvas del paraíso", La Lectura, 1910, tomo 11, pp. 448-456.
- "El médico rural", La Lectura, 1912, XII, pp. 413-415.
- Trigo, Julia; "Prólogo a En los andamios" Madrid, Renacimiento, 1.917.

II.- INTERPRETACION EN MONOGRAFÍAS Y/O ESTUDIOS DE CON JUNTO

- Abril, Manuel; Felipe Trigo. Exposición y glosa de su vida. su filosofía, su moral, su arte, su estilo, Madrid, Renacimiento, 1917.
- Bouche, Michel; "Un des aspects du roman "erotique" espagnol dans les premiers tiers du XXieme siecle: Jarrapellejos, de Felipe Trigo", en L'infralitterature en Espaqne aux XIXe. et. XXens siecles (Du roman teuilleton au romancero de la querre d' Espaqne), Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1.977, pp. 165-217.
- Castañar, Fulgencio; "Erotismo y sociedad en la narrativa de Felipe Trigo", en Tiempo de Historia, año V, nº 51, febrero 1.979, pp. 40-51.
- Caudet, Francisco; "Las plagas sociales: Nueve artículos de Felipe Trigo publicados en El Socialista", en Nuevo Hispanismo, nº 2, 1.982, pp. 137-161.
- Cejador, Julio; Historia de la lengua y Literatura castel1ana (Época regional y modernista: 1.888-1.907), Madrid, 1920, V. XII, pp. 18-33.
- Conde Gargo1lo, Enrique; "Encuentro con Felipe Trigo", Ínsula, XXXI, nº 352, marzo 1.976, p. 3.
- Conte, Rafael; "El rescate de Felipe Trigo", Informaciones de las artes y las letras, 20-2-1975.
- Dabene, Louise; "Estude linguistique des procedés d'em. phase an niveau de l'adjetivation (Application au roman de Felipe Trigo)", en L'infralitterature en Espagne aux XIX et XX siecles, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1.977, pp. 219-243.
- Dendle, Brian; The Spanish novel of re1igious thesis (1.876-1.936), Madrid, Casta1ia, 1.968, pp. 61 y ss.
- "Doctor Kronos"; "La obra de Felipe Trigo", Las Novedades, Nueva York, 30-3-1911.
- Domingo, José; La novela española del siglo XX (V.I: De la generaci6n del 98 a la guerra civil), Barcelona, Labor, 1.973, pp. 37 y ss.
- Domingo, Xavier; "Rehabilitación del doctor Felipe Trigo, novelista sexólogo español", en Triunfo, nº 434, 26- IX-l970, pp. 28-30.
- Etreros, Mercedes; "El naturalismo español en la década de 1.881-1.891", en A.A.V.V.; Estudios sobre la novela española del siglo XIX, Madrid, C.S.I.C., 1.977, pp. 49-131.
- Fernández Cifuentes, Luis; Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República, Madrid, Gredos, 1.983 pp. 74-96.

- Fouille, Alfredo; Historia de la filosofía, Madrid, La España Moderna (s.f.), V.II, pp. 286 y ss.
- García Lara, Fernando; "El sentido de una recuperación: Felipe Trigo", en Cuadernos Hispanoamericanos, nº 332, 1.978, pp. 1-16.
- "El lugar de la novela erótica: Felipe Trigo", en F. Rico (director), Historia y crítica de la literatura española. V. VI. : Modernismo y 98, Barcelona, Ed. Crítica, 1.980, pp. 213-219.
- "Noticia de Felipe Trigo", en Tiempo de Historia, año III, nº 25, diciembre 1.976, p. 56.
- González-Blanco, Andrés; Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días, Madrid, Sáenz de Yubera Hermanos, 1.909, pp. 753 y ss.
- Granjel, Luis S.; "El sexo como problema en la España Contemporánea", Cuadernos de Historia de la Medicina Española, XIII, (1.974), pp. 113-131.
- Felipe Trigo. Medicina y literatura. Sa1amanca, 1.974. Separata de "Cuadernos de Historia de la Medicina Española ", VIII, pp. 371-394.
- "La novela corta en España (1.907-1.936)", en Cuadernos Hispanoamericanos, LXXIV, 1.968, pp. 447- 508 Y LXXV, 1.968, pp. 14-50.
- Gullón, Antonio; "Felipe Trigo y el erotismo", Fígaro 12-9-1.916.
- Labarca Hubertson, Amanda; "Las mujeres en la obra de Felipe Trigo", en Las evas del paraíso, Madrid, Renacimiento, 1.923, pp. 9-19.
-Liberatori, Filomena; "Felipe Trigo gra'98 e modernismo", Les langues neo-1atines, 1.981, nº 239, pp.101-113.
- Litvak, Li1y; Erotismo fin de siglo, Barcelona, Antoni Bosch, editor, 1.979, especialmente pp. 157-227.
- Mainer, José Carlos; "Unamuno, personaje de una novela de Felipe Trigo", en Literatura y pequeña-burguesía en España, Madrid,. EDICUSA, 1.972, pp. 59-76.
- Martínez San Martín, Ángel; La narrativa de Felipe Trigo, Madrid, C.S.I.C. 1.984.
- "Felipe Trigo: Novela de tesis y praxis creativa", en Revista de Literatura, t. XLIII, nº 5, 1.981, pp. 149-154
- Monesterio, Manuel; "El Socialismo de Felipe Trigo", en Tierra Extremeña, nº 3, febrero 1.981.
- Pecellin Lancharvo, Manuel; Literatura en Extremadura V. 11, Badajoz, Universitas Editorial, 1.981, pp. 159-178.

- Peseux-Richard, H.; "Un romancier espagnol: F. Trigo", en Revue Hispanique, XXVIII, 1.913, pp. 317-389. Traducción española en Trigo, F. En mi castillo de luz, Madrid, Renacimiento, 1.916, pp. 65-127.
- Sáinz de Robles, F.C.; La promoción de "El cuento semanal". (1.907-1.925). Un interesante e imprescindible capítulo de la novela española, Madrid, Espasa-Calpe, 1.975, Colección Austral, nº 1592.
- La novela española en el s. XX, Madrid, Pegaso, 1.957.
- Antología de la novela corta, Barcelona, Ed. Andorra, 1.972, V.I, p. 22.
- Scanion Geraldine, M.; La polémica feminista en la España Contemporánea (1.868-1.974), Madrid, s. XXI, 1.976, especialmente las páginas 286 y ss.
- Sobejano, Gonzalo; Nietzche en España, Madrid, Gredos, 1.967, pp. 228-241.
- Ton, Jan Pieter; Felipe Trigo. Estudio crítico de sus obras novelescas, Amsterdam, Academish Proefschrift,1.952. Traseira González, Felipe; "Felipe Trigo, padre de la novela erótica española", en Los Cuadernos del Norte, nº 15, 1.982, pp. 36-41.
- Trigo de Azuola, Consuelo; Felipe Trigo. su vida. su obra (Tesis Doctoral inédita presentada en Madrid en 1.960).
-Urrutia, Louis; "Les collections populaires de romana et nouvelles (1.907-1.936)", en L'infralitterature en Espagne aux XIX et XX siecles (Du roman feni11eton au romancero de la querre d'Espagne), Grenob1e, Presses Universitaires de Grenoble, 1.977, pp. 137-163.
- Watkins, Alma Tay1or; Eroticism in the novels of F. Trigo, New York, Bookman Associates, 1.954.
- "The origin and destiny of the erotic spanish novel", en Modern Language Journal, 1.951, XXXV, pp. 97-103.
- Zamacois, Eduardo; "Un olvidado: Felipe Trigo", La Libertad, 2-IX-l.933.

III.- BIBLIOGRAFÍA DE CARÁCTER GENERAL CONSULTADA.

- Abellán, José Luis; Sociología del 98, Barcelona, Península, 1.973.
- Alas, Leopoldo ("Clarín"); La Regenta (Ed. de Juan Oleza), Madrid, Cátedra, 1.984 (2 vols).
- Alberes, R.M; Historia de la novela moderna, México, UTSHA, 1.966.
- Ambrogio, Ignacio; Ideologías y técnicas literarias (Trad. de Antonio Sánchez) , Madrid, Akal, 1.975.

- Amorós, Andrés; Introducción a la novela contemporánea, Madrid, Cátedra, 1.974.
- Aranguren, J.L.; Moral y sociedad. La moral social española en el s. XIX. Madrid, EDICUSA, 1.974.
- Araquistain, Luis; Las columnas de Hércules, Madrid, 1.921.
- Artola, Miguel; La burguesía revolucionaria (1.808-1.869), Madrid, Alianza Universidad (Hª de España Alfaguara, V. V), 1.973.
- Aub, Max; Manual de Historia de la Literatura española, Madrid, Akal, 1.974.
- Auerbach, Erich; Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental, México, F.C.E., 1.975.
- Azorín; clásicos y modernos, o.c. Madrid, Aguilar, 1.975, V. l.
- Estética y política literarias, o.c. Madrid, Aguilar, 1.963 (2ª ed.), V. IX.
- Baelen, Jean; Flora Tristán: Feminismo y socialismo en el s. XIX, Madrid, Taurus, 1.973.
- Baroja, pro; Tres generaciones, o.c. V. V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1.948.
- El árbol de la ciencia, Madrid, Alianza, 1.972 (8ª ed.).
- Barthes, R.; Ensayos críticos, Barcelona, Seix Barral, 1.967.
- Crítica y verdad, México, s. XXI, 1.972.
- Benítez, Rubén; Ideología del folletín español: Wenceslao Ayquals de lzco, Madrid, Porrúa, 1979.
- Beser, Sergio; Leopoldo Alas, critico literario, Madrid Gredos, 1.968.
- Leopoldo Alas: Teoría y critica de la novela española, Barcelona, Laia, 1.972.
- Blanco Aguinaga, Carlos; Juventud del 98, Barcelona, Editorial critica, 1.978 (2ª ed.).
- El Unamuno contemplativo, Barcelona, Laia, 1.975.
- Blasco Ibáñez, V.; Contra la Restauración. Periodismo político (1.895-1.904). (P. Smith compilador), Madrid, Nuestra Cultura, 1.978.
- Bleiberg, Germán; "Algunas revistas literarias hacia 1.898". Arbor, nº 36 (1.948) pp. 465-480.
- Bonet, Laureano; B. Pérez Galdós. Ensayos de crítica literaria, Barcelona, Península, 1.972.
- Bonet, Laureano; "Introducción" a Zola, E.; El naturalismo, Barcelona, Península, 1.972.
- Botrel, J. F.; Creación y público en la literatura española (VV. AA. con prólogo de F. Ynduráin), Madrid, Castalia, 1.974.

- Burunat, Silvia; El monólogo interior como forma narrativa en la novela española, Madrid, José Porrúa Editor, 1.980.
- Cano Ballesta, Juan; Literatura y tecnología (Las letras españolas ante la revolución industrial: 1.900-1.933). Madrid, Orígenes (Colección tratados de crítica literaria) 1.981.
- Castillo, Homero, ed; Estudios críticos sobre el modernismo, Madrid, Gredos, 1.968.
- Cerroni, Umberto; La relación hombre-mujer en la sociedad burguesa (Trad. Mª José Aguaza), Madrid, Akal, 1.976.
- CiplijausKaité, B.; La mujer insatisfecha. El adulterio en la novela realista, Barcelona, EDHASA, 1.984.
- Dendle, Brian J.; The Spanish novel of religions thesis (1.876-l.936), Madrid, Princeton-Castalia, 1.968.
- Díaz, Elías; La filosofía social del Krausismo español, Madrid, EDICUSA, 1.973.
- Díaz-Plaja, Guillermo; Modernismo frente a 98, Madrid, Espasa-Calpe, 1.966, (20 ed.).
- Estructura y sentido del Novecentismo español, Madrid, Alianza, 1.975.
- Domingo, José; La novela española del s. XX, V.I. De la Generación del 98 a la Guerra Civil. Barcelona, Labor, 1.973.
- Elorza, Antonio; El socialismo utópico español, Madrid, Alianza, 1.970.
- El fourierismo en España, Madrid, Ed. de la Revista de Trabajo, 1.975.
- Elorza, Antonio y María del Carmen Iglesias; Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1.884-1.889), Barcelona, Laia, 1.973.
- Eoff, Sherman H.; El pensamiento moderno y la novela española, Barcelona, Seix Barral, 1.965.
- Fernández Cifuentes, Luis; Teoría y mercado de la novela en España: Del 98 a la República, Madrid, Gredos, 1984.
- Ferreras, Juan Ignacio; El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1820-1870), Madrid, Taurus, 1976
- Introducción a una sociología de la novela española del s. XIX, Madrid, EDICUSA, 1973.
- Ferreres, Rafael; Los límites del modernismo, Madrid, Taurus, 1964.
- Ganivet, Ángel; Idearium español, Barcelona, Bruguera, 1983.
- Gómez Aparicio Pedro; Historia del Periodismo español. De la Revolución de Septiembre al desastre colonial, Madrid, Editora Nacional, 1971.

- Gómez Marín, José Antonio; Aproximación al realismo español, Madrid, Castellote Editor, 1975.
- Gómez Molleda, D.; El Socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1980.
- Granjel, Luis Sánchez; Eduardo Zamacois y la novela corta, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1980.
- "La novela corta en España (1907-1936)", Cuadernos Hispanoamericanos, LXXIV (1968), PP. 447-508, y LXXV (1968), pp. 14-50.
- La generación literaria del 98, Salamanca, Anaya, 1966.
- Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981.
- Gullón, Germán y Agnes; Teoría de la novela, Madrid, Taurus, 1974.
- Gullón, Germán; El narrador en la novela del s. XIX. Madrid, Taurus, 1976.
- La novela como acto imaginativo, Madrid, Taurus, 1983.
- Gullón, Ricardo; Psicologías del autor y lógicas del personaje, Madrid, Taurus, 1979.
- La invención del 98 y otros ensayos, Madrid, Gredos 1969.
- Direcciones del Modernismo, Madrid, Gredos, 1971.
- Hauser, Arnold; Literatura y manierismo (Trad. De Felipe González), Madrid, Guadarrama, 1969.
- Historia Social de la literatura y el arte, V. III: Naturalismo e Impresionismo bajo el signo del cine, Madrid, Guadarrama, 1971.
- Hinterhäuser, Hans; Fin de siglo. Figuras y mitos (Versión castellana de María Teresa Martínez), Madrid, Taurus, 1980.
- Inman Fox, E.; La crisis intelectual del 98, Madrid, EDICUSA, 1976.
- Jauralde Pou, Pablo; Manual de investigación literaria. Guía bibliográfica para el estudio de la literatura española, Madrid, Gredos, 1981.
- Jeschke, Hans; La generación del 98 en España, Madrid, Editora Nacional, 1954.
- Jutglar, Antoni; Ideologías y clases en la España contemporánea. Aproximación a la historia social de las ideas, Madrid, EDICUSA, 1973 (2 volus.)
- La crisis de fin de siglo: Ideología y literatura (varios autores) , Barcelona, Ariel, 1974.
- Laín Entralgo, Pedro; La generación del Noventa y Ocho, Madrid, España Calpe, 1948.

- Litvak, Lily; Latinos y anglosajones; Orígenes de una polémica. Barcelona, Puvill, 1980.
- El modernismo, Madrid, Taurus (serie el escritor y la crítica, 1975).
- Erotismo fin de siglo, Barcelona, Bosch, 1979.
- Transformación industrial y literatura en España (1895-1905), Madrid, Taurus, 1980.
- Longares, Manuel; La novela del corsé, Barcelona, Seix Barral, 1979.
- López Jiménez, Luis; El naturalismo y España. Valera frente a Zola, Madrid, Alambra, 1977
- López-Morillas, Juan; Hacia el 98: Literatura, sociedad, ideología, Barcelona, Ariel, 1972.
- Krausismo: Estética y literatura, Barcelona, Labor, 1973.
- El Krausismo español. Perfil de una aventura intelectual, Madrid, F.C.E. 1980, (2ª edición)
- Lukács, G.; Teoría de la novela (Trad. De Juan José Sebrelí), Barcelona, EDHASA, 1970.
- Sociología de la literatura, (Trad. De Michael Faber-Kaiser), Barcelona, Ediciones 62, 1973 (3ª ed.).
- Llorens, Vicente; Aspectos sociales de la literatura española, Madrid, Castalia, 1974.
- Maeztu, Ramiro de; Los intelectuales y un epílogo para estudiantes, Madrid, RIALP, 1966.
- Mainer, José Carlos; Literatura y pequeña-burguesía en España (Notas 1890-1950),Madrid, EDICUSA, 1972.
- La edad de plata (1902-1939). (Ensayo de interpretación de un proceso cultural), Madrid, Cátedra, 1981 (2ª edición revisada y aumentada).
- Marcuse, Herbert; Eros y civilización, Barcelona, Seix Barral, 1968.
- Martínez Cuadrado, Miguel; La burguesía conservadora (1874-1931), Madrid, Alianza Universidad, (Historia de España Alfaguara, VI), 1973.
- Maurice, Jacques y Carlos Serrano; Joaquín Costa: crisis de la Restauración y populismo (1875-1911), Madrid, siglo XXI, 1977.
- Miralles, Enrique; La novela española de la Restauración (1875-1885): sus formas y enunciados narrativos, Barcelona, Puvill- Editor, 1979.
- Miranda, Soledad; Religión y clero en la gran novela española del s. XIX. Madrid, Pegaso, 1982.

- Montesinos, José F.; Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de4 una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850), Madrid, Castalia, 1980 (4ª ed.).
- Moral Ruiz, Carmen del; La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja (Con prólogo de Carlos Blanco Aguinaga), Madrid, Turner, 1974.
- Nora, Eugenio G. de; La novela española contemporánea, V.I. (1898-1927); Madrid, Gredos, 1973 (Reimpresión).
- Núñez Ruiz, Diego; "La presencia del evolucionismo en la filosofía española decimonónica", en La crisis de fin de siglo, Ed. José Luis Abellán, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 42-59.
- La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis, Madrid, Tucar, 1975.
- Ortega y Gasset, José; Ideas sobre la novela, o.c. V. III. Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1946.
- Ortega Munilla, José; Cleopatra Pérez (Ed. De Juan Ignacio Ferreras), Madrid, Cátedra, 1976.
- Pardo Bazán, Emilia; La cuestión palpitante (Ed. De Carmen Bravo Villasante), Salamanca, Anaya, 1966.
- París, Carlos; Unamuno. Estructura de su mundo intelectual, Barcelona, Península, 1968.
- Pattison, Walter F.; El naturalismo español. Historia externa de un movimiento literario, Madrid, Gredos, 1969 (2ª ed.).
- Paz, Octavio y otros; Aproximación al pensamiento de Fourier, Madrid, Castellote Editor, 1973.
- Pérez de la Dehesa, Rafael; El pensamiento de Costa y su influencia en el 98, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.
- El grupo Germinal: Una clave del 98, Madrid, Taurus, 1970.
- Pérez Minik, Domingo; Novelistas españoles en los siglos XIX y XX, Madrid, Guadarrama, 1957.
- Picón, J. Octavio; Dulce y sabrosa (ed. De Gonzalo Sobejano), Madrid, Cátedra, 1976.
- Portnoff, George; La literatura rusa en España, Nueva York, Instituto de las Españas, 1932.
- Ramos Gascón, Antonio; "La revista Germinal y los planteamientos estéticos de la gente nueva", en La crisis de fin de siglo: ideología y literatura, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 124-142.

- Río, Ángel del; Estudios sobre literatura contemporánea, Madrid, Gredos, 1972.
- Rodríguez Almodóvar, Antonio; La estructura de la novela burguesa, Madrid, Taller, 1976.
- Romera Navarro, M; Historia de la literatura española, New York, D.C. Heath and Co. 1928.
- Roselli, Ferdinando; Una polémica letteraria in Spagna: il romanzo naturalista, Pisa, Universitá di Pisa, 1963.
- Ruiz Contreras, Luis (director); Revista Nueva 1899, (Estudio preliminar de José Carlos Mainer), Barcelona, Puvill, 1979 (Ed. Facsímil.
- Sáinz de Robles, Federico C.; La promoción de "El Cuento Semanal". Un interesante e imprescindible capítulo de la Historia de la novela española, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- La novela española en el siglo XX, Madrid, Alianza, 1972 (2ª Ed.).
- Salinas, Pedro; Literatura española. Siglo XX, Madrid, Alianza, 1972 (2ª ed.).
- Scaulon, Geraldine M.; La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974), Madrid, siglo XXI, 1976.
- Shaw, Donald; La Generación del 98 (Trad. De Carmen Hierro), Madrid, Cátedra, 1978.
- Sobejano, Gonzalo; Nietzche en España, Madrid, Gredos, 1967.
- Forma literaria y sensibilidad social, Madrid, Gredos, 1967.
- Tierno Galván, Enrique; Idealismo y pragmatismo en el x. XIX español, Madrid, Tecnos, 1977.
- Costa y el regeneracionismo, Barcelona, Barna, 1961; reimpreso en Escritos, Madrid, Tecnos, 1977.
- Tortella Casares, Gabriel, y otros; Historia de España V.III. Revolución burguesa, oligarquía y caciquismo, 1834-1923, Barcelona, Labor, 1981.
- Torre, Guillermo de; Del 98 al Barroco, Madrid, Gredos, 1969.
- Torrente Ballester; Gonzalo; Panorama de la literatura española contemporánea, Madrid, Guadarrama, 1965 (3ª ed.)
- Tuñón de Lara, Manuel; Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, Madrid, EDICUSA, 1974.
- Medio siglo de cultura española 1885-1936, Madrid, Tecnos, 1977 (3ª ed. Corregida y ampliada).

- Movimiento obrero, político y literario en la España Contemporánea, Madrid, EDICUSA, 1974.
- Villanueva, Darío (ed.); La novela lírica, Madrid, Taurus, 1983 (2 vols).

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES